



NOE CASADO

TODO ES
POSIBLE...
MENOS TÚ

zafiro[♥]

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Una vida organizada, un trabajo seguro, un ático de lujo y un novio de buena familia...

Todo parece ir a las mil maravillas, sin embargo, Fabiola siente que algo falla.

Hastiada de que todo en torno a ella acabe siendo tan cuadriculado, se arma de valor y acaba haciendo algo que hasta no hace mucho le parecía impensable: tener un rollo de una sola noche.

Y a partir de ese instante comienza a ver las cosas de otro modo.

Su trabajo ya no es tan seguro. Su novio es un imbécil y su vida necesita oxígeno.

Y los rollos de una noche... realmente merecen la pena.

TODO ES POSIBLE... MENOS TÚ

Noe Casado

zafro

Capítulo 1

—Lo necesito...

Inspiró hondo una vez más. No podía retroceder ahora. Había tomado una decisión, se había armado de valor (mucho) y había dado el paso necesario, así que debía mandar a paseo cualquier inconveniente que su sentido de lo correcto pudiera recordarle.

—Lo necesito —murmuró de nuevo para no venirse abajo y salir huyendo despavorida.

Fabiola se repetía una y otra vez eso en su cabeza, mientras en una habitación de hotel un desconocido la desnudaba despacio, logrando que su cuerpo se excitara... Que sintiera, que reaccionara tras toda una vida sumido en el letargo.

Si era sincera consigo misma, nunca antes se había sentido así.

«Voy a hacerlo», se dijo en silencio para no flaquear.

Las sensaciones se amontonaban en su cabeza y en su cuerpo: deseo, excitación, misterio, novedad, riesgo...

Era la primera vez que se había atrevido a tanto. Desde luego, los tres combinados que el camarero le había recomendado tenían mucho que ver. Para una persona acostumbrada al alcohol podían no surtir efecto; no obstante, a ella sí la afectaban, y mucho.

Las manos del hombre resultaban perfectas y se movían por su cuerpo con pericia. Él, situado a su espalda, no parecía tener prisa; de todas formas, tampoco era una experta en esos temas. ¿Cómo se supone que son los polvos rápidos de una noche?

Aunque tal como se estaban desarrollando las cosas no iba a ser rápido.

¿Polvo? Se rio de sí misma. Nunca utilizaba ese término para referirse a... eso.

Sintió un pequeño ramalazo de arrepentimiento cuando él hizo que se volviese y así poder mirarla fijamente en la penumbra. Le dedicó una sonrisa cómplice y ella no supo qué hacer, a qué atenerse. Apartó la vista; con un poco de suerte, él no se percataría de su rubor.

No pareció importarle, y eso la ayudó muchísimo para no venirse abajo.

Decidida a seguir adelante, no quiso ser una mera espectadora. En un arranque de valentía, llevó una mano al pecho de él para ayudarlo a desabotonarse la camisa; le hubiera venido mejor un poco más de práctica, pero al hombre su torpeza no pareció importarle.

En cuanto su mano acarició la piel masculina, cerró los ojos, llevada por una oleada de excitación desconocida.

Para muchas personas, incluso para ella misma, ese comportamiento sería calificado de desvergonzado; nunca antes se le había pasado por la cabeza algo semejante. Al instante borró de su mente tales prejuicios absurdos. Se había propuesto disfrutar, por una vez hacer algo fuera de lo acostumbrado. Después vería la forma de afrontarlo.

Ahora ella era la que estaba sintiendo, disfrutando.

Un desconocido, extranjero para más señas. Era un golpe de suerte haber coincidido con él, pues se moriría de vergüenza si se hubiese topado con alguien de su entorno familiar o laboral. Un tipo con el que compartir un buen rato y listo. Después, a casa, a la soledad de siempre, aunque con un recuerdo intenso. El solo hecho de haberse atrevido ya resultaba una novedad.

Él respiró hondo mientras Fabiola le acariciaba el pecho con lentitud, como si quisiera memorizar al tacto cada centímetro de piel, deteniéndose en la cintura. Tenía que avanzar. Sin saber muy bien cómo, llevó una mano a la hebilla del cinturón.

De repente, él la besó y eso le dio ánimos. De forma atropellada, Fabiola le desabrochó el pantalón y rozó su erección por encima de la ropa interior, logrando que el hombre gimiera en su boca sin dejar de besarla.

—No tengas prisa —susurró él, colocando las manos sobre sus muñecas, no para apartarla, sino para acariciárselas.

Un gesto que ella agradeció en silencio.

Para Fabiola, ese roce significó mucho. Nadie intentaba dirigir sus acciones y, acostumbrada a lo contrario, se sintió liberada.

Aquel hombre la estaba tratando de una forma exquisita, besándola, a veces con suavidad, otras no tanto, mientras ella se afanaba con su ropa en desnudarlo, como él había hecho hacía tan sólo unos instantes con ella.

No le daba instrucciones, no le marcaba los pasos. Sólo la acompañaba. La excitaba. La provocaba.

Era diferente.

Muy diferente.

Se concentró en la tarea de desnudarlo y, sintiéndose algo más lanzada, aprovechó para tocarlo, rozarlo y así comprobar hasta dónde podía excitar a un hombre. Y, a juzgar por la erección que vislumbró, no se le daba tan mal.

El hijo de puta de Carlos siempre tenía prisa, desde la primera vez que lo hicieron, en el asiento trasero de un Ford Fiesta que le había pedido prestado a un amigo.

Nunca se tomó la molestia de demostrarle que la deseaba, simplemente se acercaba a ella, la toqueteaba lo imprescindible y, sin muchos más preámbulos, se ponía encima y venga, empujón, empujón y poco más.

Y así casi cuatro años.

Maldito Walt Disney.

Nunca cuentan qué pasa con Cenicienta y el príncipe cinco años después, cuando ella se encuentra el cuarto de baño hecho un asco porque el señorito se ha dado una ducha.

Son muy listos. Se supone que fueron felices para siempre. ¡Y una mierda! La vida no es como te la cuentan, es como la vives, y hasta el momento Fabiola la había vivido más bien de una forma anodina de principio

a fin. Condicionada por una tradición a todas luces absurda. La pareja ideal, la casa ideal. La familia ideal...

¿Existía el hombre ideal?

No.

¿El amante ideal?

No lo sabía, estaba a punto de descubrirlo.

Meciéndola con suavidad, sin despegar sus labios de los de ella, fue llevándola hasta la cama, sentándose él primero, mientras Fabiola, aún de pie, apoyaba las manos en sus hombros. Nada más situarse entre sus piernas recibió provocadores lengüetazos en sus pechos, más tiesos que nunca, y caricias en las caderas. Tranquilizadoras y a la vez estimulantes.

Aquello eran preliminares. Ahora ya lo sabía.

Por pura lógica debía dedicarle las mismas atenciones.

Se inclinó y, procurando no interrumpirlo, comenzó a pasarle un dedo por el cuello, acompañado de fugaces toques con la lengua en la oreja derecha.

Él volvió a responder con un gemido.

La atrajo hacía sí y se dejó caer. Ella se dejó arrastrar.

El hombre buscó su boca con avidez. Necesitaba besarla de nuevo. Fabiola, llevada por el entusiasmo, le sonrió. Abiertamente. Sin pudor.

—Haz conmigo lo que te venga en gana—musitó él con voz ronca—. Lo que se te pase por la cabeza.

Tumbado, abrió los brazos en cruz; Fabiola se desorientó un poco.

¿Hacerle qué? ¿Y si no le gustaba?

Semejantes palabras resultaban mucho más excitantes que cualquier otra insinuación más explícita. Le estaba dando la oportunidad de llevar las riendas del juego erótico. Y eso resultaba prometedor.

Fabiola no era tonta; si bien en la vida real no había tenido lo que se dice experiencias sexuales imaginativas, sabía qué o cómo podía agradar a un hombre. Por supuesto, el clásico misionero quedaba descartado, además, se sentía envalentonada, dispuesta a casi todo.

Encima de él, fue recorriéndolo con la lengua, despacio. Resultaba además mucho más fácil con un hombre que apenas tenía vello en el pecho. Siguió su descenso hasta encontrarse con su miembro palpitante. No era momento de andarse con remilgos: sin más, pasó la lengua por la punta. Esta vez, él gimió más fuerte; acto seguido, Fabiola añadió una mano para realizar suaves presiones y masajearlo. Nadie la obligaba. Y eso cambiaba las cosas por completo. Ella tomaba la iniciativa, eso era tan diferente...

Él no pudo permanecer inactivo. Con rapidez, elevó los brazos para enterrarle las manos en el pelo, describiendo círculos y disfrutando de las sensaciones. Ella era única. No todas se comportaban de una manera tan natural.

Durante sus frecuentes viajes por motivos de trabajo, había recorrido prácticamente toda Europa y, debido a su innegable atractivo, no le resultaba muy difícil conseguir compañeras de cama dispuestas a pasar una buena noche sin más. Aunque en los últimos tiempos eso ya no lo atraía tanto.

Apenas llevaba allí día y medio. Ni siquiera tenía pensado salir esa noche, pues lo esperaban tres meses de duro y aburrido trabajo. Había decidido cenar fuera del hotel. Después, sin demasiadas ganas y por recomendación del camarero, había entrado en un local de música en directo, situado en pleno centro, y allí la había visto. Sentada y sola.

No estaba en su mejor momento, él lo sabía; tal vez el cansancio, tal vez estar otra vez fuera de casa, tal vez... tal vez ella al mirarlo le había quitado el cansancio y el aburrimiento.

Y ahora le estaba proporcionando una noche inolvidable. Si bien en principio esa situación era similar a otras pasadas, estaba siendo levemente diferente. Su curiosa mezcla de recato y excitación le resultaba irresistible, pues no le había pasado por alto que la mujer evitaba mirarlo a los ojos, o que mostraba cierta vacilación cuando lo tocaba.

Fabiola estaba encantada con cómo respondía él y lo más alucinante era que tan sólo la acariciaba, sin atosigarla, sin criticarla. Era tan excitante

sentirse deseada, ver cómo tus movimientos son recompensados con gemidos de placer. Estaba orgullosa de sí misma, ella tenía el control y él parecía encantado.

Continuó lamiéndolo, contenta de que no la embistiera a lo bruto para correrse cuanto antes; seguía cediéndole el control y se esforzó por no defraudarle.

Notó, dichosa, como él se acercaba al orgasmo; ella había sido capaz de conseguirlo. Si bien en un principio pensó que la noche era para sí misma, para que la hiciera revivir, bueno, mejor dicho, para que se despertaran sus sentidos, no le importaba en absoluto. Sentir que era capaz de satisfacer a un hombre por iniciativa propia, también podía considerarlo un logro.

—Hummm —murmuró él, apartándola con delicadeza—. No quiero correrme todavía —añadió con voz suave.

Fabiola levantó con timidez la cabeza un tanto confusa, pues, hasta dónde sabía, a todos los hombres les gustaba que una mujer los chupara; no obstante, alejó cualquier duda al comprobar que él mantenía una expresión sugerente.

El hombre se incorporó y acunó su cara entre sus manos, sonriéndole de tal forma que todo su cuerpo se electrizó al instante. Con delicadeza, como parecía hacerlo todo, la ayudó a tumbarse de espaldas; él se apoyó sobre un costado y con el dorso de la mano recorrió su sensible piel, desde el cuello hasta su sexo, repitiendo el movimiento, sin dejar de mirarla y con aquella sonrisa permanente en los labios.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras —dijo con voz ronca, pasándole el testigo.

—Y voy a hacerlo —respondió él con un tono que la hizo temblar de expectación—. Y a conciencia...

Fabiola se estremeció ante aquella declaración, y no era para menos. De no haber sido tan vergonzosa, no le hubiera pedido que apagara la luz y

entonces podría disfrutar no sólo del sentido del tacto, sino también del de la vista.

Entonces él, ampliando su sonrisa, se colocó encima de ella, le dio un rápido beso en los labios y comenzó su propio descenso. Lamiendo, mordisqueando, acariciando, incluso torturándola en algunas ocasiones: Fabiola estaba demasiado excitada, demasiado necesitada, ésa era la verdad; lo que él estaba haciendo con su cuerpo era magnífico, sí, pero ahora quería más rapidez.

Por primera vez supo lo que era estar cachonda. ¡Oh, sí!

Cuando él le separó las piernas con una rodilla, suspiró y se concentró para no chillar, pues intuía lo que se avecinaba; sin embargo, se equivocó, sólo era un paso más. Cuando después de un interminable reconocimiento de sus pechos, que chupó con ansía y maestría, el hombre llegó al ombligo, se detuvo; sabía que ella estaba húmeda para recibirlo, pero eso no le pareció justo.

Mientras con la lengua lamía su ombligo, acercó un dedo a su coño y empezó a separar los pliegues para rozar su punto más sensible, que presionó sólo lo necesario. Fabiola, sin poder evitarlo, se tensó; nadie la tocaba «ahí» de forma directa. Fue algo sublime. Antes nadie le había dedicado tantas atenciones. Nadie le había dicho que su cuerpo podía reaccionar así. Casi se asustó.

Sabía de sobra cómo eran las relaciones sexuales, pero si con caricias en apariencia sencillas estaba flotando, ¿cómo sería llegar al final? Nunca había podido decir con exactitud si había logrado un orgasmo. No tenía con quién comparar a Carlos. Se suponía que él entendía de esas cosas, él tenía la experiencia.

En un espasmo involuntario, se aferró con ambas manos a la sábana; aquel hombre sabía muy bien lo que se hacía. Ella no, nunca antes había sentido algo de esas características. Él volvió a presionar, esta vez de forma más continua, y ella no sabía dónde agarrarse. Era tan sumamente erótico...

Cada vez que jugaba con su sexo contenía en cierto modo sus gemidos (quizás un defecto que debiera corregir). La situación: un desconocido, un hotel, sexo del bueno... sexo al fin y al cabo. La habían engañado, Carlos la había engañado.

En más de un sentido.

—Hummm —Fabiola ya no pudo reprimirse más.

—Y esto es sólo el principio —añadió él, internándose con más precisión entre sus muslos.

Oyó un sonido. Él había captado el mensaje, pero no como ella había previsto. Cuando con ambas manos le separó aún más las piernas, levantó un momento la cabeza y entonces sintió algo indescriptible. No estaba utilizando los dedos para acariciarla.

—¡Oh, Dios mío!

Ningún hombre antes le había hecho semejante caricia. Jugeteaba pasando la lengua de forma precisa, no supo muy bien cómo, pero cuando él le agarró del trasero y la levantó, acabó elevando la pelvis hasta posar las piernas sobre sus hombros, eso sí, sin dejar de sujetarse con fuerza a las sábanas. Si no fuera por ese leve contacto con algo tangible, todo parecería un sueño.

Creyó oír la risa masculina mientras la seguía atormentando; para ella no era nada gracioso, era algo maravilloso, demasiadas emociones y sensaciones con todas aquellas atenciones. ¿Por qué nadie antes le había hablado de eso?

Su cuerpo empezó a tensarse, a prepararse para algo desconocido. Fabiola no conocía aquellas sensaciones. Se asustó un poco ante las reacciones de su cuerpo; sin embargo, cerró los ojos y no opuso resistencia. Gimió y chilló ya sin control.

Cuando tras esa dulce tortura llegó al orgasmo, creyó morir. Podía decirse que, sin lugar a dudas, era su primer orgasmo; nunca antes su cuerpo había reaccionado así. Relajó las piernas y observó de reojo (aún no estaba segura de dónde había salido toda su fuerza para llegar a eso) como él se

incorporaba sin dejar de acariciarla, de mimarla, y seguía provocándola con pequeños besos y mordiscos en las piernas. Después de aquello, ya poco más podría ocurrir, lo más probable era que el tipo se diera media vuelta y se pusiera a roncar un rato. Bueno, ella aprovecharía para escabullirse sin decir adiós.

—¿Qué haces? —le preguntó, al ver se colocaba sobre ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Tú qué crees? —le contestó con humor.

No sabía cómo responder a esa pregunta y él tampoco le dio opción, porque la besó en el mismo momento en que quedaron frente a frente.

Simple y delicioso.

Un hombre que besa con esa ternura no es habitual.

Cuando él abandonó sus labios, Fabiola le devolvió la sonrisa, agradecida por todo. Acto seguido se movió, queriendo salir de debajo de él.

Estaba equivocada por completo; el beso no era el final, sino un punto y seguido.

Él se apartó, dejándola a un lado. Estiró un brazo y consiguió llegar hasta la mesilla, donde había dejado la cartera, de la que sacó con rapidez un par de condones.

Sonrió mientras rompía un envoltorio con los dientes, consciente de que ella intentaba no mirarle. Podía ser uno de esos momentos que enfrían en ambiente, así que decidió convertirlo en algo divertido.

—¿Quieres ponérmelo tú?

—No —musitó en respuesta, pues no deseaba quedar en evidencia.

En un abrir y cerrar de ojos, él se lo colocó. Fabiola no podía creérselo. ¿Con quién había ligado? ¿Con un profesional? ¡Ay, Señor! Le entró una especie de pánico escénico. Quiso moverse de nuevo; ahora que él ya no la tenía completamente atrapada tenía una posible vía de escape.

—¿Lista? —inquirió el hombre acercándose despacio, recuperando la postura anterior.

Preguntó por preguntar, porque la besó de nuevo, impidiendo que hablara, pues no eran necesarias las palabras, sólo moverse. Volvió a separarle las piernas que, de manera absurda, ella había vuelto a cerrar. Sin dejar de besarla, se agarró la erección y la frotó contra sus pliegues. La observó un instante y se hundió en ella, hasta el fondo, manteniendo la presión en sus labios; ahora sí que la tenía por completo inmovilizada.

—¿Cómo te llamas? —Clavó de nuevo su mirada en ella.

A aquellos ojos no podía negarles nada.

Ésa era la última pregunta que esperaba.

—Fabiola —dijo contra sus labios.

—Mírame, Fabiola —exigió él.

Pese a su timidez, le obedeció

Aquel desconocido tenía cierto poder sobre ella; después de todo, estaba haciendo cosas que jamás se hubiera planteado. Pero a pesar de que tenía que seguir siendo su desconocido, preguntó:

—¿Y tú? —logró decir entre jadeos.

Él seguía mirándola fijamente mientras se movía y se balanceaba, arrastrándola consigo.

—Kane. Encantado de conocerte.

En ese momento, sin saber muy bien por qué, ambos comenzaron a sincronizar el ritmo de sus cuerpos, si bien no a la perfección, sí lo bastante, de tal modo que a cada empuje de él seguía un movimiento de ella, acorde, acompasado.

Y resultaba desconcertante, a la par que satisfactorio, el hecho de que de nuevo Fabiola sintiera aquella tensión en todo el cuerpo, como si no hubiera ocurrido nada hacía unos minutos. Se dio cuenta además de que no sólo era producto de las atenciones de Kane, sino también de sus actos. Seguirlo, moverse con él, jadear y sudar añadían a toda la ecuación muchos más factores para gozar al máximo.

—Estoy a punto... —jadeó él, empujando con más brío.

—Y... y yo —acertó a decir entre gemidos.

Le encantó que él hablara con aquel tono tan ronco y excitante mientras continuaba penetrándola. Se aferró a sus hombros, tensó las piernas y cerró los ojos justo en el momento en que alcanzó el clímax.

—Eres preciosa —musitó Kane antes de embestir un par de veces más y unirse a su placer.

Se quedó unos instantes así, sobre ella, recuperando poco a poco la respiración normal, hasta que se volvió hacia un lado y se deshizo del preservativo. La observó; Fabiola continuaba con los ojos cerrados.

Ella, por su parte, no quería, o mejor dicho, no sabía muy bien qué hacer o qué decir a continuación. Pasada la euforia sexual, no deseaba meter la pata. Había buscado una aventura de una sola noche y había obtenido mucho más, superando sus expectativas. Pero todo tenía un final y era muy consciente de ello.

No terminaba de asimilar todo lo que estaba sucediendo esa noche. Él aún estaba encima y la volvió a besar con ternura, y ella, como hechizada, lo abrazó.

—Eres única —musitó Kane con ternura, consciente de que hasta la mujer más experimentada en los rollos de una noche agradecía las palabras afectuosas.

Nunca antes le habían dedicado ese cumplido y precisamente tenía que hacerlo él, un extraño.

A pesar de sentirse satisfecha quería salir cuanto antes de allí, pero Kane parecía no opinar lo mismo; la abrazaba con ternura, como si tuvieran una larga relación, de esas que parecen imposibles, y jugueteaba con su pelo. Fabiola no sabía cómo levantarse sin dar la sensación de que tenía prisa; no sabía qué hora era y mirar el reloj en esas circunstancias es del todo desaconsejado.

Intentando aparentar normalidad, se deshizo de su abrazo con la intención de refugiarse en el cuarto de baño. Hasta donde ella sabía, eso era de lo más

normal.

Mientras se dirigía al aseo, sintió que los ojos de Kane le quemaban la espalda. Era increíble, extraño, que aún no se hubiera dado la vuelta y estuviera roncando, sin prestarle la menor atención.

Algo avergonzada, pero bendiciendo la penumbra de la habitación, consiguió llegar al cuarto de baño. Cuando encendió la luz y se miró en el espejo, casi no se reconoció. Ella no era así, nunca lo había sido, y a pesar de los remordimientos, los asquerosos remordimientos, se volvió a mirar, esta vez con los ojos de una mujer saciada, satisfecha y en apariencia segura de sí misma. Al menos necesitaba pensar de ese modo, con independencia de si mañana o pasado se avergonzaría de ello. Pero ahora no, tenía que saborearlo, verlo como un grato recuerdo, algo que jamás podría compartir con nadie de su entorno.

Por fin sabía lo que era un orgasmo.

No, ahora sabía lo que eran dos.

Se dio una ducha rápida y, mientras se enjabonaba y sus manos extendían el gel de baño, rememoraba de forma muy gráfica las caricias que acababan de hacerle.

Lo que más la sorprendió era que no estaba dolorida. Miró su piel, no tenía marcas; al menos esperaba algo, después de cómo se habían comportado los dos. Era extraño.

Necesitaba seguir aparentando normalidad y por eso salió del baño. Se lo encontró recostado en la cama, ¡todavía estaba despierto! Eso le llamó aún más la atención. Ahora podía verlo con más claridad, pues él había encendido una de las lamparitas de la mesilla.

Era atractivo, de eso no cabía duda, con el pelo castaño claro, ahora despeinado, y unos bonitos ojos de los que no pudo distinguir bien el color exacto, mientras él le dedicaba la más adorable de las sonrisas.

Fabiola pensó, equivocadamente, que Kane podía malinterpretar todo lo que allí había sucedido y en ese momento, sin saber por qué, recogió su ropa

del suelo y volvió a encerrarse en el cuarto de baño.

Una no puede recibir una educación convencional y acostarse con un desconocido sin sentir remordimientos por ello. Pensó que éstos no aparecerían hasta el día siguiente, sin embargo, no fue así.

—¿Estás bien? —Kane se había levantado y acercado hasta la puerta, algo intrigado por el repentino cambio de ella.

—Sí —respondió con un hilo de voz, aún encerrada en el baño.

Tantos años pensando de una forma, incluso hablando mal de aquellas que hacían lo que ella acababa de hacer... No era posible, ella no era así.

Quizás influenciada por una forma de pensar, quería, necesitaba sentirse culpable, pero lo peor de todo era que no lo sentía, que había sido su mejor experiencia sexual. Dicho de otro modo, podía considerar que era su única experiencia sexual, en las anteriores había sido, por duro que sonase, una mujer utilizada, sin rastro de pasión.

Pensándolo bien, le resultaba más frustrante no sentirse culpable cuando se suponía que debería ser así.

De momento.

Se vistió e intentó arreglarse el pelo de una forma más o menos aceptable, pues ahora tenía que volver a casa, y coger un taxi despeinada, en plena noche, con el cabello revuelto y húmedo, no era su estilo. El «qué dirán» todavía era importante.

Cuando salió del cuarto de baño se encontró frente a frente con él, que estaba allí de pie, vestido con un escueto pantalón de deporte, con cierto aire de preocupación; no sabía exactamente cuánto tiempo había permanecido en el aseo.

—¿Te marchas? —Ella asintió—. Me gustaría que te quedaras toda la noche.

—No es posible —contestó, y se dio cuenta de que era mejor evitar su mirada.

Si permanecía allí un minuto más cedería y no sería capaz de marcharse,

pero tenía que hacerlo. Ya había ido demasiado lejos, no quería más intimidad con él. Sabía que si se quedaba terminaría por hablar de sí misma y eso era lo último que necesitaba.

Pese a que, de forma inexplicable, su cuerpo quería más.

Había echado un polvo increíble (casi se sonrojó por el mero hecho de pensar de nuevo en la palabra «polvo»), y era hora de retirarse.

—Espera un momento. —Se acercó a ella—. Buenas noches —musitó, y la besó tal como había hecho antes.

—Gracias por todo —consiguió decirle Fabiola.

—Gracias a ti.

Sin volver la vista atrás abrió la puerta, salió al corredor del hotel, con apariencia firme, y pulsó el botón del ascensor. Temía que si se demoraba demasiado él pudiera abrir la puerta e ir a buscarla.

Cuando por fin estuvo en la calle, respiró hondo y se puso a buscar a un taxi. No había querido pedir uno desde recepción.

El miedo, la vergüenza de que alguien pudiera reconocerla en ese estado... «¡A la mierda!», se dijo al montarse en el taxi.

—Todos me han mentado, me han engañado...

Capítulo 2

—Buenos días, Fabiola.

—Ah, hola, Carol —saludó de forma vaga a la recepcionista. No había dormido bien y no estaba de humor para la cháchara intrascendente de su compañera, porque si le daba pie, perdería media mañana cotilleando.

—Genaro te está esperando —la informó Carol.

El director la oficina de seguros OK, Genaro, era el cuarentón más atractivo que Fabiola había conocido; no obstante, desde el primer día había sabido esquivarlo, ya que además de peligroso, ella no hacía esas cosas en el trabajo.

No era ajena a que algunas de sus compañeras sí le hacían ojitos. Unas para ascender y otras para no aburrirse.

Ahora él estaba en franca decadencia; los excesos le estaban pasando factura, incluida una bien abultada del abogado de su exmujer.

—¿Ha llegado ya? —Era una pregunta retórica, pero aun así le extrañaba que Genaro apareciera un lunes antes de las diez, siempre tenía que revisar o bien visitar clientes. O amigos con los que tomarse un café.

—Te está esperando —le confirmó.

Eso no era buena señal.

—¿Algún mensaje?

—No. Te he dejado el correo sobre tu mesa.

—Gracias.

Pensó lo peor. Sabía que la empresa no estaba atravesando su mejor momento y que pensaban hacerles una auditoría, pero la cosa debía de ser francamente seria cuando Genaro ya estaba esperándola. Después de él, era la responsable de todo y, en más de una ocasión, era ella la que solventaba los problemas y apagaba los fuegos.

Había entrado en la compañía hacía cinco años, recién cumplidos los veintiocho, como becaria en el área de contabilidad, y poco a poco fue asumiendo más responsabilidades hasta hacerse cargo de la totalidad del área financiera. El año anterior fue además nombrada subdirectora de la oficina.

Antes de ir al despacho de Genaro, pasó por el suyo para dejar el bolso y coger su agenda. Sabía de sobra que al jefe le encantaba ponerla a prueba para ver si en alguna ocasión la sorprendía fuera de juego y a Fabiola le encantaba demostrarle que no era posible. Antes de acudir a una llamada suya, siempre recogía todo aquello que le resultara útil. Añadió la revisión de los gastos del mes pasado, así como la lista de ventas de la semana anterior.

Llamó a la puerta, esperó unos segundos por educación y se colocó bien las gafas.

—Adelante.

—Disculpa, no sabía que estabas ocupado —se excusó Fabiola, y retrocedió al ver a su jefe charlando con alguien.

—No, pasa, te estábamos esperando.

¿Te «estábamos» esperando?

Frunció el cejo, que ella supiera, no tenía ninguna reunión de personal.

—Te presento a Kane Roberts, ha llegado de Londres para realizar una auditoría.

No le dio tiempo a asumir las palabras de Genaro, pues el visitante se dio la vuelta tendiéndole la mano. Fabiola quiso gritar. ¡No podía ser, no!

Para su eterno bochorno, él parecía encantado con la escena, pues esbozó una lenta y curiosa sonrisa. Aquélla era una de las ocasiones en las que Fabiola hubiera gritado «Tierra, trágame». Nunca pensó verse involucrada en una situación semejante. Nunca... hasta ese momento.

—¡¿Qué haces tú aquí?! —disparó, arrepintiéndose al momento de haber formulado la pregunta.

Acababa de meter la pata hasta el fondo, no sólo por su tono grosero. Y lo peor de todo era que él seguía mirándola como si nada. En ese momento,

Fabiola se dio cuenta del azul de sus ojos; no había podido descubrirlo la noche del sábado y ahora era innegable la fuerza de la mirada de él. Clavada en su rostro, como queriéndola retar, ponerla a prueba, pues su espontánea y traicionera reacción le daba ventaja.

Kane también se había sorprendido, no obstante, había sabido disimularlo mejor, además, tampoco deseaba ponerla en un aprieto. Por supuesto, en privado intentaría hablar con ella, porque su curiosidad crecía por momentos. Con aquel anodino traje no se parecía en nada a la mujer que había conocido y con la que había follado el sábado por la noche.

—¿Os conocéis? —preguntó Genaro, que los miraba alternativamente a los dos esperando una respuesta, pues quería romper el incómodo silencio.

Sin embargo, ambos se mantuvieron con la boca cerrada, mirándose de reojo, lo que, por supuesto, despertó aún más los recelos de Genaro, al que sorpresas como aquélla ponían de mal humor.

—Bueno, sentaos, por favor. —Esperó a que ambos lo hicieran—. Fabiola, la situación es la siguiente, Kane está aquí para revisar todos nuestros asientos contables, ventas y demás papeles, tú ya me entiendes. Así que mientras dure su tarea deberás colaborar con él en todo lo que te solicite.

Ésa sí que era buena, colaborar con él. ¿Cómo iba a ser capaz? Genaro seguía hablando, pero ella ya no podía escucharlo, necesitaba una excusa y la necesitaba ya.

«¿Soy idiota o qué?», se preguntó.

Fuera excusas, nadie en la empresa a excepción de Genaro (y dudaba mucho que fuera capaz de hacerlo) podía explicar y mostrar todos los balances, inventarios y listados. Su jefe bien lo sabía, de lo que no tenía ni idea era de lo que había ocurrido el sábado por la noche. Y mejor así. ¿Qué pensaría de ella?

—¿Alguna duda? —preguntó Genaro al finalizar sus explicaciones.

—No, de momento no —comentó Kane sin mirarlo, más atento a su tableta.

Todo un profesional.

A Fabiola le surgieron un millón de dudas y, qué casualidad, ninguna tenía relación con la empresa. Aquel era su territorio, moverse entre libros de contabilidad no le suponía problema alguno.

—Pues a partir de mañana...

—Me gustaría comenzar cuanto antes si es posible —lo interrumpió Kane con aire inflexible.

Genaro carraspeó. No estaba acostumbrado a que alguien lo superase en autoridad. Allí era el mandamás.

—Por mí perfecto —accedió, disimulando su malestar, y le pasó la pelota a ella—. ¿Qué opinas tú, Fabiola?

Ambos hombres la miraron a la espera de una respuesta, aunque los motivos eran bien diferentes.

Genaro quería quitarse cuanto antes el problema que suponía una auditoría, sobre todo teniendo en cuenta la fama del señor Roberts. Según se rumoreaba, en su última intervención había puesto patas arriba la delegación de París y varias cabezas habían rodado, tenía fama de rompelotas. Sabía que Fabiola estaba cien por cien preparada para afrontar la situación, conocía de sobra sus aptitudes, así como el extenso conocimiento de todo lo relativo a la empresa.

Kane esperaba quizás más ansioso la respuesta de la mujer; desde luego, ella era un buen incentivo para su desagradecido trabajo. Él era muy consciente de su fama, así como de la fría y falsa cortesía con la que era recibido cada vez que ponía el pie en alguna delegación.

No había sido una excepción esta vez. Su llegada significaba que había problemas.

Sabía cómo realizar su tarea, sin dejar cabos sueltos, sin sentimentalismos, y en aquella ocasión iba a disfrutar con ello. Bueno, siempre y cuando llevar a cabo una auditoría, descubrir errores, encontrar

agujeros en la contabilidad pudiera llamarse diversión. Pero esa vez iba a ser diferente, ella estaba allí.

Fabiola no sabía cómo responder a la pregunta, desde luego era una trampa y ya había hecho el idiota una vez, sorprendiéndose más a sí misma que a su jefe por la salida de tono.

—¿Fabiola? —Genaro interrumpió sus divagaciones.

—Sí... bueno... está bien. —Se concentró en su jefe. Evitar a Kane era necesario para poder manejar la situación—. ¿Qué despacho le han asignado?

—Como la mayoría de la información necesaria está en tu oficina, y puesto que serás la encargada de mostrarle cuanto quiera, lo mejor será que trabajéis juntos en tu despacho. Si más adelante vemos que es necesario realizar cambios, lo haremos sobre la marcha —explicó, dejándole poco o ningún margen de maniobra para objetar.

—De acuerdo —dijo Kane, al que el arreglo, si sólo tenían en cuenta los aspectos laborales, le parecía bien, aunque si ponderaba los personales le venía de puta madre.

Fabiola no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Sin duda su jefe no estaba al tanto de lo ocurrido dos noches atrás, pero ¿por qué tenía que proponer eso? Ya le estaba costando Dios y ayuda mantenerse serena en aquel momento, como para encima trabajar con él codo con codo, muchas horas, en un espacio reducido.

—Genaro, yo tengo que ocuparme de otros asuntos, tengo...

—Sí, ya sé que andas liada, pero mientras dure todo este proceso he pensado que sería más práctico que atiendas al señor Roberts y estés a su lado para ofrecerle cuanto precise.

«Sabias palabras», pensó Kane.

—¿Y quién se ocupará de mis tareas?

—No te preocupes ahora por eso, yo te relevaré.

Ella puso cara de circunstancias, pues que Genaro se ocupara de sus quehaceres suponía trabajo doble cuando regresara a su puesto.

A Kane lo sorprendió la situación; rara vez, por no decir ninguna, alguien había compartido despacho con él. Por otra parte, las frases que acababa de oír eran por desgracia de lo más habituales, pero esta vez no tenían el mismo significado. Desde luego que no. Sabía el dilema interior de ella, la estaba observando. Por fuera mantenía una apariencia serena, profesional, pero eso no lo engañó, su reacción nada más verlo era toda una confesión.

Divertido con el pequeño conflicto interior que ella sin duda sufría en silencio, decidió no intervenir; su neutralidad en ese asunto podría resultar muy práctica. En otras ocasiones hubiera hecho valer su posición dentro de la empresa y exigido su propio espacio, pero la idea de encerrarse con Fabiola durante horas... era sencillamente tentadora. Dejó a un lado esa aparente cortesía de «No se preocupe, encontraremos una solución si la dama no quiere». ¿Para qué?

—Está bien —accedió ella y a ninguno le pasó por alto la falta de convicción.

—Entonces, todo arreglado. Acompaña al señor Roberts y muéstrale la empresa y cuando lo deseéis podéis comenzar. Por supuesto, si necesitáis algo de mí no dudéis en pedírmelo —añadió, todavía con la mosca detrás de la oreja.

¿Era o no era para tirarse de los pelos? Cada frase de Genaro encerraba un doble sentido. Si él supiera... pero estaba claro que el temido señor Roberts captaba el doble sentido de las palabras de su jefe. «¡Jolines! No —se corrigió—, ¡joder!» Por primera vez encontró útil un vocablo como ése, al que la gente recurría tan a menudo y que ella evitaba.

Salieron del despacho, Kane, cómo no, tras ella. Por dos motivos, ante todo por educación y el segundo, menos decente, porque quería observarla de arriba abajo. Sí, definitivamente las perspectivas no podían ser mejores.

Fabiola agradeció en silencio que él no le mencionara ni una sola vez lo ocurrido en el hotel, ni tan siquiera una leve referencia. Se limitó a seguirla por las diferentes instalaciones mostrando un moderado interés. Eso sí,

muchas de las empleadas fueron menos comedidas y, sin muchos miramientos, lo saludaron de forma afectuosa. Bueno, más bien con demasiada efusividad. Claro que muchas no sabían a qué había ido allí. Para asombro de Fabiola, él mantuvo la compostura y esquivó con habilidad algunas preguntas en apariencia inocentes.

Tras la visita de reconocimiento por las instalaciones, regresaron a la primera planta, en donde ella tenía el despacho. Fabiola notó que su pulso empezaba a descontrolarse. Al abrir la puerta, su cercanía hizo que también la temperatura se viera afectada. Y mucho. Inhaló su colonia y, sin desearlo, su mente le recordó lo que habían compartido desnudos.

No habían empezado a trabajar y ya lo veía como una tarea imposible.

Había intentado enterrar aquellas sensaciones, no obstante, tenía las de perder pues al volver a verlo intuyó que sería misión imposible. Su traicionero cuerpo iba por libre.

Sus caricias no fueron un accidente, sino una bendición. Cuando entró en el despacho de Genaro y lo vio, todas las sensaciones afluyeron de nuevo; las había mantenido en apariencia controladas por la presencia de su jefe, pero ahora, ante la proximidad de Kane ya no podía más. Estaban ahí, y él, sin hacer nada (reconocía que se había comportado de forma educada), revolucionaba sus hormonas, y ahora no estaba su jefe para utilizarlo como excusa.

—¿Entramos? —preguntó Kane, rompiendo el silencio al verla indecisa.

—Pasa —consiguió decir, un tanto desabrida.

Él recorrió con la vista el despacho, ordenado, limpio y sencillo, mientras ella se acomodaba en su silla, encendía el ordenador y se colocaba de nuevo aquellas horribles gafas. Hizo una mueca.

—¿Qué? —respondió Fabiola impertinente, ante su mueca.

—Nada, tan sólo me preguntaba por qué quieres parecer una aburrida contable —murmuró él acercándose al escritorio. La mesa era muy amplia y, al no haber otra, tendrían que compartirla, lo que significaba más proximidad.

—¿Cómo? —«Ya está», pensó, había tardado demasiado en hablar.

—Tus gafas. —Antes de que ella se pusiera más a la defensiva, se las quitó, dejándola con la boca abierta—. ¿De verdad las necesitas?

—Sí, soy miope, ¿algún problema? —le espetó irritada ante su escrutinio.

—Ninguno, pero si no estoy mal informado, creo que hay modelos mucho más «modernos» —añadió con retintín.

—Bueno, sí, ¿y qué? Las necesito para casi todo —contestó y se dio cuenta de que estaba revelando demasiado sobre sí misma.

—Ya veo —le dijo con sorna.

—¿Empezamos? —Lo mejor sería cambiar de tema, pero él le dedicó una sonrisa de lo más seductora.

Tenía que encontrar la forma de no recurrir a palabras con doble sentido. Se colocó de nuevo las gafas y luego se levantó y empezó a sacar documentos del armario situado detrás de su escritorio.

Él decidió darle una tregua, no convenía enfadarla tan pronto. Sobre todo porque estaba intrigado, la mujer que tenía enfrente era lo opuesto a la mujer con quien estuvo el sábado por la noche.

—Aquí tienes, el balance del último trimestre, los listados de ventas divididos por sectores, todos los movimientos bancarios del último ejercicio, las previsiones y objetivos, los...

—Para. —Kane colocó una mano sobre la de ella para que dejara de sacar documentos. Y buscó su mirada—. Mírame —exigió con una voz cargada de deseo. Tuvo que aclararse la garganta, porque ante todo debía conducirse con profesionalidad.

Ella intentó soltarse, pero él no se lo permitió. Se miraron el uno al otro y Fabiola fue la primera en bajar la vista.

—Vamos a dejar las cosas claras —habló ella al fin—, tú estás aquí para hacer una auditoría ¿me equivoco? —Él no dijo nada, pero la mantuvo agarrada—. Yo debo colaborar y facilitarte toda la documentación que precisas, así que... —Vio la expresión algo decepcionada de él cuando le

soltó la mano, y cambió el tono, dejando a un lado la agresividad—. Así que te ruego que dejemos a un lado lo que ocurrió. —Le tendió de nuevo la mano.

—De acuerdo —convino Kane y decidió que por el momento era lo mejor. Trabajar—. Muy bien. Empecemos —dijo, quitándose la chaqueta y aflojándose la corbata.

—¿Qué estás haciendo?

Fabiola no quería, bueno sí quería, verle de esa forma.

—Para tu información —Kane se sentó frente a ella, desabrochándose los puños de la camisa y los dos primeros botones—, si voy a aburrirme como una ostra revisando listados, calculando proyecciones y punteando asientos contables, prefiero hacerlo con comodidad.

—Perdona —musitó, llamándose tonta por haber malinterpretado aquellos gestos. Pero la tensión jugaba malas pasadas.

—Está bien, empecemos. Dame el resumen del último trimestre —le pidió Kane sin rastro de sensualidad y Fabiola se lo entregó.

Por fin pudo relajarse, mientras él empezaba a revisar los documentos; en ese aspecto se sentía segura. Estiró las piernas y sin querer le dio.

—No hace falta que hagas patente tu incomodidad machacándome la espinilla —comentó Kane con un deje burlón; la miró un instante y luego volvió a concentrarse.

—Perdona —musitó ella de nuevo.

Decidió que lo mejor era ponerse a hacer algo de inmediato. Revisar el correo electrónico era una buena idea para empezar. No obstante, le resultaba muy complicado, por no decir imposible, no echarle a él algún que otro vistazo de reojo. Parecía concentrado por completo en su tarea.

Al parecer, poco a poco el ambiente se fue relajando y cada uno se concentró en sus documentos de tal forma que fue avanzando la mañana y no surgieron más roces.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche? —le preguntó Kane sin levantar la vista, con un tono tan prosaico que, si le hubiera pedido un informe, su tono

hubiera sonado igual.

Fabiola respiró hondo. Negó con la cabeza.

—No es una buena idea —replicó, a pesar de que se moría de ganas de aceptar. No obstante debía pensar con la cabeza, nada de sentimentalismos.

—¿Por qué? —seguía sin mirarla—. Es sólo una invitación a cenar. No le des más vueltas.

—No puedo.

—¿Estás segura? —insistió Kane levantando ahora la vista para mirarla con una sonrisa un tanto burlona.

Ella parpadeó y se dio cuenta de que necesitaba oponer resistencia si quería que todo funcionara bien.

—No es una buena idea —repitió.

—¿Tú crees? —Le quitó la pluma de la mano, sobre todo para que dejara de repiquetear con ella sobre la mesa—. Fabiola, de verdad, me gustaría invitarte a cenar.

Ella lo miró. Ahora no había adoptado ese tono mitad burlón mitad seductor, sino que le había hablado de forma amable, tal como lo habría hecho cualquier hombre que invitara a una mujer.

Oyeron unos golpecitos, alguien llamaba a la puerta.

Genaro irrumpió en la oficina. «Salvada por la campana», pensó ella.

—Veo que ya estáis trabajando. Estupendo. —Se dirigió directo hacia Fabiola—. Tengo que comentarte algo, verás, necesito que me hagas un favor.

—¿De qué se trata? —preguntó ella con cautela. No sabía muy bien qué esperar de su jefe y era mejor asegurarse; aunque conocía a Genaro y si no se mostraba dispuesta a sacarle las castañas del fuego, él se vengaría de forma ladina, como por ejemplo enviándola a alguna tediosa reunión de delegados.

—Acaban de llamar de la inmobiliaria diciendo que han surgido problemas con el apartamento destinado al señor Roberts. Por lo visto, el

anterior inquilino no ha dejado la casa como se esperaba y, bueno, la reserva del hotel ha sido cancelada hoy mismo.

Kane se esperaba algo similar, por desgracia, estaba acostumbrado a que su presencia provocara ese tipo de contratiempos.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —inquirió Fabiola en tono cansado. No tenía ni idea de por dónde iban los tiros, pero desde luego no era agradable hablar de eso estando el implicado delante. Iba a tacharlos de poco profesionales, y con razón.

Kane, por el contrario, sí intuía algo. Y esperaba que se hiciera realidad.

—Había pensado que podría quedarse contigo. Sólo serán quince días. La agencia inmobiliaria ha prometido tener listo el apartamento en ese plazo. Además, tu casa es bastante amplia y, por supuesto, la empresa te compensará por ello.

Claro que era amplia. Carlos y ella habían tardado en encontrar una vivienda adecuada, porque ambos compartían la idea de tener una gran familia, bueno, hasta que su ex la dejó plantada con una hipoteca y un bonito ático de cuatro dormitorios. Y muy dolida. Muchos metros cuadrados para ella sola.

Por primera vez en la vida, Kane no se enfadó ante ese ejemplo de incompetencia. Podría haberse mostrado altanero y exigir una solución, o también comportarse como un caballero y decirle que no era necesario, que no se molestase, pero ¿para qué? Fabiola llevaba toda la mañana poniéndolo nervioso. Se estaba excitando seriamente ante la idea de ir a casa de ella.

—Fabiola, hazme ese favor personal, ¿de acuerdo? —Era curioso ver a Genaro pidiéndole algo de esa forma. Aunque ella sabía que no era una petición, sino más bien una orden.

Miró por un instante a Kane, juraría que se estaba divirtiendo de lo lindo con la conversación. Él había permanecido callado y, lo más extraño, sonriente, cuando cualquier otro en su situación ya hubiera puesto el grito en el cielo ante tal contratiempo.

—De acuerdo —convino, disimulando un poco su malestar ante aquella encerrona.

Notó la mirada de Kane fija en ella.

—Estupendo. Señor Roberts, me encargaré de que trasladen sus cosas cuanto antes. Gracias, Fabiola —añadió Genaro antes de dejarlos a solas—. Tendré en cuenta este detalle en el futuro.

—Parece que al final has aceptado cenar conmigo —comentó Kane y, dicho esto, cogió un largo listado y empezó a leerlo—. No tienes que sentirte molesta ni mucho menos incómoda.

—Parece que todo te lo tomas a broma —lo acusó ella sonando pueril.

—No te apetece dormir con el enemigo, ¿eh? —remató él la frase.

Fabiola tenía que salir de aquel despacho cuanto antes. Las cosas se estaban desarrollando de una forma totalmente inesperada y eso no le pasaba muy a menudo. Tenerlo todo bajo control era su rutina. Tener enfrente a un hombre que la descolocaba y además pensar qué hacerle cada pocos minutos... Hummm. Demasiadas fantasías por la mañana. Y lo peor de todo era que él se mostraba tan tranquilo, como si esta fuera una situación de lo más común.

Se levantó con brusquedad cuando vio cómo divagaba y se dejaba llevar por aquella corriente de excitación. O salía de allí o no respondía.

«Maldita sea.»

—¿Te pasa algo? —le preguntó él al percibir su inquietud.

—No, nada. Necesito tomar un café. —Cogió su bolso y abrió la puerta—. ¿Quieres uno? —añadió rápidamente, al darse cuenta de su falta de educación.

No sabía cómo habían salido esas palabras de su boca. Ella nunca se ocupaba de servir café.

—Gracias, me vendrá bien.

—¿Cómo lo quieres?

«Pero ¿es que ahora soy una camarera?», se preguntó en silencio.

—Solo, sin azúcar y muy caliente.

Ella tomó nota mental y lo dejó a solas. Reflexionó si lo último había sido dicho con segundas.

«Déjalo ya, Fabiola», se recordó. Aquel hombre mantenía una aparente calma que la dejaba pasmada; era capaz de provocarla con dobles sentidos sin siquiera levantar la vista de los documentos.

Kane la observó salir echando chispas. Tiró el lápiz sobre las carpetas amontonadas y soltó el aire. Estaba empalmado y si no fuera por la barrera que suponía la mesa, se habría sentido visiblemente incómodo y en desventaja.

Reacomodarse los pantalones en su presencia no resultaba nada profesional.

Si analizaba bien la situación, en realidad ella no había hecho ni de lejos nada que pudiera interpretarse insinuante como para que estuviera empalmado y deseando tirar todos los expedientes a un lado, tumbarla en aquella mesa, romperle aquellas horribles gafas y contemplar su rostro, el rostro que recordaba, entregado por completo a él. Sí, eso era en lo único en lo que podía pensar y, la verdad, no era lo más acertado; podía llegar a ser doloroso y tenía por delante casi tres meses de trabajo con ella.

Ningún hombre podía sobrevivir a eso si no centraba la atención en lo esencial.

Pero no podía negar el interés que le despertaba una mujer en apariencia sensata, vestida de forma impecable, si, por supuesto, se trataba de espantar a un hombre.

¿Qué la habría llevado a comportarse como lo hizo?

—Aquí tienes —dijo ella en voz baja para no sobresaltarlo.

—Gracias —respondió molesto porque no le permitiera coger la taza directamente de sus manos.

—¿Aburrido? —ironizó.

A Kane lo desconcertó un poco que hubiese vuelto algo más despejada y,

sobre todo, menos encorsetada. Desconcertado o no, prefería a esa Fabiola más abierta y no tan estirada.

De acuerdo, se lo tenía merecido por haber tensado la cuerda; probó el café y se lo agradeció, no era el mejor, pero había sido un detalle.

Volvió a concentrarse en los papeles, sin embargo, levantó la vista al verla sentada enfrente con una expresión indescifrable.

—¿Qué?

—Eres zurdo.

—¿Y?

—Nada, era sólo un comentario.

Resultaba una conversación de lo más absurda, aunque, dadas las circunstancias, que ella se hubiera fijado en él podría considerarse un avance. Pero a medida que fue pasando el tiempo, la esperanza de que entre ambos surgiera una conversación amigable se fue desvaneciendo.

Pasaron el resto del día trabajando en un aparente entendimiento, sólo quebrado por algún doble sentido. Fabiola tuvo que reconocer que no se sentía tan a disgusto como había previsto por la mañana.

—Por hoy he terminado —anunció Kane con voz cansada, estirándose—. ¿Nos vamos?

A Fabiola casi le da algo cuando lo vio ponerse de pie.

Aquel «¿Nos vamos?» había sonado tan natural...

—Sí, termino esto —señaló la pantalla de su ordenador— y listo —concluyó un tanto recatada.

Mientras ella, en apariencia concentrada, trabajaba en su ordenador, él se movió por el despacho y la contempló, pero cuando la pilló observándolo se fijó en la pantalla del ordenador (vacía) y le dedicó una sonrisa triunfante. Él no era el único que había pasado la mayor parte de la jornada perdiendo el tiempo.

De nuevo hubo «paseílllo» por las instalaciones, suscitando comentarios de los empleados. Muchos recelaban de él y muchas se lo comían con los

ojos.

Salieron en dirección al parking. Fabiola siguió sin decir nada. Mejor mantenerse en silencio.

Cuando se acercaron a un Mini gris plata, él se sorprendió. Ella pulsó el mando.

—Bonito coche —le dijo subiéndose.

—Gracias —fue su escueta respuesta.

El ático de Fabiola estaba situado en una urbanización privada, a las afueras de la ciudad. Kane se limitó a observar por la ventanilla, ella parecía concentrada en el tráfico y no era cuestión de molestarla. O peor aún, que se pusiera nerviosa al volante.

—Pasa —le indicó nada más abrir la puerta—. Siento que la casa no esté del todo organizada, no he tenido mucho tiempo para terminar con la decoración y esas cosas.

¿Por qué se disculpaba?

—No importa, está bien. —Kane la siguió hasta una habitación del fondo.

—El cuarto de baño —dijo Fabiola señalando una puerta—. Supongo que estarás cansado, así que prepararé algo rápido de cenar.

—No hace falta que te molestes. Además —se acercó a ella—, prefiero invitarte.

—¿A estas horas? —Fabiola negó con la cabeza—. Es imposible encontrar un sitio abierto por esta zona.

—De acuerdo, pero recuerda que te debo una cena.

—Vale —convino sin mucha convicción y lo dejó sólo en la habitación para que se instalara.

Kane sonrió, por lo menos ya no lo rechazaba de forma directa. Aunque no era el mejor modo de iniciar la convivencia, pues ahora tocaba la fase de distanciamiento y frialdad.

Deshizo su equipaje y decidió ponerse algo menos formal y más cómodo. Por supuesto, no podría andar por la casa como a él le gustaba, así que un

vaquero y una camiseta eran adecuados. Pero antes se daría una buena ducha. A lo mejor fría, nunca estaba de más prevenir.

Salió del baño bastante relajado, cómodo y algo intrigado, pues no había oído ni un solo ruido, ni radio ni televisión. ¿Dónde se había metido Fabiola? La casa era grande, cierto, pero aun así le resultaba extraño.

Fabiola, apoyada en el marco de la puerta de la cocina, lo observó salir del baño sin que él se percatara. Llegó a una conclusión: todas tenían razón, no hay nada más erótico que ver a un hombre recién duchado, empapado, con una toalla enrollada a la cintura. Por fortuna él no la había visto, ¿o sí? Se moriría de vergüenza si la descubría deleitándose como una mirona.

¿Por qué las cosas tenían que ser tan complicadas? Otra en su lugar no hubiera vacilado en aprovechar la ocasión. Un tío bueno en su casa, los dos solos. Libres. Pero maldita educación conservadora. El sábado, en un momento de locura (y con ayuda del alcohol), se dejó arrastrar y fue agradable, impresionante, se corrigió, aunque los remordimientos... ¿Merecía la pena? Se obligó a abandonar esos pensamientos e intentó buscar sólo la parte negativa. Encontró una tibia razón. Él se marcharía concluido su trabajo.

—Te he dicho que no hacía falta que cocinaras —dijo Kane asomándose a la cocina donde ella trasteaba.

—Eres un invitado, qué menos.

Prefirió no discutir y la dejó con sus cosas. Entró en el salón, pese a que le hubiera gustado echar un vistazo a su dormitorio. Observó con detenimiento los libros que ocupaban las estanterías. Grandes volúmenes de contabilidad y finanzas, otros de clásicos de la literatura. Lo normal. Se dirigió a los estantes donde parecía haber una gran colección de DVD. A éstos les dedicó más tiempo, se podía conocer muy bien a una persona por la clase de cine que veía. Fabiola era toda una romántica, su colección de películas en su mayoría eran de ese género: *Los puentes de Madison*, *Moulin*

Rouge, Orgullo y prejuicio, Titanic... ¿Follemon? Casi le da algo al ver la carátula.

¿Qué era eso?

Estaba mal fisgonear, pero la curiosidad pudo con él.

Cuando cogió el estuche de DVD se echó a reír.

—La cena está prepa... —Fabiola se paró en seco cuando vio lo que él tenía entre las manos—. No es mía —alegó en su defensa. Aun así, él continuó sonriendo burlón y ella se puso como un tomate.

—*Follemon...* —leyó, sin evitar regodearse al verla en un aprieto.

—Ni se te ocurra decir nada —le advirtió, fulminándolo con la mirada.

—No lo haré. —Colocó de nuevo el DVD en su sitio y la siguió.

Ella, irritada, le sirvió la cena, agradecida de que Kane hablara de temas inocuos. Entre bocado y bocado, lo observó, sus modales eran exquisitos.

A pesar de que se trataba de una sencilla ensalada y pasta, él se lo agradeció.

Kane hubiera preferido llevarla a cenar a un buen sitio, sin embargo a ella no le hacía mucha gracia. No estaba acostumbrado a aquella familiaridad en la cocina. En su apartamento la cocina era un espacio de tránsito donde se almacenaban las bebidas frías y se preparaba el café caliente. Rara vez permanecía allí más de lo estrictamente necesario.

Cenaron tranquilos, sin palabras que pudieran malinterpretarse; no obstante, él disponía de una información demasiado valiosa como para no aprovechar la ocasión.

—¿*Follemon?* —se guaseó, y estalló en carcajadas.

A Fabiola casi se le atraganta la fruta, él se estaba riendo sin disimulo alguno, delante de sus narices. Molesta, se levantó y le dio la espalda, queriendo hacerle saber que no le gustaba semejante actitud. Él seguía descojonándose, de forma despreocupada. Si bien era la primera vez que lo veía con una actitud tan distendida, no le gustaba que fuera a su costa.

Pero al final sucumbió y terminó riéndose también.

—¿Quieres café? —preguntó tras limpiarse una lágrima, porque de tanto reírse hasta le dolía el estómago.

—Sí —murmuró él intentando contener la risa—. Fabiola, por favor, tienes que contármelo. Me muero de curiosidad.

Ella inspiró hondo.

—Son de mi ex.

Su ex, había un ex, lo dijo con bastante amargura y desprecio. Kane dejó de reírse. Que algunas parejas disfrutasen viendo porno no era tan extraño. En cambio, la reacción de ella... Estaba claro que era un asunto doloroso, y no era por la tontería de haber encontrado una peli porno, eso era algo para reírse.

—Lo siento —dijo en un intento de que no perdiera el buen humor y evitar que regresara la Fabiola fría.

—No lo sientas —lo contradijo, y decidió ponerle al mal tiempo buena cara—. Mira el lado positivo, ahora tengo este ático para mí sola.

—Fabiola... —murmuró él, porque había notado la amargura en su voz.

—No me compadezcas —le espetó poniéndose a la defensiva.

Recogió los platos y vasos en silencio mientras Kane la ayudaba y puso en marcha el lavavajillas, dispuesta a irse a su dormitorio y dar la velada por concluida.

—Puedes ver la tele si te apetece, a mí no me molestan mucho los ruidos.

—¿Solo? —preguntó él, ya que esperaba charlar un rato, compartir sofá... Para una vez que no se hospedaba en un hotel y la compañía femenina no era para follar, le apetecía el cambio, para variar.

—Yo me levanto a las seis, tengo que asuntos que atender. Puedes organizarte como quieras, aunque salgo de aquí alrededor de las siete y media para ir a la oficina —le soltó sin coger aire.

Y luego lo dejó plantado, pasmado y sin saber qué decir.

Enfadado consigo mismo por su falta de tacto, Kane decidió que todavía no tenía ganas de irse a dormir, menos aún solo, y como por el momento no

podía contemplar otra posibilidad, pues se dirigió al salón. Una vez allí, revisó de nuevo los DVD y buscó sin éxito algo más acorde con sus gustos, pero no lo encontró.

Agradeció la tecnología que le permitiría ver la película en su idioma original. No es que tuviera problemas con el castellano, pero su lengua materna le resultaba más cómoda.

Fabiola oyó desde la cama el comienzo de *Moulin Rouge*. ¡Oh! Se la sabía de memoria. La había visto tantas veces, sobre todo en los últimos tiempos. Y la banda sonora la emocionaba de principio a fin.

Cuando comenzaron los diálogos, se extrañó; sin embargo, era lógico que Kane hubiera elegido el inglés. No le importó demasiado, podía seguir mentalmente cada escena. Si hubiera tenido algo más de valor y hubiera dejado a un lado sus prejuicios, ahora mismo estaría junto a él viendo la película. ¿Qué había de malo en ello? Pues mucho. Teniendo en cuenta la forma en que había transcurrido el día, sabía que ella misma terminaría por abalanzarse sobre él.

Y todo por una simple razón: ¡estaba excitada!

Capítulo 3

El despertador sonó como cada mañana a las seis en punto. Sin mucho interés, Fabiola se levantó. La noche pasada había sido una de las más extrañas. No había pegado ojo ni descansado lo suficiente, aunque mirándolo por el lado positivo, había sido capaz de controlarse y no volver a caer en la tentación.

Una decisión de lo más inteligente.

¿O no?

Pues no, era tonta. A pocos metros dormía un hombre al que deseaba, un hombre que la había tratado como a una auténtica mujer, seductora, atractiva, importante y no como a una muñeca hinchable apta para saciar el apetito sexual de un estúpido ignorante.

Al pasar por el salón se quedó con la boca abierta. Kane seguía allí, tumbado en el sofá, dormido, con la pantalla del televisor parpadeando. Sin poder evitarlo sintió ternura; al fin y al cabo, el pobre estaba en una casa extraña y con una anfitriona poco amistosa.

Se acercó procurando no hacer ruido para quitarle el mando a distancia de las manos y así apagar la tele. Él pareció no darse cuenta. Lo miró fijamente, no tenía muy claro si era más atractivo así, despeinado, con ropa de andar por casa, o vestido con un traje de corte impecable.

Pensó que tenía cierta gracia. Si en la oficina lo vieran así, nadie creería que, según su fama, era un implacable auditor.

No debía seguir allí embobada, mirándolo. Kane podría despertarse y sería bastante comprometido. No por él, claro está, él estaría encantado, sino por ella. Durante el día anterior había rechazado con sutileza cualquier comentario de doble sentido y ahora estaba allí como una tonta, babeando por

un hombre, babeando como una estúpida, ya que sólo tendría que abrir la boca para que Kane la complaciera al cien por cien.

Y a ciencia cierta que lo lograría. Vaya que sí.

Pero eso no sería tan sencillo desde el punto de vista emocional. Si bien podía merecer la pena a veces aparcar el lado sentimental, a ella le resultaba casi imposible, al tener ambos conceptos muy ligados. Y aunque el sábado por la noche se había lanzado de cabeza, ahora no estaba ya tan segura. A pesar de todo, aquella maldita atracción que sentía lograba crearle constantes dudas. Y, por supuesto, la necesidad de acercarse a Kane, aunque sólo fuera para poder disfrutar del olor de su piel, o incluso agradecerle algún comentario sarcástico. El caso era estar junto a él.

Pero ¿cuánto más podría aguantar aquella situación? Se puso ceñuda. Desde luego, Kane no tenía pinta de ser un tipo acostumbrado a un «no» como respuesta. Además, dado su atractivo físico, no dudaba que cualquier mujer se sintiera atraída por él.

¿Qué hacer?

¿Volver a dejarse llevar por un impulso repentino, ayudada por unas copas?

¿Disponía de alcohol en casa?

¿Resistir, pese a estar consumiéndose por dentro?

¿Marcharse a casa de sus padres?

Con brusquedad, se dio la vuelta para dirigirse a la terraza y comenzar sus ejercicios. Ese día tocaba bici estática. ¡Genial! Pero antes se acercó al armario de la entrada y sacó una manta de viaje para taparlo.

Todos los días, mientras hacía sus ejercicios, solía escuchar música para ayudarse a soportarlo, pues no encontraba nada más soporífero que el ruido de la cinta de caminar, o de la banda de la bici estática. Pero tenía un invitado. Y además necesitaba un poco de privacidad. Si bien Kane se había comportado de forma impecable, la idea de que él la viera sudando y jadeando mientras pedaleaba no le resultaba atractiva.

Para ser rigurosa, él ya la había observado jadeando y sudorosa, sin embargo, prefería no llamar más la atención. Así que se puso los cascos, eligió música en el móvil y programó la bicicleta.

Al ritmo de *Soul Makossa*, se concentró en quemar calorías. No era la mejor música del mundo, pero servía para darle a los pedales.

* * *

Kane se despertó y puso mala cara. Le dolía todo el cuerpo, no existía ningún sofá en el mundo lo suficientemente cómodo como para dormir en él sin sufrir una lesión de espalda, cuello y demás partes. Cualquiera lo sabía, pero como un estúpido parecía haberlo olvidado.

Mientras se incorporaba e intentaba que no le crujieran demasiados huesos, algo le llamó la atención: estaba tapado con una manta. No recordaba en qué punto de la película se había dormido, pero sí recordaba que en ningún momento había buscado una manta para taparse.

Curioso. Muy curioso.

Miró su reloj mientras bostezaba, casi las siete de la mañana. Estupendo, le daba tiempo a arreglarse y desayunar antes de enfrentarse primero a su «casera» y después a una jornada rodeado de informes.

Al dirigirse a su cuarto, un ruido le llamó la atención. No era muy fuerte, pero sí constante, por lo que, curioso, se dispuso a averiguar de qué se trataba. Hizo una mueca al resolverse el misterio. Aquella mujer necesitaba de manera urgente un asesor personal. Nadie en su sano juicio utilizaba ese tipo de ropa deportiva. Al mismo tiempo, no dejaba de mirarla divertido, pues parecía muy concentrada en su tarea.

En el acto recordó las curvas y recovecos de su cuerpo y entendió el motivo de que, a pesar de lucir atuendos propios de señoras de sesenta años o más, tuviese una figura envidiable. Intrigado, se acercó con sigilo; ella parecía absorta, tarareando algo.

Sin más, se le colocó delante y, sin darle tiempo para reaccionar, acunó su

cara y atrapó sus labios.

Fabiola mantenía las manos en el manillar mientras notaba la presión de unos labios instándola a separar los suyos para profundizar. No debía, pero aun así lo hizo. Permitió que él se internara en su boca y hasta gimió. Disfrutó, aferrada al manillar, excitándose sin poder evitarlo, consciente de que no podía tocarlo bajo ningún concepto. Hacerlo sería comparable a una catástrofe.

—Buenos días —susurró él apartándose despacio, sin dejar de mirarla a los ojos.

Sudada, despeinada, confusa y excitada. Puede que la ropa fuera horrible, pero los pezones se le marcaban.

—Buenos días —respondió Fabiola parpadeando, porque aquellos ojos tan azules ejercían sobre ella una especie de poder difícil de esquivar.

—Una pregunta. —La recorrió con la mirada, mejor dicho, la desnudó y envió mentalmente aquella ropa a la basura—. ¿Por qué eliges un atuendo deportivo procedente de Los Ángeles 84?

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

—No es asunto tuyo —le espetó y bajó de la bici, dejándolo con la palabra en la boca.

¿Cómo se atrevía?

De acuerdo, tanto los pantalones como la camiseta eran bastante antiguos, lo admitía, sin embargo, ésa no era la cuestión. ¿Y a él qué más le daba? Además, para hacer deporte en casa era suficiente.

Pero lo que más la intrigaba no era ese comentario, que no dejaba de ser una anécdota, sino el beso que él había iniciado y al que le había respondido. Desde luego, ahora Kane no iba a tener ninguna clase de dudas, y ella tampoco. Entre ambos existía una fuerte atracción. Otra vez dudas y más dudas, a la mierda con las dudas. Aunque en el fondo reconocía que no era

tan valiente; la forma de actuar durante tantos años, la educación recibida eran una carga muy fuerte.

Casi llorando al ver que era las dos caras de la misma moneda, la señorita remilgos y la mujer atrevida, se dirigió a su vestidor.

Más calmada tras la ducha, se vistió y se alegró al oler el café recién hecho. Bueno, algo tenía de positivo compartir piso con un hombre acostumbrado a vivir solo. Sabía preparar café.

Lo encontró en la cocina, hasta ahí todo normal, pero para lo que no estaba preparada era para verlo tan impresionante, ésa era la definición perfecta. Ataviado con un traje gris y camisa negra. El único toque de color era una corbata verde oscuro.

Kane se dio la vuelta al advertir su presencia. Fabiola pensó que le acercaría una taza de café, pero no fue así exactamente. En efecto, le entregó una taza de café, pero nada más hacerlo, al tener ella las manos ocupadas y habiéndose quedado un tanto embobaba por la estampa que él ofrecía, Kane, sin pedir permiso, tras observarla como lo haría un asesor de imagen, le desabotonó los dos primeros botones de la camisa, colocándole el cuello de la misma por encima de las solapas de la americana. Si bien ésta no tenía remedio, con aquel corte y el color, algo indefinible entre el verde y azul, por lo menos ya no parecía una beata.

—Agradezco que quieras hacerme sentir como en casa, primero el Mini... y después apareces como una férrea institutriz inglesa, hummm... pero —bajó la voz para susurrarle al oído— con el Mini es suficiente.

—No tiene gracia —farfulló ella, dejando la taza sobre la encimera e intentando abrocharse los botones.

—Por favor, no lo hagas... —le pidió Kane en un tono suplicante.

La sonrisa que le dedicó terminó por convencerla.

Durante el trayecto hacia la oficina, apenas hablaron. Ella condujo de forma tranquila y la música de la radio llenaba el silencio.

Ambos se instalaron en el despacho. Fabiola quería sentirse incómoda,

pero por alguna extraña razón no era así, bueno, puede que la extraña razón fueran las medias sonrisas de Kane.

Él, muy a su pesar, decidió dejar de jugar al adolescente con las miraditas y empezar en serio su trabajo. Estaba allí porque tenía instrucciones muy precisas desde la oficina central de Londres para descubrir el agujero en la contabilidad de la sucursal de seguros OK.

Ni miraditas ni besitos ni hacer manitas.

Hacía ya tiempo que los jefes sospechaban que Genaro, el director, no enviaba las cuentas reales, puesto que en los dos últimos años las cifras de ventas no eran las habituales, los gastos se habían disparado y las explicaciones no convencían a nadie. El descenso en la actividad había hecho sospechar a los directivos. Si bien podía tratarse de una mala racha, la incoherencia de las cifras respecto a las de las otras sedes no resultaban verosímiles. Además, en ese periodo se habían disparado los índices de siniestralidad en todos los ramos. Kane había sido informado de ello y, aunque su trabajo consistía en investigar las cuentas y movimientos de capital, también le habían encargado la tarea extraoficial de estar atento a cualquier posible comportamiento extraño por parte de la plantilla.

Conocía los riesgos. En París le habían encargado una tarea similar y, tras cuatro meses de intenso trabajo, descubrió que, para poder beneficiarse de una de sus empleadas, el subdirector gastaba cantidades astronómicas en regalos, hoteles y viajes, que luego cargaba en la tarjeta de la empresa con la excusa de organizar cursos de formación para sus trabajadores.

Vale, la señorita en cuestión estaba bien buena, más aún, podía casi ser adictiva, pero claro, siempre y cuando uno pagase sus adicciones con su propio capital, no con el de la compañía.

Cuando todo saltó a la luz, la chica en cuestión, tal vez aconsejada por su amante le tiró los tejos a Kane, intentando quizás proteger su fuente extra de ingresos. Sabía muy bien que no merecía la pena invertir tanto, su carrera, su

prestigio y su trabajo, por un polvo. Para eso siempre hay otras opciones y considerablemente más baratas.

Debía empezar a pensar con la cabeza y dejar a su polla de vacaciones.

¿Cómo encajaba la mujer que tenía enfrente en todo aquello? ¿Estaría al tanto de algo? Desde luego, a primera vista no lo parecía; además, ella nunca le negaba ninguna información ni documento, por extraño que pareciese. ¿Se trataba de una maniobra de distracción?

Cualquier contable con un mínimo de experiencia podía deducir que, si había algún tipo de anomalía en la contabilidad, al tener a mano todos los documentos tarde o temprano daría con él. Siempre aparecía un pequeñísimo error que significaba un hilo del que tirar. Y él era muy bueno en su trabajo.

Mientras Kane analizaba la situación, Fabiola lo observaba trabajar, otra vez, como una colegiala. ¿Qué tenía aquel hombre que hasta estando ceñudo le resultaba atractivo? Además estaba el beso de esa mañana, aun cuando ella estaba horrorosa, con un atuendo deportivo de lo más desfasado y, peor aún, sudada y con el pelo como un churro. Ese beso había resultado increíblemente dulce y tierno. No estaba acostumbrada a gestos así.

Se levantó, alegando un pretexto absurdo, y lo dejó solo.

No era habitual que bajara a la cafetería a media mañana, pero necesitaba alejarse del despacho. Por el momento. Temía que, de seguir así, ella misma sería quien tiraría todos los papeles al suelo para sentarse sobre la mesa y que Kane hiciera cuanto quisiera.

«¡Oh, Dios mío!»

—¿Estás bien? —preguntó Carol al verla pasar por la recepción.

—Sí, claro, tan sólo me he tomado un descanso —respondió, evitando sonar irritada.

—Te entiendo, estar tantas horas ahí cerrada con ese inglés debe de ser de lo más difícil —la provocó.

A Fabiola no le gustó ni un pelo el tono que Carol había utilizado.

—No tiene nada que ver —repitió su pobre excusa.

—¡Oh, vamos! ¡No me digas que no te has fijado! Todas aquí estamos completamente rendidas ante él. ¿Cómo es en las distancias cortas? ¡Tienes una suerte...! ¿Es verdad que lo has alojado en tu casa? Tú sí que sabes.

—Carol, por favor.

—Tú no te fijas en eso, ¿verdad? Por eso hoy no llevas la camisa abotonada hasta arriba. Sí, claro, perdona, estoy divagando —añadió burlona. ¡Mierda! La recepcionista era más perceptiva de lo recomendable.

—Adiós, Carol.

Como una tonta, se encerró en los lavabos. Vale, de acuerdo, la parte femenina de la empresa estaba revolucionada con Kane, comprensible. Pero ¿qué les había hecho suponer que ella reaccionaba igual?

No hacía falta responder a la pregunta.

Todos conocían las costumbres de Fabiola, su forma de vestir sobria, su comportamiento alejado de chismes. Incluso conocían su fallida historia con Carlos.

Al principio, cuando entró a trabajar, hubo voces maliciosas que la señalaban como la enchufada del jefe. Voces que tardaron en acallarse, ya que cuando pasó de becaria a contratada y después a subdirectora seguían pensando que se debía a métodos «poco profesionales». No obstante, hacía ya tiempo que aquellos maliciosos rumores se habían extinguido, sobre todo teniendo en cuenta que el tiempo se había encargado de poner a cada uno en su sitio. Día a día, con su esfuerzo y trabajo, Fabiola había callado la boca a más de uno.

Y ahora, por algo tan simple como trabajar con Kane, cosa que, por cierto, si Carol fuera un poco más inteligente sabría que era una orden directa de Genaro, todos especulaban, pero ¿sobre qué? ¿Tan sólo por llevar la camisa más abierta de lo que en ella era costumbre? Ridículo.

Nadie en la empresa podría llegar a averiguar jamás qué había pasado entre ellos fuera de la oficina, pues, por suerte, Kane no era uno de esos tipos a los que les gusta presumir de sus conquistas. Aun así la asaltó una duda, ¿y

si Genaro, intrigado por la reacción que tuvo en el despacho, había dejado caer algún comentario?

—Enhorabuena —masculló, al entrar de nuevo en su oficina, bastante disgustada.

—Gracias, aunque me gustaría saber por cuál de mis múltiples virtudes me felicitas —replicó Kane esbozando una media sonrisa.

—Tienes a todas las empleadas alborotadas —le respondió ella con un poco de malicia.

—¿Y?

Ese hombre parecía impasible, lo cual podía enfadarla aún más.

—¿No te das cuenta? Hacen todo tipo de especulaciones sobre tú y yo. A saber. ¡La mente de Carol a veces es prodigiosa!

—¿Te molesta? —inquirió Kane con ganas de conocer la respuesta. Dejó el lápiz sobre la mesa y se recostó en la silla para mirarla. Parecía enfadada de verdad y, por alguna extraña corazonada, intuía que había más, que la gente de la empresa chismorrease era de lo más normal—. ¿Quieres contármelo?

—No hay nada que contar.

Fabiola se acomodó en su escritorio, seria y distante.

—Vale, entonces deja que se imaginen lo peor —dijo irónico y arqueó una ceja antes de añadir—: O lo mejor, según se mire.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —preguntó, porque no lo entendía.

—¿Y qué quieres que haga? Salir al pasillo gritando «¡No tengo nada con Fabiola!»». Claro que después añadiría «Porque ella no quiere», y para que nadie tuviera dudas, acabaría diciendo: «Es única».

—Serás...

—Dilo, venga —la provocó divertido y lanzó un nuevo reto—: Atrévete.

—No tengo nada más que decir. Pongámonos a trabajar —exigió, queriendo zanjar el tema.

Sin embargo, Kane no estaba por la labor de dejarlo pasar.

Ella lo fulminó con la mirada, pues de aquella forma le era imposible concentrarse en su tarea. Se levantó para ir a buscar una carpeta a la estantería del fondo, convencida de que lo mejor era cerrar el pico.

—Pues yo creo que sí —la contradijo Kane.

Podía rebatirla con palabras, en cambio, optó por pasar a la acción. Se levantó y la acorraló contra el mueble archivador.

—Se me escapa el motivo por el que te ocultas, pero a mí no me engañas.

—No sé de qué me hablas.

Claro que lo sabía, aunque no podía admitirlo.

Kane se pegó a ella, sintiendo su calor, oliéndola. La tentación era fuerte. Tanto que le apartó el pelo y la besó en el cuello. Notó cómo contenía la respiración y repitió el gesto hasta oír un débil gemido. Suficiente para comprobar que no era tan inmune a él como intentaba fingir.

—Ahora no es el momento —musitó Fabiola junto a su oreja—. No quiero que la gente haga comentarios acerca de mis cualidades en el trabajo. —Y cerró los ojos, sentirlo tan cerca era justo lo que no necesitaba.

—Nadie va a cuestionar eso —afirmó él con convicción.

—No sería la primera vez. Hubo muchos rumores acerca de mi ascenso y ahora, contigo, creen que...

—Que estás durmiendo con el enemigo para prosperar —acabó de nuevo la frase por ella.

—Más o menos.

—Sólo que, a mi pesar, no es cierto. Y es una pena, créeme.

—No tiene gracia.

—Claro que no, en eso te doy la razón.

Prefirió zanjar ahí la conversación, pues sabía que tarde o temprano Kane terminaría por sacarle los colores y resultaría imposible negar la evidencia. Aun así, ¿por qué seguía él intentándolo? Cada comentario, cada mirada iban cargados de insinuaciones sexuales muy evidentes.

Ella no era espectacular y no tenía una fila de hombres a sus pies, ¿qué le

veía Kane?

Cada uno regresó a su puesto y de nuevo a las cifras, los balances y otros documentos contables, que hicieron posible que dejaran de pensar en lo que tarde o temprano acabaría ocurriendo entre ambos. Por mucho que Fabiola quisiera demorarlo o por mucho que Kane deseara acelerarlo.

—Esto no cuadra —reflexionó él, dando unos golpecitos con el lápiz sobre el monitor—. La cuenta de pagos no coincide con la suma de las cuentas de gastos.

—Eso es imposible, superviso la contabilidad antes del cierre.

—Compruébalo. Hay un desfase.

—Déjame ver. —Se estiró inclinándose sobre la mesa para leer el documento que él le mostraba—. Aquí debe de haber un error.

—Me encanta el encaje blanco.

Desde donde estaba Kane disfrutaba de una espléndida vista.

—¿Perdón?

—Ya me has oído. —Apuntó con el lápiz a su escote.

—¿Quieres dejarlo ya?

—De acuerdo —respondió, y se retiró hacia atrás para que ella pudiera acercarse más y leer mejor los varios asientos sospechosos, haciendo un gran esfuerzo para concentrarse.

—Esto no tiene sentido —dijo Fabiola, negando con la cabeza.

—Necesito revisar los movimientos bancarios de los dos últimos años. —La miró fijamente a los ojos, bajo ningún concepto quería que se sintiera señalada.

—Por supuesto, ahora mismo te los busco.

Le gustaba trabajar junto a ella, acercarse con cualquier pretexto para rozarla. Comportamiento que nunca antes había llevado a cabo. Siempre era profesional. No flirteaba con sus compañeras de trabajo, no al menos mientras duraba una auditoría. No obstante, con Fabiola todos sus principios se iban resquebrajando.

Mientras ella buscaba entre las diferentes carpetas, él se estaba poniendo enfermo viendo cómo se movía, cómo subía y bajaba de la pequeña escalera auxiliar. Sí, tras meditarlo con detenimiento, a aquella falda le sobraban quince centímetros. O más. Una abertura también podía servir.

Fabiola se percató del escrutinio al que estaba siendo sometida.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó gruñona.

—Nada —se apresuró a responder él—. ¿Son éstos los documentos que necesito?

—Dímelo —exigió ella, sosteniendo la carpeta contra su pecho como si fuera un tesoro.

—No te va a gustar...

Llevaba demasiados comentarios desfavorables sobre su ropa.

—Prueba.

—Tu falda —contestó y ella frunció el cejo.

—¿Qué narices le pasa a mi falda? —inquirió picada en su orgullo.

—¿Estás segura de que quieres oírlo? —Fabiola asintió—. Veamos, primero, no hace justicia a tus piernas, segundo, le sobran más o menos quince centímetros, tercero, creo que conoció tiempos mejores, cuarto...

—Comprendido —lo interrumpió—. Capto el mensaje. —No podía enfadarse con él, puesto que su tono no era ofensivo y, por supuesto, el comentario respecto a sus piernas era de lo más lisonjero—. Dejémoslo aquí, por favor.

Ninguno de los dos sabía con exactitud cómo habían llegado a semejante situación, pues era palpable que se esforzaban por trabajar, sin embargo, cualquier gesto los desconcentraba y volvían al punto de partida: la innegable atracción que existía entre ambos y que aumentaba minuto a minuto.

—Sólo es una apreciación —indicó él, porque no pensaba disculpase por ser sincero.

Siguieron trabajando en silencio y Kane la hacía partícipe de sus dudas respecto a las cifras e informes que iban manejando. Fabiola no se atrevió a

preguntarle directamente, pero no era tonta, no al menos en cuanto a la contabilidad se refería.

—¿Todo esto está en soporte informático?

—Por supuesto. Pero ya es un poco tarde, mañana seguiremos.

—Bueno, yo pensaba trabajar en casa.

—No me digas que eres uno de esos obsesionados por el trabajo. — Fabiola recogió su bolso—. Después de todo un día metido aquí, lo mejor es desconectar.

—Tienes razón —bajó la voz—, a mí se me ocurre otra forma mucho más divertida de hacer tiempo antes de la cena. —Volvió a su tono habitual—. Pero me temo que tú no estás dispuesta a ello. —Arqueó una ceja—. ¿O sí?

Fabiola pensó que quizás sería bueno jugar al mismo juego que él.

—Depende.

Kane cruzó los brazos, sorprendido ante aquella respuesta, esperando que Fabiola se arriesgara.

—Sorpréndeme.

Lo malo era que ella no sabía jugar bien a eso.

—Tengo aún dos habitaciones que terminar, tal vez si tú me echaras una mano...

—Vale, haremos bricolaje. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que cuando terminemos, cansados y sucios, me permitas ducharme contigo —sugirió con un tono erótico que desarmaría a cualquiera.

Y Fabiola no iba a ser una excepción.

—No sé para qué pregunto. —En el fondo la propuesta era de lo más atractiva—. Toma, con esto estarás entretenido hasta la hora de cenar. —Le entregó una memoria USB.

La cara de Kane era la de un perrito abandonado y hambriento, pero fiel a su dueña.

Capítulo 4

Kane cada vez veía con mayor claridad que, durante los dos últimos años, en la sucursal se habían estado haciendo movimientos extraños e injustificados de capital. Los de arriba no enviaban a nadie por una simple sospecha o por una bajada en las ventas.

Prefería mostrarle a Fabiola sólo lo más obvio, pues sabía que su lealtad hacia Genaro podía alterarla o, peor aún, hacer que se mostrara hostil y acabara poniéndose en su contra. Y si algo semejante llegaba a ocurrir, no sólo le jorobaría su labor como contable, sino también su vida personal.

Y de ninguna manera iba a permitir que un tercero alterase su situación con ella. Tras más de una semana compartiendo casa, no cama, los rifirrafes dialécticos eran más intensos y subidos de tono.

Pero ambos disfrutaban de esos momentos. Él lo sabía, pues ella, a pesar de enfurruñarse, terminaba disimulando una sonrisa. Ya no se encerraba a cal y canto en su dormitorio. Había ocasiones en las que le daba la impresión de que eran una verdadera pareja. Sin duda una situación anómala, pues hasta la fecha Kane nunca había compartido el espacio doméstico con una mujer. (Su hermana y su madre no contaban.)

Como todas las mañanas, ambos, obviando un poco las miradas y comentarios del resto de los trabajadores acerca de cuál sería su relación, llegaron al despacho de Fabiola y retomaron sus obligaciones.

—Señor Roberts, tengo buenas noticias —los interrumpió Genaro, entrando sin llamar. Como parecía ser su costumbre.

Kane pensó que semejante falta de educación escondía motivos más ladinos, como por ejemplo sorprenderlos en una actitud comprometida, para así disponer de una especie de salvoconducto en caso de que las cosas se pusieran feas; y se iban a poner.

—Le escucho —contestó sin mucho interés.

—Han llamado de la inmobiliaria —Kane miró a Fabiola— y en tres días, cuatro a lo sumo, ya estará disponible su alojamiento.

—Estupendo —dijo, fingiendo una sonrisa cortés y fría—. ¿Algo más?

Genaro los dejó de nuevo a solas. Kane no podía estar más descontento, por una vez que se cumplía un plazo, éste le complicaba la vida. Desde luego, prefería seguir en casa de Fabiola, no sólo para seguir con sus intentos, en vano hasta la fecha, de acercarse a ella de una forma más íntima. Pero sabía que cuando le robaba algún beso o la mortificaba con sus comentarios, ella respondía sin molestarse (no mucho, en todo caso), y ahora era una contrariedad tener que irse. Aunque iba a seguir viéndola todos los días, ya no dispondría de aquellos momentos personales restringidos al ámbito doméstico.

Lo más confuso de todo era su propia actitud: se sorprendía a sí mismo persiguiendo a una mujer a la que ya se había follado. Si se diese una vuelta por la cafetería, podría invitar a cualquier otra empleada, no era ajeno a las miradas de muchas de ellas. Incluso Fabiola había bromeado sobre ello.

Tenía dos opciones: mudarse a un apartamento que sólo Dios sabía qué aspecto tendría, o buscar la manera más convincente de permanecer junto a ella. Bueno, también había una tercera opción: que la propia Fabiola sugiriese que se quedase.

Pero no apostaba mucho por eso. A ella le costaría mucho admitirlo y, desde luego, aunque lo considerase, nunca lo diría, pues le pesaba mucho lo que comentaran al respecto en la oficina.

Fabiola, que había permanecido en silencio, se dio cuenta al instante de la sonrisa fingida de Kane y de su gesto de desagrado cuando había recibido la noticia. Y cómo enseguida había optado por concentrarse en los papeles. Ni una palabra al respecto. Extraño. Sin más, estaba de nuevo enfrascado en los documentos, con su actitud más profesional.

Esperaba que, siempre tan ácido y perspicaz cuando la situación lo

requería, hubiese soltado sin más algún comentario mortificante acerca de su separación, aunque no resultaban tan mortificadores como al principio. Le había cogido el tranquilo, ya que en el fondo siempre mantenía el respeto y eso a Fabiola le gustaba, incluso empezaba a creer que sus observaciones formaban parte de la rutina diaria.

Pero ahora parecía haberse quedado sin réplica.

—Ahora vuelvo —murmuró él y se levantó.

—¿Adónde vas? ¿Necesitas algo?

Kane le dedicó una media sonrisa marca de la casa.

—No, gracias —dijo, y salió sin más.

Extraño. Muy extraño, pensó Fabiola viéndolo marcharse.

Sin perder tiempo, Kane bajó a la recepción y le pidió a Carol el número de teléfono de la inmobiliaria. Iba a hacerlo. Ya se explicaría más tarde. Siempre y cuando tuviera algo que explicar.

La recepcionista parecía necesitar enterarse de todo, así que a Kane no le quedó otra opción que ser algo grosero. Ahora empezaba a entender a Fabiola.

Con los datos en la mano, salió en busca de un taxi y en veinte minutos ya estaba frente a una agente inmobiliaria que no dejaba de ponerle trabas.

—Vamos a ver si lo he entendido bien —decía la vendedora con tono suspicaz—, usted paga el alquiler del primer mes, pero no ocupa el apartamento, a cambio, yo llamo y me invento qué se yo para convencer a Genaro de que el apartamento no estará disponible otro mes más, ¿es eso?

—Correcto —dijo, suspirando ante su poca capacidad de convicción.

—No lo entiendo.

—No hace falta, límitese a darme los papeles y ahora mismo les abonaré el alquiler.

—Está bien —accedió la mujer—. No voy a discutir con usted.

Y al ver que su comisión no peligraba, comenzó a preparar los papeles.

—Gracias.

Salió de la oficina de la inmobiliaria, satisfecho y a la vez dudando de sí mismo. ¿Qué había hecho? No era por el dinero, eso ahora carecía de importancia, era por lo que estaba haciendo. Mejor dicho, por lo que acababa de hacer. Si la rubia teñida de la agencia metía la pata, estaba bien jodido.

Cuando volvió a la oficina, Fabiola seguía allí, con expresión interrogante. Pero más le valía permanecer callado.

—Señor Roberts —lo saludó Genaro, interrumpiendo como siempre—, siento tener que darle una mala noticia.

—Adelante —contestó sin titubear, porque conocía la noticia.

—Acaban de llamar de la agencia y nos han comunicado que, debido a una fuga de agua, el apartamento no estará listo al menos durante un mes más.

—¿Un mes? —Fabiola no se contuvo. Aunque por su expresión se veía que no estaba disgustada, más bien sorprendida, nada más.

—Sí, lo sé, Fabiola, ya sé que te dije que era por unos días, pero las circunstancias... —dijo Genaro con su tono más convincente.

—Lo entiendo —atajó ella, porque no le apetecía escuchar a su jefe.

Los dos hombres la miraron. Ninguno de los dos esperaba que accediera tan rápido y sin poner objeciones. Claro que ambos estaban sorprendidos por distintas razones.

—Gracias —le dijo Kane, una vez se quedaron solos.

—No hay de qué. ¿Seguimos?

Quería reprimir su alegría. Estaba convencido que de ella estaba encantada con la idea, pero claro, algo muy distinto era que la remilgada Fabiola lo demostrara abiertamente.

A las cinco, Kane no podía más. A pesar de estar acostumbrado a quedarse hasta tarde trabajando, calculando, rastreando, ese día, sin saber muy bien por qué, necesitaba salir de allí.

Enfrente tenía a una mujer que vestía de forma anodina, se obstinaba en usar unas gafas horribles y lo rechazaba. Pero, paradojas de la vida, lo ponía a

mil por hora.

—¡Nos vamos! —anunció, y cerró de golpe una de las carpetas con las que estaba trabajando, tiró el lápiz encima y se puso de pie.

—Aún nos queda trabajo —contestó ella.

—Necesito ir de compras. Acompáñame, por favor. —Utilizó su tono más meloso.

—Pero...

—No hay peros que valgan, nadie va a decir nada. —Le acercó su bolso, quedando implícito que estaba obligada a seguirlo.

Carol, al verlos salir, no abrió el pico, después del modo en que Kane le había respondido optó por lo más prudente, no llamar la atención.

—¿Dónde quiere el señor que lo lleve? —preguntó Fabiola con retintín.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Tú conoces la ciudad mejor que yo, llévame a la zona comercial. —Y, ladino y manipulador, tan sólo sonrió.

Ella así lo hizo. Consiguieron encontrar un parking bien situado. No sabía muy bien qué pretendía él, pero no puso objeciones.

Kane observó las diferentes tiendas hasta decidirse por la más adecuada. No le importó llevarla cogida de la mano por la calle casi arrastrándola.

—¿Se puede saber qué quieres comprar tú en una boutique de mujeres?

—Calla —le contestó, zanjando el asunto.

Nada más poner un pie dentro, ella, muy cabreada con aquella actitud, se soltó. Él aprovechó y se dirigió al mostrador para hablar con la dependienta. Fabiola observó cómo la mujer sonreía ante las palabras de Kane (nada de qué sorprenderse, pues encandilaba a diestro y siniestro), lo que sí la inquietó fue el hecho de que ambos la mirasen.

Eso era muy mala señal.

Intuición que se confirmó cuando la dependienta se acercó con una sonrisa radiante y postiza.

—Acompáñeme, por favor —dijo, señalándole los probadores.

—¿Perdón?

Se dejó llevar, pues no quería montar un escándalo. La mujer, que al principio parecía una arpía, tuvo sin embargo toda la paciencia del mundo mientras la ayudaba con las diferentes prendas. Claro que Fabiola no pudo ni meter una palabra de canto, todo se lo decía ella. Cuando al final consideró que había hecho la selección más adecuada, la invitó a salir del probador.

Mientras, Kane, cruzado de brazos, supervisaba la ropa que le ofrecían para probarse sin perderse detalle.

—¡No! —se negó ella.

—¿Qué ocurre? —inquirió Kane, y se acercó preocupado.

—Se niega a salir —contestó la vendedora, algo molesta y contrariada.

—Por favor, deja que te vea —pidió zalamero, sonriéndole a la empleada para que no se enfadara y siguiera atendiéndolos.

—¿Esto qué es, *Pretty Woman*? —replicó Fabiola sin abandonar el probador.

Kane torció el gesto ante el tono sarcástico.

—No, es *Misión imposible*. Sal de ahí.

La oyó suspirar y cruzó de nuevo los brazos. Tarde o temprano cedería. Dio unos golpecitos con los nudillos en la madera para meterle prisa.

—Fabiola...

—¿Satisfecho? —entornó la puerta enfurruñada.

—Mucho —murmuró escaneándola y después miró a la vendedora—. Nos lo quedamos todo y se lo lleva puesto.

—¿Cómo?

La mujer, por supuesto, le hizo caso a él, no sólo por su encanto, sino por la magnífica venta que iba a hacer.

Fabiola no podía dar crédito a lo que estaba pasando. Aunque enfadada por fuera, reconocía que así vestida se veía mucho mejor. Lo cierto era que la dependienta había acertado con la falda color chocolate, por encima de la rodilla sin ser minifalda, que le permitía mostrar las piernas. Además, la tela de aspecto rugoso le daba una imagen mucho más juvenil. La chaqueta a

juego, con un amplio cinturón que marcaba la cintura, y en vez de una clásica camisa blanca, la mujer había elegido un jersey rosa pálido, ajustado y de cuello alto sin mangas. Remataban el conjunto unas botas altas, de poco tacón, imitación piel.

—Ya pago yo —dijo, y casi empujó a Kane cuando él sacó su tarjeta de crédito.

—No le haga ni caso —dijo él.

Como era de esperar, la sonrisa de Kane resultó más convincente para la dependienta.

Nada más salir, él tiró a la basura la bolsa donde estaba la ropa vieja de ella. Se colocó las gafas de sol y, sin hacer caso de las airadas protestas de Fabiola, tiró de ella, casi arrastrándola. Le daba exactamente igual. Lo más probable era que, por noche, al llegar a casa, se vengase de él, pero merecía la pena.

Fabiola se fue poco a poco tranquilizando, pero Kane la pilló desprevenida al hacerla entrar a trompicones en una óptica. Nada más cerrarse la puerta, le quitó las gafas para dejarlas caer al suelo y, no contento con ello, las pisoteó a conciencia para que quedaran inservibles.

—Ahora creo que necesitarás gafas nuevas —afirmó todo ufano, con su característica sonrisa rompecorazones.

—Te odio —farfulló ella.

—No te precipites. Ya verás cuando elija tu ropa interior.

Fabiola se puso como un tomate, dos dependientes habían oído la conversación y la miraban disimulando. Y lo peor era que no se trataba sólo de una amenaza.

Dispondría de las nuevas gafas más o menos en una hora, por lo que, mientras esperaban, decidieron tomarse relajados un café. Ella aceptó, ya que era una pérdida de tiempo discutir con Kane, que había elegido los posibles modelos de gafas y, sin ningún remordimiento, había expresado su opinión a medida que iba probándose las diferentes opciones.

Pese que ella se inclinó por algún modelo, Kane se mostró inflexible, él tenía la última palabra y, para exasperación de Fabiola, tampoco dejó que abonara la cuenta.

–Dejaré que me invites a un café en compensación –le había dicho en tono sugerente mientras salían a la calle. Dando a entender, por supuesto, que podía devolverle el favor de otro modo.

Se sentaron en una terraza próxima a la óptica, Fabiola odiaba esa expresión que empezaba a serle tan familiar de superioridad que adoptaba Kane cuando se salía con la suya. Y eso era lo que siempre pasaba. Hasta pensó que le adivinaba el pensamiento, pues muchas de sus réplicas eran rápidas y la dejaban como a una boba sin respuesta.

Pero no era tonta, sabía que en el fondo había algo más. La pregunta era: ¿por qué tantas molestias? Fabiola se había mostrado verdaderamente desagradable con él, fingiéndose ofendida, aunque en el fondo agradecía todas las molestias que se tomaba. Era tan extraño que un hombre como Kane se ocupase de ella.

¿Agradecimiento por la noche que pasaron juntos? ¿Remordimientos? No, no podía ser eso, si fuera así se habría conformado con un regalo impersonal, improvisado. Jamás le hubiera prestado tanta atención.

Empezaba a comprender la clase de persona que tenía al lado. Por supuesto, era un hombre, y nada despreciable, ya estaba cansada de oírlo decir en los corrillos femeninos de la empresa y, según todas, también lo afortunada que Fabiola era.

Pero era un hombre que a pesar de mantener siempre la compostura se mostraba tierno y muy paciente con ella. Los hombres por lo general odiaban ir de compras y ni de lejos se involucraban en éstas, en caso de que hubieran sido arrastrados a acompañar a sus mujeres. En cambio, él parecía divertirse y tomarse la labor muy en serio.

No podía negar que la miraba con deseo y cuando, bien por error o bien intencionadamente, se le acercaba, esperaba alguna muestra por su parte; la

conocía, sabía hasta dónde podía tentarla, pero aun así aceptaba un «no» con deportividad. Dando muestras de que no se iba a rendir, pero lo aceptaba.

Quien no aceptaba un «no» era ella misma. No obstante, una cosa es hacerlo en teoría y otra bien distinta pasar al terreno práctico. Con Kane había experimentado, por primera vez, lo agradable, placentero y genial que podía resultar el sexo. No, definitivamente debería empezar a cambiar de idea: el sexo no es una obligación.

Podía ser el primer paso. Sí, tal vez tendría que ir asumiendo que la revisión de ideas preconcebidas y absurdas que hasta entonces había tenido era inevitable. Debería hacerse una auditoría personal. Ella conocía muy bien ese término. ¿Por qué no aplicárselo a sí misma? No iba a ser nada fácil. Más aún, teniendo a la tentación en el dormitorio contiguo. ¿Por qué no invertir la situación? Quizás tener la tentación en casa, de probada eficiencia, resultara de lo más conveniente.

—¿Qué? —le preguntó a Kane al sentirse observada.

—Nada. Llevas callada un buen rato y siento curiosidad.

—No te gustaría saber lo que estoy pensando

«¿O sí?», se preguntó a sí misma.

—Está bien —él miró su reloj—, vámonos.

—¿Debería darte las gracias?

—Tú verás. —La respuesta era la que Fabiola se merecía por ser tan impertinente.

Tras recoger las gafas nuevas, Kane permaneció callado. ¿Por qué se mostraba tan arisca? Sin decir nada, llegaron hasta el coche. Ella quería ir a casa, pero él no le insistió en cenar fuera. Ganó Kane y, a regañadientes, ella tuvo que aceptar que había sido agradable.

—Te pido disculpas por haber estado tan quejica —murmuró, tomando el postre.

—No lo sientas, disfrútalo.

Ese comentario casi la hizo reír. Kane debería, en teoría, estar enfadado,

pero no lo estaba. O al menos no lo demostraba.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Fabiola sin rastro de ironía.

—Es una inversión.

La respuesta la dejó perpleja. Claro que Kane podía no decirle la verdad. Era muy simple: tal como iba la auditoría, era consciente de que la sucursal iba a quedar patas arriba y que rodarían muchas cabezas, incluida la de ella. No era tan tonta como para no intuirlo.

Por mucho que su relación personal estuviera presente, a él no le temblaría la mano a la hora de depurar responsabilidades. Lo había visto trabajar, sabía lo concienzudo que era. De ahí que tuviera que andarse con pies de plomo. Nada de volver a intimar con él. Nada, como simples compañeros de piso. A la porra la idea de lanzarse de nuevo a sus brazos.

—Estás muy callada —comentó Kane tras alzar la mano y llamar al camarero para que le trajera la cuenta.

—Estoy cansada, nada más —alegó ella como excusa y él la dio por buena.

Llegaron a casa y, justo cuando iba abrir la puerta, él la atrapó contra la pared, besándola de una forma posesiva, exigente, sin darle otra opción que unirse al beso. Bueno, la segunda opción era menos placentera, una patada en la entrepierna; no obstante, confiaba en que Fabiola no contemplara esa posibilidad.

—¿Por qué lo has hecho?

—Era para convencerte y que me dejaras entrar —contestó con humor.

—Creo que has olvidado que vives aquí. No necesitas ninguna argucia para entrar —musitó ella, pese a que en el fondo había disfrutado.

No dejaba de sorprenderla. Pero por lo visto podía hacerlo aún más, porque la siguió hasta la puerta de su dormitorio y allí repitió la misma operación. La besó aún con más ímpetu, aplastándola contra la pared y dejando muy claro que estaba preparado, presionando su erección contra ella. No obstante, se detuvo.

—¿Me dejarás entrar ahora? —le preguntó rozándole los labios.

—No puedo —respondió Fabiola en un susurro, a un paso de rendirse.

—Está bien —se apartó de ella sin entender por qué se resistía tanto—.

Tenía que intentarlo, pero sé aceptar un «no».

Lo vio dirigirse a su habitación sin decir nada, ni siquiera le oyó maldecir o algo por el estilo. Si ese hombre recogía sus cosas y la dejaba plantada por la mañana le estaría bien merecido.

Cada uno se metió en su cuarto.

Capítulo 5

Fabiola bajó de la bicicleta estática bastante cansada. No había dormido bien, con remordimientos, no por lo que había hecho, sino por lo que había dejado de hacer. Le convenía mantenerse apartada de Kane, no obstante, cada vez le deseaba con más fuerza. Se excitaba, y mucho, estando a su lado y, de seguir así, no sabía cómo lograría contenerse.

Mientras se acercaba a la cocina para beber algo antes de ducharse, oyó toda una serie de maldiciones, tanto en inglés como en castellano. Un batiburrillo de palabrotas que la dejaron ojiplática.

¿Qué le ocurría para blasfemar de aquel modo?

Sin pensarlo dos veces, se dirigió al cuarto de baño de invitados, de donde procedían los juramentos, y abrió la puerta sin llamar.

—Uy, lo siento —farfulló y se dio la vuelta con rapidez. Kane estaba desnudo, chorreando agua y con el cuerpo enjabonado.

—Supongo que lo de la ducha fría es idea tuya —apuntó él con ironía.

—¿Qué ha pasado?

—Es evidente, ¿no? A mitad de la ducha ha empezado a salir agua fría —respondió. Cogió una toalla y, para alivio de Fabiola, se la enrolló en la cintura—. Deja de ser tan remilgada, me parece estupendo que te recrees la vista. No pasa nada.

«Vaya si pasa», pensó ella, mirando los baldosines del baño.

—Voy a mirar la caldera. —Salió del baño escopetada, porque evitar la tentación era el único modo de no caer en ella.

Comprobó con horror que la caldera se había apagado. Probó de varias formas, pero nada, no arrancaba. No se dio cuenta de que Kane estaba detrás de ella.

—Me parece que no soy el único que va a tener que darse duchas frías —

le dijo en tono juguetón.

—¿Has acabado?

—¿A qué te refieres exactamente? —inquirió sin perder el tono guasón.

—A la ducha. Voy a calentar agua, ve al baño y enseguida te la llevaré.

—Gracias —murmuró y la dejó sola en la cocina.

Fabiola se acercó con cautela al baño de invitados, no quería sorprenderle de nuevo, no por él, sino por ella misma. Recordaba su cuerpo desnudo, pero a plena luz del día. Hummm. Demasiado tentador. «Vayamos por partes», se dijo.

—Ya he acabado —le dijo él al verla entrar—, pasa sin miedo.

—Esperaré fuera —insistió recatada, sujetando una enorme olla con agua caliente.

—No me importa que veas lo que tengo que hacer.

Le quitó el recipiente y vertió el agua en el lavabo. Por supuesto, no dejó que se escapara y tiró de ella hasta sentarla en el taburete de plástico.

—Por lo menos no tendré que afeitarme con agua fría.

Fabiola se tensó y apartó la mirada, porque en su fuero interno sólo pensaba una cosa: que se le cayera la toalla.

—Te dejas solo —farfulló, haciendo amago de levantarse.

Él no se lo permitió.

—Acabaré rápido y te ayudaré, necesitarás varias ollas como ésta para poder ducharte.

—No es necesario que... —Lo intentó de nuevo, sin embargo, no podía esgrimir más excusas ridículas.

—Déjalo ya, no seas tan protestona. Y anda, cuéntame algo. Alégame el día.

La escena podría llegar a ser surrealista si no resultara tan cotidiana, allí los dos, compartiendo el baño. Él la miraba a través del espejo y le sonreía, quizás así la ayudase a aliviar su patente rigidez. Estaba claro que no se sentía cómoda. Pero qué importaba. Decidió ir más allá. Si estaba tan envarada

viéndolo afeitarse, cuando se vistiera delante de ella... Pagaría por inmortalizar el momento.

Sin más, se secó la cara, se aplicó la loción y, como la cosa más natural del mundo, tiró la toalla a un lado y Fabiola cerró los ojos como si fuera una beata, sólo le faltó santiguarse.

Él, sonriendo, por supuesto, tardó más de la cuenta en vestirse. Cualquiera oportunidad era buena para mortificarla un poco, porque tarde o temprano ella acabaría por aceptar la tensión sexual que existía entre ambos.

—He acabado, ahora te toca a ti —indicó.

—¿Perdón?

Protestó de nuevo cuando él insistió en ayudarla con su baño. Por más que Kane le prometió que se comportaría, Fabiola no terminaba de creerle y al final, como siempre, él ganó y la acompañó a su propio cuarto de baño.

Una vez dentro de la habitación de ella, se dio cuenta de que era la primera vez que entraba allí. Ya analizaría más tarde el simbolismo de todo eso. De momento colaboró con el transporte de cacharros llenos de agua caliente y después cerró la puerta del aseo. Por muy tentadora que fuera la idea de verla desnuda y mojada, intuía que aún no era el momento.

Pero se detuvo en el dormitorio. Era blanco, sin rastro de color. Todo, todo en absoluto, muebles, tapicerías, accesorios, todo blanco. Demasiado aséptico, frío, sin vida.

No pudo resistirse a echar un vistazo al armario. Al principio fue observando con cuidado las diferentes prendas allí guardadas, pero tras negar con la cabeza, no lo pensó dos veces e hizo lo que tenía que hacer...

Fabiola salió relajada del baño, aunque se paró en seco y se recolocó la toalla. Kane estaba delante del armario, moviendo las perchas, y había un montón de prendas tiradas en el suelo. A pesar de la visión de su espalda desnuda y de su pelo ligeramente despeinado y aún húmedo, no se contuvo.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó.

—Una buena obra —respondió él sin mirarla.

—Deja eso ahora mismo —exigió y lo agarró del brazo para que dejara de hurgar entre sus cosas. Claro que tuvo que soltarle, por varios motivos: tocarlo podía tener resultados impredecibles y por otro lado su toalla no estaba muy bien asegurada a su cuerpo. Se la sujetó con fuerza.

—Esto es insalvable. Veamos éstos... bueno, les daré una oportunidad. — Siguió moviendo perchas y se detuvo en seco al ver el vestido negro de tirantes que Fabiola llevaba la noche en que la conoció—. Éste me encanta. —La miró arqueando una ceja.

—Ya vale.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Es posible? ¿Unos vaqueros? ¡Vaya, señorita Del Olmo! —Los sacó del armario y los extendió.

—No seas payaso —lo reprendió—. No puedo ponerme eso.

—¿Por qué?

Entornó los ojos. Él no lo entendía y se vio obligada a explicárselo.

—Me quedan muy ajustados.

Al ver la expresión de Kane, se dio cuenta de que no debería haber hecho ese comentario.

—De eso se trata. —Le ofreció también una camisa blanca que le pareció adecuada.

—No puedo ir así a trabajar —se quejó y él suspiró, porque estaba hasta la peineta de tanta excusa absurda.

—Hoy no vamos a ir a trabajar. —Miró el reloj—. Pásame el teléfono. — Se sentó junto a ella en la cama—. ¿Hay alguien ya en las oficinas?

—Sí, supongo que sí.

—Excelente. —Marcó el número—. ¿Carol? —Pausa—. Sí, soy yo. Mira, hemos tenido un problema, la caldera ha fallado. —Miró a Fabiola—. Está histérica, como podrás suponer.

—¿Histérica? —siseó ella molesta.

—Así que me quedaré aquí hasta solucionar esto. —Esperó a que la recepcionista hablara—. Carol, guapa, no tengo tiempo para tonterías, piensa

lo que te dé la gana, de todas formas lo vas a hacer. Ahora, si me haces el favor...

—¿Histérica? —repitió Fabiola, pero él no le hizo ni caso.

—Búscame el número del servicio técnico —prosiguió Kane—. Gracias, espero. —Tapó el auricular y se volvió hacia ella, que parecía cabreada, y le regaló una sonrisa—. Envíame un mensaje con los datos. Gracias.

—¿Histérica?

—Algo tenía que decirle para justificar que nos quedáramos en casa —alegó él, respondiendo a su enfado por el término elegido.

—No conocía tus dotes de mando —le espetó sarcástica.

—Pues aún no has visto nada —aseveró Kane.

Justo en ese instante su móvil pitó, leyó el mensaje y marcó un número de teléfono.

Se levantó y caminó por la habitación mientras hablaba con el servicio técnico. Si hasta dominaba el lenguaje coloquial. Impresionante.

—¿Dónde aprendiste a hablar así? Eso no se estudia —inquirió Fabiola cuando finalizó la conversación telefónica.

—En la playa. —Ella lo miró con cara de curiosidad y él añadió—: Trabajé varios veranos aquí en la costa, de camarero.

—¿Tú? —Lo señaló con incredulidad—. No te imagino con ropa playera en un chiringuito. —Él no dijo nada—. Ya veo, sol, playa y chicas.

—Y no necesariamente en ese orden.

«Otra típica escena doméstica», pensó Fabiola, mientras Kane se agachaba para coger la ropa tirada por el suelo y hacer una bola con ella.

—¿Adónde vas con eso?

—A hacer una buena obra, ya te lo he dicho. Ahora vístete. —Señaló con la mirada los vaqueros—. Voy a preparar el desayuno, o...

—¿O qué?

—Quizás no quieras vestirme —sugirió desde la puerta.

—¡Lárgate! —chilló ella, cerrando de golpe.

Una vez sola en su dormitorio miró con recelo la ropa que según Kane debía ponerse ese día. Frunció el cejo. Ya estaba hasta el gorro de sus indicaciones, sin embargo, poco a poco relajó el gesto hasta sonreír. Tenía que reconocerlo, con un hombre así era difícil aburrirse. Por no mencionar que él no había aprovechado la oportunidad para colarse durante el baño.

La había respetado, por decirlo de alguna manera. Claro que aquellas sonrisas de niño bueno convencían a cualquiera.

Cuando entró en la cocina, se lo encontró ya vestido, pero a diferencia de otros días no llevaba uno de aquellos trajes elegantes de perfecto corte. Había elegido unos vaqueros y una de sus ligeras camisas de seda gris. ¿Todo tenía que quedarle tan bien?

Él le sirvió el café, como cada mañana.

—Tienes que contarme más de tus veranos playeros —dijo, para que el desayuno fuera más ameno.

—Muy simple, para pagarme los estudios tenía que trabajar, así que elegí por lo menos una ocupación que no me resultara aburrida y además me permitiera viajar, conocer gente, aprender un idioma, ya sabes, lo típico.

—Sí, claro — murmuró Fabiola, porque se imaginaba el resto—. Vámonos, llegaremos tarde.

Él le quitó el bolso, sacó las llaves del coche y se las guardó en el bolsillo del pantalón.

—Me las quedo como prenda —afirmó.

—Dámelas —exigió ella.

Él sonrió provocador.

—Cógelas tú misma.

—Bueno, tengo unas de repuesto —arguyó con cierta superioridad.

—¿Te refieres a las que estaban colgadas en la entrada?

—No puedes... —farfulló, al darse cuenta de la encerrona.

—Sí puedo. Ahora vámonos. De compras —aclaró.

—¿Otra vez?

Refunfuñando, llegaron al garaje. Kane sacó las llaves, ofreciéndoselas, pero ella las rechazó con un gesto muy poco femenino.

—Conduce tú —fue lo único que dijo.

No le resultó muy difícil orientarse siguiendo las instrucciones de Fabiola y, entre bufido y bufido, llegaron al centro comercial.

—Está bien, me rindo —le dijo ella mientras subían por la escalera mecánica—. Caeré en la fiebre consumista. —Él le sonrió complacido—. Pero con la condición de que me dejes pagar mis compras.

—Vale, siempre y cuando aceptes mi criterio —apuntó Kane, mostrando sus dotes de negociador implacable.

—¿También has trabajado como asesor de imagen? —inquirió con recochineo.

—No, pero contigo estoy haciendo un curso acelerado de estilismo —respondió guiñándole un ojo.

Utilizó un tono tan sugerente que Fabiola sintió un pequeño placer. Poco a poco se estaba derritiendo ante él. Ante su paciencia, su forma de comportarse, su amabilidad, porque ante su cuerpo se rindió el primer día.

Estaba claro que enfadarse con él no servía de nada.

—Me gusta más cuando te muestras comprensiva, pero aun así no pienso cambiar de parecer.

—¿Qué te haría cambiar de opinión?

Kane la miró de aquella forma tan peculiar y abrasadora.

—¿No puedes pensar en otra cosa?

—¿Y tú? —replicó él, y se echó a reír.

No cedió; en cada una de las tiendas que visitaron, supo cómo ponerla en el disparadero con sus comentarios cuando salía del probador. También hacer que se sonrojara cual tomate maduro si le dedicaba un cumplido subido de tono. Además de persuadirla para que no adquiriese alguna prenda que a él no le satisfacía.

«Una auténtica tortura», pensó Fabiola, aunque nadie antes se había

preocupado así de ella.

Eso sí, le costó bastante que Kane aflojara y le diera un respiro; tras más de tres horas recorriendo tiendas, probándose todo tipo de chaquetas, pantalones, faldas y vestidos, se lo tenía merecido.

—¿Ves lo que pasa por no ocuparte antes de tu vestuario? —preguntó él con retintín.

—No eres gracioso, ¿sabes? Llevo muchos años escogiendo mi ropa yo solita —se defendió orgullosa.

—No lo dudo.

Retomaron su actividad consumista hasta que Kane consideró que por lo menos podía salir a la calle decente durante la próxima temporada.

Llegaron al coche y Fabiola rehusó de nuevo coger las llaves. Se montó mientras él dejaba las bolsas en el maletero y en el asiento de atrás.

—Sal de ahí. No hemos terminado.

—¿Cómo que no? No tengo ganas de volver a desnudarme. ¿Tienes idea de las veces que lo he hecho hoy?

—A mí no me importa que te desnudes —comentó con ironía—, pero no, no es eso. Vamos a comer algo antes de ir a casa, te recuerdo que alrededor de las cuatro irá el de mantenimiento de la caldera.

—Ah... —A veces se comportaba como una cretina.

Tras la comida en el restaurante del centro comercial fueron a casa. De nuevo Fabiola insistió en que condujera él, total, tampoco se iba tan mal de copiloto.

El técnico de mantenimiento se presentó a la hora y suspiró aliviada. Se acabó el pasear por la casa con cacharros de agua caliente. Justo cuando él técnico se marchaba, Kane le susurró al oído:

—Se acabaron las duchas frías.

¿Qué debía pensar de eso? ¿Y si él llevaba razón y era ella quien estaba pensando siempre en el sexo? Lo dejó ahí. Si seguía con esos pensamientos iba a meter la pata de nuevo.

Al pasar por el salón, vio que Kane se había instalado en la mesa del comedor con su portátil y varios papeles.

—Creía que hoy te ibas a tomar el día libre.

—He dicho que no iba a la oficina —la corrigió él—. En ningún momento he mencionado que haría novillos. —Hizo como que se concentraba en la pantalla—. Ahora bien, siempre estoy abierto a sugerencias.

Fabiola no contestó. ¿Para qué? Sin embargo, pensó que después del día que él le había brindado estaría bien comportarse de una forma más... más... ¿correcta? No, qué horror. ¿Amistosa?... No era necesario, a ese punto ya habían llegado. ¿Cariñosa?... Tampoco, no podría controlar eso.

«Es más sencillo —se dijo—, compórtate como una mujer adulta.»

Preparó café y se sentó junto a él, ofreciéndole una taza.

—Gracias. —Kane probó el café—. Mira esto. —Giró su portátil y señaló unos datos—. Aquí hay cosas bastante raras.

Se echó hacia atrás para dejarle ver la pantalla. Cuando Fabiola se acercó a él y se inclinó, sintió el deseo de rodearle la cintura con las manos y atraerla hacia sí para sentársela encima. Repasar datos financieros de aquella forma resultaría mucho más atractivo.

—¿Por ejemplo? —preguntó ella de manera impersonal, disimulando cuánto la afectaba su cercanía.

—El número de siniestros de algunas pólizas industriales. —Fabiola escuchó sus explicaciones—. ¿Quién supervisa esto?

—Supongo que el jefe del departamento de asistencia —respondió ella, intentado buscar explicaciones por adelantado—. ¿Por qué?

—Tendré que hablar con él.

Kane volvió a colocar el ordenador frente a él y siguió trabajando. Fabiola no tenía mucho que hacer, pues no disponía de su ordenador. Tampoco le apetecía mucho dedicarse a ordenar los dos cuartos que aún estaban sin terminar.

Mientras él seguía a lo suyo, ella, sentada a su lado, se acordó de repente de lo que Kane le había contado sobre sus veranos. ¿Quién lo hubiera imaginado?

—¿De verdad que trabajaste en la costa, en un chiringuito?

—Sí —respondió sin levantar la vista del ordenador. Pese a ello, era consciente de cada uno de sus movimientos.

—Por más que lo intento, sigo sin imaginármelo.

—Era más joven. —Sacó su cartera del bolsillo trasero—. Compruébalo por ti misma. En el interior hay una foto.

Hizo una mueca cuando ella sonrió al sacarla.

—Pareces un delincuente juvenil —comentó Fabiola entre risas.

—No juzgues... Me gustaría ver qué pintas tenías tú.

Antes de devolverle la cartera, vio su carnet de conducir.

—¿Cumple años el doce de junio? —Él asintió, mientras seguía concentrado en la pantalla—. ¡No me lo puedo creer! No es posible. —Hizo una pausa—. Y cumple treinta y cinco...

Kane dejó de mirar la pantalla, se reclinó en la silla y, cruzando los brazos, la miró.

—Es la primera vez que impresiono a una mujer mostrándole la documentación —dijo sonriendo.

—Yo cumplo años el mismo día. —Ahora sí pareció más interesado en la conversación que en el ordenador.

—Cuántos.

—¿Cuántos qué?

—Años.

—¿Cuántos me echas tú? —inquirió un poco coqueta.

—No te va a gustar la respuesta —la provocó, mirándola de forma descarada.

—Prueba.

—¿Vestida o desnuda?

—¡Por favor! —se quejó—. Treinta y cuatro —le dijo, para evitar más comentarios.

—Desnuda, sin duda. —Esa respuesta le valió un golpe en el brazo—. ¿Qué esperabas? Te vistas peor que mi madre —prosiguió entre risas—. Claro que... a partir de ahora no volveré a dudar.

—¿Sabes?, tengo mis dudas acerca de por qué haces esto.

—¿El qué exactamente? Perdóname, pero quiero saber a qué te refieres, así evitaré que te ofendas —aclaró, divirtiéndose mientras la ponía a prueba.

—Estoy hablando de obligarme a cambiar mi vestuario —dijo, picada en su vanidad femenina.

—¡Ah, eso!

—¿En qué estabas pensando tú?

—En ti. —Esa declaración la trastocó—. Respecto a la ropa, es evidente. ¡Por favor! ¿Para qué te matas cada mañana haciendo ejercicio? Aun a riesgo de ganarme otra amonestación —bajó la voz—, tienes un cuerpo excelente.

—Gracias.

—De nada —contestó Kane.

Entonces Fabiola hizo algo que lo desmontó por completo: se levantó de su silla y se acercó para darle un beso en la mejilla. A pesar de que el gesto era de lo más inocuo, en realidad revelaba mucho más. Después lo dejó solo.

Solo y algo desconcertado. Cuando por fin aquella mujer se aceptase a sí misma y dejara de mostrarse tan correcta, las cosas serían más divertidas. Para los dos, por supuesto.

Trabajó durante un buen rato más. Cada vez que investigaba aparecían nuevos datos que ratificaban sus sospechas, pero lo que más lo molestaba era pensar si ella estaría involucrada. Eso sería terrible. ¿Y si había sido tan tonto como para dejarse llevar? ¿Y si Fabiola estaba actuando? Aunque remota, debía considerar esa posibilidad; cosas más raras había visto. Sin embargo, descartó la idea. Nadie podía permanecer así mucho tiempo, ninguna mujer hecha y derecha se escandalizaría por ver a un hombre desnudo ni se

mostraría tan remilgada y, por supuesto, si alguien le enviara una mujer, sería para distraerlo en la cama, no para que se aficionase a las duchas frías, aunque la caldera ya funcionase a la perfección.

Cerró el ordenador con brusquedad, estaba claro que el responsable tenía que ser Genaro, él lo supervisaba todo, lo manejaba todo y supuso que los informes que habían llegado a Londres, en los que se intentaba dar una explicación de lo ocurrido, eran obra suya. Estaba convencido de que si Fabiola hubiera redactado esos informes no aparecerían semejantes chapuzas contables, pues por lo poco que llevaban trabajando juntos se había percatado de su profesionalidad. Por eso necesitaba dejar bien claro quién era el culpable y que a ella la salpicara lo menos posible. De pronto se acordó de algo.

Algo que no habían comprado por la mañana.

Recogió los papeles esparcidos y el ordenador y lo dejó todo en su cuarto. Sin decirle nada, se marchó; aún tenía las llaves del coche, los dos juegos.

Fabiola oyó la puerta y salió del cuarto, en donde había estado encerrada como una tonta. Recorrió la casa y entró, llamando dos veces, al cuarto que él ocupaba, para evitar errores.

—¡Será posible! —exclamó, al darse cuenta de que se había marchado.

Capítulo 6

—¿Dónde has estado? —le preguntó Fabiola, abordándolo en la puerta, como si de una esposa preocupada e histérica se tratase.

—¿A ti qué te importa? —contestó él con una sonrisa.

—¿Qué llevas ahí? —Señaló la bolsa que trataba de esconder.

—¡Joder! Ni que te hubiera abandonado por... —Calló al ver la cara de ella, eso explicaba muchas cosas—. Lo siento, necesitaba un par de cosas —explicó, procurando sonar sincero.

—No importa. Pasa, no quiero discutir en la escalera —añadió, sólo por guardar las apariencias.

—Fabiola... —La siguió hasta la cocina, era evidente que no estaba bien.

—Déjalo ya, ¿quieres? Tienes razón, no es asunto mío adónde vas y qué compras.

Sin pensarlo dos veces, Kane dejó caer la bolsa al suelo y la abrazó desde atrás. Ella intentó separarse, pero al final comprendió que era tan sólo un abrazo, que él siempre respetaba sus decisiones y que no tenía por qué significar algo sexual.

Durante la cena, se mostró algo más reservada. Kane no insistió y prefirió contarle anécdotas de sus veranos en la costa, pues ella al parecer seguía sin creérselo del todo. Eso la animó un poco.

Tras recoger la cocina mano a mano, Kane, con todo su arsenal de persuasión, la convenció para que no se encerrara en su dormitorio y pasara un rato con él. La arrastró hasta el sofá casi como si fuera una niña pequeña. Buscó suficientes pañuelos, por si acaso, y se sentó junto a ella, eso sí, manteniendo las distancias.

—Empieza —le ordenó, aunque en tono amistoso—. Mientras, elegiré una peli de todas las que tienes. ¿Cuál es la que más dura?

—*Titanic*, ¿por qué?

Kane puso cara de circunstancias.

—Bueno, supongo que estará bien —murmuró, haciendo una mueca de desagrado.

—¿No la has visto? —le preguntó Fabiola, como si hubiera cometido un sacrilegio.

—No —le dijo tras encender el DVD, sentándose y preparándose para lo peor—. Ahora vas a contarme, con total tranquilidad... —Miró la carátula—. ¡Joder, si dura tres horas! —La dejó sobre la mesa—. ¿Tres horas? —repitió.

—Sí. Y no hay mucho que contar. Y acaba cuando se hunde el barco.

—No me refería a eso, pero gracias por destriparme el final. Puesto que ya he perdido interés por la película —esbozó una media sonrisa—, me dedicaré a ti... —hizo una pausa— en exclusiva.

—Kane... no me parece buena idea. —Al mirarlo, comprendió que él no la iba a dejar en paz—. Está bien, ¿por dónde empiezo?

—Por el final —sugirió amable.

Fabiola apartó la mirada, sin embargo, él no se lo permitió y la sujetó de la barbilla para que no se ocultara.

—Me dejó plantada —confesó. Aún le dolía, por eso quería evitar mirarlo, aunque Kane no cedía—. Compuesta y sin novio.

—Bueno, quizás debas pensar en la parte positiva —le dijo.

—No es tan sencillo. —Inspiró hondo—. ¿Alguna vez te han dejado plantado?

—Sí.

A ella le dio la impresión de que no se refería al mismo tipo de abandono.

—¿Y qué hiciste?

—Salir adelante, pensando en ello lo menos posible.

—Si fuera tan fácil... —suspiró—. Bueno, supongo que cada persona se toma las cosas de diferente forma.

—No creo que merezca la pena sufrir así por alguien que te deja en la

estacada, ¿no crees? Es añadir dolor innecesario —aseveró.

Sin embargo, ella no era tan pragmática.

—Puedo darte un punto de razón en eso, pero dime... ¿qué hubieras hecho tú si toda tu vida girase en torno a esa persona? ¿Si hubieras creído que era lo mejor que te podía pasar? ¿Si toda tu familia opinase lo maravilloso que es?

Saltaba a la vista que contenía las lágrimas.

—No lo sé, la verdad —respondió con sinceridad. Se sintió molesto por no saber qué decir al respecto, pues hasta la fecha no había pasado por una situación similar.

—Supongo que para vosotros es diferente, no habéis recibido una educación tan convencional como la mía.

—¿Te refieres a nosotros los ingleses?

—No me refiero a vosotros los hombres —replicó, limpiándose con disimulo los ojos.

—Eso es absurdo, no es bueno generalizar. Hay de todo, créeme, no importa si eres hombre o mujer.

—Pues en mi entorno, créeme si te digo que importa. Y mucho.

—No lo entiendo. Mírate —la recorrió con la mirada—, eres joven, inteligente, con independencia económica, ¿para qué ibas a querer aguantar a un tipo así? ¿Qué aportaba a tu vida?

—Es curioso que tú —lo señaló con un dedo— digas eso. Además, creo que ese discurso ya lo he oído antes. —Suspiró con aire de resignación—. Joven, inteligente... sí, claro. Sólo te ha faltado decir responsable y trabajadora.

—Y preciosa, con un cuerpo envidiable, apasionada. ¿Sigo? —le dijo en voz baja—. Pero ahora no quiero malentendidos.

—Pues él no pensaba igual. —Kane puso cara interrogativa—. Siempre pensó que yo era... ¿Cómo decirte...? ¿Poco excitante?

Él empezó a reírse a carcajadas.

—Perdona, perdona —intentó contenerse—. Cariño, si eso fuera verdad, no me tendrías en este estado permanente de... —Y señaló su entrepierna.

—No lo digas. —Le tapó la boca con la mano y él dejó de reírse, aunque no de sonreír. Aprovechando la situación le besó los dedos. Joder, cómo la deseaba.

Nunca quiso jugar a eso de ser el amigo comprensivo con una mujer que atravesaba malos momentos, muchos tíos aprovechaban tal circunstancia para, a lo tonto, follársela. Sí, existían muchos desaprensivos por ahí sueltos, incapaces de seducir a una dama por sus propios medios, y cualquier excusa era buena para meterla en caliente. Puede que Kane nunca se hubiera visto tan desesperado por un polvo y por tanto no habría tenido que recurrir a semejante artimaña, pero de una cosa estaba seguro: tarde o temprano volvería a disfrutar de una noche con ella. Esperaba que fuera más temprano que tarde y, a ser posible, que fuera algo espontáneo, inesperado. Repetir, de algún modo, lo que experimentó la primera noche.

Lo más probable era que para Fabiola, una vez vencidas sus reticencias, resultara increíble.

Continuó escuchándola, atento. Ella confiaba en él, al menos lo suficiente como para hablarle de sentimientos que, a la vista de su expresión, no eran fáciles de digerir.

Por su parte, se sentía un poco cohibida por estar contándole a él, un hombre, ideas tan íntimas, pero a cada confidencia, a cada vivencia, Kane escuchaba, asentía e incluso la reconfortaba. Le contó muchas cosas de su vida con Carlos, de cómo habían planeado su futuro, de por qué compraron aquella casa. Poco a poco se fue sintiendo segura, como si fuera un amigo de toda la vida. Era un encanto, sentado junto a ella aunque manteniendo la distancia física, era todo autocontrol. Y no parecía el típico tío que se hace pasar por el amiguito comprensivo para aprovecharse de la situación. Mostraba interés, tanto, que acabó contándole su primera vez. Algo de lo que no había hablado con nadie, por vergüenza, entre otros motivos.

—Fabiola, escucha bien esto —la cogió de la mano y la miró a los ojos con expresión seria—: eso es una salvajada. Mírame, no te creas esas bobadas. Una mujer tiene tanto o más derecho a disfrutar del sexo como un hombre, y no por ello sentirse culpable. ¿Me explico? Y no dejes que nadie te diga lo contrario. ¡No puedo creer que haya tipos así! ¡Cielo santo! ¡Qué mentalidad!

—Supongo que tienes razón —admitió no muy convencida.

—¿Supones? —Semejante reacción lo sorprendió—. ¡Es la verdad!

—¿Y qué debía hacer?

—De momento, mandarlo a la mierda —replicó enfadado con ella. ¿Cómo era posible que todavía intentara justificar a un tipo así?—. Lo siento, no he podido contenerme. ¿Quieres que le haga una auditoría? —inquirió en broma, como para suavizar el ambiente.

—Eso estaría bien —admitió ella con una débil sonrisa—, pero va a ser un poco difícil, trabaja para el Estado.

—Un cabrón con suerte.

Llevaban hablando más de dos horas, entre confesiones, silencios y miradas. Fabiola se sintió como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Resultaba agradable encontrar a una persona que no cuestionara de forma mordaz sus pensamientos, sus ideas, que tan sólo opinara, desde el respeto. Y lo más importante, le estaba ofreciendo un punto de vista nuevo. Era refrescante. Pero más aún resultaba agradable y la ayudaba a desterrar sus remordimientos. La noche que estuvo con él en el hotel, sin duda podría calificarse como la mejor de su vida.

Kane se percató enseguida de que la mentalidad de Fabiola tenía su origen en el núcleo familiar, ¿dónde si no?

—Es difícil deshacerse de las ideas que uno ha oído desde niña —adujo con pesar.

—Sí, en especial cuando tienes dos hermanos varones, una madre perfecta y un padre que pertenece a una asociación ultraconservadora.

—Eso explicaría bastantes cosas —reconoció él.

—No puedes hacerte una idea. —Soltó el aire en forma de desahogo—. La única vez que mi padre cedió fue cuando me permitió estudiar Económicas en vez de Derecho.

—Me temo lo peor —murmuró Kane, imprimiendo un tono divertido a su voz para que no todo fuera dramatismo.

—Has acertado. Mi padre y mis dos hermanos son abogados.

—Bueno, por lo menos tus problemas legales serán mínimos. —A ella no pareció gustarle el comentario—. Lo siento.

—¿Y tú? ¿Cómo es tu familia?

—Simple, supongo. —Se encogió de hombros—. Mis padres trabajaban en un restaurante hasta que se lo traspasaron a mi hermana y ahora viven como típicos jubilados ingleses en Benidorm.

Fabiola estaba encantada de que él también confiara en ella como para hablarle de su familia, y lo hacía con cariño, en especial cuando mencionó a su hermana Annie.

—Bueno, si se parece un poco a ti, no tendrá tantos problemas como yo —le dijo.

—No creas, los capullos insensibles no tienen nacionalidad. Se divorció el año pasado.

—Vaya...

—Está mejor ahora.

Fabiola detectó cierta dosis de cinismo en su respuesta.

—¿Y qué me dices de ti? Yo te lo he contado todo —murmuró, esperando que confiara más en ella y se sincerase.

—¿Quieres que te cuente mi primera vez? —inquirió con tono mordaz al verla más animada. No tenía reparos en hacerlo, aunque dudaba que Fabiola quisiera escucharlo.

—Sabes que no me refiero a eso —aclaró.

Aunque sí tenía cierta curiosidad.

—No me parece apropiado hablarte de las mujeres con las que he estado.
—La miró fijamente—. ¿A ti te gustaría eso?

—No te estoy pidiendo nombres. Pero... —Se encogió de hombros.

—Puedo decir, sin ánimo de parecer presuntuoso, que gozo de más experiencia que tú. —Se pasó una mano por el pelo, aquello empezaba a resultar incómodo.

—Eso no es suficiente —se quejó Fabiola y no sin razón, ya que ella había sido sincera.

—Mira, cuando viajas constantemente es muy difícil mantener una relación y... —Dudaba si hablarle de cómo, en cada ciudad que visitaba, encontraba una buena compañera de cama y sin mucho esfuerzo.

—¿Y? —insistió ella—. ¡Vamos! No voy a escandalizarme.

—¿Estás segura? —preguntó por si acaso y Fabiola asintió—. Digamos que no tengo muchas dificultades para interactuar con la gente, por decirlo de una forma sencilla...

—*Veni, vidi, vici* —completó ella la frase.

—Más o menos —admitió haciendo una mueca, pues la definición era bastante acertada.

Kane creyó que lo mejor sería desviar la conversación, no quería herir a Fabiola, que ella pensase, aunque en un principio fuese así, que era otro rollo de una noche. Sexo rápido sin más. Bueno, no tan rápido.

Pasaron unos minutos en silencio, mirando *Titanic*.

¡Joder, ahora sabía por qué no la había visto nunca! Su dosis de aguante no daba para tanto.

Vio bostezar a Fabiola y pensó que ya era hora de irse a la cama, cada uno a la suya, por descontado. (Y por desgracia.) Se levantó, indicándole con ello que la sesión de confidencias en pijama —bueno, eso no era técnicamente exacto— había acabado.

Fabiola se acercó a él, que la rechazó con sutileza. Así no quería que sucedieran las cosas, primero ella tendría que centrarse, pensar en lo que

habían hablado. Fabiola se lo agradeció con un suave beso en la mejilla, dejándole que viera el final de *Titanic*. Era lo mejor.

Kane maldijo por lo bajo. Ella había iniciado la maniobra de aproximación, por lo tanto era evidente que le deseaba, entonces, ¿qué le estaba pasando? En otras circunstancias hubiera aprovechado, sin dudarlo, la oportunidad que le había brindado. Y, para más inri, aquel último gesto, un suave roce en la mejilla, lo había excitado. Ya casi tendría que estar acostumbrado, pues con Fabiola parecía que iba a ser siempre así. Una erección permanente y un deseo voraz.

Frunció el cejo un tanto preocupado. ¿Iba a ser capaz de mostrarse tierno y considerado cuando llegara el momento de acostarse (otra vez) con ella? Ahora que conocía los detalles de su relación fallida jugaba con cierta ventaja y, por lo tanto, evitar defraudarla era una gran responsabilidad.

Apagó el DVD. Ya sabía qué ocurría al final de la película. Se encerró en su cuarto y maldijo. A dormir solo otra noche más.

¡Mierda!

Capítulo 7

—¿Dónde narices está mi ropa de deporte? —bufaba una y otra vez Fabiola. Estaba perdiendo un tiempo precioso. Tenía que hacer sus ejercicios y no encontraba por ninguna parte su precioso atuendo de Los Ángeles 84—. ¡No me lo puedo creer! —exclamó y reprimió un exabrupto al acordarse de cierto compañero de piso metomentodo.

Estaba anonadada, Kane también había pensado en eso. Sintió una punzada de culpabilidad, ahora sabía lo que traía escondido tras su escapada del día anterior por la tarde. Extendió las prendas, un pantalón pirata, ajustado, cómo no, azul grisáceo, y sudadera a juego, pero lo que más le llamó la atención fue un top de licra.

—Yo no puedo ponerme esto —masculló, sujetándolo por encima de su pecho.

De acuerdo, aceptaría el pantalón y la sudadera, pero se negaba a utilizar una prenda que le marcaba el pecho por completo. Si ya lo hacían suficientemente los pantalones, no iba ir además enseñando el ombligo. Sacó una de esas viejas camisetas que todo el mundo tiene por si acaso y se miró un instante en el espejo; desde luego, estropeaba el conjunto.

Se puso los cascos, ese día se machacaría las piernas con Avicii, empezando con la canción *Wake Me Up*. Estaba tan frustrada que se saltó el calentamiento y se puso a pedalear como si le fuera la vida en ello. Mientras estaba encima de la bicicleta, vio salir a Kane en dirección al baño. Llevaba tan sólo los bóxers.

—Ni se te ocurra mirar —se ordenó, y bajó la vista hasta la pantalla de la bicicleta estática—. Bueno, sí, mira un poco, total, él está de espaldas.

Le pareció raro que Kane ni siquiera se acercara, pues siempre lo hacía. Se encogió de hombros y pensó que quizás no había pasado buena noche.

Tras su rutina de ejercicios, se dirigió a la cocina, donde se dispuso a recuperarse del esfuerzo antes de ir a la ducha, cuando llegó él ya vestido y arreglado.

—Contigo no hay manera, ¿verdad? —Le tiró del bajo de la ajada camiseta, negando con la cabeza.

—Así estoy más cómoda —alegó ella, pero sonó poco o nada convincente.

—Y lo más horrible posible, añadiría yo. ¿Qué tiene de malo el conjunto completo?

—Kane, de verdad te lo agradezco, pero...

—Pero nada. Mañana supervisaré en persona tu sesión de ejercicios. —Fabiola lo miró ceñuda—. Creo que ya lo entiendo... lo que pasa es que te empieza a gustar que esté pendiente de ti. ¿No es eso? —bromeó—. Confiésalo.

—Detesto el humor británico, en especial por la mañana —le espetó ella, fulminándolo con la mirada.

—Ya te acostumbrarás. —Miró su reloj—. Date prisa. —Volvió a agarrarla de la camiseta—. Y deshazte de esto. O lo haré yo.

—Vale —le dijo desde la puerta. Salió y le gritó sin mirarlo—. Pero ¡tengo más!

Al llegar a la oficina, Kane, educado, eso sí, tuvo de nuevo dos palabras con Carol. La desaparición, como la misma recepcionista había descrito la misteriosa ausencia del día anterior, estaba justificada. Fabiola no dijo ni pío. Prefirió dejarlos solos y se dirigió a su oficina. Por lo visto, él no necesitaba ninguna ayuda a la hora de manejar los vocablos apropiados para poner a la chica en su sitio.

Empezaron de nuevo con el tedioso trabajo de la auditoría. Desde luego, pillar al responsable iba a ser complicado; había tantas entradas y salidas, movimientos que iban y volvían, que todo apuntaba a maniobras de despiste.

—Búscame, por favor, los datos relativos a estos siniestros —pidió Kane

sin rastro del tono cómplice que usaba en la casa. Todo profesionalidad al entregarle un listado.

—Bueno, creo que deberías hablar de esto con Toni. Él es el jefe de siniestros y no creo que le guste que yo rebusque en su despacho —adujo ella haciendo una mueca.

—A mí no me conoce y se mostrará receloso —contestó Kane con toda lógica.

Ella continuaba sin obedecer, lo que significaba que ocultaba algo respecto a su compañero. La miró en plan inquisidor, hasta que confesó.

—Vale, está bien, no tenemos una buena relación, ¿contento? —confesó Fabiola, con la vaga esperanza de zanjar ahí el asunto.

—No hasta que me lo cuentes con pelos y señales.

—¡Es calvo! —le contestó.

Kane no entendía nada.

—Esto promete. ¿Qué pasó?

—Tuvimos que ir juntos a una reunión anual en representación de la empresa y...

—No me parece tan grave.

—Cuando se presentó en el restaurante con un peluquín, yo no pude dejar de reírme —admitió sonrojándose—. De verdad, no sé qué me pasó, por lo general procuro no meterme con nadie, pero al estar acostumbrada a verlo sin pelo y...

—Eres mala —la acusó él sin perder la sonrisa.

—No, no lo soy. Yo... no pretendía ofenderle, de verdad, es buena gente, pero no me ha perdonado. Además...

—Me muero por saberlo.

—En el mismo restaurante había otros empleados. Y... el choteo fue general.

—Creo que iré yo a pedirle los datos. —Se levantó y abrió la puerta, se detuvo y la miró—. ¿Algo más que necesite saber para no meter la pata?

—Te ayudará hablar de fútbol.

Fabiola mantuvo la sonrisa. Lo cierto era que estaba de buen humor. Con Kane era fácil, desde luego.

Cuando por fin se tranquilizó y pudo concentrarse en la pantalla, Carol la interrumpió.

—Tienes visita.

—¿Yo? —Rara vez tenía visitas, su trabajo no era de cara al público—. Está bien, que pase.

Nada podría haberla preparado para aquello. Carlos. En su despacho.

—Hola, Fabiola.

—Hola —dijo tensa.

—Estás preciosa.

Y era cierto, llevaba un bonito vestido camisero caqui por encima de la rodilla y, siguiendo las instrucciones de Kane, había dejado los primeros botones sin abrochar. Sin embargo, viniendo de su ex aquello no era un halago, pues pocas veces, por no decir nunca, le hacía cumplidos.

—Al grano —exigió tensa, porque mira que era mala suerte que se hubiera presentado en su despacho justo ese día. Nunca iba a verla, pues Carlos opinaba que una vez se hubiesen casado, ella debería dejar su trabajo. Y había estado a punto de hacerlo.

—Sé que estás ocupada. Verás...

—Al grano —repitió.

No era sólo que estuviera ocupada, sencillamente estaba enfadada, y mucho, ya que él, pasando por alto una vez más la importancia de su trabajo, se había atrevido a ir allí, sin pararse a pensar que interrumpirla no era la mejor manera de que le escuchara.

—He estado reflexionando. Sé que te hice daño, pero entiéndeme, estaba confuso, desorientado..., bueno, ya sabes. Sentí pánico.

—Claro, lo entiendo —dijo más serena de lo que esperaba— y para compensar me dejás plantada y jodida. ¿Eso te ayudó?

Él dio un respingo ante ese vocabulario tan poco habitual en ella.

—No, y quiero que me perdones, sé que podemos volver a intentarlo. He hablado con tu madre y...

—¿Qué tienes tú que hablar con mi madre? —lo interrumpió, fulminándolo con la mirada. Siempre pensando en sí mismo. Qué típico.

—Es lo más lógico, dadas las circunstancias —se justificó él.

—Esto tiene gracia. Carlos, de verdad, esta vez te has superado —le recriminó, pues a la hora de jugar sucio, su ex no tenía rival.

—Fabiola, sé que fui un estúpido, lo admito, pero me he dado cuenta de que te quiero, que te echo de menos —prosiguió con su cantinela de hombre sensible, aunque no la engañaba.

Tantos tópicos en una sola frase cabrearían a cualquiera.

—¿Ya no soy una barra de hielo en la cama? ¿Ya no soy una paranoica celosa? —Se lo echó en cara porque eran algunas de las «lindezas» que más le habían dolido.

—Me equivoqué —contestó Carlos, como si eso lo arreglara todo.

—Vete de aquí. —En ese momento entró Kane—. He dicho que te largues.

—Como quieras —contestó Kane, pues entendía que era una conversación privada y se dio media vuelta dispuesto a obedecer. Ya se enteraría más tarde de qué ocurría.

—Tú no —aclaró ella y señaló a su ex—. ¡Fuera!

—Fabiola, por favor —rogó Carlos.

Ella inspiró hondo, tenía que haber alguna manera de librarse de su ex y se le ocurrió la más absurda e infantil. Pero estando Carlos presente era la única alternativa.

—Kane, ¿tú crees que soy una barra de hielo en la cama?

—No —contestó él escueto, situándose frente a su ordenador.

—Gracias.

—De nada.

—Ahora haz el favor de marcharte —repitió Fabiola mirando a Carlos.

—Por lo menos di que lo pensarás —lo intentó una vez más éste, rumiando la información.

—Eso no te conviene. Si continúo pensando en las razones para estar contigo saldrás perdiendo, te lo aseguro.

Carlos los miró a ambos. No sabía muy bien qué ocurría entre ella y su compañero de trabajo, pero no había pasado por alto el cambio de imagen de Fabiola. Sin embargo, en ese momento no quería presionarla más.

Cuando por fin se quedaron solos, Kane empezó a reírse de forma disimulada. Ella lo miró irritada ante aquella risita burlona.

—Venga, suéltalo. Te mueres por hacerlo —lo instó, cansada de las miradas de reojo y la media sonrisa irónica.

—No te va a gustar —la advirtió Kane.

—Dímelo —ordenó; a veces ese comportamiento tan sereno la desquiciaba.

—Créeme, ahora no es momento de hablar de eso. —Apartó un momento la vista de la pantalla y la miró, ella conocía aquella mirada y ya sabía interpretarla.

—Ah. —Se colocó bien las gafas y, cambiando de actitud, habló—. ¿Qué tal con Toni?

—Bien y mal. No me ha dado muchos datos, y por tu culpa, podrías haberme dicho que su equipo perdió este fin de semana, he metido la pata. Pero bueno, me ha hablado de los siniestros en cuestión, aunque sin entrar en detalles. Y eso no me gusta.

—Bueno, puedo ayudarte. Tú has hecho lo correcto, le has pedido información a la persona encargada y no ha salido bien. Yo puedo entrar en los archivos. Genaro insistió en que te prestara toda la ayuda necesaria —su voz sonó teñida de dulce venganza.

—¿Y por qué me lo dices ahora? —se quejó Kane, pero ella se quitó un instante las gafas para limpiarlas y se quedó atontado. Tuvo que concentrarse

para no babear—. Me habría evitado un encontronazo con ese hombre.

—¿Quieres o no la información?

—No me preguntes lo que quiero mirándome así, Fabiola.

Ella prefirió no contestar, no obstante, estaba encantada, claro. ¿Y qué mujer no? Kane tenía la habilidad para, sin ser maleducado, insinuarse, y por los rumores que había oído, muchas de las empleadas se planteaban de posibilidad de que fuera gay, pues no respondía a las insinuaciones de ninguna. Interesante.

Le mostró los informes completos de la base de datos, también le imprimió los mismos para que así pudiera estudiarlos con más detenimiento, pues Kane no quería levantar sospechas dentro de la oficina de hacia dónde apuntaba su investigación. Se suponía que estaba revisando la contabilidad. Pero tal como se la habían planteado, saltaba a la vista que el cada vez más evidente fraude estaba en otros departamentos.

—Mira esto —Kane le entregó unos papeles—, ¿tú qué opinas?

—Déjame ver. —Fabiola leyó con rapidez—. Así, a primera vista, diría que esta gente tiene muy mala suerte. Tres siniestros en menos de un año.

—¿Y éste también mala suerte? —Le entregó otro expediente.

—Debe de ser contagioso, están en el mismo polígono industrial.

—¿Estás segura? —Había pasado por alto ese dato—. Hazme un favor, compruébame todas las direcciones.

—Sí, más o menos todos estos locales y almacenes están ubicados en el mismo complejo empresarial —dijo, tras realizar una rápida revisión—. Pero es raro que este tipo de siniestros ocurra en locales de reciente construcción. Ese polígono no debe de tener más de tres años y las medidas de seguridad que se les exigen están acordes con la última normativa.

—¿Estás segura? —insistió, porque no podía arriesgarse.

—Míralo tú mismo, el año de construcción viene reflejado, es un dato obligatorio antes de firmar cualquier póliza, la ubicación, bueno, sólo tienes

que comprobarlo en un callejero —le aclaró, pues se conocía al dedillo el procedimiento.

Kane permaneció unos minutos en silencio, se fiaba por completo de las palabras de ella, no obstante, la experiencia le había enseñado que siempre es bueno comprobar los datos por uno mismo. En un asunto tan serio no podía arriesgarse a cometer ningún tipo de fallo. Levantó el teléfono y marcó el número de las oficinas centrales de seguros OK.

Ella lo observaba hablar. Parecía otro, la verdad, serio, sin rastro de humor. Y también era excitante.

Las cosas se estaban poniendo muy feas, eso era obvio. Empezó a pensar en quién podría ser el culpable. Mientras Kane seguía hablando, revisó de nuevo los documentos. Algo le llamó la atención.

Tecléo con rapidez los datos en el ordenador y entró en cada una de las fichas personales de los clientes. Además de la alta siniestralidad, lo curioso era que las primas que habían pagado eran ridículas.

—Todos los pagos se hicieron en efectivo.

—¿Y? —preguntó él.

—Y las primas estaban bonificadas.

—Explícate mejor. —Se situó detrás de ella para mirar los datos que le iba señalando, un error, porque también podía ver el escote y más allá—. Te escucho.

—Verás, todos los pagos referentes a siniestros se realizan mediante transferencia bancaria, al mismo número de cuenta donde el cliente tiene domiciliado los recibos, ¿me sigues? —Él no dijo nada—. Pues bien, todos estos pagos se hicieron en efectivo, pero lo curioso es que la modalidad de pago fue señalada por el agente, mira aquí, y no por el cliente, lo cual hasta cierto punto sería hasta lógico. Y lo más llamativo es que sólo aparecen dos claves diferentes, es decir, sólo dos agentes se ocuparon de esas pólizas, los mismos que las dieron de alta.

—Curioso, y qué me dices de la bonificación.

—Yo no llevo esos asuntos, pero tantos años aquí terminan por influir. Cuando a un cliente se le da de alta en función de su edad, es bastante común que, si tiene otros servicios, contratos, etc., se le hagan una serie de descuentos. No sé muy bien cómo funciona el baremo. Lo llamativo es que ninguna de estas pólizas está asociada a otro producto, ¿ves? Normalmente esta casilla estaría activada y nos permitiría acceder a la información.

—¿Cómo podemos asegurarnos? —inquirió Kane muy tenso, porque estaba llegando al meollo del asunto.

—De momento voy a copiar esta información para estudiarla con más calma. —Fabiola hizo una copia de seguridad—. Después, supongo que tendremos que hablar con Genaro.

—No.

—¿Por qué?

Fue del todo innecesario que él respondiera a esa pregunta, pues su expresión era suficiente. Aun así, dijo:

—Mira, de momento no quiero que nada de lo que tenemos aquí trascienda, ¿de acuerdo?

Fabiola se quedó paralizada ante un tono tan autoritario, desconocido para ella.

—No te sigo...

—Confío en ti, así que me ayudarás. Debes prometerme que no dirás una palabra.

—Pero...

—No hay peros. Créeme, esto es serio. No quiero sorpresas ni intromisiones.

—Piensas que Genaro... —no pudo concluir la frase, pensando lo peor de su jefe.

—De momento no quiero aventurarme, sin embargo, todo es posible. Necesito de tu discreción.

Hablaba muy serio, sin un ápice de humor ni de vacilación ni rastro de

indecisión. Mostraba absoluta y total seguridad. Ella se quedó callada, totalmente absorta ante la forma de ser de él. Cualquiera que lo viera en esos momentos jamás adivinaría lo sensible y atento que podía llegar a ser.

* * *

Los siguientes días los pasaron encerrados en el despacho, sacando datos y haciendo llamadas. Kane consiguió autorización desde la sede central para actuar según su criterio, lo cual era un evidente respaldo por parte de sus superiores.

Fabiola se debatía entre la fidelidad hacia Genaro y las evidencias de la investigación de Kane. Él parecía tan seguro... pero la confirmación eran sin duda los documentos y demás datos que poco a poco iban aclarando.

Llegó el viernes y estaba muy cansada. Aunque por norma general un trabajo de contable era aburrido y tedioso, le permitía tomarse algún que otro respiro, sin embargo, la última semana había sido de locos.

Nada más llegar a la oficina y acomodarse en su despacho, Kane empezó a reclamar más y más información y, aunque a ella no le importaba, agradecería un descanso.

—¿Puedo pasar? —preguntó Genaro, no de muy buen humor.

Mal debía de ir todo cuando llamaba antes de entrar.

—Sí, por supuesto —contestó Fabiola—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Buenos días, señor Roberts. —Casi ni lo miró, concentrándose en ella—. Necesito que vengas a mi despacho. Ya.

—Pero ahora estamos con esto. —Señaló la mesa llena de papeles.

—Fabiola, te espero en cinco minutos. —Y a continuación Genaro salió por la puerta sin despedirse.

—Esto no me gusta nada —murmuró Fabiola, negando con la cabeza.

—A mí tampoco, pero tú no te preocupes por nada —le dijo tierno—. Confía en mí, ¿vale? Ahora vete a hablar con Genaro. —Le acarició los

labios con el pulgar—. Fabiola... Nada. —Se obligó a soltarla.

Abandonó su despacho bastante aturdida; acababa de vivir uno de esos momentos intensos, cargados de sentimientos. «Confía en mí», le había dicho. ¿Acaso le quedaba otro remedio?

A pesar de la tensión que día a día soportaban ambos por cada uno de los descubrimientos que iban saliendo a la luz, Kane jamás perdía el control y al llegar a casa se comportaba de forma exquisita, aunque ella echara de menos sus comentarios subidos de tono. No sabía por qué, pero Kane había bajado la intensidad de los mismos.

Fabiola se detuvo ante la puerta de su jefe, se colocó bien el vestido, elección personal de su «compañero de piso», cómo no, algo ceñido para su gusto, pero que la hacía sentirse bien. Tan sólo la abertura lateral dejaba ver algo de sus piernas, y el gris oscuro le daba seriedad.

Se armó de valor y llamó con los nudillos.

—¡Pasa! —vociferó Genaro enfadado.

—¿Querías verme?

—¿Qué demonios os traéis vosotros dos? —le espetó sin anestesia previa. Ella dudó unos instantes. ¿A qué se refería exactamente?

—Genaro, no sé de qué me hablas.

—¿Qué coño haces tú fisgoneando en el departamento de siniestros? Eso es asunto de Toni —le gritó.

—Cálmate, yo sólo hice lo que me pediste, ¿recuerdas? Debía colaborar al máximo. No sé si fueron ésas tus palabras, pero...

—Pero ¡nada, Fabiola! —la interrumpió, era evidente que estaba cabreado—. No me queda otra alternativa que relevarte como ayudante del señor Roberts. A partir del lunes yo me encargaré personalmente de suministrarle lo que necesite, tú volverás a tus tareas habituales.

—¿Cómo? —farfulló, pues era lo último que esperaba.

—Lo que has oído, aquí mando yo.

—Está bien —contestó furiosa; sabía que discutir era una total pérdida de

tiempo—. ¿Algo más? —le preguntó con ironía.

—No.

—Bien, entonces me tomaré la mañana libre.

—Haz lo que quieras.

—No lo dudes —dijo, saliendo por la puerta.

Estaba furiosa, cabreada, colérica... No encontraba suficientes adjetivos, sin embargo, lo curioso de todo era que aquel encontronazo con su jefe venía a confirmar muchas de las suposiciones que rondaban su cabeza. Kane lo tenía claro, aunque ella siempre le había otorgado un voto de confianza, pero ahora...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kane al verla entrar cabizbaja.

—Tenías razón —comentó ella.

Él se pellizcó el puente de la nariz. Genaro se había puesto a la defensiva, eso no era bueno, ahora se encontraría con un montón de trabas para seguir investigando.

—Hay situaciones en las que no me gusta tener razón.

—Sólo una cosa más.

—Sorpréndeme. —Su tono era tranquilizador y seductor.

—A partir del lunes ya no trabajaré contigo.

—¡Estás de broma! —Ella negó con la cabeza—. No me lo puedo creer.

—Por primera vez se mostraba enfadado y levantó la voz—. ¡No pueden hacerte esto! —Se paseó enfadado por la oficina—. Nos vamos —dijo al fin, tras unos minutos de silencio.

—Sí, necesito salir de aquí.

Pese a las prisas, recogieron y ordenaron el despacho y se llevaron los documentos más comprometedores, junto con el portátil, y bajaron al parking. Sin decir nada, él se puso al volante, mostraba demasiada impaciencia, pero Fabiola no hizo ningún comentario.

Llegaron con rapidez a la casa de ella y todavía en silencio, la arrastró hasta su dormitorio.

—¿Qué haces? —se quejó ella.

—Prepara la maleta, rápido. No tenemos tiempo.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Recojo mis cosas y nos vamos.

—Oye, oye, cuando he dicho que quería irme no me he explicado bien —arguyó Fabiola frunciendo el cejo.

—Ahora no te pongas quisquillosa —retrucó Kane, saliendo por la puerta.

¿Qué tipo de influencia ejercía sobre ella? Porque, como una autómata, obedeció y preparó una bolsa de viaje.

—¿Qué llevo? —gritó, saliendo de su habitación.

—No mucho, sólo estaremos fuera el fin de semana —contestó él, gritando también desde su propio dormitorio.

En menos de media hora ambos subían a un taxi con las maletas. Kane no quiso decirle adónde iban, pero Fabiola, que conocía la ciudad mejor que él, sacó su propia conclusión.

—Un momento —lo agarró del brazo y lo hizo pararse—. ¿Adónde me llevas?

—A mi casa —contestó él.

«¿A mi casa?» ¿Qué clase de respuesta/acertijo era eso? Pero nada más entrar en el aeropuerto se dio cuenta.

—Podías, al menos, pedir mi opinión, ¿no?

—Dame tu maleta —pidió Kane y se ocupó de colocarla en la cinta del escáner.

—¿No vas a decir nada? —Él seguía pendiente del equipaje—. ¿Cómo has conseguido los billetes? ¿Y dónde voy a alojarme yo?

—Fabiola, tranquilízate, ¿quieres? Venga, pasa. —Le colocó una mano en la espalda, apremiándola a avanzar. Ella lo hizo mirándolo de reojo.

Kane no tenía tiempo ni ganas de explicaciones, conocía demasiado bien las conexiones aéreas de Londres con la mayoría de las ciudades europeas y

las compañías de bajo coste eran una bendición para estos casos.

Necesitaba alejarse de todo. A su vuelta, las complicaciones seguirían en el mismo sitio, pero al menos se relajaría un poco. Llevarse consigo tenía una explicación bien sencilla: no quería estar sin ella.

En otras ocasiones en que se presentaban problemas similares nunca había tenido dudas. Desaparecía unos días, lo que ayudaba a calmar un poco a los investigados, y después regresaba sin ningún tipo de prejuicio para terminar la tarea.

No obstante, la idea de quedarse solo en su casa todo el fin de semana no era lo que más lo entusiasmaba. Ahora estaba ella, llevaban varios días juntos y la verdad era que aquella especie de rutina que ambos llevaban a cabo resultaba estimulante y agradable. Volver cada tarde a casa y tener a alguien con quien charlar y a quien atormentar un ratito. Claro que la mayoría de las veces el atormentado era él.

Kane se mantuvo callado durante el vuelo, estaba claro que no se hallaba en su mejor momento. Por fortuna, ella no lo atosigó con preguntas. De todas formas no iba a obtener ninguna respuesta.

Capítulo 8

—Pasa, no te quedes ahí —le indicó Kane tras abrir la puerta de su casa.

Cerró con llave y sonrió. Ella no había dicho una sola palabra y no sabía si eso era un buen comienzo para su fin de semana. Tampoco tenía muchas esperanzas de que su relación avanzase, pero al menos lo pasarían bien juntos.

—No puedo creer que este aquí —suspiró al fin Fabiola.

—Yo tampoco. —Le mostró la casa y dejó las maletas en el dormitorio —. Coge tu bolso, nos vamos.

—¿Nos vamos? Acabamos de llegar. Y, por cierto, sólo hay un dormitorio.

—No te preocupes por eso, señorita remilgos —le dijo mordaz—. Te invito a cenar.

—¿Ahora? Es temprano.

—Aquí cenamos pronto.

—No sé para qué pregunto —murmuró ella siguiéndolo.

—Yo tampoco —contestó divertido.

Fabiola lo siguió hasta el garaje y, una vez allí, abrió los ojos como platos. Tenía pánico a las motos.

—Toma, ponte esto.

Él le entregó un casco y ella dio un paso atrás.

—Mejor pide un taxi —sugirió.

Kane se echó a reír y avanzó hasta acorralarla contra una de las columnas.

—Un poco de aventura no te va a hacer daño —musitó, rozándole el lóbulo de la oreja.

—He venido hasta aquí contigo. Eso ya es suficiente para mí.

—No seas timorata —replicó él, notando cómo se le aceleraba la

respiración.

Ella cerró los ojos. Ya no podía esquivar más la realidad ni lo que sentía. Sin embargo, subir a aquella moto era una prueba muy dura.

—No quiero tener un accidente —susurró.

—Das por hecho que no sé conducir una moto —replicó Kane.

—El problema soy yo, me da tanto miedo...

La besó; no le quedaba otra opción para tranquilizarla, en primer lugar, y también porque deseaba hacerlo. Empezó despacio, dejando que se sintiera confiada, y nada mejor para ello que recorrer sus labios con la punta de la lengua, humedeciéndoselos hasta que los separó y le dio acceso completo.

Fue el comienzo de algo para lo que ninguno de los dos estaba preparado y menos en medio de un garaje, así que, recurriendo a toda la fuerza de voluntad del mundo, Kane se apartó y le acarició la mejilla.

—Atrévete...

Santiguándose al colocarse el casco, Fabiola terminó por subirse a la condenada moto. Se agarró a él como si tuviera las garras de un ave rapaz y Kane tuvo que decirle con suma paciencia que se relajara, que no la dejaría caer, y que disfrutara de la potencia de la moto entre sus piernas. Sin embargo, no hubo manera y se vio obligado conducir a paso de tortuga para que ella no lo desestabilizase.

Cuando por fin se detuvo, Fabiola se bajó temblando.

—Pues todavía nos queda el viaje de regreso —murmuró él divertido.

Ella se santiguó.

* * *

Entraron de la mano (por insistencia de Kane) a un pequeño restaurante, donde el camarero los saludó con una sonrisa, pero lo que de verdad dejó a Fabiola perpleja fue la mujer que se le echó al cuello, haciéndolo tambalearse incluso.

—Ya era hora de que te viera el pelo, pedazo de golfo —le espetó la mujer—. Nos tienes abandonados a Greg y a mí.

Fabiola no quería sacar conclusiones demasiado rápido.

—Anda, suéltame que me vas a dejar hecho un cromo —rezongó él, limpiándose las marcas de carmín de la mejilla.

—¡Qué exagerado eres!

—Ven, quiero que conozcas a mi hermana Annie —dijo Kane soltando a la mujer.

—Hola, soy Annie —se presentó ella—. Y tú debes de ser Fabiola, encantada.

—Lo mismo digo —murmuró ella y se acercó para darle dos besos.

—Anda, pasad. —La mujer miró a la acompañante de su hermano disimulando una sonrisa—. Os buscaré mesa.

—Podías habérmelo dicho —le dijo Fabiola a Kane entre dientes—. Para no hacer el ridículo. —Y para no pensar cosas absurdas.

—Tranquila. —La cogió de la mano para acompañarla a la mesa que Annie les indicaba.

Por suerte, durante la cena Fabiola se relajó lo suficiente como para disfrutar del ambiente, la compañía y la comida. Lo cierto era que al lado de Kane era complicado permanecer mucho tiempo enfurruñada. Él siempre procuraba mantener la conversación viva, sin ser pesado y dándole la oportunidad de participar.

No hablaron de trabajo, todo un acierto, porque, de hacerlo, estropearían la velada.

—¡Por fin he terminado por hoy! —suspiró Annie agotada, sentándose junto a ellos.

—¿Qué tal estás? —le preguntó su hermano.

—Supongo que bien, ¿y tú? —dijo, mirando de reojo a Fabiola—. Bueno, debes saber que mi hermano es un cielo, pero rara vez cuenta más de lo necesario. Tengo que sacarle las palabras con sacacorchos.

—Lo sé —contestó Fabiola—. Y gracias por la cena.

—Oh, no hay de qué, siempre es agradable que me visite alguien de la familia —murmuró en tono de reproche hacia su hermano.

—Annie, déjalo ya.

Pero no lo dejó, era agradable ver a los dos hermanos juntos, pensó Fabiola, parecían llevarse a las mil maravillas.

—Podría contarte tantas cosas de Kane...

—... algo que no harás —remató él la frase por ella.

—Le quitas toda la gracia al asunto —se quejó Annie—. Bueno, os dejo, voy a hacer caja y cerrar.

—Gracias por todo —repitió Fabiola incorporándose para despedirse de ella.

—De nada, y vuelve otro día. Sola, y charlaremos...

—Me cae bien tu hermana —comentó y Kane torció el gesto.

El viaje de vuelta al apartamento fue algo más normal. Fabiola, quizás relajada por el vino, no asfixió a Kane con sus brazos y lo dejó conducir con más normalidad, hecho que él agradeció, y mucho.

—¿Estás cansada? —preguntó cuando entraron en casa, y ella asintió—. Vale, ve a dormir. Yo tengo que acabar unas cosas.

—Pero... —La situación era muy incómoda, sólo había un dormitorio.

—No te preocupes —dijo, la empujó dentro de la habitación y cerró la puerta.

«Sorprendente», dijo para sí misma Fabiola.

Abrió su maleta y buscó algo para dormir. ¡Mierda!, con las prisas había olvidado coger un pijama y tampoco tenía una de sus horribles camisetas.

Paseó la mirada por la habitación, quizás debería buscar algo. Sin embargo, desestimó la idea, pues si él entraba y la pillaba con el armario abierto, interpretaría que era una cotilla. Así que optó por salir del dormitorio.

—¿Kane? —lo llamó algo avergonzada.

—¿Sí?

—Tengo un pequeño problema —añadió.

—Dime.

—Con las prisas he olvidado el pijama, ¿podrías prestarme una camiseta o algo así?

Él sonrió y abandonó de inmediato lo que estaba haciendo para atenderla. En otras circunstancias la respuesta hubiera sido bien distinta, algo similar a «prefiero que duermas desnuda», pero sin saber bien cómo, estaba entregándole una de sus camisetas de deporte. Ella se lo agradeció con un murmullo, tras lo cual cerró la puerta y él volvió a su ordenador.

De acuerdo, en esos momentos una mujer a la que deseaba se encontraba dentro de su dormitorio, desnudándose y poniéndose una camiseta para meterse en su cama. Cojonudo, y él delante de un ordenador. ¿Era o no era para ir derecho al diván de un psicólogo y hacérselo mirar?

Se había traído los documentos por precaución, sin embargo, allí estaba, repasando cifras en vez de meterse en la cama con ella.

La noche había transcurrido de forma amistosa, o casi, ya que esquivar las preguntas de su hermana resultó difícil. Claro que quizás él tendría que haber sido más listo; llevar a Fabiola allí era como una presentación en sociedad. Rara vez, por no decir nunca, iba acompañado al restaurante de su hermana.

Por una mujer, se entiende, llevar a los amigos allí era otra historia. De ahí que tampoco hubiera insistido, y eso que con el recalentón del garaje debería estar loco por follar.

Lo que Kane no imaginaba era que, al otro lado de la puerta, Fabiola daba vueltas en la cama, intentando conciliar el sueño y preguntándose por qué él no se acostaba con ella, o al menos se lo había insinuado.

Desde que habían aterrizado, había mantenido las distancias. Qué extraño.

Fabiola se despertó temprano, quizás debido a la inercia de su rutina,

abrió los ojos y al principio se desorientó, hasta que un rápido repaso mental la situó. Londres. Casa de Kane. Viaje relámpago.

Kane... Cerró de nuevo los ojos y se estiró, como era su costumbre, las ventajas de dormir sola en una cama grande.

Sin embargo, su mano izquierda se topó con algo. Giró con cautela la cabeza y lo vio. Allí estaba Kane, en la misma cama. Dormido boca arriba y lo más probable era que desnudo.

Ella se inspeccionó a sí misma ¿Quizás...? No, no, lo recordaría. Además, todavía llevaba puestas la camiseta y las bragas. Él no la había tocado.

¡Él no la había tocado!

Intentando mantener la calma, se acurrucó de nuevo, recogió sus extremidades y con sumo cuidado se colocó de lado, dándole la espalda. Cerró con fuerza los ojos. ¿Cómo debería actuar? ¿Con naturalidad? Sí, eso era fácil de decir, pero ella nunca había sabido comportarse de esa forma.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó él somnoliento acercándosele por la espalda hasta abrazarla.

—No —musitó.

¿Qué se suponía que debía hacer? Decidida y nerviosa, inspiró. Quizás Kane sólo estuviera jugando.

Pero... Era entonces o nunca.

Ya estaba bien de titubeos, idas y venidas, indecisiones.

Se volvió despacio, habían compartido cama, nada más, y ya no quería alargar una situación a todas luces absurda. Lo miró fijamente y, con la mano libre, lo agarró del cuello obligándolo a bajar la cabeza. Sus labios esperaban los suyos y él no la defraudó.

Kane no se esperaba ese comportamiento, así que tardó más de la cuenta en besarla como deseaba hacer desde hacía días. Fabiola gimió, enterrando las manos en su pelo y atrayéndolo aún más hacia sí. La respuesta de él, en un principio tibia debido a la sorpresa, se volvió más agresiva, y la besó con ímpetu al tiempo que sus manos pasaban también a la acción.

—Fabiola... —jadeó con voz ronca, separándose de sus labios—. No juegues más.

—¿Hummm?

Ella ni siquiera abrió los ojos.

Kane la miró, pero enseguida notó una presión en el cuello que lo instaba a besarla de nuevo. No lo hizo.

—No me hagas esto —musitó, agotando su cuota de autocontrol.

Eran demasiados días tentando a la suerte y noches en vela dudando entre masturbarse o colarse en su dormitorio para acabar con aquella maldita situación. No había sido capaz de tomar una decisión, de ahí que en aquel momento no estuviera precisamente para más juegos. O se la tiraba o se largaba al baño para meneársela en busca de alivio. El deseo insatisfecho siempre distorsiona la capacidad de raciocinio.

—Bésame —exigió Fabiola sin soltarlo y acomodándose de espaldas para que él pudiera ponerse encima.

—No tienes la menor idea de lo que me estás pidiendo —se lamentó él, intentando apartarse.

No era ningún secreto su estado de excitación, pero lo que no esperaba era que ella, con timidez, eso sí, deslizara la mano hasta acariciarle la polla con cierta vacilación.

—Joder... —masculló Kane apretando los dientes.

—Bésame —repitió Fabiola.

Al ver que no la besaba de nuevo, en parte por su culpa, pues había jugado demasiado con él, levantó la cabeza y varió su postura lo suficiente como para poder besarla en el cuello y mordisquearle el lóbulo de la oreja. Lo oyó gemir. Continuó prodigándole aquellos suaves besos sin dejar de sujetar su erección, lamentando no ser más atrevida y apartar la sábana para no sólo tocarlo, sino también verlo.

Pero si de verdad quería dar el paso en la buena dirección, lo mínimo que podía hacer era esforzarse y dejar a un lado sus inseguridades, así que con la

otra mano se deshizo de la sábana, al mismo tiempo que separaba las piernas. Eso le aclararía a Kane cualquier posible duda.

Él la miró un instante, a caballo entre la incredulidad y el deseo. ¿Estaba interpretando correctamente las señales?

—Fabiola, por Dios, ¡sí! —le gruñó al oído, emocionado como no recordaba haberlo estado nunca.

La abrazó con toda su fuerza. Rodeándola, atrayéndola más, dejándole bien claro que no había vuelta atrás. No podría soportarlo.

Fabiola sonrió, a pesar de sonrojarse, algo que en un futuro intentaría evitar, y fue recompensada con el mismo gesto cómplice antes de que él, por fin, la besara.

Cambió de postura para que Kane se acomodara sobre ella, y separó las piernas, dándole completo acceso. Continuó callada, pero pasó la mano por sus caderas desnudas invitándolo a que ejerciera más presión sobre ella. Sentirlo así de excitado era increíble. Aún llevaba la camiseta y las bragas. Necesitaba sentirlo ya. Con una mano, empezó a bajarse la ropa interior, sin embargo, él la detuvo.

—Déjame a mí —le suplicó emocionado, ya que había esperado demasiado tiempo—. Por favor.

Fabiola asintió con timidez.

Separándose, no sin antes darle un beso de esos que elevan la temperatura, Kane se quedó frente a ella de rodillas, observándola con atención. Fabiola evitaba mirarlo a los ojos y él intuía el motivo. Todavía se sentía avergonzada y el rubor de sus mejillas era buena prueba de ello. De ahí que fuera imperativo ser muy cuidadoso. Se inclinó hacia delante y le levantó despacio la camiseta para después besarle el ombligo y de ese modo ir descubriendo su piel y saboreándola. Percibía su respiración, cada vez más acelerada, pareja a la suya. No recordaba haber deseado tanto a una mujer y menos aún haber demostrado tanta paciencia ante sus negativas. Quizás eso explicara lo excitado que estaba.

Cuando descubrió sus pechos, ella apretó los puños, sin duda su primera reacción había sido cubrirse. Kane se percató de ello, de ahí que con rapidez acercara la boca y comenzara a succionarle uno, con la firme intención de hacer lo mismo con el otro.

—Kane... —suspiró tensando todo el cuerpo y, sin poder evitarlo, se arqueó en busca de mayor contacto, lo que derivó en un elocuente gemido masculino de aprobación.

—Y esto es sólo el principio —musitó, antes de soltarle el pezón endurecido y pasar al otro.

Fabiola cerró los puños, arrugando las sábanas, mientras él, con la lengua y los dientes, la excitaba y torturaba, pues ella no estaba acostumbrada a tales atenciones. No sabía que sus pezones fueran tan sensibles y que, además, le gustara aquel pequeño amago doloroso.

—¡Oh, Dios mío!

—Pero si todavía nos queda lo mejor —bromeó Kane y se echó hacia atrás para contemplarla de nuevo, algo que no se cansaba de hacer. Además, tenía que desnudarla.

Se ocupó de quitarle de forma un tanto brusca, debido a la impaciencia, la camiseta con la que había dormido y después le bajó las bragas despacio, mirándola a los ojos. Sonrojada e intentando evitar su mirada, desde luego era para lamerla de arriba abajo y comprobar cuánto más podía acalorarse.

La besó de nuevo en los labios, haciéndole saber que aquel momento era tanto o más importante para él que para ella. Después, sus labios empezaron a marcar el camino descendente, acompañados de pequeños mordiscos y caricias.

Cuando por fin la contempló desnuda, dispuesta... Lo había deseado tanto... pero necesitaba ser paciente. Su cuerpo le pedía una satisfacción rápida, urgente, pero no, ella debía disfrutar al máximo, de lo contrario, quizás no volviese a tener otra oportunidad. Además, ahora conocía su pasado; rara vez se le condecía a un hombre tanta información.

—Quiero tocarte —pidió Fabiola en un murmullo, porque él, con sus atenciones y habilidades, se estaba encargando de todo. Quería acabar de una vez por todas con la timidez y la pasividad.

—Pues tócame. Como quieras, donde quieras.

Ella bajó la mano, acariciándolo hasta llegar a su polla. Kane intentó relajarse, lo que le resultaba complicado, a pesar de la deplorable técnica de Fabiola a la hora de meneársela.

—Espera —siseó, colocando una mano sobre la de ella para guiarla.

—¿Te hago daño? —inquirió.

—Dejemos las manualidades para otro momento —respondió recurriendo a un tono bromista para que no se ofendiera— y vayamos al meollo de la cuestión.

—De acuerdo —convino ella.

—Pero antes déjame comprobar lo húmeda que estás —pidió con voz ronca.

Fabiola asintió y enseguida notó cómo él deslizaba la mano entre sus muslos. Se mordió el labio cuando comenzó a tocarla, separando sus pliegues hasta presionar sobre el hinchado clítoris. En respuesta, le clavó las uñas en el hombro y Kane la besó sin dejar de penetrarla con un dedo, absorbiendo cada gemido.

—Eso es, Fabiola, déjate llevar —le pidió con dulzura, controlando su propia excitación.

Por primera vez pensó que era más importante satisfacer a una mujer al cien por cien antes que su propio placer, aunque para ello tuviera que recurrir a toda su fuerza de voluntad. Menos mal que la recompensa valdría la pena.

Ella no dejaba de contonearse y revolverse bajo él, intentando que Kane diera un paso más, pues estaba preparada para recibirle. Sin embargo, sin que supiera por qué, él continuaba excitándola, cuando era evidente que no era necesario.

—Por favor... —rogó, entregada por completo. Nunca antes se había

sentido de aquella forma.

—Paciencia —musitó Kane antes de buscar su boca para devorarla.

—He esperado demasiado tiempo para esto... —gimió Fabiola al tiempo que enredaba las manos en su pelo y tiraba de él.

—A mí me lo vas a decir... —replicó él medio en broma, aunque todos los días pasados junto a ella sin poder dar rienda suelta a sus deseos no eran para reírse.

—Entonces... ¿no quieres?

—Joder, Fabiola, ¡qué cosas dices!

Kane, o mejor dicho su polla, sólo podía pensar en una cosa: clavársela hasta el fondo, hasta que ella emitiera uno de aquellos gritos desgarradores que elevan la moral de cualquier tipo y que evidencian que todo se ha hecho bien.

Pero para llegar a ese punto, antes debía ser paciente y provocarla hasta que suplicara, no una, sino unas cuantas veces. Probarla, deleitarla, lo que fuera menester para que se le borrara cualquier mal recuerdo relacionado con experiencias anteriores. Puede que su ambición fuera desmedida, sin embargo, no iba a ser por falta de determinación.

Continuó jugando con dos dedos entre sus piernas, despacio, buscando cada punto sensible en su interior. Observando sus reacciones y besándola a la menor oportunidad.

—No puedo más... —se quejó desesperada.

—Ni yo tampoco —respondió mirándola a los ojos y dejándola perpleja cuando lamió los mismos dedos que había utilizado para masturbarla...

Y, no contento con ello, también emitió un gemido de lo más morboso y perverso que desde luego la hizo temblar de anticipación.

Capítulo 9

—Y ahora... —murmuró estirándose para llegar hasta la mesilla y sacar los condones—, vamos a entrar en materia.

—¿Puedo ponértelo yo?

Kane disimuló no sólo su sorpresa. Que ella lo solicitase era un gran paso y, por supuesto, se lo permitiría encantado con tal de sentir las manos femeninas sobre su erección, ya que le parecía el mejor modo de suavizar el momento cortarrollos que suponía enfundarse un preservativo. Pero también disimuló su cautela, ya que Fabiola no era muy experta en tales situaciones y, dado el grado de excitación, su polla no se encontraba precisamente para experimentos.

—No —respondió y añadió para que no se sintiera molesta—: Me has puesto demasiado cachondo como para permitir que me toques, no quiero correrme como un adolescente.

Fue una mentirijilla, aunque muy efectiva; ella sonrió complacida, ya que aquella negativa incluía un piropo en toda regla.

Kane se colocó el preservativo con rapidez y habilidad. Enseguida estuvo situado entre sus piernas, listo para cumplir uno de sus sueños y, de paso, dejarla satisfecha. Aun sabiendo lo mojada que estaba, restregó la punta de su erección entre los pliegues femeninos, lamentando sólo una cosa: que hubiera látex de por medio.

—Kane... —gimió Fabiola y, por supuesto, él lo interpretó como una súplica.

—¿Sí? —la provocó, sabiendo casi al noventa y nueve por cierto que ella jamás le pediría que la follara y menos con esas palabras.

—No me hagas esperar más —dijo y arqueó la pelvis.

Él sonrió, por el momento era más que suficiente.

—Faltaría más.

Quiso ser tierno, penetrarla despacio, no obstante le fue imposible. Embistió, clavándose en ella de forma brusca, logrando que gritara y, de paso, que le hundiera las uñas en los hombros.

A partir de ese momento todo empezó a descontrolarse. Cada minuto que había pasado deseándola se transformó en combustible para empujar como un poseso, para hacer traquetear la cama debido a la fuerza de sus envites.

—Grita cuanto quieras —la animó, mientras observaba su cara de completa satisfacción, pero sobre todo de excitación, de algo que debería haber conocido hacía mucho tiempo y que se había negado a sí misma con absurdos pretextos.

Él ascendió hasta sus labios y le mordisqueó el cuello, jadeando por el esfuerzo, sin dejar de sentir el ambiguo dolor que le causaban sus uñas en el hombro. Un dolor bienvenido, pues a pesar de saber que con toda probabilidad le quedarían marcas, sólo podía desear que se las hincara aún con más fuerza.

—¡Cielo santo! —exclamó tensa. Dobló las piernas y afianzó los talones en el colchón, de ese modo pudo arquearse y responder a cada envite, pues de forma innata se dio cuenta de que en aquella postura la fricción era mayor.

—Fabiola... —gruñó Kane aumentando el ritmo.

—¿Sí? —preguntó jadeante.

—¿Lo sientes?

—Hummm...

—Córrete...

—Sí... —gimió aferrándose a él—. Sí...

Kane estaba al límite, sudaba, sentía la tensión previa al clímax y, después de tanta abstinencia, no se le podían pedir virguerías, bastante había aguantado ya, por lo que, o ella se corría o quedaría en evidencia.

Apoyó los brazos, se elevó para retirarse y volver a empujar, un golpe brusco que logró su objetivo, ya que ella emitió un último gemido lastimero

antes de quedarse inmóvil.

—Joder... —masculló él—. Qué puta gozada...

Le dio un beso rápido antes de tumbarse a su lado. Con un brazo se tapó la cara, intentando controlar su respiración. Con los ojos cerrados buscó la mano de ella para darle un apretón, porque era incapaz de articular palabra.

Ese gesto la conquistó. Si le quedaba alguna pequeña duda de si el hombre que tenía al lado era perfecto, ya se había disipado. Lástima que no pudiera quedárselo para siempre y que el trabajo, tarde o temprano, se interpondría entre ambos.

Se volvió para mirarlo; no merecía la pena pensar en los contratiempos, mejor centrarse en el presente.

—¿Qué planes tenemos hoy? —inquirió animada, pues un orgasmo por la mañana te cargaba las pilas.

—¿Aparte de follar? Hummm... Déjame que piense...

—¡Kane! —exclamó fingiendo escandalizarse, pese a que podía ser un excelente plan.

—¿Tienes alguna otra sugerencia?

—¿Desayunar, por ejemplo? —indicó.

Él la miró y torció el gesto.

—Siento decirte que es el día libre del mayordomo...

—Qué bobo eres... —replicó riéndose—. Ya me ocupo yo.

Y él, al ver que abandonaba la cama, estiró el brazo y le dio un sonoro azote en el culo.

—Date prisa, necesito recobrar fuerzas —se guaseó.

—También podrías llevarme a desayunar a un sitio elegante —dijo, dejando el culo fuera de su alcance por si acaso, porque lo de los azotes todavía no lo asumía muy bien, más adelante quizás...

Él se sentó en la cama, la miró de arriba abajo y después le mostró los condones sin usar, agitándolos delante de sus narices.

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido.

Fabiola emitió uno de aquellos grititos de falsa indignación y se fue corriendo al cuarto de baño. Él, riéndose, abandonó la cama. Sólo se puso un pantalón de deporte, mientras sopesaba la idea de colarse en el aseo y ducharse con ella. Sin embargo, optó por ir a la cocina y encargarse de la intendencia. Pero en cuanto abrió el frigorífico, se dio cuenta de que o bien salían fuera o se morían de inanición. Vaya mierda de planificación...

Algo tenía que hacer, no podía mantener un ritmo sexual elevado con una despensa vacía, así que, pese a no tener muchas ganas de salir, decidió que no le quedaba más remedio. Se acercó hasta el cuarto de baño y llamó a la puerta, tampoco era cuestión de invadir su privacidad.

—¿Puedo pasar? —preguntó con retintín.

—Enseguida acabo —respondió Fabiola, tal como él esperaba.

Bueno, si todo salía más o menos como imaginaba, no tardaría mucho en colarse en el baño y explicarle las bondades de la ducha compartida.

Mientras ella acababa, se fue al dormitorio y, antes de vestirse, se ocupó de hacer la cama, lamentando por lo bajo tener que abandonarla tan pronto en pos de un gesto romántico, llevando a Fabiola a desayunar. Lo extraño de todo aquello era que en anteriores ocasiones la idea original era sacar a la chica de turno del apartamento con la excusa de ser galante y así deshacerse de ella sin quedar como un tipo insensible.

Con todo en perfecto estado de revista, terminó de arreglarse y, justo cuando se estaba abrochando los pantalones, apareció ella envuelta en una toalla y de nuevo rodeada de timidez, pues evitó mirarlo en todo momento. Lo más lógico era dejarla a solas para que se vistiera, sin embargo, no cedió en ese aspecto.

Se le acercó, acunó su rostro y le dio un beso suave en la comisura de los labios.

—Vístete antes de que cambie de opinión y te deje sin desayuno —musitó escaneándola—. Porque como sigas ahí de pie, sólo con esa toalla...

Fabiola tragó saliva, no sólo por las palabras, sino por el tono empleado.

—No tardo nada... —farfulló dirigiéndose a toda prisa hasta su bolsa de viaje.

—Por mí no te preocupes —indicó él con indolencia y se sentó en el borde de la cama dispuesto a deleitarse la vista.

—¿Por qué no vas pidiendo un taxi?

Kane frunció el cejo, que en medio de una conversación picante ella mencionara un medio de transporte carecía de sentido.

—A ver, un pequeño inciso, te estoy tirando los tejos, lo mínimo que puedes hacer es, o bien sonrojarte, o bien dejar caer la dichosa toalla, te humedeces los labios y caminas hasta situarte entre mis piernas y...

—Mejor vamos a desayunar. Y pide el taxi, no quiero volver a subirme en la moto —dijo seria.

Kane se echó a reír a carcajadas, ya que, evitando mirarlo de frente, Fabiola le dio la espalda y empezó a maniobrar para vestirse sin mostrar más de lo que ella consideraba prudente, lo que, por supuesto, desembocó en unas cómicas maniobras hasta que él, negando con la cabeza, se le acercó y trazó con la yema del dedo una línea invisible que unía sus hombros.

Ella sintió un escalofrío, pero no se volvió.

—Después de recobrar fuerzas... volveré a desnudarte —prometió en voz baja y ronca, después la besó en la nuca—. Y, créeme, no me conformaré con mirarte.

Ella contuvo un gemido.

—Kane...

—Y olvídate del taxi. Nos vamos en moto y esta vez vas a disfrutarlo.

Fabiola se vistió con más o menos celeridad, sintiéndose observada en todo momento. Algo a lo que no estaba para nada acostumbrada. Le costó el hacerlo delante de él, pero si deseaba dejar atrás a la mujer tímida y ridícula, debía empezar por no comportarse de forma estúpida.

—Lista —anunció y él se acercó para inspeccionar su atuendo.

—Los pantalones te hacen un culo estupendo, si además te pusieras una

camiseta un pelín más ajustada...

Antes de soportar más comentarios irónicos sobre su persona, se colgó de su cuello y, sin pensárselo dos veces, buscó sus labios. Kane, perplejo y encantado, le colocó las manos en el culo, magreándola y atrayéndola hacia sí.

—Definitivamente vamos a desayunar un poco más tarde de lo previsto —murmuró antes de volver a besarla.

—Ni hablar —lo contradijo coqueta y lo sujetó de las muñecas para que soltara su trasero—. Yo me arriesgo a ir en esa moto del demonio, pero tú me invitas a un desayuno como Dios manda.

Kane levantó los brazos en señal de rendición, aunque sólo en apariencia, pues pensaba disfrutar, y mucho, del paseo en moto.

Ella se subió al dichoso vehículo con el mismo miedo de la primera vez; seguía considerando aquel trasto como un peligro, por mucho que él asegurase lo contrario. El trayecto de nuevo fue una tortura, menos mal que sólo fueron veinte minutos, de haber tardado más, lo más probable era que hubiera acabado por asfixiarlo, porque se le agarraba con excesiva fuerza. Cuando apagó el motor, Kane tuvo que despegar de su cintura, dedo por dedo, las manos femeninas.

Una vez con los pies en el suelo, ella pudo respirar tranquila, al menos un buen rato, porque aún quedaba el viaje de regreso.

—Anda, vamos —indicó él agarrándola de la mano—. Que le quitas toda la gracia al asunto.

Fabiola lo fulminó con la mirada, aunque se abstuvo de replicar, pues tampoco era plan pasarse la mañana de morros, mejor disfrutar de un buen desayuno.

Entraron en un local y Kane se ocupó de todo sin preguntarle nada y regresó a la mesa con una bandeja cargada de provisiones.

—Voy a reventar —murmuró ella, poco o nada acostumbrada a desayunar de forma tan abundante.

—Come, lo vas a necesitar —replicó él con una sonrisa maliciosa.

—No lo dudo... —murmuró mientras untaba una tostada de tamaño considerable.

Cuando acabaron de reponer fuerzas, Kane la sorprendió, pues en vez de regresar al apartamento para quemar calorías, optó por dar un paseo, por fortuna caminando, y mostrarle la ciudad.

Para Fabiola fue todo un placer poder disfrutar de algo en principio tan sencillo. Charlar, caminar, hacerse fotos con el móvil, cogerse de la mano... Se estaban comportando como una pareja de tortolitos, pese a que ninguno de los dos se había atrevido a mencionarlo, sencillamente estaba sucediendo.

Kane aprovechaba la cercanía para robarle algún que otro beso, hacerle arrumacos y, por supuesto, susurrarle ideas de lo más morbosas, logrando que ella se sonrojara y que además deseara, sin admitirlo en voz alta, que aquellas propuestas se hicieran realidad.

Tras el paseo, Fabiola pensó que regresarían al apartamento para desnudarse y llevar a la práctica todo lo que él le había dicho, sin embargo, Kane de nuevo la sorprendió, invitándola a comer al restaurante de su familia. ¿Cómo debía tomarse ese gesto?

Desde luego, a un «rollete» sexual no se lo lleva a conocer a la familia, más bien todo lo contrario, de ahí que no evitase especular sobre hacia dónde conducía toda la situación.

Como era de esperar, en cuanto sus obligaciones se lo permitieron, Annie se acercó a ellos para charlar. Primero intentó sonsacarles algún que otro detalle de su relación, pero entre las respuestas vagas de él y el silencio de Fabiola, optó por cambiar de tema y, en venganza, torturó a Kane contando alguna que otra anécdota embarazosa. Al final, pese al cejo fruncido del protagonista, los tres acabaron entre risas y pasaron una estupenda sobremesa.

Tras otro trayecto en la moto, más largo de lo necesario, pues él insistió en mostrarle más rincones de la ciudad, algo que ella no disfrutó, llegaron al

apartamento. Nada más cerrarse las puertas del ascensor, él se abalanzó y la estrujó contra el panel lateral para besarla y meterle mano por debajo de la ropa. Fabiola gimió y arqueó todo el cuerpo, dándole acceso total.

—Dime que estás tan cachonda como yo —exigió él pellizcándole los pezones por encima del sujetador.

—Yo... —Fabiola titubeó y tragó saliva. No tenía sentido mentir—. Sí, lo estoy.

Kane maldijo cuando se detuvo el ascensor, pues le hubiera gustado una barbaridad follársela allí mismo, pero no eran horas, así que mientras con una mano buscaba las llaves, con la otra tiró de ella para arrastrarla a casa.

—¡Te voy a follar aquí mismo! —gruñó, empotrándola contra la pared del recibidor.

—¡Ay! —se quejó Fabiola, no porque le disgustara la idea, sino porque, debido al ímpetu de Kane, chocó violentamente contra la pared.

—Lo siento —masculló él—, luego te daré un masaje.

Su disculpa fue bastante endeble, pues en realidad lo que sentía era no tenerla ya desnuda y abierta de piernas, así que olvidó las palabras de disculpa y pasó a los hechos.

Lo primero de lo que se deshizo fue de la chaqueta y de la camiseta, para tener acceso a su pecho, apartó a un lado las copas del sujetador e inclinó la cabeza para succionarle los pezones, al tiempo que deslizaba las manos hacia abajo para desabrocharle los pantalones. Justo en ese instante lamentó que justo ese día ella hubiera escogido un jodido modelito ajustado.

—Colabora un poco... —pidió desesperado, porque la ropa ajustada le sentaba de puta madre y su culo resultaba una tentación difícil de pasar por alto, ahora bien, a la hora de desprenderse de ellos era casi misión imposible.

—De acuerdo —jadeó, ayudándolo a bajar los pantalones.

Kane, ansioso, también se deshizo de las bragas. Ya sólo faltaba liberarse él mismo y podría respirar tranquilo. Además, tenía un condón en la cartera, nada podía estropear un polvo salvaje.

Nada excepto una cosa...

—¡Espera! —exclamó Fabiola.

—No me jodas... —masculló—. No me jodas.

Ya se había puesto el condón y tan sólo tenía que situarse entre sus piernas para penetrarla, pero sin saber por qué, ella colocó una mano sobre su pecho deteniéndolo.

—Quiero... bueno, llevo todo el día por ahí y me gustaría...

—Fabiola, por favor, ahora no estoy para juegos. He sido un tipo paciente y ya no puedo más —la interrumpió Kane sujetándole la barbilla.

—Me gustaría ducharme antes —dijo y él parpadeó, porque era lo último que esperaba.

Se pasó una mano por la cara, gimió a medio camino entre la frustración y la excitación, y buscó una alternativa que los dejara a ambos satisfechos.

—También puede hacerse en la ducha —le susurró al oído de forma más que explícita.

—¡Ah!

Kane se rio, quizás la ingenuidad de ella respecto a algunas cosas era lo que él necesitaba. Después de compartir cama con tantas mujeres que no dudaban en pedir o exigir, sin, en muchos casos, dar nada a cambio, Fabiola resultaba extrañamente estimulante.

—Pero estamos muy excitados como para caminar hasta el baño, así que venga, hagámoslo aquí de pie y luego, si las fuerzas no nos fallan, lo iremos haciendo de camino al aseo —la provocó, mordiéndole el labio inferior.

—Bueno, vale... —susurró.

Él sonrió y no perdió ni un segundo, le elevó una pierna para colocarse mejor y se apretó contra ella. Notó las manos femeninas clavándose en sus hombros cuando la penetró, algo que lo hizo gruñir de satisfacción.

Era consciente de que iba a ser un polvo exprés, allí, en el recibidor de su casa, y pese a que follársela de pie requería concentración y esfuerzo, merecía mucho la pena, sólo por observar la cara de Fabiola entre la incredulidad y el

deseo. Era evidente que nunca había llegado a tanto y sintió una extraña satisfacción por ser el primero en demostrarle las bondades del sexo.

—Kane... Oh, Kane... —repetía entre gemidos, aferrándose a él.

—Me encanta oír mi nombre mientras te follo, me pone a mil por hora saber que estás a punto de caramelo, que vas a correrte... —jadeó, embistiendo con más fuerza.

—Es... —Fabiola tragó saliva—... es increíble...

En opinión de Kane, aquello era mucho más que increíble, pero mientras empujaba como un campeón no se iba a poner quisquilloso con la elección de términos, lo relevante era cómo se sentía, cómo disfrutaba y cómo ella empezaba a soltarse cada vez más.

Siendo optimista, pensó que si continuaban con aquel endiablado ritmo, a la hora de la cena, él acabaría esposado al cabecero de la cama y ella dominándolo... Hummm, la fantasía tenía posibilidades.

Fabiola empezó a contonearse, a jadear con mayor intensidad, a tirarle del pelo... Síntomas inequívocos de que estaba a punto de correrse y él, tensando todo el cuerpo, dio un último empujón, quedándose clavado por completo en ella. Enterró la cara en su cuello y cerró los ojos mientras recuperaba el aliento.

—Ahora, si quieres, nos damos esa ducha...

Capítulo 10

No habían llegado al dormitorio cuando sonó el móvil de Kane. Éste maldijo, pues en sus planes no entraba hablar con nadie. Como mucho con el repartidor de comida a domicilio, pues su intención era no pisar la calle. Al mirar la pantalla, torció el gesto.

—Sea lo que sea, no, no puedo —le disparó a su hermana.

—Oye, tonto del culo, para una noche que tengo libre, digo yo que podrías hacer un esfuerzo y venir a casa. Tienes un sobrino que no te ve el pelo.

—Ya... —murmuró Kane, sabiendo que ese motivo era una burda excusa para cotillear—. Annie, que nos conocemos.

Fabiola lo miró divertida y terminó de quitarse la ropa. Si hubiera sido una chica más atrevida, desde luego se habría paseado delante de él desnuda, sin embargo, optó por cubrirse con la camiseta que había usado para dormir.

—Venga, no seas petardo —insistía Annie y él, de reojo, no se perdía detalle de los movimientos de Fabiola. Una curiosa mezcla de ingenuidad y tentación que se la estaba poniendo, otra vez, muy dura.

—Se lo preguntaré —dijo Kane tapando el auricular y se dirigió a Fabiola —: Es mi hermana, insiste en que vayamos a su casa.

—Ah... bueno, me parece bien —murmuró ella encogiéndose de hombros.

—Oye, mi idea era comportarnos como dos adolescentes que tienen la casa para ellos solos y sólo piensan en follar en la cama de los padres, beber y divertirse.

Fabiola emitió un gemido y reprimió una sonrisa para no darle alas, pese a que la idea era estupenda.

—¿No necesitas, digamos, recuperarte? —lo provocó y Kane esbozó una

sonrisa lobuna que despejó todas sus dudas—. Vale, no he dicho nada.

—Entonces... ¿sexo desenfrenado o... —borró la sonrisa pícaro y puso mala cara para añadir—: reunión familiar con menores de edad incluidos?

—Hummm, pues no sé —titubeó divertida—. ¿No podemos tener las dos cosas?

—De acuerdo, sí, nos vemos en una hora —le dijo a su hermana, que, por cierto, resopló.

—Ya te ha costado decidirte —replicó con ironía.

—Adiós, Annie —finalizó la llamada Kane sin darle opción a réplica y palmeó el colchón para que Fabiola se acercara—. Y ahora... —miró el reloj — sucumbamos a los placeres carnales.

—¿Placeres carnales? —repitió ella arqueando una ceja, mientras se acercaba despacio.

—Que vamos a follar —le aclaró él riéndose.

—Ah, vale.

Y follaron.

* * *

—Vaya cara de susto que me traes —comentó Annie dirigiéndose a Fabiola al verlos entrar.

—Las motos y yo no hacemos buenas migas —alegó ella resoplando—. Y tu hermano insiste en pasearme en ella.

—Eso es porque no le has pillado el tranquillo... De todas formas, tranquila, estoy segura de que Kane te compensa el mal rato... —Se detuvo y achicó la mirada—. Aunque me atrevería a decir que ya te ha dado un adelanto.

—¡Annie, joder! —exclamó su hermano, fulminándola con la mirada—. ¿Dónde está mi sobrino favorito? —preguntó para cambiar de tema.

—Con su padre, hasta mañana no viene —explicó ella haciendo una

mueca y él supo por qué. Su excuñado era un hijo de puta vengativo y vago que no dudaba en utilizar al niño con tal de sacarle dinero a Annie.

—Es una casa preciosa —comentó Fabiola para normalizar un poco las cosas. Desde el exterior parecía magnífica.

—Lo es. Es la casa familiar —la informó él, mientras Annie los guiaba hacia el salón.

Kane las dejó solas, conocía la distribución y tenía la confianza suficiente en su hermana como para moverse con libertad.

—Bueno, por fin solas. ¿Ahora vas a contármelo o no?

—No hay nada que contar —murmuró Fabiola, cohibida, pensando en vengarse por la encerrona.

—Mira, conozco a mi hermano, vaya si lo conozco. Lo he visto con muchas mujeres de todas nacionalidades, sin embargo, no se dirige a ellas por su nombre y mucho menos me las trae a casa. Tiene que haber algo serio.

—Trabajamos juntos.

—Annie, ¿han llamado papá y mamá? —las interrumpió Kane.

—Sí, han llamado —le contestó con voz cansada—. ¿Por qué no revisas mi contabilidad? —Miró de nuevo a Fabiola—. Le encanta criticarme y se enfada por cómo llevo el negocio. Soy la hermana mayor, pero no lo parece. Aunque no le hago ni caso. Bien, Kane me ha dicho que compartís casa...

—Sí —respondió ella, era la verdad al fin y al cabo—. Aunque por motivos...

Le explicó más o menos las circunstancias que los habían llevado a compartir casa. Annie no se lo creyó del todo, en especial por los titubeos y frases poco convincentes de Fabiola.

—Entiendo. —Hizo una pausa pensativa—. Y no tienes nada con él. —Fabiola no sabía cómo explicar eso—. Aunque debe de ser importante, al menos para él, de lo contrario no me hubiera mencionado nada de ti.

—¿Te habló de mí? —preguntó sorprendida y también sintiéndose intrigada.

—Pues sí. Procura llamarme todas las semanas, me cuenta cómo le va y eso.

—Annie, esto es un desastre —interrumpió Kane de nuevo. Las miró a ambas y sospechó cuál era el tema de conversación. Cayó en la cuenta de que no debería haber dejado a Fabiola con la cotilla de su hermana.

—Ya lo sé, para eso estás tú. Anda, lárgate —contestó Annie.

—¿No es hora de preparar la cena? —sugirió él.

—Bueno, sí, pero no creas que he acabado con vosotros dos. Voy a la cocina —dijo y los dejó solos.

—Lo siento —se disculpó él.

—No te preocupes. —Era revelador que hubiera hablado de ella con su hermana.

Por suerte, durante la cena Fabiola se libró de las incómodas preguntas y Annie pareció olvidar por un momento su curiosidad respecto a ellos.

Pero la tregua no duró mucho.

—Mira, sé que no vas a decirme lo que hay entre tú y Kane, pero al menos podrías darme esperanzas.

¿Qué quería decir con «darle esperanzas»?

—Kane y yo siempre hemos estado muy unidos, en especial en los últimos tiempos; desde que me divorcié se preocupa por mí. Por norma general procura ser discreto, cree que con mis problemas tengo suficiente, pero yo sé que él, con esa vida que lleva de acá para allá, a veces pasa demasiado tiempo solo y eso no es fácil. También sé —dijo en tono más picarón— que no siempre duerme solo. Ya sabes lo que quiero decir.

—No, no creo que tenga problemas con eso —contestó Fabiola, utilizando un tono similar.

—Entonces entenderás por qué me ha sorprendido tanto que te trajera. Es comprensivo, encantador, menos con su hermana, cariñoso, divertido, trabajador, algo mandón y guapo.

—¿Me lo estás vendiendo? —inquirió ella riendo.

—Más o menos. ¿Te vas a quedar con él?

—No es tan sencillo

¡Claro que se lo quedaría!

—Definitivamente hay algo entre vosotros —sentenció Annie.

Kane, menos mal, obligó a su hermana a explicarle unas cuantas cosas sobre los papeles del restaurante, salvando así a Fabiola, que incluso los ayudó; no era su tarde de sábado ideal, pero prefería estar con facturas que contestando preguntas sobre su relación con él.

Claro que, ¿cómo iba a contestar a eso? No podía ni explicárselo a sí misma.

Vivían juntos; una situación temporal. Cuando él concluyera su trabajo volvería a su vida y ella a la suya, siempre y cuando pudiera, ya que, según todos los datos, el escándalo en la oficina respecto a la gestión de Genaro iba a ser mayúsculo.

Y con toda probabilidad ella también saldría tocada. Era inevitable.

No tenía nada que temer, Kane jamás había insinuado nada, ni siquiera cuando preguntaba sobre cualquier cosa; le demostraba una confianza absoluta e incluso la hacía participe de sus dudas.

Pero igual que en el terreno laboral podían surgir dificultades, bueno, no podían surgir, ya habían surgido, y graves, en el terreno personal la complejidad de mantener una relación con él sólo arrojaba incertidumbre.

Volvieron a casa en silencio, Fabiola algo menos tensa por ir en moto, pero muy poco, no se planteó cómo iban a dormir esa noche. Es más, lo deseaba. Sin embargo, su gozo en un pozo, pues Kane, tras cambiarse de ropa, en vez de acercarse encendió el portátil y se puso a trabajar.

No quiso parecer ansiosa y, tras un fugaz beso de buenas noches, se dirigió al dormitorio.

Durante los primeros quince minutos pensó que Kane jugaba con ella.

La siguiente media hora, que era una broma pesada.

Al cabo de una hora pensó que se estaba vengando por haberlo mantenido

a raya en su casa.

Se levantó, se puso sólo la camiseta que él le había dejado para dormir y salió. Había estado esperándolo desnuda y con un surtido de pensamientos indecentes en la cabeza. No, se dijo, aquello no era indecente. Debería ejercitar su mente más a menudo para no pensar así.

—¿Qué haces levantada? —preguntó Kane sin despegar los ojos del ordenador, al oír sus pasos.

—No puedo dormir —musitó cohibida.

Se situó tras él, intentando llamar su atención; no obstante, al ver que permanecía concentrado, decidió dejarlo a solas, pues era un desastre en eso de seducir. No había terminado de volverse cuando él la sujetó de la muñeca y tiró de ella hasta sentarla sobre sus rodillas. Acercó su boca a su cabello, mientras con una mano le acariciaba la pierna. Cuando llegó a la parte superior sonrió al notar la ausencia de ropa interior; Fabiola aprendía rápido.

Ella rodeó el cuello con los brazos, dejándose acariciar y transportar. ¡Oh, Dios! Las manos de Kane sabían muy bien lo que hacían.

—Cariño, ¿lo has hecho alguna vez en una silla de oficina? —Fabiola negó con la cabeza—. Eso suponía.

La sentó de tal forma que le diera la espalda, inclinándola hacia delante, y ella tuvo que apoyar ambas manos en la mesa para no caerse.

Kane comenzó a levantarle la camiseta desnudándole la espalda al tiempo que se acercaba y comenzó a besarle la columna vertebral. Pasó una mano hacia delante y le atrapó un pecho, que rozó primero con suavidad para volverse más audaz y terminar pellizcando el pezón. Fabiola inspiró en un vano intento de controlar su excitación, no quería jadear de manera descontrolada, sin embargo, inmersa en aquella escena, no podía hacer otra cosa que dejarse llevar.

Kane continuó su ataque por varios frentes. Besos en la nuca, una mano en el pecho y la otra internándose entre sus muslos. Como ella no separaba las piernas, optó por ser más drástico y abrió las suyas de tal forma que

Fabiola quedó expuesta por completo y él pudo meter la mano sin obstáculo alguno.

—Me... me voy a caer —protestó ella.

—Te tengo bien sujeta —murmuró él.

Mantuvo una mano en su pecho y con la otra empezó a jugar con su sexo ya húmedo. Cada gemido era una invitación a seguir y aumentar su exploración. Cuando Fabiola se movió y presionó con su trasero la erección escondida tras los pantalones, el que gimió fuerte fue él.

Ella intentaba no retorcerse demasiado y no dejaba de agarrarse al borde de la mesa. Quería tocarlo, besarlo, devolverle en forma de caricias todo lo que él le estaba haciendo sentir. Consideraba injusto que sólo ella recibiera tantas atenciones. Además, se suponía que Kane iba a mostrarle todo y eso incluía cómo satisfacer a un hombre. Cómo satisfacerlo a él.

Y por lo poco que sabía, tumbarse y abrirse de piernas no era lo adecuado.

Él seguía besándola en el cuello, mientras sus dedos la penetraban de forma cada vez más rápida, tocando cada fibra de su interior y logrando que ya gimiera desinhibida.

Ya sólo le quedaba buscar un condón, cuando Fabiola le echó un jarro de agua fría.

—¡Para! —le pidió jadeante.

Kane interpretó mal sus palabras. No era extraño que una mujer dijera «para», «no puedo más» y palabras similares, producto de la excitación. Así que continuó con su exploración, al mismo tiempo que intentaba bajarse el pantalón y colocarse el preservativo, sin dejar caer a Fabiola.

—¡Para! —repitió ella, ahora con más intensidad.

—¿Qué? —graznó, pues ya estaba preparado para hundirse en su interior.

—Mira esto —ordenó, señaló la pantalla del ordenador.

—¿Qué? —masculló Kane.

—Sí, fíjate en los números de cuenta que aparecen.

—¡Fabiola, por Dios! —Retiró la mano de su entrepierna—. Ahora no es momento —se quejó indignado y cachondo.

—Conozco estos números de cuenta.

Kane resopló e intentó no gritar, producto de la frustración, sin embargo, su comentario hizo que reaccionara.

—¿Qué dices? —preguntó, pues empezaba a estar interesado.

—Sí, llevo la contabilidad personal de Genaro y... —Se detuvo, un pensamiento la paralizó.

—¿Estás segura? —La ayudó a sentarse bien, aparcando por el momento el sexo.

—Mira, ésta es su cuenta personal, me conozco de memoria los números —afirmó.

—Pero no puede ser, Genaro no se dedica a las pólizas industriales.

—Estoy segura —dijo ella con convicción.

—Espera un momento, ¿dónde lo he dejado? —Kane hablaba consigo mismo, rebuscando entre unos papeles—. Sí, está aquí, ¡joder, es el mismo número de cuenta! ¡Qué hijo de puta!

Fabiola se volvió con cara de asombro, nunca lo veía así.

—No puedo creerlo, utilizaba distintas claves para dar de alta las pólizas, aunque el número de cuenta bancaria es el suyo.

—¿Podemos saber a quién corresponde cada una de estas claves?

—Sí, en la oficina tengo cada ficha con los datos completos.

—¡Mierda!

—Lo siento, el lunes te lo daré lo más rápido posible.

—No es culpa tuya.

—¿Y esto? —Kane señaló unos datos que aparecían.

—Son los desembolsos realizados en metálico. Los recibos firmados. Déjame ver, ¿Rosa Ceballos? Es la exmujer de Genaro.

—¡Joder, esto se anima por momentos! ¿La conoces?

—Sí, pero se suponía que estaban separándose... —Ella seguía leyendo

documentos.

—¡No me digas que hay más!

—Las autorizaciones de pago.

—¿Qué pasa con ellas?

—Yo no las autoricé. Mira —dijo con un nudo en el estómago y señaló las firmas.

—¿Tú supervisas esto?

—Normalmente sí, hacen falta dos firmas, la mía y la de Genaro para que el banco autorice cualquier desembolso.

—Entonces, ¿cómo explicarías estos pagos si tú no los firmaste?

—Supongo que Genaro convencería al director de la oficina para que se los adelantase. A veces, al no estar yo disponible se adelantaban las transferencias y después las firmo, claro que siempre me informa de ello. — Su voz se iba resquebrajando, se sentía culpable—. Yo no sabía que...

Olvidándose por completo del sexo, Fabiola se puso en pie y comenzó a pasear inquieta, frotándose la frente, porque intuía la clase de lío monumental en el que, sin comerlo ni beberlo, la habían incluido.

—Escúchame —Kane habló con firmeza—, sé perfectamente quien maneja esto y jamás he dudado de ti.

—Pero ¡yo era... soy la responsable! —exclamó y dio un manotazo a los papeles, indignada.

—Lo sé, pero no aparece tu firma. —Kane empezaba a sentirse mal. Era tan injusto.

Él también se puso en pie y, tras abrocharse los pantalones, se pellizcó el puente de la nariz. La cosa estaba bien enredada. Pólizas falsas, siniestros inventados, exmujeres cómplices. Por fortuna, Fabiola no aparecía en ningún documento. Hubiera sido un tremendo lío si hubiera firmado algo sin mirar, quedando implicada sin saberlo.

Esperaba no encontrar nada de ella, porque, aunque la creyera, sería casi imposible dejarla al margen.

—Fabiola, escúchame, esto es serio, piénsalo bien, ¿alguna vez has firmado algo sin leerlo? ¿Alguna vez te han entregado algo dudoso y por lealtad no te has negado? Es muy importante. Confío plenamente en ti, pero no quiero sorpresas. —Hablaba de forma serena, pero sin esconder la seriedad del asunto—. Necesito estar seguro.

—No, no lo creo. Suelo revisar siempre los papeles.

Kane respiró hondo. Si la hubieran engañado... ni siquiera él podría ayudarla, pese a que gracias a su colaboración todo empezaba a encajar. Y ese hijo de puta de Genaro podía haberla implicado para salvar su culo.

Sin embargo, lo que más le llamaba la atención era que lo hubiera detectado tan rápido. En otros casos similares le llevaba al menos tres meses de su tiempo. Se quedó mirando a Fabiola. Ella.

Sin ella no podría haberlo hecho tan rápido. Lo había ayudado a explicar cada uno de los interminables listados, nunca antes había tenido tanta colaboración. Por lo general lo dejaban en un despacho, a ser posible de los peores, y la única ayuda era traerle las carpetas que él iba solicitando.

Ella.

Miró hacia abajo y vio que aún estaba empalmado. Rio en silencio. Joder, tenía gracia la cosa. Estaba a punto de echar un polvo fantástico, cuando Fabiola le había dado una de las claves más importantes.

¿Tan mal lo estaba haciendo para que ella se concentrara en la pantalla del ordenador? Por la mañana había permanecido todo el tiempo con los ojos cerrados y ahora... No obstante, le era imposible enfadarse por ello.

Volvió ella su lado y apagó el ordenador, era tarde y al día siguiente tenían que levantarse temprano para coger un avión. Debían enfrentarse a la realidad.

Resultaba fascinante entrar con ella en el dormitorio sabiendo con exactitud qué iba a pasar, sin dudas, sin tiras ni aflojas.

Se durmieron nada más caer en la cama.

* * *

Kane había programado la alarma del despertador con tiempo suficiente para llegar al aeropuerto, pero maldijo su falta de previsión. Por la noche había caído redondo en la cama sin disfrutar de un nuevo asalto sexual con Fabiola. Estampó de mala leche el despertador, regalo de su hermana, ya vería luego cómo explicar el incidente.

Fabiola se movió al oírlo maldecir. Se estaba tan calentita en aquella cama, con unos brazos rodeándola, que no entendía aquella reacción tan brusca.

—¿Qué te ocurre? —preguntó en voz baja.

—Nada —contestó, enfadado consigo mismo.

—¿He hecho algo que...? ¿Mal?

—Cariño... —musitó, acercándose hasta probar sus labios—. Tú no, yo.
—Miró el reloj—. Debemos darnos prisa.

Torció el gesto, qué manera tan cruel de comenzar el día, con una mujer despeinada, casi desnuda al lado, y sin posibilidad de aprovechar las circunstancias.

—De acuerdo —convino ella y se despegó con pesar. Al darse media vuelta, le dejó a la vista la espalda y al ponerse de pie su trasero.

Más de lo que un hombre podía soportar. Era suficiente

—Ven aquí —exigió y tendió una mano, rozándole el culo.

Ella lo miró por encima del hombro y, al ver su expresión, supo en el acto que era deseo puro y duro lo que reflejaba.

Se le acercó y le rozó la mejilla. Kane cerró los ojos e inspiró hondo. Joder, con un gesto tan básico lo había dejado sin aliento.

—No podemos entretenernos... —le recordó Fabiola con ternura.

Él sonrió de medio lado y, antes de que recobrara el sentido común, tiró de ella hasta tumbarla de espaldas.

—A la mierda el avión —gruñó y se le colocó encima—. A la mierda la auditoría.

—¡Kane! —exclamó Fabiola cuando él le separó las piernas con la rodilla.

—Lo sé, lo sé, te compensaré con creces —le susurró al oído, mientras se estiraba hacia la mesilla para coger un preservativo—, pero te necesito... —añadió.

Fabiola lo abrazó con fuerza al sentirlo dentro. Lo que más la conmovió fue ese «te necesito», que Kane dijo desesperado, como un ruego. Tan sincero.

Le había prometido una compensación. ¿Por qué? ¿Por demostrarle cómo sentirse una mujer, por hacerle experimentar algo desconocido?

Sentía una y otra vez el ritmo salvaje, era demasiado bueno para ser verdad. Si bien al principio la postura clásica podría recordarle sus desafortunadas experiencias sexuales con Carlos, con Kane era diferente. Sabía perfectamente cómo moverse y cómo mantener las manos ocupadas. Estaba encantada, porque podía tocarlo. Él no le decía cosas de forma abrupta, como «no interrumpas, estate quieta, así me desconcentras». Le permitía expresarse como quería, incluso le susurraba frases con tono picante: «me encanta sentirte, oírte gemir y susurrar mi nombre cuando te corres».

Sintió que Kane se abandonaba, quedándose quieto encima de ella. Resoplaba y la abrazaba al mismo tiempo.

—Fabiola, lo siento, me he dejado llevar —se disculpó tras liberarla de su peso, con la voz amortiguada por la almohada.

—No seas tonto. —Le acarició la espalda.

—He sido egoísta, no sé qué demonios me ha pasado. —Parecía hablar más para sí que con ella—. Bueno, sí lo sé, ha sido verte y...

—¿Y? —preguntó divertida, ya que él parecía estar pasando un mal rato.

—Que tú no te has corrido.

—¿Cómo puedes sabes tú eso? —inquirió confusa.

—Conmigo no, Fabiola, no necesito halagos, prefiero siempre la verdad —pidió, mostrándose tenso.

Seguía hablando con la cabeza enterrada en la almohada, como un niño que se avergüenza de lo que ha hecho. A Fabiola le pareció encantador. Carlos jamás hubiera reconocido y ni mucho menos habría mostrado interés por ella. Él se corría y punto.

Lo más fascinante era que Kane se sentía culpable por nada.

—Kane... —Él permaneció rumiando algo que Fabiola no pudo descifrar—. Contesta, ¿cómo puedes saber tú eso?

—Simple y llanamente —se incorporó—, porque no te he dedicado el tiempo suficiente.

—¿Eso crees?

—No te rías, no tiene gracia. Ya no soy un adolescente con las hormonas alborotadas, ¡joder! —exclamó frustrado—. Y no me gusta que te muestres tan comprensiva.

—Te preocupas por nada —le dijo con cariño, acariciándole la espalda—. No debería decírtelo, porque disfruto viendo tu orgullo masculino herido y también de la promesa de compensarme, pero... creo que he sido más rápida que tú. —Y lo deslumbró con una sonrisa.

—No te creo. —Ahora su tono era más distendido.

Ella asintió y sonrió.

Lo mejor habría sido decir en voz alta que estaba tan cachonda que el más mínimo roce la hacía saltar, sin embargo, aún no se atrevía a pronunciar esas palabras.

Otra asignatura pendiente.

No muy convencido, se volvió y la atrajo hacia sí para besarla. Hubiera querido ser más paciente y pasar más rato desnudo junto a ella, pero el tiempo apremiaba y ya iban bastante justos.

Recogieron sus cosas a toda velocidad, dejando el apartamento sin ordenar, y salieron disparados al aeropuerto. Por suerte, Fabiola se libró de la moto.

Habían disfrutado de un fin de semana alejados de los problemas, una

prórroga.

Los siguientes días iban a ser frenéticos.

Todo iba a salir a la luz, Kane se dejaría la piel para que ella saliera indemne, pues quienes no la conocían podían acusarla. Debía dejarlo todo bien atado y aclarar las cosas ante sus superiores. Ahora lo importante era la mujer que estaba sentada a su lado, mirando en silencio por la ventanilla del avión.

¿Y si no podía protegerla? Las cosas pueden complicarse de la forma más inesperada. Genaro bien podría haber amañado las cuentas para no caer solo y arrastrar a Fabiola.

Apretó su mano en silencio y se reclinó en el asiento, a pesar de todo, ella seguiría a su lado. Por primera vez en mucho tiempo no pensaba sólo en su trabajo, pensaba en una mujer.

Fabiola estaba con él.

Y Kane estaba con ella.

Capítulo 11

Fabiola se levantó sin muchas ganas de pedalear en la bici estática, ni de caminar en la cinta, ni de hacer ningún ejercicio físico. Bueno, eso no era del todo cierto, pues si Kane estaba implicado, la cosa era bien distinta.

A pesar de desearle de nuevo, tuvo que hacer un esfuerzo y aparcar las ganas de seguir jugando en la cama. Debían darse prisa y salir pitando para la oficina. Los aguardaba un día de lo más problemático.

Cuando llegaron al apartamento de Fabiola, revisaron de nuevo, porque toda precaución era poca, cada documento, cada archivo y cada listado. No se podía dejar nada al azar. Kane sabía que ese día tendría que informar de ello a su superior, el señor Anderson, pero también sabía que antes era inevitable un enfrentamiento con Genaro, pues no podía permitir que siguiera al frente de la oficina.

A última hora de la noche, abatido y cansado, le había adelantado la información a su superior por correo electrónico, así, cuando se pusieran en contacto, ambos podrían intercambiar opiniones conociendo los datos reales. Dejó bien claro en su informe previo que la señorita Del Olmo estaba al margen de cualquier maniobra, queriendo exculparla. Sabía que una vez descubierto el fraude se personarían en la oficina, reorganizarían la planta ejecutiva y denunciarían a los estafadores, apartándolos de cualquier cargo.

Por eso desde un principio tenía que dejar bien clara la inocencia de Fabiola, no podía arriesgarse a que hubiese la mínima duda. Más aún cuando era la subdirectora de la agencia y, tras Genaro, cualquier responsabilidad recaería sobre ella.

Durante el trayecto a la oficina, mientras Fabiola conducía, Kane hizo un repaso mental de los datos que necesitaba para confirmar su teoría, si había dos informes que la sustentaban, tanto mejor. De eso ya había hablado con

ella. Querían llegar lo antes posible al despacho de Fabiola, lo que les permitiría acceder a la información. En cuanto llegara Genaro, seguro que insistiría en reunirse con él, dejándole poco tiempo para trabajar.

Estaba convencido de que lo que Genaro pretendía en realidad era distraerlo, si era él quien lo ayudaba, podría inventar una y mil excusas para retrasar la entrega de la documentación o entorpecer la investigación curioseando. No era la primera vez que lo intentaban distraer de ese modo. Y desde luego no sería la última.

—Buenos días, pareja —saludó Carol con tono ácido—. ¿Qué tal el fin de semana?

Mientras fingía una sonrisa, Fabiola quiso gritarle: «Muy bien, pedazo de zorra envidiosa, he estado con este ejemplar de macho y he hecho cosas que ni te imaginas, así que no preguntes como estoy, felicítame». Pero en lugar de eso, murmuró un frío y escueto «buenos días» y se marchó, dejando a Kane en la recepción.

—¿Hay algún recado para mí? —preguntó él.

—No, señor Roberts. —respondió Carol cantarina.

Kane se disponía a dirigirse tras Fabiola, pero se le cruzaron los cables, por decirlo de alguna forma, volvió sobre sus pasos y tomó a la recepcionista de la barbilla.

—Carol, ¿verdad? —preguntó, fingiendo no haberle prestado atención con anterioridad, pero imprimiendo un tono seductor que funcionó, pues ella se humedeció los labios—. ¿Podrías hacerme un favor?

—Sí, cómo no —contestó embobada.

—No vuelvas a insinuar, comentar u opinar nada acerca de Fabiola o de mí —le advirtió sin perder el tono meloso, igual que si estuviera alabando su belleza—. ¿Entendido?

—Entendido —dijo ella de forma casi inaudible.

—Estupendo —contestó Kane y le dio un rápido beso, de lo más casto, para convencerla—. Gracias. —Le soltó la barbilla y se dirigió al despacho

de Fabiola.

Carol se quedó como tonta sopesando la idea de que quizás fuera gay. No podría ser de otro modo.

Fabiola ya estaba buscando con rapidez la información cuando entró Kane. Por suerte, Genaro no había llegado, lo que les daba cierto margen de maniobra. Sin pensarlo dos veces, Kane no sabía explicarse a sí mismo muy bien qué le estaba pasando ese día, se acercó a ella y reclamó sus labios de forma impetuosa.

Fabiola no se lo esperaba, pues al verlo acercarse pensaba que tan sólo pretendía leer los datos en pantalla. Ni por asomo besarla.

—No sé qué tienes —musitó de manera erótica, mientras se separaba de ella, que tembló—, pero hoy es el segundo impulso al que no puedo resistirme.

—¿El segundo?

—He besado a Carol. —Fabiola arqueó una ceja ante aquella confesión—. Créeme ha sido por el bien común, no me gusta utilizar estos trucos, pero es mejor cortar de raíz, ¿no crees?

Ella seguía mirándolo fijamente. No sabía si darle un bofetón o besarlo de nuevo, por fortuna para él, optó por lo segundo.

—Hummm, dejémoslo aquí o terminaré follándote encima de la mesa.

Ambos inspiraron hondo para serenarse un poco y prestar atención a los datos. Ya tendrían después tiempo de dar rienda suelta a sus deseos.

—Aquí está todo lo que necesitabas —indicó Fabiola, retomando la normalidad.

—Hazme una copia —pidió Kane apartándose.

—¿Qué haces? —inquirió ella, mirándolo por encima del hombro, extrañada de su comportamiento.

—Tengo que mantener las distancias, créeme, es lo mejor —confesó, haciendo una mueca burlona.

Fabiola se echó a reír ante su expresión de disgusto.

Tras hacer copia de todos los documentos que él necesitaba, Kane pareció volverse de nuevo un hombre inmutable y concentrado en su trabajo. Examinó satisfecho la nueva documentación, pues confirmaba muchas de las teorías que ambos habían elaborado, entre otras cosas, durante el fin de semana. Envío un nuevo correo electrónico con los datos a la oficina central.

La suerte estaba echada.

—Fabiola, ven a mi despacho —dijo Genaro sin siquiera saludar, sobresaltándolos a ambos.

—Enseguida. Terminó esto y...

—¡Ahora! —gritó él sin darle opción a réplica.

Kane no quiso intervenir, aún no. Necesita atar todos los cabos. Confiaba en ella para que manejara la situación. Hizo un leve movimiento de cabeza para que lo entendiera. Sabían que cuanto más tiempo tardara Genaro en empezar a curiosear entre los informes que ellos tenían, mejor para todos.

Fabiola respiró para templar los nervios y salió de la oficina, preparándose para el inevitable enfrentamiento.

—¿Se puede saber de qué coño vas, Fabiola? —estalló Genaro.

—No hace falta que me grites.

—Y cómo quieres que te trate, ¿eh? Esta vez te has pasado de la raya. Nunca esperé esto de ti —le recriminó elevando el tono, tanto, que enseguida serían la comidilla de la oficina.

—No sé a qué te refieres —mintió.

—Me refiero al hecho de traicionarme con ese inglés. ¡Claro! Ha sido muy hábil, ¿verdad? Qué fáciles sois de convencer algunas —masculló ofendiéndola.

—Te estás pasando.

—¿Eso crees? No te creía tan ingenua, pero por lo que veo, no sólo le has abierto carpetas y archivos.

—¡Genaro!

—No soy tonto, sé perfectamente que después del abandono de Carlos te

has sentido vulnerable y el muy hijo de puta lo ha aprovechado muy bien.

Fabiola contó hasta cinco. Un ataque tan personal estaba fuera de lugar, pero no podía caer en la provocación.

—Eso no es asunto tuyo

—¿Ah no? Hablé con Carlos la semana pasada.

—¿Y eso que tiene que ver con la empresa?

—Muy simple, no sé con exactitud en qué punto estáis, lo que sí te puedo asegurar es que tú caerás conmigo. Eres tan responsable como yo. Además, los rumores acerca de vuestra relación siempre ayudarán —añadió, dejando implícita la amenaza.

—No puedo creer que me hagas esto. —Fabiola estaba decepcionada del todo, pero no se vino abajo—. Nadie va a creerte.

—¿Eso piensas? —preguntó burlón—. Tu querido señor Roberts convenció a la agencia inmobiliaria para que mintiera respecto al estado del apartamento y así seguir en tu casa.

—Ya lo sabía —mintió, era un golpe bajo, pero ya lo aclararía más tarde con Kane. Allí, ante su jefe, debía mantener la compostura.

—¡Eres toda una caja de sorpresas! Vaya, vaya con la recatada. —Le echó una mirada provocativa—. Deberías haberme hecho saber antes que eras así.

—Vete a la mierda —le espetó, controlando las ganas de abofetearlo, por grosero, entre otras cosas.

—No, querida, te vas tú. Toma —la contradijo y le entregó unos documentos.

—¿Qué es esto?

—Tu carta de despido.

—¿Cómo?

—Sí, resulta que tras una investigación interna, he descubierto que mi subdirectora no ha cumplido con su cometido. Acéptala, es un consejo, así podrás cobrar tu indemnización —dijo todo ufano.

—Tú sabes mucho de indemnizaciones.

—Fabiola, te quiero fuera al final de la mañana, recoge tus cosas. Y recuerda: si caigo, te arrastro.

—No tienes pruebas.

—¿Ah no?

No podía creérselo, despedida y encima involucrada en algo sucio como los chanchullos de Genaro.

«Tranquilo, yo también sé jugar sucio», pensó y salió del despacho del hasta ese momento su jefe, pero antes de llegar al suyo se acordó de algo. Aparte de los documentos informatizados existía un fichero general donde aún se conservaban en papel copias de todos los movimientos. Si el muy cabrón la había engañado, ella tendría que ser la primera en averiguarlo.

Le había asegurado a Kane que no había firmado ninguna autorización de desembolso de capital sin conocimiento. No obstante, dudaba. Bien por las prisas, bien por confianza, algo se le podía pasar por alto. Necesitaba comprobarlo ya.

Al bajar a la recepción, sintió la mirada hostil de Carol. ¿Qué le había hecho Kane? No se detuvo a pensarlo. Dadas las circunstancias, eso carecía de importancia.

Buscó a la encargada de mantenimiento para que le diera las llaves del sótano. Menos mal que con ella mantenía una buena relación.

Dentro del cuarto de archivos empezó a buscar los informes correspondientes a los dos ejercicios fiscales anteriores, donde sin duda estarían los chanchullos de Genaro.

Las carpetas estaban bastante desordenadas, estaba claro que alguien ya había buscado la misma información. Después de más de una hora encerrada con los documentos, encontró por fin las copias de las órdenes bancarias de pagos y transferencias que se suponían firmadas por ambos. Al revisarlas con suma atención se dio cuenta, menos mal, de que algunas estaban sin firmar,

pero otras sin embargo sí tenían su firma. ¿Cómo era posible? No podía seguir allí, así que decidió llevarse toda la documentación.

¡A la mierda con la empresa! Estaba despedida.

Cuando salía del sótano se acordó de Miranda, su amiga en el banco. Era la secretaria del interventor y ambas mantenían a menudo correspondencia vía correo electrónico. Fabiola, al igual que Miranda, hacía más de una vez la vista gorda en algunas gestiones de sus respectivos jefes, más que nada para ahorrar tiempo en algunos trámites burocráticos. Sacó su móvil y la llamó.

—¿Fabiola?

—Sí, hola, Miranda, soy yo.

—¿Qué tal te va todo? He oído rumores —apuntó divertida.

—Bueno, bien, ya te contaré.

—No puedo esperar —se rio—. Me han contado, no sé si es cierto, que tienes a un inglés de toma pan y moja todo el día a tu alrededor.

—Bueno, sí —admitió y no pudo evitar sonrojarse—, pero ahora no te he llamado por eso.

—¡Qué cruel! —protestó Miranda.

—Necesito que me envíes unos documentos por correo electrónico.

—Dime.

—Las órdenes de pago.

—¿Todas?

—No, las que superan los seis mil euros y las que se abonaron aun sin estar firmadas, ya sabes —intentó hablar con un tono natural.

—Tienes aquí aún algunas sin firmar, ¿te las envío también?

—Sí, gracias, pero anota esta otra dirección de correo. —Le indicó la dirección de Kane y buscó rápida una excusa convincente—: Es que he tenido problemas informáticos, ya sabes.

—¡Qué me vas a contar! Hace quince días se colgó todo el sistema de la oficina, no te imaginas qué caos.

—Me hago una idea.

—Vale, pero tenemos una conversación pendiente.

Fabiola respiró aliviada, parecía que la suerte estaba de su lado, aún quedaban papeles sin firmar y, aunque fueran documentos ajenos a la investigación, bien podrían servir para reforzar su teoría.

—¿Dónde está Fabiola? —inquirió Genaro con su tono más desagradable y maleducado.

—Creía que estaba contigo —contestó Kane sin levantar la vista de su portátil. Ya empezaba a cansarse de que el tipo entrara sin llamar.

—Supongo que despidiéndose de sus amigos —comentó Genaro con segundas.

Vio que Kane parecía ignorarle y eso lo puso aún de peor humor.

—Señor Roberts, ¿necesita algún documento más? —pregunto con la clara intención de distraerlo.

—Sí, por favor, la relación de gastos corrientes del año pasado. Ya sabe, personal, suministros... me gustaría comprobar unos datos.

Kane no necesitaba nada de eso, pero si conseguía quitarse al hombre de encima sería mucho mejor.

—Sí, cómo no —murmuró Genaro algo más tranquilo, ya que no le preocupaban en absoluto esos documentos.

Fabiola irrumpió en su despacho con los documentos del archivo general y, al ver a su jefe, se los entregó con rapidez a Kane.

—Toma, el listado de los contratos publicitarios —mintió con descaro y, por suerte, Kane no dijo nada.

—¿Ya has terminado? —interrumpió Genaro impertinente.

—Sí, me marchó ahora mismo.

—Todavía no hemos acabado —alegó Kane con tranquilidad.

—¿No se lo has dicho? —inquirió el director.

—¿Qué tiene que decirme?

—Fabiola está despedida —anunció Genaro, sintiéndose ganador de la partida.

—¿Y eso? —preguntó Kane como si nada. Se lo imaginaba, pero un aviso de correo en la pantalla de su portátil le llamó más la atención.

—Ella te lo explicará, os dejo solos.

—¿Quién es Miranda? —le preguntó a Fabiola.

Ella inspiró hondo, la información había llegado. Una buena noticia.

—Trabaja en el banco, son los documentos que necesitamos. —Cogió su bolso y sacó las llaves del coche—. Toma —dijo ofreciéndoselas.

—Espera, por favor, explícame qué ha pasado —exigió Kane, abandonando su actitud relajada. Se acercó a la puerta para asegurarse de que estuviera bien cerrada.

—Muy simple, Genaro sabe que vas detrás de él, piensa que es mejor hacer creer que yo soy la responsable. Despidiéndome da un golpe de efecto —le relató, procurando mantenerse firme.

—Ven aquí... —pidió y ella, algo renuente, obedeció y entonces él la abrazó—. No te preocupes, sé que no es así. Ve a casa y descansa, iré lo antes posible. No digas nada, ¿vale?

—¿Qué vas a hacer tú? —La peinó con los dedos y le dio un suave beso en los labios que le pareció insuficiente.

—Aprovecharé para hacer algunas compras y luego cogeré un taxi.

—Tranquila —musitó y la abrazó con más fuerza.

* * *

Kane se quedó solo en el despacho, maldiciendo entre dientes por lo que habían hecho con Fabiola; no obstante, debía mantener la calma, concentrarse, en sus manos estaba resolver la situación.

Empezó a leer los correos enviados desde el banco.

Hola, Fabiola, aquí tienes lo que me has pedido, acuérdate de firmar y reenviarme las autorizaciones pendientes. Dile a tu jefe que se tranquilice, que ya hemos anticipado los desembolsos como en otras ocasiones. Me debes una explicación. Ya sabes... sobre ese pedazo de tío inglés con el que trabajas. Dile que si quiere puede hacerme una auditoría. Hummm. Tienes una suerte... aprovéchalo, niña, date un homenaje. Besos.

Miranda

Kane no pudo evitar sonreír. Sin embargo, empezó con rapidez a revisar los documentos.

Tras estudiarlos concienzudamente, los reenvió, eliminando el mensaje personal de Miranda, a la sede central. Ya estaba todo claro. Él ya no podía hacer más.

Mientras recogía para irse, recibió una llamada de Anderson, su superior.

—He recibido toda la información, me sorprende que hayas sido tan rápido —dijo su jefe con el tono cercano a la ironía que tan bien conocía Kane.

—Gracias. Esta vez he tenido algo más de colaboración —explicó él con cautela.

—Está bien. De todas formas, antes de iniciar cualquier acción debemos analizarlo de nuevo todo. ¿Has terminado allí?

—Sí —respondió Kane con tristeza; era la primera vez que, tras finalizar un encargo, se sentía de ese modo.

—Estupendo, entonces coge un vuelo esta tarde y mañana nos reunimos aquí.

—Verás... —no quería dejar a Fabiola sola— hoy tenía otros planes.

—Cancélos, mañana tienes que estar aquí —insistió inflexible su jefe.

—De acuerdo —aceptó resignado. Sabía que con Anderson no le convenía discutir.

Bajó al garaje bastante enfadado, su intención era pasar el día con Fabiola y no dejarla sola. La habían despedido. Aunque sabía que las cosas iban a cambiar, de momento ella era la mala de la película.

¿Cómo iba a decírselo?

Capítulo 12

—¿Qué estás haciendo? —preguntó arqueando una ceja, pues nada más entrar lo sorprendió verla pedaleando como una posesa.

—Quemar calorías —jadeó—, eliminar la mala leche —jadeó de nuevo—, intentar no matar a alguien...

—Vale, comprendido —comentó, consciente de que era mejor dejar que eliminase la frustración como quisiera—. Lo siento, pero no podía interferir.

—Lo sé —dijo, y se bajó de la bici—. Voy a darme una ducha.

—Espera —la detuvo Kane agarrándola de un brazo y atrayéndola hacia sí.

—¡Suéltame, estoy hecha un asco! —protestó ella, tirando para liberarse; sin embargo, él la tenía bien sujeta.

—No, antes quiero decirte algo. —Fabiola dejó de forcejear—. Mañana tengo que estar en Londres a primera hora, salgo en el vuelo de esta tarde a las siete, quiero que me acompañes.

—No —musitó apagada—. Es mejor que me quede aquí. No te preocupes, aprovecharé para ordenar de una vez la casa.

—Fabiola... —la besó— sólo serán dos días.

Kane estaba muy enfadado por cómo se estaba desarrollando la situación. Cuando venía la peor parte para ella, tenía que dejarla sola.

Fabiola se quedó unos instantes mirándolo de tal forma que se puso nervioso, no quería que volviera a encerrarse en sí misma; aquella expresión no presagiaba nada bueno.

Maldito Anderson y sus exigencias. O mejor dicho, sus caprichos.

—¿A qué hora has dicho que es tu vuelo? —inquirió ella sujetándolo de la muñeca para mirar su reloj.

—¿Por qué? ¿Vienes? —preguntó esperanzado.

—No, pero creo que tenemos tiempo de sobra —comentó y lo empujó para que se sentara en el sofá.

—Fabiola... ¡no me lo puedo creer! Aprendes rápido, ¿eh? —indicó burlón, aunque muy animado.

Ella no dijo nada y se sentó a horcajadas encima de él, que prefirió permanecer por el momento inactivo. Fabiola parecía disfrutar con el juego, le estaba soltando el nudo de la corbata mientras movía sinuosamente sus manos, quemándolo en cada pasada. Cuando presionó su erección por encima del pantalón, Kane decidió intervenir.

Agarrándola de los hombros, hizo que se apartara y le empezó a bajar la cremallera de la sudadera de deporte, sonriéndole al descubrir que llevaba el top de licra ajustado que antes se había negado a usar.

—Hummm, me encanta —le dijo, antes de lanzarse sobre su escote—. ¿Qué es esto? —Metió la mano entre sus pechos y sacó un envoltorio. Era un condón.

—Nunca se sabe. —Fabiola se encogió de hombros y sonrió.

Luego se arqueó sin soltarle, disfrutando de cómo él la mordisqueaba por encima del top, mientras sus manos la sujetaban con firmeza por la cintura.

Sin embargo, la estupenda escena en la que se hallaban inmersos se cortó en seco al oír el sonido de un móvil.

—Siempre hay quien no tiene la más mínima educación y llama en los momentos más inoportunos —protestó Kane.

—Lo sé...

—No contestes —le suplicó.

Ella se estiró por encima de él hasta alcanzar el teléfono. Miró la pantalla. Era su madre. No hizo caso de las protestas de Kane y se levantó para hablar con ella.

—Hola, mamá —utilizó un tono suave.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? No sabemos nada de ti.

—He estado muy ocupada —alegó como excusa.

Él, impaciente como estaba, empezó a hacerle señas para que colgara; Fabiola no podía mantener una conversación coherente mirándolo, así que le dio la espalda.

—Hija, estoy preocupada. El otro día vino Carlos y me contó que...

—Mamá —la interrumpió Fabiola—, no me apetece hablar de eso.

—No sé qué os ha pasado, pero tienes que hablar con él —insistió su madre en tono de súplica.

—No tengo nada que hablar con él. —Se abstuvo de explicarle lo grosero y estúpido que era Carlos y, sobre todo, lo engañada que había estado respecto a ese hombre. Por no mencionar las veces que había descubierto sus infidelidades.

—Cuelga, por favor —le rogó Kane en voz baja para no alertar de su presencia.

Al ver que seguía con la conversación y el tema de la misma, se levantó del sofá, se le acercó hasta quedar tras ella y le colocó las manos en la cintura para empezar a bajarle los pantalones de deporte.

Fabiola no dijo nada, aunque estaba sorprendida. Oyó su risa provocadora y tuvo que concentrarse para escuchar a su madre y no gemir, en especial cuando él se colocó de rodillas a su espalda y terminó de bajarle las bragas. Dio un respingo cuando le dio un mordisco en la nalga derecha.

—¿Estás bien, hija?

—Sí... sólo que tengo mucho trabajo. —No podía seguir obviando que un dedo rozaba la separación de sus glúteos hasta meterse entre sus muslos.

—¿Por qué no vienes esta noche a cenar con tu padre y conmigo?

—Sí... no, no puedo —titubeó, cada vez más excitada.

La risa de él era humillante. Tenía que detener aquello ya.

—Eso es, Fabiola, aguanta —le susurró riéndose.

—Mama, tengo que dejarte...

—Espera, hija, apenas hablamos —insistió su madre—. Me preocupas.

—Hummm, me encanta tu culo —musitó un tipo muy malo arrodillado

tras ella.

—Te llamaré, adiós —Fabiola cortó con rapidez, colgó el teléfono y lo arrojó sobre el sofá. Se dio la vuelta para enfrentarlo.

—No, quédate así. —La sujetó de las caderas.

—Kane...

—¿Sí? —dijo mirándola fijamente desde abajo.

—Esto es... —No tenía palabras. Bueno, si las tenía, pero no se atrevía a pronunciarlas delante de él.

—Perverso... —indicó Kane besándole el culo—. Divertido. —Un mordisquito por aquí—. Excitante. —Otro mordisquito por allá...

—Enséñame —le pidió dándose la vuelta y mirándolo.

—¿El qué? —le preguntó suavidad, atrayéndola hacia sí para besarla en el ombligo.

—Todo.

Él se incorporó con agilidad y la besó. Fabiola se mostró tan impaciente que a Kane no le quedó más remedio que echar mano de su experiencia para ir con más tranquilidad, para evitar atropellar un momento tan íntimo y echarlo a perder con las prisas. Se lo debía. Pero por extraño que pareciera, también lo necesitaba él. Necesitaba ese contacto con Fabiola.

Ella empezó a desabrocharle los pantalones. Sabía que tenía que practicar más, pero eso ahora no importaba. Él le facilitó la tarea.

—Con cuidado, ¿eh? —dijo burlón e inclinó la cabeza para no perderse detalle. Verla tan entusiasmada y dispuesta era todo un acontecimiento.

—Túmbate —le ordenó ella señalando el suelo.

—¿Cómo? —replicó Kane ante aquella exigencia, algo que por otro lado le encantó. No dijo ni pío mientras ella lo desnudaba, ni cuando se colocó a horcajadas sobre su polla, a pesar de que ante el contacto siseó de gusto.

—¿Así? —preguntó ella con su actitud más inocente cuando se restregó.

—Sí —dijo él con suspicacia. No se fiaba del todo. Pero tampoco quería desanimarla. Inspiró con fuerza, Fabiola no tenía ni idea de lo que estaba

haciendo.

—¿Y ahora?

—Pásame el condón —le indicó aguantando la respiración, pero ella lo abrió y comenzó a desenrollarlo sobre su erección—. Despacio, así, hummm —gimió él.

—¿Kane? —murmuró Fabiola al ver que cerraba los ojos y emitía un gruñido que no supo interpretar.

No le contestó; se sujetó la polla y, agarrándola por la cintura, le indicó cómo debía dejarse caer. Ella gritó al sentirse penetrada y él apretó los dientes para no embestir como un loco. Cuando Fabiola pudo manejarse sola, la dejó a su aire, la soltó y no hizo nada en absoluto, disfrutaba tan sólo mirándola. Se recostó en el sofá dispuesto a dejarla hacer.

—¿Voy bien? —preguntó Fabiola jadeando y él asintió.

Pese a que quería dejar en sus manos todo el control, no pudo evitar arquear las caderas, levantándolas y clavándose en su interior. Ella emitió un grito de pura felicidad.

—Fabiola... —gruñó, embistiendo con cierta cautela para no desestabilizarla, pese a que su instinto le pedía a gritos empujar como un campeón, fascinado por aquella mezcla de ingenuidad y provocación que entrañaba cada una de sus preguntas.

Fabiola continuaba moviéndose, cada vez con más seguridad, disfrutando al ser quien llevaba las riendas; si bien todo el esfuerzo recaía en ella, no era en absoluto desagradable sentir que era capaz de darle tanto placer como el que recibía, algo sin lugar a dudas de lo más estimulante.

Hacia arriba, hacia abajo. Derecha, izquierda... aquellos eran los movimientos de Fabiola, no necesariamente en ese orden, pues eran a la vez movimientos desordenados, caóticos. Quería hacerlo bien, pero le era complicado. Las manos de Kane, cada vez más atrevidas, rozando aquí o allá, presionando este o aquel punto sensible, la desconcentraban. Ella quería

demostrarle que estaba poniendo todo de su parte por cambiar, por perder los miedos.

Cuando él apesó sus pechos, apretándolos, Fabiola gritó y echó la cabeza hacia atrás, lo que hizo que ciñera su miembro con más fuerza y Kane se lo demostró gimiendo como un poseso. Y no sólo eso...

Pensó que ya era hora de intervenir. Tomó impulso, sorprendiéndola al clavársela más fuerte. Notó que ella le hincaba las uñas en los hombros para no caerse.

—Eso es... —la animó estrujándole el pecho y observándola encantado—. Siénteme...

Fabiola tragó saliva

—Claro que te siento... —musitó jadeante.

—Y ahora, córrete —exigió y le propinó un buen azote que, aparte de dejarla sin aliento, logró su cometido.

Se dejó caer hacia delante, impulsada por una sensación desconocida. Quería abrazarlo, pero no sólo por lo que acababa de experimentar en su cuerpo, sino por cómo, gracias a él, iba descubriendo su poder sexual y, lo más importante, que lo estaba compartiendo con un hombre como Kane, que no la cuestionaba. Y eso era mucho.

—Ha sido... —suspiró aún abrazada a él.

—No ha estado mal —contestó Kane de forma desdeñosa, a modo de provocación.

Fabiola se separó para mirarlo y se apartó el pelo de la cara, para ella había sido espectacular.

—Bueno, supongo que para ti, con tu experiencia...

—¿Quieres callarte? —Kane la besó—. No tienes ni idea de lo que acaba de pasar —musitó contra sus labios. Él tampoco estaba muy seguro.

—Entonces... ¿crees que he aprobado?

—No —se echó a reír—, pero mira el lado positivo, podrás seguir practicando.

—Sí, tienes razón. —Se separó de él—. Pienso hacer esto mucho y con muchos —aseveró y se puso en pie—. Me voy a dar una ducha.

Kane parpadeó. ¿Había oído mal, producto de frenesí sexual, o Fabiola le estaba tomando el pelo?

—¿Cómo? —preguntó, sin embargo, no obtuvo respuesta, ya que ella no se encontraba en el salón para responderle.

Que quisiera hacerlo mucho no le preocupaba en absoluto, pero ¿con muchos? ¿De qué iba esa mujer? ¿Si hacía apenas una semana se ruborizaba al verlo desnudo! Y ahora... No podía creerlo. ¿Se trataba de una broma? De mal gusto, se entiende.

—Hay que joderse —masculló, frotándose la cara ante su desconcierto.

Pensar en Fabiola de cama en cama practicando sexo hizo que arrugara el entrecejo. Continuaba allí tumbado sobre la alfombra del salón, desnudo, bueno, con la camisa abierta, los pantalones a medio muslo y la corbata desanudada, en la misma postura en que ella lo había dejado. Cerró un momento los ojos y parpadeó varias veces para centrarse. Oyó el ruido del agua, vale, Fabiola estaba en la ducha, hasta ahí todo normal.

No obstante, sus inquietantes palabras seguían dándole vueltas en la cabeza. ¿Mucho y con muchos? ¿Por qué lo molestaban tanto? Era pronto para hablar de sentimientos. Nadie daría crédito a sus palabras, nadie creería que se había enamorado de ella en apenas un mes. Pero aun así...

Ninguna otra mujer lo había tenido tanto tiempo a la espera. Él no había aguantado las negativas como lo había hecho con ella, pero eso bien podría explicarse como un asunto de orgullo propio.

Tal vez se debiera a la falta de costumbre, pues rara vez tenía que esforzarse para llevarse a una mujer a la cama y, además, desde el punto de vista técnico, Fabiola no era una amante habilidosa. Empezaba a ponerle interés, desde luego, pero todavía le quedaba un largo recorrido.

Otro aspecto a tener en cuenta: hasta la fecha, e hizo un concienzudo examen mental para verificarlo, no había repetido con ninguna de forma tan

continua. Si bien tenía amigas en Londres con las que ocasionalmente mantenía relaciones sexuales, era más bien por simple amistad entre ellos, ya que surgía sin más.

Tampoco ninguna mujer había pasado con él un fin de semana de la forma en que lo había hecho con Fabiola. Nunca antes se preocupaba por ellas, no las llevaba a casa de su hermana, no les mostraba la ciudad, bueno, para eso sí había explicación, porque muchas de ellas vivían allí.

«¿Por qué no afronto los hechos? ¿Por qué intento negar la evidencia? ¿Por qué...?»

—¿Todavía estás ahí? —Fabiola interrumpió sus divagaciones y se sentó en el sofá en albornoz, mirándolo de arriba abajo. Lo cogió de la muñeca—. ¿Has visto qué hora es? —Señaló su propio reloj.

—Tienes razón —dijo Kane incorporándose. ¿Cuánto llevaba allí tendido como un tonto? —. ¿Qué vas a hacer ahora? —Le acarició la pierna por la abertura del albornoz—. Todavía estás a tiempo de venir conmigo.

La sugerencia iba acompañada con tal ternura que Fabiola casi se derritió allí mismo.

—No —respondió negando con la cabeza—. Voy a aprovechar para poner en orden mis cosas.

Marcharse con él a Londres podría ser increíble, sin embargo, si a algo estaba aprendiendo era a resolver sus problemas por sí misma. Él tenía su trabajo y ella... bueno, sus propios asuntos.

Kane estuvo a punto de preguntarle si él estaba incluido.

—Vale, te prometo que estaré aquí en dos días —afirmó y se inclinó para besarla.

—Hummm —gimió Fabiola encantada.

—¿Te vienes conmigo a la ducha? —inquirió y recibió una negativa—. Qué lástima...

Cuando salió del cuarto de baño, relajado tras la ducha, la encontró en su dormitorio haciéndole la maleta. ¡Joder! Nadie antes le había hecho la maleta.

—¿Tantas ganas tienes de que me vaya? —preguntó burlón, cruzando los brazos.

Ella se encogió de hombros aparentando indiferencia ante la visión de su cuerpo aún húmedo tras la ducha y la dichosa toalla cubriéndolo.

—¿Por qué me mentiste?

—¿Respecto a qué? —le preguntó divertido. Por experiencia sabía que era mejor asegurarse de qué se estaba hablando.

—Genaro me dijo que me engañaste para seguir aquí conmigo.

—¿Y tú le crees? —preguntó, lo habían pillado.

—No sé qué creer, la verdad.

—Es cierto.

Fabiola lo miró unos instantes, intentando comprender.

Ante la mirada acusadora de ella ya no tenía sentido seguir callado.

—Lo hice para seguir contigo —explicó, pues era la verdad—. Llámame idiota, pero en ningún momento pensé en aprovechar esta situación para que tú colaborases en la empresa; fue algo personal. Muy personal.

—¿Y no habría sido más fácil decir que querías seguir aquí?

—¿Lo hubieses aceptado?

—Sí.

—¿Sí?

—Sí.

—Lo que no entiendo es por qué no me lo dijiste.

—Porque se supone que los tíos hacemos estupideces cuando nos gusta una chica —explicó y esbozó su media sonrisa de canalla.

Se acercó a ella y la estrechó con fuerza. Fabiola tenía el poder de sorprenderlo, ¡y de qué forma!

Ella disfrutó en ese abrazo del calor que nunca antes había sentido.

Sabía muy bien la conexión que existía entre ambos y, de igual modo, sabía que el tiempo se les acababa. Su relación, por llamarla de alguna forma, estaba supeditada al desarrollo de los acontecimientos de la empresa, y eso

estaba en la práctica liquidado. Kane se marchaba, a informar para sus jefes y poner fin al asunto. Ahora le encomendarían otro destino y...

Siempre podrían volver a verse, de forma esporádica, pero nunca llegarían a nada.

Ella estaba sin trabajo. Pero curiosamente, visto con tranquilidad eso podía suponer más un alivio que un problema.

—Venga —se soltó de él—, que llegarás tarde.

—¿Estás segura de que no quieres venir? —le preguntó por enésima vez.

—No —dijo y le dio un rápido beso.

—Fabiola... —Tenía que decírselo. No podía marcharse así. Sólo iban a ser dos días, pero tal como estaban las cosas...

—¿Qué?

—Prométeme una cosa —pidió sin rastro de burla y ella se quedó quieta—. Cuando vuelva tenemos que hablar muy en serio.

—No te preocupes, estaré bien. No me importa lo de mi trabajo.

—Me refería a otro asunto —le dijo con calma. Intentaba buscar las palabras adecuadas—. Me refiero a ti y a mí.

—No es necesario que...

—Hablares cuando regrese.

—Está bien —convino, aunque prefería no pensar en ello—. ¿Te llevo al aeropuerto?

—Mejor que no.

Capítulo 13

—Hola, Kane, pasa, Anderson te está esperando.

—Gracias —le contestó a Mary, la secretaria, de mala gana. Había pasado una noche de perros.

Al volver a su apartamento de soltero y tumbarse desnudo en la cama, sólo pudo pensar en una persona. Tenía que dormir, descansar y concentrarse en la reunión del día siguiente, lo que le habría resultado más fácil si Fabiola hubiera ido con él.

Gary Anderson ya había estudiado a fondo todos los documentos que Kane le había ido enviando por correo electrónico, pero aun así tenía dudas.

Kane había explicado con toda claridad en que se basaba el fraude de Genaro, intentando desde el primer momento ser lo más objetivo posible. Había dejado bien claro que Fabiola no tenía nada que ver con el asunto. Sin embargo, la cautela nunca estaba de más, pues una defensa demasiado efusiva, y no era por falta de ganas, podría tener los efectos contrarios, ya que los rumores de su implicación bien podrían haber llegado a Londres. Y eso, claro está, complicaría las cosas. Estaba seguro de la inocencia de ella, pero esa seguridad debía transmitirla de forma neutra.

—Adelante, te estaba esperando —le dijo Anderson tendiéndole la mano.

—Buenos días —contestó Kane de forma diplomática.

—Debo reconocer que esta vez me ha sorprendido tanta rapidez, pero a la vista de tus informes está claro, aunque aún tengo algunas pequeñas dudas. Ahora lo comentaremos. —Se levantó—. ¿Un café?

—Gracias —respondió

«¿Qué dudas?», pensó, su informe era impecable.

—De todas formas, luego se reunirán con nosotros Orson y Bedfield, para los aspectos legales.

—¿Bedfield? —preguntó Kane, disimulando su malestar.

No le apetecía encontrarse con ese abogado en particular. Era especialmente desagradable con él, sobre todo después de que Kane se hubiese acostado con su mujer. Jerry Bedfield aún no se lo había perdonado. Es lo que tienen las fiestas de empresa. Uno puede acabar en el servicio con una mujer sin saber de quién se trata. Sin embargo, Arthur Orson era mucho más asequible.

—Sí, se encargará de la vertiente legal, viajará contigo la semana próxima.

—Estupendo —dijo Kane disimulando la ironía, porque aquello era como una patada en los huevos—. Pero yo me marcho mañana, me reuniré con él allí.

Anderson lo miró sin parpadear y eso lo hizo ponerse alerta.

—No será posible, necesito que te encargues de finalizar la auditoría que ha llevado a cabo Martins en el departamento de personal —«el inútil de Martins», puntualizó Kane para sí mismo—, es poca cosa, no te llevará más de tres días.

—¿No puede acabarla él? —Kane debía, quería, estar con Fabiola—. Tengo otros compromisos.

—¿Cuáles? Si has acabado, puedes ocuparte de esto.

«Maldita sea —pensó—, qué oportuno.»

—De acuerdo —convino, ya que no merecía la pena ni le convenía insistir con Anderson.

—Bueno, vamos a ver, ¿qué me dices de la subdirectora de la oficina, la señorita Del Olmo? Según esto —señaló los informes— la exoneras de cualquier responsabilidad. ¿Estás seguro al cien por cien?

—Sí —confirmó, procurando no sonar muy vehemente—. Como verás en estos documentos, muchos de los pagos se adelantaban para agilizar los trámites. El director se aprovechaba de la confianza con el banco que

gestionaba la cuenta, que ejecutaba la orden de pago y recibía *a posteriori* el resto de las firmas autorizadas.

—No obstante, en algunas hojas sí aparecen ambas firmas.

—Eso se explica por la confianza que Fabiola... la señorita Del Olmo — se corrigió a tiempo— tenía en su jefe. En principio nada había levantado sus sospechas, pues entendía que si el director daba el visto bueno no tenía sentido preocuparse. No obstante, para despejar cualquier duda, en el correo electrónico recibido del banco queda claro quién era el más interesado en dar vía libre al dinero sin hacer preguntas, además, siempre aparece la firma de Genaro Galán, la que falta es la de ella.

—Bueno, parece tenerlo muy claro —murmuró Anderson y lo miró por encima de las gafas.

—En estos otros documentos —prosiguió Kane pasando por alto el tono de Anderson— la receptora del dinero es la exmujer de Genaro, los números de cuenta coinciden. Y, por si fuera poco, todos los locales siniestrados eran administrados por una asesoría, propiedad de...

—La señora Rosa Ceballos —Anderson terminó la frase—. Ya veo, pero sigo sin tener claro cómo la subdirectora pasó por alto estos pagos tan escandalosos.

—El departamento de siniestros —empezó a explicar Kane con paciencia— es quien autoriza los pagos. Cuando le llegaban desde este departamento, ya revisados, la señorita Del Olmo tan sólo los contabilizaba. Si además Genaro daba el visto bueno, ella no tendría por qué desconfiar. Se limitaba a cumplir con su cometido.

—Toda una chapuza, la verdad —comentó Anderson un tanto suspicaz—. De acuerdo, me gustaría cerrar este desagradable asunto cuanto antes y sólo queda un fleco pendiente.

—¿Cuál? —preguntó con interés Kane. Que él supiera, ya estaba todo claro.

—Necesitamos a alguien de absoluta confianza para que a partir de ahora

se encargue de esa sucursal, ¿podrías hacerlo tú?

Kane advirtió de inmediato por dónde quería llevar la conversación Anderson. Sabía de sobra que él no podría y entonces le preguntaría quién podría sustituir a Genaro. Si declaraba abiertamente a Fabiola como candidata ideal... podía levantar suspicacias, con su superior nunca se sabía.

—¿Vas a mandar a alguien desde aquí? —preguntó Kane tanteando el terreno.

—Sería una posibilidad, aunque... No, mejor a alguien que ya esté familiarizado con el funcionamiento. Alguien de allí.

—Entonces creo que deberías considerar a la subdirectora.

—¿Confías en ella? —inquirió Anderson arqueando una ceja ante la sugerencia.

Kane supo en el acto que era una pregunta trampa en toda regla.

¿Confiar con ella? Era su única opción desde el principio. Escondió la sonrisa de satisfacción.

—Conoce la empresa y su funcionamiento a la perfección —afirmó de forma neutra—. Lleva, según creo, cinco años trabajando allí.

—¿Y si no estuviera tan limpia como parece?

Joder, aquello iba a ser difícil, algo que por otro lado ya intuía.

—Nada nos induce a pensar que haya colaborado con la trama —la defendió—. Las pruebas así lo demuestran.

—Si no me equivoco, ha sido despedida —apuntó Anderson con malicia.

Qué rápido volaban las malas noticias.

—Su jefe, el señor Galán, quería que ella apareciera como la responsable, puesto que desde el primer momento fue quien me facilitó toda la documentación y las explicaciones necesarias para llegar hasta el final —explicó él con paciencia.

—Bueno, si piensas que es la persona adecuada, no yo pondré objeciones. La semana próxima iré a entrevistarme con ella en persona. ¿Cómo es? —inquirió.

Por el cambio de tono, Kane intuyó qué quería saber. Aquella pregunta era otra trampa, lo sabía, y también conocía los gustos de Anderson respecto a las mujeres.

—Una excelente profesional, desde luego —aseveró sin inmutarse.

—Vamos, Kane —había dejado el tono serio que había mantenido—, sabes a lo que me refiero. Has vivido con ella, ¿no?

Ese comentario le molestó. Estaba fuera de lugar, pero por desgracia no debía amonestarle, así que no le quedaba otra alternativa que ser diplomático.

—Eso fue algo circunstancial. —¿Cómo demonios sabía eso Anderson? —. Genaro prácticamente la obligó a aceptarme.

—Ya veo, tuviste que hacer un gran sacrificio —apostillo en tono irónico, para nada agradable.

—No fue desagradable, pero sí incómodo. Hubiera preferido un apartamento para mí solo —mintió con descaro.

—Entiendo...

«No, no entiendes una puta mierda», pensó Kane, pero no iba a darle el gusto de hablar sobre Fabiola.

Tras aquello, Anderson, que conocía muy bien sus costumbres respecto a las mujeres y que por lo tanto se fiaba de él, dejó de interesarse. Si Kane no hablaba de una mujer era que no merecía la pena.

Poco después se les unieron Orson y Bedford, que empezaron con los matices legales. Kane tuvo que soportar más de una hora de complicados y enrevesados comentarios y responder, la verdad ya sin interés, a las preguntas que ambos abogados le formulaban.

Por fortuna, pudo escabullirse. Su intención era llamar por teléfono a Fabiola cuanto antes. Y por supuesto en privado.

Lanzó una sarta de maldiciones al oír el contestador automático. Probó a llamarla al móvil. Desconectado. Aquí utilizó el repertorio clásico español que tan bien conocía.

* * *Fabiola pasó toda la mañana básicamente perdiendo el tiempo, callejeando, mirando y paseando.

No estaba de humor para quedarse en casa sola y dar vueltas a la idea que la martirizaba. Estaba claro que echaba de menos a Kane, y mucho, pero hasta entonces ninguno de los dos se había pronunciado con claridad respecto a sus sentimientos. Y, tras la horrible experiencia con Carlos, no estaba dispuesta a correr los mismos riesgos. Después de todo, podía sacar una importante lección: no volver a confiar a ciegas en nadie. No volver a poner todas sus ilusiones, todo, al fin y al cabo, en otra persona. Ni siquiera en Kane.

Esta creencia estaba avalada por la inminente separación de ambos. Vale, los dos se habían divertido, disfrutaban de unos encuentros sexuales, sobre todo ella, inolvidables. Pero ésa no era la cuestión. Él volvería de nuevo a Londres y ella tenía que ir pensando en buscar otro empleo. Y, de paso, otro amante.

Kane le había dicho que debían hablar. Muy bien, hablarían. Pero nada de crear falsas expectativas.

Mientras paseaba por el centro, sonrió al recordar la obligada jornada de compras con él.

En aquel momento se sentía furiosa por su atrevimiento, sin embargo, ahora le estaba agradecida. Quizás necesitaba ese empujón para salir del bache de autocompasión en el que estaba sumida aun sin reconocerlo.

Kane mostró una paciencia infinita, desde luego no era el típico hombre ansioso por llevársela a la cama, aunque ella misma debía reconocer que su comportamiento era el de una grandísima estúpida. Ahora lamentaba el tiempo perdido. Pero por otro lado la ausencia de sexo había logrado una especie de entendimiento entre los dos, tanto a nivel doméstico como profesional.

Las largas conversaciones por la noche, sobre experiencias, ella confiándole algunos de sus secretos. Él había prestado atención y se había

mostrado indignado al oír las barbaridades de su relación con Carlos. Y le había indicado un camino alternativo.

Fabiola se había pasado toda la mañana así, sin hacer nada, y eso era toda una novedad. Era la hora de comer y, pese a que no le agradaba mucho la idea, se dirigió a casa de sus padres.

Le debía a su madre una visita y un día laborable era la mejor opción.

—Hola, cariño —dijo la mujer al verla entrar—. ¿Cómo así tú por aquí?

—Buenos días, mamá. —Fabiola se encogió de hombros—. Tenía el día libre y he pensado haceros una visita. ¿Está papá?

—No, pero vendrá enseguida.

Fabiola dio una vuelta por la casa con cierto aire de melancolía. Antes de abandonar el nido, siempre estuvo protegida por sus padres, hasta que Carlos le propuso matrimonio y compraron el ático. Del cual después se tuvo ella que hacer cargo.

Mientras vivió con sus padres, pocas cosas le importaban, tal vez porque tenía lo que se suponía que debía tener.

Un novio al que todos adoraban... que la trataba fatal.

Un trabajo estupendo... en el que había chanchullos.

Amigas... a las que no podía confiarles sus temores o sus dudas.

Una familia... una familia modelo, desde luego, pero que siempre la condicionaba para que no rompiera las normas.

Pese a su reticencia inicial, Fabiola disfrutó de una comida sin altibajos, pues sus padres no ahondaron en el tema de Carlos, cosa que agradeció, no tenía ganas de dar más explicaciones.

Lo que seguía escociéndole era que sus padres aún lo considerasen el yerno perfecto. Tantos halagos dirigidos hacia su ex amargarían a cualquiera, pero logró morderse la lengua para no entrar al trapo. Ella no iba a facilitar los detalles de lo que ocurrió.

Y, por una de esas casualidades, la fortuna estuvo de su lado y sus padres no mencionaron nada sobre su compañero de trabajo. Quizás se sentían

avergonzados del comportamiento de una hija a la que desde luego no habían educado para que se metiera en la cama con un extraño. O bien preferían mirar hacia otro lado con la esperanza de que recobraría el sentido común y volviera al redil.

Ni muerta.

No dejaría pasar la oportunidad de disfrutar el momento. Si no era con Kane, pues bueno, ya encontraría a otro. No iba a quedarse esperando a que la vida obrara un milagro.

Comprendió y aceptó por fin lo acertado de la decisión que tomó el día en que se fue al hotel de un desconocido.

* * *

Los siguientes días fueron un tormento, aburrida hasta límites increíbles, ya no sabía qué más hacer para pasar el tiempo. Kane le había prometido volver en dos días y ya habían pasado cuatro, se acercaba el fin de semana y no tenía ningún plan alternativo a la invitación de su hermano para cenar toda la familia y celebrar así su compromiso.

Viernes por la noche y sola en casa, vaya planazo. Y al día siguiente comida familiar.

Eso sí, el ático estaba resplandeciente. Tantas horas libres es lo que tienen, para matar el tiempo se había dedicado a hacer una limpieza a fondo. La parecía algo increíble, ya que debido a su trabajo rara vez realizaba esas tareas domésticas de forma tan concienzuda.

Sin embargo, aparte de dejarla cansada, no eran estimulantes ni de lejos.

Pasar las noches sola, viendo sus películas favoritas, había sido hasta el momento algo habitual. Incluso lo consideraba una buena opción, ya que, si estaba en casa, su ex no le permitía disfrutar de buen cine. No obstante, ahora, sin la compañía de Kane ya no tenía gracia.

Por mucho que la molestara admitirlo, echaba mucho de menos alguien que hiciese mortales comentarios sobre las cursis películas que ella veía.

Alguien que la provocara con dobles sentidos.

Alguien a quien, sencillamente, abrazar. Si después surgía algo más, estupendo.

Kane.

Pero ya empezaba a aceptar que esto había llegado a su fin. Quizás volvieran a verse, pues él aún tenía que recoger algunas cosas del cuarto de invitados, pero también podría enviar a otra persona a hacerlo.

Esa vez no debía, no quería, sentirse abandonada.

Y llegó el fatídico día de la reunión familiar. No había encontrado una excusa decente para quedarse en su apartamento, así que, esforzándose por sonreír y aparentar que todo iba estupendo, llegó al restaurante elegido por su hermano mayor.

—Cariño, qué bien, ya has llegado.

Su padre la abrazó y ella se dejó querer.

—¿Qué tal, papá? —preguntó.

—Bien, bien, como siempre —respondió afable el hombre.

Pero si Fabiola ya empezaba a sentirse mejor tras el contacto con su padre, todo se fue por el retrete cuando vio a su ex mirándola con una sonrisa bobalicona.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó al ver acercarse a Carlos.

—Fabiola, es prácticamente de la familia y a tu hermano le ha encantado la idea de que viniera. Así podréis tener una oportunidad de arreglar lo vuestro.

—No tengo nada que hablar con él —replicó enfadada por la intromisión de su familia en sus asuntos personales.

—Vamos, vamos, no será para tanto, una pelea sin importancia —intervino su madre, cómplice—. Os dejamos un ratito para que habléis de vuestras cosas.

—No sé qué pretendes, pero ahórrate el esfuerzo —le espetó ella a Carlos, nada más quedarse a solas con él.

—Fabiola, me gustaría poder hablar contigo en otro momento más íntimo. ¿Qué tal si salimos a cenar hoy sábado? —preguntó él esperanzado.

—¿Contigo? —Carlos asintió—. Ni loca.

—Tienes que escucharme, maldita sea. —La agarró del brazo—. Has cambiado, no sé qué juego te traes con ese inglés, pero... —suspiró— puedo olvidarme de todo.

Maldito Carlos y maldito tono condescendiente, ella no necesitaba ningún favor y menos aún de aquel desgraciado.

—¡Ni te acerques! —le advirtió cuando vio su intención de cogerla de la mano.

—Fabiola, por favor —insistió él sonriéndole, para que nadie de la familia, que no les quitaban el ojo de encima, se alarmara.

—Yo no puedo olvidar nada, y además no quiero. Respecto al «inglés», no es de tu incumbencia, ¿de acuerdo? Y ahora déjame pasar.

—No —respondió él impidiéndole marcharse—. No hasta que aceptes casarte conmigo. Es lo mejor para los dos.

—Es lo mejor para ti, ¿no? Vamos, dilo. Una tonta como yo, manejable y con un padre con influencias.

—Yo nunca te he visto así.

Fabiola torció el gesto. Parecía sincero, sin embargo, ya no era tan ingenua como para tragarse el cuento.

—¡Tú nunca me has visto, que no es lo mismo! Nunca te has preocupado por mí. Estaba ahí, siempre dispuesta para ti, para tus necesidades. Jamás me has preguntado si quería acompañarte, si me apetecía visitar a uno de tus amigos, nunca, nunca te ha importado lo más mínimo lo que pasaba por mi cabeza.

—Siempre me he ocupado de ti —se defendió él.

—¿Sabes?, ya no me interesas —dijo con desdén—. En especial ahora que he descubierto otras posibilidades. —Era un órdago en toda regla y sabía

que aún le quedaba mucho camino por recorrer, pero iba en la buena dirección.

—Dime lo que quieres.

—Tú no puedes dármelo. —Hizo como que reflexionaba, sin dejar de mirarlo—. Te diré una cosa, por fin he sabido lo que es un orgasmo.

—¡Fabiola! —gruñó Carlos—. Ésos no son temas para hablarlos aquí.

—Contigo no, desde luego.

—Bueno, pareja —los interrumpió su madre—. ¿Ya podemos anunciar la reconciliación?

—No. —Fabiola habló tajante—. Ni ahora ni nunca.

—Matilde, no se preocupe, aún tenemos cosas que aclarar —contestó incómodo Carlos.

—Sí, hay una; dime qué hago con tu colección de películas porno, si no acabarán en la basura el lunes por la mañana. —Dicho esto, aprovechó para escabullirse e ir junto a su hermano.

Como el motivo de la reunión era anunciar el compromiso de éste, todos se olvidaron de ella y el protagonismo fue para la feliz pareja. Eso le dio la oportunidad de comer tranquila ya que, a pesar de los esfuerzos de Carlos por entablar conversación, logró ignorarle la mayor parte del tiempo y prestar atención a su futura cuñada.

* * *

Kane salió de las oficinas cabreado, Anderson se la estaba jugando. El muy cabrón lo estaba poniendo a prueba. Genaro sin duda había tenido su última pataleta antes de ser despedido y denunciado y le había ido con el cuento.

Los días siguientes se concentró en la auditoría que supuestamente Martins no había concluido, y descubrió indignado que no quedaba apenas nada por hacer. Hasta hubiera preferido que Martins hiciera honor a su

reputación de inútil, así por lo menos su estancia obligada en Londres tendría sentido.

Anderson se encargaba de formularle las preguntas más estúpidas para entretenerlo. Conocía las capacidades de Kane para llevar a cabo su tarea, y que en menos de un día estaría terminada su labor y se marcharía, por eso, intuyó, le tocaba la moral.

Pero al parecer todo estaba en contra, pues cuando por fin el viernes acabó y contactó con rapidez con la agencia de la empresa encargada de reservas para pedirles un vuelo directo, a ser posible para aquel mismo viernes, o como mucho para el sábado, no lo había.

Maldiciendo de forma elocuente, reservó para el domingo por la tarde, que era lo único que encontró. Sin posibilidad de una alternativa, optó por pasar el día con su hermana, pues si se quedaba en casa solo, acabaría rompiendo algo o borracho. O las dos cosas.

—Kane, qué alegría verte —Annie le dio un cariñoso abrazo—. ¿Qué ocurre? Dos fines de semana seguidos aquí, Hummm, sospechoso.

—Annie, no estoy de humor.

—¿Y Fabiola? —Él intentó no mostrarse muy afectado, sin embargo, no lo consiguió—. Comprendo. —Se sentaron a la barra—. Supongo que no quieres hablar de ella.

—Ajá.

—Pero entenderás que estando yo, eso no es posible —prosiguió Annie burlona.

—Ajá.

—Y terminarás por cantar.

—Annie, en realidad no hay nada interesante que contar.

—¡Y yo me lo creo! No estarías de ese humor si no fuera importante. Esa chica parece gustarte más que la mayoría con las que sales, ¿cierto? —Él no dijo nada—. A ésta salta a la vista que no la has tratado como a un kleneex.

—Kane la miró intrigado, la lógica que utilizaba su hermana era cuanto menos curiosa—. Por lo que entiendo que te gustaría estar ahora con ella.

—¿Y eso lo has deducido tú sola? —inquirió y dio un trago a su cerveza.

—No seas cínico conmigo, por favor. ¿La has llamado?

Le explicó de forma sucinta los problemas surgidos, mientras Annie torcía el gesto. Era tentador hacer leña del árbol caído y pinchar un poco a su hermano, que siempre había sido un ligón inmune a los sentimientos. No obstante, ya se estaba castigando bastante él solito como para darle más caña.

—Hermanito, creo que estás enamorado. Pero no te preocupes, no es grave —comentó, cuando él terminó de contarle sus avatares.

—Yo no diría tanto.

¿Por qué se negaba a reconocerlo sin más?

—Deja de hacerte el duro, conmigo no cuela. Esa mujer te importa, y mucho, por lo que veo. Acéptalo y será más fácil.

Se quedó unos instantes solo mientras Annie atendía al cocinero, lo que le permitió pensar en lo que ella le había dicho.

—Una duda. Vale, acepto que Fabiola es importante para mí. ¿Y?

—Pues vas y se lo dices.

—¿Y después?

—Te quedas con ella —sugirió Annie, siempre tan resolutiva.

—Sólo un pequeño detalle, vivimos en ciudades diferentes. Y además a mí me pueden mandar a cualquier sitio —apuntó con amargura.

—¿Te crees que tengo respuestas para todo?

—Yo creía que sí —replicó él con sarcasmo.

—Empieza por el principio, como suele decirse.

—¿Y tú qué sacas de todo esto? ¿No deberías ocuparte de tu propia vida?

—En este momento con tanto trabajo y el niño no tengo vida, por eso me aprovecho de la tuya, que, mira por dónde, resulta más interesante. —Le dio un empujoncito—. Espabila Kane y, por favor, no la jodas.

—Sabias palabras —respondió él, resignado a aguantar el sermón. En eso

era clavada a su madre.

—Ya sabes por dónde voy, no me obligues a coger el teléfono y llamar a mamá —lo amenazó.

—Joder —masculló Kane, temblando ante la mención de su madre metomentodo.

Capítulo 14

Fabiola se despertó, no en su cama, sino en la que Kane había utilizado. La noche anterior había sido incapaz de dormir sola en su dormitorio.

Sin otra ocupación, pasó la mayor parte del día examinando los dos cuartos que aún quedaban sin ordenar, intentando decidir qué hacer. Al final no hizo nada.

Primero debía organizar su vida. Resultaba primordial que encontrara un trabajo, o, al menos, tener claros los objetivos. Si bien con la indemnización por despido y sus ahorros podía subsistir sin problemas una buena temporada, eso no dejaba de ser un parche.

Quedaba también la opción de tomarse unas vacaciones. Ella sola. Algo que nunca había hecho, pero la idea no terminaba de convencerla.

Las cosas de Kane seguían allí.

Sin ánimo de ser curiosa, contempló el armario donde estaban dos de sus trajes; con las prisas sólo recogió los efectos más personales.

Se vio a sí misma en el espejo como una tonta.

Miró el reloj, ya casi era la hora de comer.

Era increíble cómo pasaba el tiempo. ¿Cuánto había permanecido allí como un pasmarote?

Después de comer se quedó acurrucada dormitando en el sofá; la programación televisiva de un domingo por la tarde era ciertamente soporífera. Se puso a trastear con el teléfono, que había tenido olvidado, y algo le llamó la atención.

El continuo pitido del móvil nada más activar el sonido indicaba que tenía un mensaje. Bueno, en realidad unos cuantos avisos de llamadas perdidas, sin embargo, optó por abrir el más reciente.

Te echo de menos.

Conocía muy bien el número.

¿A qué venía eso ahora?

No era suficiente, se dijo. Aunque no dejaba de ser tierno que se acordara de ella. Pero podía haberse acordado antes. No había regresado en dos días, tal como le había prometido. Las promesas cada vez valían menos.

Negándose a pensar en ello, pues, la verdad, el mensaje no aclaraba mucho las cosas, se dirigió a la cocina. Estaba sola y sin trabajo, pero eso no significaba morir de hambre.

Era espectacular ver la nevera llena, rara vez la tenía así, consecuencia directa de estar sin trabajo. Tenía tiempo para perder en el hipermercado. Sin embargo, sus ánimos para cocinar eran otra cosa, ¿para qué molestarse?

Se preparó una bandeja con un bocadillo y un refresco.

Eligió un clásico lacrimógeno, *Los puentes de Madison*, y se tumbó en el sofá.

—¿Quién narices llama a estas horas?! —exclamó indignada en medio de la película. Las cosas empezaban a ponerse interesantes y ya quedaba poco para hartarse de llorar. Era mejor hacerlo pensando en la mala suerte de los demás que en la suya propia.

No hizo caso del timbre, no tenía ganas de abrir, quizás fuera algún vecino sin vida propia, ella no esperaba a nadie. Siguió con la película.

Volvieron a llamar.

Refunfuñó y buscó el mando a distancia. Al no encontrarlo, volvió a refunfuñar. Se sabía la película de memoria, aun así, cada vez que la veía no quería perderse ni un detalle.

Otra vez el maldito timbre y con más insistencia.

No le quedó más remedio que levantarse y abrir.

Se quedó pasmada.

—Hola —musitó al ver a Kane.

Era lo único que se le ocurrió, ya que no lo esperaba.

—¿Vas a dejarme aquí en la puerta?

—Pasa —dijo apartándose. Aún no sabía con exactitud qué decir o hacer. Advirtió que parecía cansado.

Kane entro arrastrando una pequeña maleta con ruedas y se dirigió a su habitación para dejarla. Salió de nuevo al salón, donde la encontró sentada en el sofá; también vio los restos de comida en la bandeja.

Sin saber qué panorama iba a encontrarse, se acercó despacio. Tenía claro qué decirle, el problema era cómo. Con cautela, se sentó a su lado. Esperaba un poco más de entusiasmo, sin embargo, ella permanecía inmóvil y en silencio.

Cogió la carátula que estaba sobre la mesa.

—*Los puentes de Madison*, supongo que tendré que darle una oportunidad —murmuró, torciendo el gesto.

Ni siquiera ese comentario hizo que Fabiola rompiera su silencio. Kane cogió el mando, jugó con él unos minutos, esperó a que Clint sacara su mágnam y empezara a cargarse a los malos y al ver que no lo hacía se preocupó. La miró de reojo esperando una señal, algo. Nada. Y no le quedó más remedio que apagar la tele.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Intentar que dejes de fingir conmigo. —No era exactamente como debería haberlo dicho—. Fabiola, tenemos que hablar.

—Estoy agotada. —Se levantó y miró el reloj—. Me voy a la cama.

—¿Sola? —no evitó la pregunta ni el tono irónico.

No obtuvo respuesta. ¡Maldita fuera! Estaba cansado del viaje, deseoso de abrazarla y ella se encerraba en su cuarto.

Pensó en abordarla, pero sabía que a ella le resultaría molesto, así que prefirió refugiarse en su propio dormitorio. Otra vez separados por un tabique. Al día siguiente los esperaba un día muy duro, aunque era evidente que ella no sabía nada. Lo mejor era no molestarla más, pues después del

desayuno tenía la ardua misión de convencerla para que lo acompañara a la oficina.

* * *

Fabiola se acostó al borde de las lágrimas. Pretendía ser fuerte, sin embargo, le resultaba imposible. La última noche había dormido en la otra habitación, había sido la única forma de poder conciliar el sueño. Y ahora él estaba allí.

Daba la impresión de haberse enfriado. Al verlo sintió ganas de abrazarlo y al mismo tiempo su inseguridad la hizo pensar que llevaba varios días sola y que Kane tan sólo se había dignado enviarle un escueto mensaje. De acuerdo, no tenía por qué darle explicaciones, no obstante, había sido él quien le había hecho una promesa.

Quizás aquel mensaje no fuera tan escueto y pretendiera ir mucho más allá, aun así, no era el momento de jugar a las interpretaciones. Si quería decirle algo sólo tenía que hacerlo y, a ser posible, con claridad.

Miró el reloj-despertador de la mesilla, más de las dos de la madrugada.

Ya estaba bien de tonterías.

«Ha venido, ¿no es lo que has estado esperando? Está aquí, haz algo digno como hablar con él», se reprendió incorporándose.

No era la idea adecuada, pensó, mientras caminaba por el pasillo a oscuras en dirección a su cuarto, con la esperanza de encontrarlo dormido. Ni respiró; entró antes de perder el valor.

Por fortuna, Kane había apagado las luces y ella se sentó en un lado de la cama y lo observó.

Estaba desnudo. Boca abajo.

Eso no debía sorprenderla. Ya conocía sus hábitos.

No podía mantener una hostilidad, sobre todo ficticia. Le deseaba. Peor aún, en ese momento lo comprendió todo.

Estaba loca por él. Enamorada hasta las trancas.

Y mal de la cabeza también.

Admitirlo no la tranquilizaba.

La escasa luz que se filtraba por la ventana procedente de las farolas de la urbanización era insuficiente para apreciar bien su cuerpo, pero su memoria suplía con creces las lagunas.

Se acercó un poco más a él, con cuidado de no despertarlo.

Kane apenas se movió cuando le pasó con suavidad la mano y le acarició el brazo. Una caricia sin intenciones. «Mentirosa», se reprendió. Repitió el movimiento y él pareció recuperar la conciencia. Se volvió despacio y la miró con los ojos entreabiertos.

—¿Qué hecho yo para merecer esto? —gimió bostezando, mientras se colocaba boca arriba.

—¿Cómo dices? —Ésa era la última reacción que esperaba tras días separados.

—Esto. —Agarró su camiseta para que entendiera sus palabras.

Una de aquellas horrendas prendas que aún conservaba.

—No tenía otra cosa a mano —mintió Fabiola con descaro. Durante los últimos días había salido de compras. Pero no era momento de irse por las ramas.

—Son más de las dos de la madrugada, espero que tengas una buena razón para despertarme. —Aunque habló serio, destilaba cierta ironía.

Se incorporó sobre los codos para mirarla mejor, estaba claro que pretendía decirle algo. O pedirle algo. Quién sabía.

—Sólo quería pedirte perdón por ser tan grosera contigo —musitó ella evitando mirarlo.

—¿Eso es todo? —inquirió decepcionado.

—Bueno, no esperarías que saltara de alegría al verte —contestó torciendo el gesto.

—Fabiola, no tienes que disculparte, ¿de acuerdo? —Se sentó en la cama y la atrajo hacia sí—. Bueno, venga, que es tarde y mañana tenemos mucho

que hacer.

—Tú, seguro, yo estoy sin trabajo, ¿recuerdas?

—Lo sé.

—Kane...

—¿Sí? —La soltó y volvió a tumbarse. No era una noche propicia, notaba su confusión. Era mejor dejarlo ahí.

—Yo también te he echado de menos. —Tampoco se arriesgaba tanto al decirlo. La verdad era que respiró tranquila.

Se puso en pie. Kane pensó que se iba a su habitación, pero hizo lo inesperado, se subió a la cama y se colocó a horcajadas sobre él.

—¿Qué estás haciendo? —No sabía por qué lo preguntaba. Lo cierto era que ya no sabía a qué atenerse.

—Déjame. No digas nada —replicó Fabiola exigente.

La miró sin parpadear mientras ella se quitaba la camiseta, mostrándole su delantera, con sólo la sábana entre los dos. Nada más por ver aquello pasaba por alto lo de la horrenda camiseta.

Fabiola se inclinó y le rozó los labios. Kane sintió la suave presión de sus pechos sobre el torso y reaccionó, aunque ella fue más rápida. Le dijo que no la tocara y él obedeció sorprendido. ¿Qué iba a hacerle? Estaba en sus manos.

Con lentitud, fue marcándolo con una serie de lánguidos aunque tentadores besos, bajando por su pecho. Kane empezó a respirar con más fuerza, a la expectativa. Empezaba a tener una ligera idea.

Al llegar a la cintura, no sin cierta vacilación, Fabiola apartó la sábana, dejándolo por entero a su disposición. No quiso mirarlo. Descubrió que ya estaba empalmado, duro, muy duro para ella, y se sintió con ánimo suficientes para continuar.

Con una mano lo acarició, sin ejercer demasiada presión; él contuvo el aliento en la primera pasada. En la segunda siseó y en la tercera gimió alzando un poco las caderas, pues le fue imposible quedarse quieto. Fabiola sonrió con disimulo, amparada en la oscuridad del dormitorio. Sabía que

podía satisfacerlo con la mano, sin embargo, ¿por qué no ser más atrevida? Acercó sus labios, dando leves lengüetazos en la punta de su miembro, mientras seguía masajeándolo con la mano.

Cambió de postura y se recostó a su lado para dedicarse mejor a su cometido. Quería demostrarle que podía hacerlo bien y transmitirle, sin palabras, lo mucho que le deseaba y hasta dónde estaba dispuesta a arriesgarse aquella noche.

Kane se sintió algo confuso con su inesperado arranque. Tras la fría bienvenida ya se había resignado a pasar la noche solo, a pesar de desear tocarla como ninguna otra cosa y sentirla de nuevo.

Levantó una mano, enredando los dedos en su pelo mientras Fabiola lo tomaba con la boca; lo hacía bien, había que admitirlo. Ahora sólo le quedaba un deseo por cumplir: tener la oportunidad de saborearla a ella.

Dejó que marcara el ritmo, sin presiones, disfrutando del contacto, notando cómo poco a poco se tensaba y sabiendo que si continuaba terminaría corriéndose y, la verdad, ya que habían llegado a ese punto, no deseaba que todo acabara en un suspiro. Mejor recurrir a toda su fuerza de voluntad y posponer lo inevitable. Además, si todo discurría según sus planes, ya tendría tiempo más adelante para mamadas exprés.

—Ahora me toca a mí —murmuró apartándose con cuidado para no ofenderla.

Fabiola levantó la mirada. Entonces él le acarició la mejilla con ternura y además le regaló una sonrisa, por lo que ella entendió que lo estaba disfrutando, pero que también quería complacerla.

Empezó por el muslo, sin prisas, disfrutando de la textura de su piel. Observando cada reacción... Sin embargo, no fue capaz de mantener el ritmo pausado que deseaba; la necesidad resultó apremiante. Ascendió hasta tocar su sexo, ella cambió de postura y él la agarró estirándole las piernas, separándoselas para así poder tocarla y saborearla como tanto ansiaba.

Fabiola no dijo nada cuando Kane empezó a separar sus húmedos

pliegues, introduciendo un dedo. Se tensó, como no podía ser de otro modo. Se ruborizó, por supuesto, sin embargo, a pesar de sentirse escandalizada, no lo apartó; todo lo contrario, aquello era demasiado bueno como para ponerse quisquillosa.

Separó más las piernas. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Kane entonces pudo saborearla sin barreras y se dedicó por entero a ello. Presionó con un dedo sobre su clítoris, se lo rozó, alternando toques suaves con otros más rápidos, sabiendo que así ella llegaría antes al orgasmo. Tal como ocurrió.

Continuó lamiéndola unos segundos más, reduciendo el ritmo hasta que Fabiola se fue tranquilizando y entonces trazó un sendero de besos hasta llegar a su boca.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó, contrariado ante su silencio, aunque imprimiendo un tono casual.

—¿Hummm?

—¿Podrías ser más explícita?

Fabiola continuaba con los ojos cerrados y una expresión un tanto extraña. Kane no dudaba de su técnica respecto al sexo oral, no obstante con ella, en aquellos temas, prefería ir con pies de plomo.

—No tienes que preocuparte —musitó al fin y él respiró aliviado—. Admito que me da vergüenza, pero...

Le acarició el rostro con ternura para después besarla despacio, un roce de labios.

—No tienes nada de lo que avergonzarte —dijo—. Ven aquí. —Se movió lo necesario para poder abrazarla—. Permíteme decir algo, eres, sin lugar a dudas, excepcional, y yo... —Soltar en aquel momento un «te quiero» quizá lo malinterpretaría—. Soy muy afortunado de poder estar contigo.

Fabiola se abrazó a él, era lo que más necesitaba en aquel momento, sentirse querida. Aunque en el fondo era muy consciente de la temporalidad

de la relación. Tampoco tenía muy claro cuáles eran los sentimientos de él. Un «te echo de menos» no era lo suficientemente explícito.

No podía culparlo por ello, puesto que ella misma, a pesar de reconocer la evidencia, se negaba a admitirlo delante de él.

Sus heridas estaban aún abiertas. No quería arriesgarse cuando sabía además que era imposible. Aun cuando Kane sintiera lo mismo, jamás podrían tener una oportunidad.

Aunque por otro lado... era innegable la ternura con la que él la trataba. Ya no se trataba tan sólo de sexo.

Kane continuó acariciándola, de forma suave, acunándola, algo muy placentero para Fabiola, pues, durante su relación con Carlos, después del sexo venían los ronquidos, o el «vístete que te llevo a casa».

En esa relación jamás hubo ternura.

Mejor olvidarla.

Capítulo 15

—Hummm, me encanta tenerte así —musitó Kane somnoliento, bien apretujado contra ella. Con un poco de suerte hasta podían darse un revolcón mañanero, de forma perezosa, y comenzar la jornada con una alegría extra.

—Ya me he dado cuenta —le contestó Fabiola sin abrir los ojos.

Era estupendo estar así, algo que nunca había conocido.

—¿Sabes? —le apartó el pelo para poder mordisquearle el cuello—, presiento que hoy va a ser un día genial.

—Sí —musitó resignada—, supongo que podré vegetar, no dar un palo al agua. Eso suena de lo más estimulante.

—Necesito que me acompañes, tienes que venir conmigo a la oficina —dijo él con aire un tanto solemne, lo que hizo que ella sospechara.

—¿No olvidas algo? —Se dio la vuelta para mirarlo, abandonando la estupenda protección de sus brazos—. Te recuerdo que ya no trabajo allí.

—Es importante, hoy estarán los abogados, tienes que hablar con ellos.

—Hazlo tú —le espetó e intentó levantarse, pero él se lo impidió.

Kane suspiró, a la porra el buen rollo.

—Escúchame —adoptó un tono serio, casi autoritario—, van a empezar las acciones judiciales del proceso. —Ella intentó escabullirse de nuevo, pero Kane la agarró con mayor fuerza—. Debes explicarles todo lo que sabes, es vital.

Se quedó unos instantes pensativa, él la miraba de una forma algo desconcertante. ¿Cómo podía ser así? Ya no la sujetaba con fuerza, había empezado de nuevo a acariciarla, ¡qué sensaciones!

Pero... se suponía que ella era quien tenía que decidir a partir de entonces. Ya no podía volver a depositar sus expectativas en un hombre. De una vez por todas debía separar los diferentes aspectos de su vida. Una cosa era su

trabajo, su carrera, aunque en esos momentos fuera inexistente, y otra muy distinta su vida personal.

Vale, podría depositar toda su confianza en Kane mientras estuvieran en la cama, pero fuera de ella siempre se reservaría algo.

—Fabiola, debes ir —insistió, lo que sólo incentivó su mal humor.

—¿No puedes hacerlo tú? —farfulló.

—No, es algo que te corresponde sólo a ti —afirmó él, mordiéndose la lengua para no hablar más de la cuenta. Qué testaruda se estaba volviendo aquella mujer.

—Está bien, llamaré a mi padre para que me acompañe. Sé cómo trabajan y no estoy dispuesta a que me acribillen a preguntas o me cuestionen.

—No es necesario, cariño, yo estaré contigo. No tienes que preocuparte, son sólo formalidades.

—Entonces, ¿por qué te has puesto tan serio?

«Primero me intenta seducir con mimos, pero luego... es implacable.»

—Porque es serio. Quiero acabar cuanto antes con esto y eso implica a los malditos abogados. Créeme, sólo son trámites, nadie va a cuestionarte, eso está aclarado —insistió él, mirándola fijamente.

—No sé...

—Confía en mí. —La besó con fuerza—. Y ahora arréglate, se nos hace tarde.

«Confía en mí», justo la frase que necesitaba.

Cuando Kane se levantó para dirigirse al baño, ella optó por quedarse tumbada, pensando qué iba a pasar en realidad. Enfrentarse a unos abogados, trajeados, serios y desconfiados no era su plan ideal para comenzar la semana.

«Confía en mí.» Hizo una mueca. Qué frase tan peligrosa.

Kane regresó duchado y afeitado, desnudo como siempre, al parecer le encantaba, y empezó a vestirse sin inmutarse. Fabiola no le quitaba el ojo de encima, daba la impresión de que le gustara ser observado y que hasta posara.

—¿Vas a ir con esto? —Recogió la camiseta del suelo y se la arrojó.

—Estaba esperando que eligieras mi atuendo. —Y añadió con ironía—: No sé cómo debo presentarme.

—Yo no soy asesor de imagen —contestó de buen humor, pasando por alto su tono irónico.

—¿Ah no? —preguntó burlona.

—Vístete como quieras —sugirió y ella se lo tomó como una provocación—. De todas formas estarás irresistible.

—No me hagas la pelota —le advirtió fingiendo enfado, aunque se sintió complacida por el halago.

—Pues entonces no me provoques —contestó él con un claro mensaje sexual—. No tenemos tiempo. —Miró el reloj y le dirigió una mirada hambrienta—. Ni para un polvo rapidito. Una pena.

Fabiola se levantó y se fue a su dormitorio. Miró su cama, sin hacer, tal como la había dejado la noche anterior. Era curioso que Kane aún no hubiese estado allí con ella. Esa misma noche corregiría la situación.

Sólo había estado con un hombre en aquella cama.

Bueno, hasta Kane sólo había estado con uno.

Eligió un sencillo conjunto de dos piezas, negro de aspecto desgastado, falda ligeramente por encima de la rodilla y abertura lateral, con chaqueta entallada corta a juego. Para darle un toque de color al conjunto oscuro escogió una sencilla camisa color burdeos.

—No creo que debas salir así a la calle —opinó Kane, pensando en el baboso de Anderson. La desnudaría con la mirada.

—¿Por qué? —preguntó Fabiola arqueando una ceja—. Tú me obligaste a comprarlo, no sé qué mosca te ha picado.

—Vale, está bien, estás demasiado...

—Demasiado... —lo animó ella a continuar.

—¡Joder! Demasiado impactante.

—Gracias —dijo ocultando una sonrisa de satisfacción, consciente de que

a él eso lo jorobaba—. ¿Nos vamos?

Cuando llegaron a las oficinas de OK, Kane tuvo que empujarla para que entrara en el ascensor, empujarla para que saliera y empujarla para entrar en la recepción.

—¡Fabiola, qué sorpresa! ¿Vienes de visita? —preguntó Carol con retintín.

—¿Ha llegado el señor Anderson? —preguntó Kane.

—Sí, está en la sala de juntas, junto con otros dos caballeros.

—Gracias.

No le dio tiempo a Carol a replicar. Sin miramientos, cogió a Fabiola de la mano y tiró de ella para ir en dirección a la sala de juntas.

—Tranquila —le dijo antes de abrir la puerta y, para reconfortarla, le dio un ardiente beso.

—¡Kane! Aquí no —exclamó escandalizada, mirando a ambos lados del pasillo, pero él se limitó a sonreír.

Al entrar, Fabiola no se encontró lo que esperaba, se dio cuenta de que era mucho peor. Tres hombres sentados, mirándola fijamente. Se levantaron y uno de ellos le indicó que tomara asiento. Creyó que Kane ocuparía un lugar a su lado, pero no lo hizo, se situó en el lado opuesto de la mesa, alejado incluso de los otros hombres. Eso le dio mala espina. Más aún cuando lo miró de reojo y vio que tenía una expresión seria, sin rastro de simpatía. Desconocido. Parecía estar más pendiente de sus papeles que de ella.

—Señorita Del Olmo, buenos días. Me llamo Gary Anderson.

—Encantada —murmuró, estrechándole la mano que el hombre le tendía.

Kane observaba sin perderse uno solo de los gestos de Anderson.

—Éstos son Arthur Orson y Jerry Bedford, los letrados encargados de llevar el caso. —Fabiola los saludó con cortesía, pero cautelosa—. Supongo que con el señor Roberts las presentaciones son innecesarias —remató Anderson con ironía.

No le gustó la forma ni el tono con que le había hablado y evitó mirar a

Kane para que los nervios no la traicionaran. Pero estaba claro que aquel estirado no disparaba al aire.

Cada uno de los presentes tomó asiento. Ella controlaba a duras penas su nerviosismo.

—Bien, señorita Del Olmo —Anderson le dirigió una mirada de arriba abajo y después a Kane—, creo que está al corriente de todo lo sucedido aquí.

—No del todo, me despidieron la semana pasada —contestó seria y distante.

Kane apretó los puños ante aquella respuesta un tanto airada y consiguió mantener la calma.

—Sí, eso tengo entendido —murmuró Anderson.

Fabiola evitaba mirar a Kane, pero de reojo vio que parecía ajeno. «Cabrón», pensó. Aquello era una encerrona.

—Y es algo que me desagrada —continuó Anderson, mientras los abogados tomaban notas—. Tras el «eficiente trabajo» del señor Roberts —Fabiola advirtió el tono marcadamente ¿sarcástico?— ha quedado claro que usted no participó.

—Gracias —respondió aliviada, aunque no del todo, pues la mirada del tipo era la de un lobo. No sabía si hambriento o con ganas de imponer su supremacía.

—Tenemos una propuesta que hacerle, señorita. Nos gustaría contar con usted para que se haga cargo de esta sucursal, como directora, por supuesto.

Fabiola miró a Kane, esta vez sin disimulo. Su expresión no transmitía nada, seguía inalterable, el muy... Lo sabía, lo sabía y no le había dicho nada. ¿Qué demonios estaba escribiendo? «Cabronazo.»

—¿Necesita tiempo para pensarlo? —le preguntó Anderson.

—No... —contestó dubitativa—. No esperaba esto, después de lo que ha pasado.

—La verdad, yo tampoco, pero el señor Roberts cree que usted es la única persona capaz de hacerse cargo de todo esto.

—Quisiera exponer mis condiciones. —Se armó de valor para hablar. Todas aquellas revelaciones estaban destruyendo su escasa serenidad, ya hablaría más tarde con el «señor Roberts».

—Señorita Del Olmo —intervino Bedford—, creo que no está en condiciones de exigir.

—La escucho —lo interrumpió Anderson.

Fabiola conocía a la perfección el funcionamiento de la empresa, por lo que no le costó mucho explicarse acerca de los planes que tenía. Anderson no puso objeción alguna a que se reestructurase y se tomaran en cuenta las sugerencias de ella para evitar nuevos incidentes.

No obstante, lo que más nerviosa la ponía era la frialdad de Kane, allí sentado sin decir nada.

Fabiola aceptó.

—Enhorabuena. —Anderson le tendió la mano.

—Sí, señorita, enhorabuena. —Orson y Bedford hicieron lo mismo, pero con una tirantez desesperante.

—Gracias —contestó Fabiola sin perder la compostura.

—Felicidades —por fin habló Kane, que se levantó y le tendió la mano como uno más, como si la noche anterior no hubieran estado juntos en la cama.

—Gracias. —Apenas se rozaron y ella desvió la mirada con rapidez.

—Bueno, ahora, si me disculpan debo atender otros asuntos —dijo Anderson y se dispuso a salir, seguido de los dos abogados.

—Cabrón —farfulló Fabiola entre dientes en dirección a Kane, cuando pasó junto a ella para seguir a Anderson.

El aludido se limitó a darle un pellizco en el trasero y a no decir nada. Cuando la dejaron sola en la sala de reuniones, inspiró hondo. ¡Vaya giro de ciento ochenta grados!

—Kane, espera un minuto. —Anderson se despidió de los abogados—.

¿Por qué no me habías dicho cómo era?

—¿Quién? —preguntó indiferente.

—La señorita Del Olmo. Pensaba que era... ya sabes... difícil de mirar.

—¿Y?

—Nos conocemos, Kane —contestó Anderson con tono divertido—, pero me decepcionas. Sabes que confío en tus informes.

—No creo haber fallado en esta ocasión. —No quiso captar el doble sentido.

—Ya veo...

Se despidió de su superior y, tras comprobar que se largaba, fue directo a la sala de reuniones, pues ahora era su turno de dar explicaciones, esperaba que al menos Fabiola lo dejase hablar.

La encontró de pie, mirando por la ventana. Así difícilmente podía saber de qué humor se encontraba. Cerró la puerta con el pestillo interior y se acercó a ella despacio, no quería sobresaltarla.

Por su parte, Fabiola no necesitó mirar para saber quién había entrado. Aquella situación la había pillado desprevenida. Había aceptado un puesto que, tras reflexionarlo unos minutos, no tenía muy claro si deseaba. De nuevo alguien había tomado una decisión por ella sin consultárselo.

Quizá fuera el momento de derrumbarse o de mandarlo todo a paseo.

Kane no le había mostrado su apoyo de forma directa.

No podía creer lo que acababa de pasar. Directora.

Kane había mantenido la boca cerrada. Un nuevo engaño.

Pero después de todo, la pregunta era: ¿y ahora qué?

El sonido de pasos acercándose interrumpió su meditación. Se sentó y giró el sillón en dirección a la puerta.

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquirió Fabiola tras respirar hondo para no gritarle.

—¿Me hubieras creído? —Hizo una pausa esperando una respuesta que ya intuía—. No, no me hubieras creído.

—¿Y qué esperaba, «señor Roberts»? —le espetó con sorna—. Me has dejado sola, no me has apoyado, te has limitado a observar, has sido cruel.

Se acercó a ella, se sentó en la mesa y le cogió una mano.

—No podía intervenir —se justificó en tono suave—. Si lo hubiera hecho, Anderson te habría machacado.

—¿Y esos otros dos? —indagó, todavía molesta por lo ocurrido. No iba a ceder con tanta facilidad por cuatro palabras amables y gestos cariñosos.

—Bueno, Orson es manejable, y Bedford, supongo que no nos llevamos bien, tan sólo estaban aquí por si surgía algo, pero ya ves que no ha sido así.

—No me ha gustado cómo me ha hablado tu jefe, Anderson —dijo Fabiola y sintió un escalofrío. Aquel tipo no era de fiar.

—A mí tampoco, y menos aún cómo te miraba el... —señaló su escote mientras hacía una mueca.

—¿Así que eso has estado haciendo? ¿Vigilarme?

—Sí. —Tiró de ella poniéndola de pie—. ¿Y? —La atrapó entre sus brazos, posando las manos en su trasero.

—Eres un cabrón.

Él arqueó las cejas, sorprendido por el vocabulario.

—Eso ya me lo han dicho muchas veces, pero ahora soy, además —bajó la voz—, un cabrón con suerte. Estoy contigo.

—No tiene gracia, la verdad. —Fabiola pasó por alto de forma deliberada sus últimas palabras.

—Pero esto sí. —La apretó contra su entrepierna—. Y esto. —Le mordió el labio inferior.

—¿No puedes pensar en otra cosa?

—No, no al menos estando cerca de ti. ¿Y tú? Yo al menos lo admito.

—¡Estamos en la sala de juntas! —replicó sonrojándose.

Lo cierto era que ella en aquellos momentos tampoco podía pensar con claridad. Él no dejaba de manosearle el trasero, acercándola todo lo posible a su polla.

—Aquí y ahora —le contestó con voz lasciva—. ¿No querías aprender de todo?

—No hablas en serio —farfulló insegura, negando con la cabeza, pues la mirada de él decía que sí.

—Esto te convencerá —la provocó y cogió su mano para dirigirla hasta su abultada ingle.

—Kane, en cualquier momento... —Él la interrumpió con un beso.

—De eso se trata —afirmó y empezó a desabrocharle la blusa.

—Si nos pillan...

—El riesgo es un potente afrodisíaco.

—No sé si quiero comprobarlo... —musitó, excitada y preocupada.

Se apartó de ella sólo lo suficiente para poder darle la vuelta y colocarla contra la mesa. Le levantó con impaciencia la falda y le quitó el tanga. Puso la mano en la parte baja de su espalda, obligándola a doblarse. Fabiola se resistió lo justo y él empezó a liberar su erección.

Una vez fuera de los pantalones, le metió la polla entre los muslos y comenzó a rozarla y provocarla, comprobando con gran satisfacción lo mojada que estaba.

Tan cachonda como él, así daba gusto.

—Kane, no tenemos...

—Toma —le entregó su cartera— y date prisa.

—¿Siempre vas así de preparado? —preguntó con retintín, mientras rompía el envoltorio del preservativo.

Kane suspiró impaciente, tardaba demasiado en sacar el maldito condón, tanto que se lo arrancó de las manos y en diez segundos estuvo listo para la acción.

—Sí, contigo no me... queda más remedio —dijo con voz ronca—, cosa que por cierto tendremos que solucionar de otra forma, pero ahora no quiero hablar de eso. ¿Preparada?

—¡Un momento! ¿Qué has querido decir?

—Fabiola, ahora no —contestó entre dientes y presionó con la punta, posicionándose—. Luego...

—¡Ahora! —lo contradijo y se movió para impedir que la penetrara.

Kane contó hasta cinco, se pasó una mano por el pelo y al final masculló:

—No nos vamos a pasar la vida pendientes de si tenemos un condón a mano o no, pero ahora no es el momento de hablar de anticonceptivos... — Respiró hondo —. ¿Puedo meterla ya?

Se dio cuenta de lo vulgar de su comentario, lo que podía derivar en un enfado, ya que ella no estaba acostumbrada a palabras tan explícitas.

—Sí, por favor. —Fabiola sonrió.

«¿Aquello había sido una declaración de intenciones?», se preguntó ella.

«Vaya cambio», pensó él.

La embistió una sola vez y con fuerza. Fabiola estiró los brazos para aferrarse al borde de la mesa mientras él permanecía de pie, agarrándola con fuerza de las caderas para poder penetrarla mejor y más profundo.

A ella le costó mantenerse sujeta, pues la furia con la que la estaba follando hacía que la mesa de la sala de juntas pareciera endeble.

—¡Oh! —gritó—. ¡Ooooooh!

—Fabiola —susurró Kane colocándole una mano en la boca y añadió riéndose por lo bajo—: Aquí no puedes gritar.

Pero resultaba muy difícil contenerse, cuando por fin había aceptado su sexualidad e incluso Kane la animaba a hacerlo sin tapujos... Justo entonces, cuando estaban echando un polvo increíble, sí, un polvo, con la posibilidad de ser descubiertos... ¡Oh! ¿Cómo iba a no gritar?

Él se rio entre dientes y no dejó de susurrarle todo tipo de frases perversas para llevarla al límite, recordándole que en cualquier momento podía abrirse la puerta, que cualquier empleado vería a la nueva directora follando en la sala de juntas...

—¡Kane...! —chilló Fabiola en un intento de que se callara, aunque no lo logró, pues él continuó.

—Todos sabrán con exactitud la clase de mujer que eres, ardiente, sexual y morbosa.

—¡Oh!

—Cada vez que te reúnas aquí pensarás en esto y te pondrás caliente, hummm, muy caliente —la provocó—. Como una perra.

—No puedo creer que me hayas llamado «perra» —rezongó, sorprendida pero no molesta.

—Y no sólo eso, a la menor oportunidad nos encerraremos en tu nuevo despacho... —la mordió en el cuello—... tú me llamarás señor Roberts delante de todos y yo acudiré como un corderito a satisfacer a la jefa.

—Ay, Dios mío...

—Por supuesto, no debemos olvidarnos del sótano... Sí, lo estoy viendo... sobre las cajas llenas de viejos informes... en el aparcamiento, encima de tu bonito Mini... nunca venir a trabajar habrá sido tan divertido.

Al cabo de unos instantes, Fabiola alcanzó el orgasmo. ¡Oh, Dios! Con él siempre lo conseguía. Volvió a gritar. Kane la siguió, derrumbándose sobre ella. Él supo contenerse y tan sólo lanzó un gruñido de satisfacción.

—Te he pedido que no gritaras —le recordó con guasa, separándose de ella. No era ni mucho menos una crítica, pues estaba encantado con cada una de sus reacciones.

—Lo siento, no he podido evitarlo. —Le sonrió aún tumbada en la gran mesa.

—Tendrás que aprender —replicó de forma críptica—. Vamos, tenemos muchas cosas que hacer hoy. —Con rapidez, se arregló la ropa.

¿«Tendrás que aprender»? ¿Eso qué demonios significaba? Sintió un pequeño escalofrío, pues aquello podía significar que él tuviese la intención de seguir haciéndolo en lugares poco o nada discretos.

—Te he despeinado. —Fabiola le pasó una mano por el pelo, intentando arreglarlo.

—Eso no importa. Ven, te ayudo. —Cogió el tanga con intención de

ponérselo él mismo, pero ella parecía reacia—. ¿Qué pasa?

—No puedes...

—Sí puedo. Venga, levanta un pie. —Fabiola obedeció renuente—. Ahora el otro, muy bien. —Fue subiéndoselo con lentitud por las piernas, acomodando la prenda al tiempo que la acariciaba.

¡Cielo santo! ¿Con aquel hombre todo tenía que ser tan sumamente erótico?

Mientras iba subiéndole el tanga, más despacio de como ella lo hubiera hecho, Kane le rozaba la piel con los nudillos.

Después le abrochó los botones de la blusa. Fabiola lo miraba como tonta, allí de pie frente a él, sin hacer nada. Parecía todo un experto en esa clase de situaciones.

—¿Y ahora qué? —preguntó cuando ya estuvieron listos para salir.

—Vamos a celebrarlo a lo grande. ¿Qué te parece?

—¿Ah, pero esto no es suficiente celebración? —inquirió ella con ironía, haciéndolo reír.

—No, por supuesto que no —sonrió con malicia—. Quiero pasar el día contigo. Así que vas a casa, te cambias y enseguida me reuniré contigo.

—Me estás organizando la vida —protestó Fabiola.

—Sólo hoy, ¿vale? Hazlo por mí, cariño —murmuró y volvió a besarla, pero esta vez de forma sutil, rozándole los labios. Tras follar a lo loco, siempre venía bien un momento tierno.

Lo dejó solo en la sala de juntas, aunque estaba decidida a que nadie le dijera lo que tenía que hacer. Con Kane era diferente. No exigía, tan sólo convencía, y, además, vaya manera de convencer...

Salía por la recepción en dirección al parking, cuando se topó de frente con Gary Anderson.

—¡Señorita Del Olmo! —Ella se detuvo frente a él, no por gusto, sino por educación—. ¿Sabe usted donde está el señor Roberts? —La miró de arriba abajo, deteniéndose en los botones mal abrochados de su camisa.

A ella su tono le resultó sospechoso, pero aun así decidió responder.

—Creo que en la sala de juntas.

—Entiendo —apostilló sarcástico.

«¡Oh, Dios, qué bochorno!»

Cuando se sentó en su coche, se dio cuenta de todo, de su camisa mal abrochada, los labios hinchados, las mejillas sonrosadas... vamos, como cualquier mujer después de tener sexo.

Corrección: como cualquier mujer después de echar un buen polvo.

Ya era hora de que utilizara los términos precisos.

Aunque el sonrojo no disminuyó, más bien todo lo contrario.

* * *

Kane abandonaba la sala con una sonrisa de satisfacción que se le borró en el acto al toparse con Anderson mirándolo con aire burlón.

—Un momento, Kane —lo detuvo con tono autoritario.

—Tengo cosas que hacer —alegó él para escaquearse de su jefe, pues no le apetecía seguir en la oficina.

—Sólo será un minuto —añadió Anderson con ese aire de falsa cordialidad que emplea un superior.

Kane inspiró hondo. Hubiera querido aflojarse la corbata, sin embargo, no le quedó más remedio que poner buena cara.

—Te escucho —contestó con resignación.

—¿Has acabado todos tus asuntos con la señorita Del Olmo?

—Sí, ¿por qué? —En realidad no mentía. Los asuntos de los que ahora iba a hablar con Fabiola no incluían a la empresa; no le gustó la insinuación de Anderson.

—Estupendo, toma. —Le entregó un dossier sin ocultar cierta satisfacción por endosarle aquel encargo.

—¿Qué es? —preguntó Kane sin interés.

—Mañana te esperan en Bruselas. Ya tienes reservado billete para el

vuelo de primera hora de esta tarde —le informó, aunque en realidad parecía una orden.

—¿Bruselas?

—Sí, están terminando de reorganizar la sede y han surgido unos problemillas sin importancia. Meros trámites —explicó con cierto desdén.

Actitud que hizo sospechar a Kane.

—Entonces, si es tan sencillo, envía a otro —indicó amable, cuando lo que deseaba de verdad era mandarlo a tomar por el culo.

—No es posible, además Bedfield cree que sólo tú puedes hacerlo.

«Me lo temía», pensó.

—¡No me vengas con eso! —Kane estaba perdiendo la paciencia—. Me endilgaste la auditoría de Martins en Londres sabiendo perfectamente que estaba acabada.

Por supuesto, su jefe ni se inmutó.

—No te lo pediría si no fuera necesario. Obtendrás una buena compensación, desde luego —añadió, como si eso lo solucionara todo.

—Está bien, pero iré pasado mañana. —No podía negarse, pero tampoco quería dejar a Fabiola de nuevo sola. Además, ese trabajo podría llevarle al menos quince días.

—No, es importante que empieces mañana —lo contradijo Anderson.

Kane le dio la espalda, enfadado, pero no podía mostrarse así frente a su jefe, sabía que él estaba intentando boicotearlo de alguna forma, aunque no entendía bien el motivo. Bueno, si tenía que ir a Bruselas iría, pero no iba a ir solo.

—De acuerdo —convino, disimulando la tensión.

—¿Aceptas? —preguntó su superior, que no estaba haciendo otra cosa que ponerlo a prueba.

—¿Acaso puedo negarme? —replicó, ya que darle la oportunidad a Anderson de regodearse no entraba en sus planes.

El otro lo miró con curiosidad. Había acatado una orden injusta. Extraño.

Sabía a la perfección que deseaba quedarse con la mujer y sin embargo... Quizás se había precipitado sacando conclusiones.

Kane salió sin siquiera despedirse, con el dossier en la mano. No quiso ni mirarlo, convencido de que se trataba de alguna maniobra de dudoso fin por parte de su superior.

Sin pensarlo dos veces, se encerró en el antiguo despacho de Fabiola para llamarla.

—¿Diga?

—Ha habido un cambio de planes. Te vienes conmigo a Bruselas —disparó sin saludarla primero.

—¿Es broma?

—No, créeme, ese cabrón de Anderson me la tiene jurada. Al igual que Bedford. —No iba a explicarle en ese momento los motivos—. Coge lo imprescindible, salimos en apenas tres horas.

—No puedo ir.

—Fabiola, esta vez vas a venir —dijo en tono cansado.

—Acaban de nombrarme directora, no puedo marcharme.

—Pide unos días, yo qué sé... alega motivos personales. —Hablabas a la desesperada—. No quiero ir sin ti.

Se produjo un incómodo silencio a través de la línea. Había sido muy dulce. ¿Otra declaración?, pensó Fabiola.

—¿Sigues ahí? —preguntó él impaciente.

—No te preocupes por mí. ¿Cuándo vuelves?

—No lo sé. —Su voz sonaba a derrota—. Tal vez quince días, por eso quiero que me acompañes.

—Prefiero quedarme aquí y empezar con buen pie, ¿no te parece? Sólo serán quince días.

Kane masculló un par de improperios antes de darse por vencido.

—De acuerdo. —Hubo otro incómodo silencio—. Pero tú y yo tenemos una conversación pendiente. —Soltó otros tres juramentos intercalando

idiomas—. Lo siento, te llamo cuando llegue.

—Buen viaje —le respondió ella con tristeza.

—Fabiola... te... quiero —intentó decir, pero ella ya había colgado.

* * *

Debido a las prisas, Kane no pudo ir en persona a recoger sus cosas, así que enviaron a alguien a hacerlo. A Fabiola no le importó prepararle de nuevo la maleta. ¿Iba a ser siempre así?

Cuando por fin se quedó sola, respiró hondo. Tres veces. ¿Eran imaginaciones suyas o Kane había intentado declararse? Eso sí, de forma muy diferente a lo que se acostumbra.

«No pienses en eso. Ahora céntrate en esta nueva oportunidad laboral. En quince días lo tendrás en casa», se dijo para infundirse ánimos.

Hacía una semana estaba sin trabajo y sin nada en perspectiva y ahora... ¡directora! ¡Ni más ni menos!

Desde luego había que celebrarlo.

Sin embargo, tendría que esperar al menos dos semanas para hacerlo.

¿Debería haber ido con él?

Pero ésa no era la cuestión. Sí, de acuerdo, podía haberlo hecho, lo que no significaba volver al pasado. Depender de nuevo de un hombre, seguirlo y no mirar por una misma.

Si de verdad quería que tuvieran una relación, Kane tendría que respetar ciertos aspectos y, por supuesto, no manejar los hilos en la sombra. Traducido: no comportarse como un novio controlador, respetar su trabajo y confiar en ella.

Podía estarle muy agradecida, ya que gracias a él ahora tenía un nuevo proyecto, aunque la cuestión seguía siendo la misma: Kane había tomado las decisiones que la afectaban directamente. La única diferencia respecto a

Carlos era que por lo menos no gritaba, era más sutil, aunque ella se sentía de igual modo manipulada.

La decisión de no acompañarlo era la correcta. Desde luego que sí.

Al día siguiente empezaba de nuevo.

El teléfono la interrumpió. No conocía el número.

—¿Diga? —preguntó.

—Buenos días, señorita Del Olmo.

—¿Señor Anderson? —preguntó sorprendida al reconocer la voz.

—Llámeme Gary, por favor —pidió amable—. Verá, antes de marcharme me gustaría comentar con usted algunos aspectos y durante la comida sería una buena ocasión.

—Bueno... —dijo dubitativa.

—No se lo pediría si no lo considerase necesario.

Fabiola suspiró. Decirle que no al jefe quedaba descartado.

—Estaré en la oficina en menos de una hora —accedió, ya que no podía negarse, pese a que no le apetecía lo más mínimo.

—No, no, por favor, mandaré a alguien a recogerla.

—No es necesario.

—Insisto.

De acuerdo, tenía que aceptar, al fin y al cabo, era su superior, y después de todo, se marchaba. No tenía ningunas ganas de comer con un tipo tan estirado, porque ésa era la impresión que le había causado, pero eran cosas del trabajo.

Pensó en cambiarse de traje, lo cual era del todo absurdo, así que tan sólo se alisó la ropa y apenas se maquilló.

Cuando en menos de media hora llamaron al telefonillo y bajó a la calle, un impresionante Mercedes gris la estaba esperando.

Entró despacio y con curiosidad, pero se quedó paralizada al ver que Anderson estaba allí. Se sintió acorralada.

Aquello no era buena señal.

—Siéntese, señorita Del Olmo —le pidió él con una media sonrisa.
Sonrisa que ella calificó como lobuna.

—Gracias —murmuró cautelosa.

La incomodidad era patente, sobre todo teniendo a su lado a Anderson observándola sin quitarle los ojos de encima. Kane ya la había advertido.

Él se mostró amable y distendido mientras circulaban y aunque eso contribuyó un poco a rebajar la tensión, Fabiola continuó alerta.

Siendo objetiva tenía que reconocer que Anderson no estaba tan mal. Pasaría de los cuarenta, pero no por ello dejaba de resultar atractivo. Desde luego tenía unos modales impecables. Seguía incómoda, pero más por ella, por su propia forma de ser, no estaba acostumbrada a ese tipo de atenciones.

A una empleada más no se la trataba con tanto boato.

¿Qué quería en realidad Anderson?

—Señorita Del Olmo —se acercó a ella—, tiene usted todo mi apoyo y confianza para realizar su gestión.

—Gracias, es todo un detalle —fue lo único que se le ocurrió decir ante su proximidad.

Lo cierto era que olía estupendamente. Menos mal.

—Sé que ha pasado malos momentos. Conozco al señor Roberts y sé que la habrá obligado a trabajar duro —prosiguió y esbozó una media sonrisa irónica.

—Es su cometido —contestó, la alerta había subido de nuevo.

—Bueno, sí —concedió él—, pero no ha sido el único que se ha dado cuenta de sus cualidades, señorita Del Olmo.

—No sé qué ha querido decir. —Peligro. Demasiado cerca.

¿Qué les pasaba a los hombres? Durante mucho tiempo, mientras duraba su relación con Carlos, se sentía ignorada y ahora... pensó lo peor. ¿Y si era otro juegucito?

—Tranquílcese, Fabiola.

Era la primera vez que la llamaba así. No supo cómo sostenerle la mirada,

aunque no era tan tonta, ¡estaba intentando ligar con ella!

—Quizás me haya explicado mal —prosiguió Anderson—, no obstante, tengo una duda.

Fabiola notó cómo le acariciaba la rodilla, deteniéndose justo en el borde de la falda.

—¿Una duda?

—¿Cómo hizo con el señor Roberts? Es difícil de convencer, lleva tiempo en esto y hasta ahora nunca se había implicado de este modo. Siento curiosidad. —Su voz era suave, por lo tanto, peligrosa.

—Yo no he convencido a nadie —contestó a la defensiva.

—No la creo —replicó con aire juguetón—. El señor Roberts ha estado en muchos lugares y muchas han intentado atraparlo mientras realizaba su trabajo, intentando distraerlo, pero... usted tiene algo... Déjeme decirle que, por supuesto, a mí también puede convencerme.

«Demasiado cerca», pensó ella, pues no hacía falta arrimarse tanto para hablar y menos aún para susurrar.

—Yo no he tratado de engañar a nadie —se justificó Fabiola y quizás estuviese cometiendo un error táctico por ponerse a la defensiva.

No sabía qué hacer. Estaba claro que Anderson pensaba que había influido en las decisiones de Kane de una forma digamos poco profesional.

Él continuaba pegado a ella y, analizando la situación, a Fabiola no le resultaba tan desagradable. ¿No quería una nueva vida? ¿Debería sentirse halagada por las atenciones de ese hombre? Lo cierto era que él avanzaba de forma sutil, delicada. Al fin y al cabo, no tenía un compromiso con nadie. Kane y ella tenían que hablar, desde luego, pero hasta la fecha ninguno de los dos había abordado la cuestión de forma directa.

¿Debería ceder?

Inspiró.

Sin pensarlo bien, dejó que la besara.

Anderson sonrió contra sus labios, satisfecho; eso demostraba su teoría y

además le daba la oportunidad de levantarle una mujer a Kane. Desde hacía tiempo ambos llevaban una competición no oficial al respecto. Aunque toda la empresa lo sabía.

Mientras lo besaba, Fabiola intentaba responderse a sí misma. En poco tiempo había pasado de recatada a descarada. Ahora volvía a estar en brazos de un desconocido, besándolo, aunque sin duda aquello iba a ir más lejos. Pero no puedo explicar por qué era distinto.

La primera noche que pasó con Kane se sintió diferente por completo a como lo estaba en ese momento. ¿Sería el alcohol? ¿Los nervios? ¿Qué absurda necesidad tenía ahora de acostarse con un desconocido? Ésa era la cuestión. Se sintió mal de repente, las manos del hombre ya habían traspasado la barrera de la falda y ascendían por sus muslos.

—¡No! —exclamó y se apartó como pudo de él.

—¿No? Querida, no hace falta ahora mostrarse ofendida. Entiendo que el asiento trasero de un coche no es lo más apropiado, pero confíe en mis habilidades.

Intentó besarla de nuevo, sin éxito.

—¡He dicho que no! —repitió con más vehemencia.

—Creo que no me ha entendido —comentó Anderson con aire de superioridad—. Usted sabe que estoy por encima del señor Roberts y, desde luego, mi ayuda le sería muy beneficiosa. No se irá a creer que he aceptado este arreglo sólo por la recomendación del señor Roberts, ¿verdad? No sea ingenua.

—No, desde luego que no, pensaba que era gracias a mis aptitudes —contestó orgullosa.

—Bueno, sí —adujo con cierto desdén—. Aun así, quiero convencerme de ello. En persona. —Intentó de nuevo una maniobra de aproximación.

—Sólo tiene que leer mi currículum.

—Lo que yo quiero comprobar no viene en su currículum.

—Déjeme que le diga una cosa —decidió hablar con firmeza—, no sé qué

idea se ha hecho de mí, o qué imagen le ha transmitido el señor Roberts — pensar que Kane únicamente la hubiera ayudado en compensación por... eso —, pero me importa un pimiento. Estoy capacitada para asumir ese trabajo. No tengo que echar un polvo con usted para demostrarlo.

Se sorprendió a sí misma, lo cierto era que ciertas palabras resultaban de lo más convenientes.

—Estos arranques de integridad no son necesarios —se burló él.

—No es integridad. Si decido irme a la cama con un hombre no es a cambio de obtener beneficios laborales.

—Me agrada saberlo.

—La verdad... —continuó ella con desdén—, usted no me pone nada en absoluto. Lo siento. Le he dado una oportunidad, pero no.

—Ya veo. —Anderson que quedó pensativo—. Por lo que observo, el señor Roberts sí la «pone». No soy tonto, esta mañana...

—Si no le importa, me gustaría que me acercase a la oficina —le pidió Fabiola con voz firme.

Después se derrumbaría. Sin testigos.

—No se preocupe. Sé aceptar un «no». —Dio instrucciones al chófer—. No obstante, mi invitación para comer sigue en pie.

—No quisiera atragantarme.

Fabiola respiró aliviada. Por fortuna, Anderson sabía comportarse y durante el trayecto de vuelta a la oficina no se le acercó, sino que mantuvo las distancias. Incluso se despidió con amabilidad, sorprendiéndola.

Al entrar vio otra cara «amiga», Carol.

—Felicidades, Fabiola —comentó con voz venenosa—. ¿Te instalarás en el despacho de Genaro?

—No, estaré en el mío —replicó sin entrar al trapo.

—¿Qué tal con ese Anderson? Está que rompe. Incluso mejor que Kane —canturreó para provocarla.

—Puede ser —dijo sin darle importancia, como si la aburriera el tema.

—Chica, ¡qué suerte! No te puedes quejar —insistió la recepcionista para tocarle la moral.

—No lo hago. ¿Hay algún mensaje para mí? —inquirió cortante.

Carol la miró algo sorprendida. Por norma general, Fabiola no se sentía cómoda con los hombres y, que se supiera, pocos se interesaban por ella. Resultaría interesante investigar un poco más.

Ya de nuevo en su despacho, Fabiola se sentó. Mirando la pantalla apagada del ordenador, intentó explicarse a sí misma lo que acababa de suceder; nada de culpabilidades, eso por descontado. Lo que más la intrigaba era lo que había mencionado Anderson. Dudar de Kane estaba mal, pero sin embargo, dudaba.

Desde luego se sentía como si hubieran jugado con ella. Kane no había sido sincero. Anderson por lo menos no se había andado por las ramas, quería acostarse con ella y lo había dicho sin tapujos. Sin embargo, lo más horrible era que pensarán, ambos, que ser nombrada directora se debía más a su relación, no oficial, que a sus cualidades.

Encendió el ordenador. Había llegado el momento de dejar atrás todo eso. Y de una vez por todas...

Convencida de ir en la buena dirección, cerró la puerta del despacho y bajó tranquila a la recepción, con un sobre cerrado en una mano. Conociendo a Carol, su renuncia sería entregada con rapidez y, si no era así, le daba igual.

«Que se apañen», dijo para sí.

—Carol, si eres tan amable, envía esto a la sede central de Londres, a la atención de Gary Anderson. Es urgente.

Podría entregársela en mano y ver la cara que ponía, sin embargo, quería ganar tiempo y que Anderson no avisara a Kane.

—¿Algo más? —inquirió la recepcionista con manifiesta tirantez.

—No.

Salió sin despedirse y buscó un taxi.

Ver la cara de todos podía ser una tentación, pero no necesitaba caer en

ella.

Capítulo 16

—Mamá, ¿ha llegado ya papá?

—Sí, cariño, está en su despacho —respondió su madre con su voz cantarina habitual—. ¿Te quedarás a cenar?

—Bueno... de acuerdo —convino, tras reflexionarlo unos instantes.

—Fabiola...

—Dime, mamá.

—¿Qué te ocurre? ¿Es por Carlos? No sabes qué disgusto tenemos aún —dijo la mujer llevándose una mano al pecho y Fabiola pensó que su madre siempre le daba un toque melodramático a todo.

—No, él no tiene nada que ver en esto —respondió negando con la cabeza. Demasiado tenía encima como para pensar en ese malnacido.

El abandono podía haber desencadenado en ella ciertas reacciones desconocidas, aun así, no podía culparlo de todo a él. Como mujer siempre pudo haber dejado claros sus pensamientos y no dejarse llevar. Que toda una vida hayas creído a ciegas cuanto te han dicho no significa que: uno, sea cierto, y dos, no debas pensar por tu cuenta.

Se encaminó al despacho de su padre, pese a todo, siempre podía contar con su ayuda, o al menos hablar con él.

—Hola, papá, ¿puedo pasar?

—Cómo no, mi niña. ¿Qué haces tú aquí a estas horas? —inquirió en tono jovial, dejando a un lado la estilográfica y reclinándose en el sillón.

Desde que tenía uso de razón, siempre había visto a su padre en ese despacho; la misma decoración recargada, de madera oscura y clásica.

—Necesito tu ayuda legal —dijo, sentándose enfrente de él.

—¿Y eso?

—No, no te asustes. Verás, pasado mañana me voy de viaje, he decidido

tomarme unas vacaciones.

—¿Para eso necesitas mi ayuda? —preguntó su padre, arqueando una ceja.

—No, papá —murmuró e inspiró para continuar—: He puesto el ático en venta. En la agencia me han dicho que ese tipo de casas se venden rápido, así que es posible que durante mi ausencia aparezca un comprador, quiero que tú me representes.

—¿Vas a vender tu casa? —Ella asintió—. ¿Y cuál es el motivo?

—Papá, no te lo puedo explicar.

Más bien no quería. Todo obedecía a razones muy personales, a las que, a buen seguro, su padre pondría unas cuantas objeciones.

—¿Vas a ir sola de viaje?

—Sí, así es.

—¿Y tu trabajo?

Contó hasta diez antes de responder, pues él tenía ideas muy estrictas sobre las personas sin ocupación.

—He renunciado.

—¿Cómo? ¡Eso es una locura!

—He tomado una decisión —afirmó.

—Fabiola, cuéntame qué te pasa —exigió autoritario—. No es habitual en ti comportarte así. Entiendo que después de lo de Carlos... pero aún podéis arreglar las cosas.

—Ya te lo he dicho. No puedo explicártelo. Carlos no tiene nada que ver en esto. ¿Vas a representarme?

—La cena está lista —interrumpió su madre, siempre tan atenta a sus obligaciones de ama de casa.

—No me gusta, no me gusta nada, Fabiola. Sin embargo, ya que me lo pides, mañana lo redactaré todo. Prefiero hacerlo yo antes que un extraño.

—Gracias, papá.

Fabiola no volvió a su casa. Se acostó en el dormitorio que había ocupado

mientras vivía con sus padres. Tenía que descansar. Pensar en lo que venía a partir de ese momento, de entrada sólo era una pérdida de tiempo; había planeado irse de vacaciones y eso era lo que iba a hacer.

A la hora del desayuno, su madre, que seguía en desacuerdo con sus planes, intentó que desistiera.

—Fabiola, no seas ridícula. No te vayas de crucero tú sola.

—Soy mayor de edad —dijo medio en broma.

—Lo sé, cariño. Pero ya sabes que soy tu madre, siempre me preocupo por ti.

Fabiola podía entenderla, sin embargo, también quería que la comprendieran a ella, o por lo menos que respetasen sus deseos. Irse de crucero no podía considerarse un viaje arriesgado. Aunque con la mentalidad de su madre, viajar sola no era buena señal.

A pesar de todo, la acompañó y se despidió de ella, ayudándola con la maleta y deseándole buen viaje. Por suerte, no mencionó a su ex, lo que ya podía considerarse un gran avance.

Tras los controles de rigor al embarcar, Fabiola llegó a su camarote y se tiró en la cama. Aún no podía creérselo. Durante el día anterior, mientras hacía el equipaje, dudó una y mil veces. Pero ahora estaba allí. Iba a disfrutar de aquel viaje. Se lo merecía. No tenía grandes expectativas, sólo deseaba tiempo, relajarse y no preocuparse. Desconectar.

Esbozó una sonrisa. A esas horas, Anderson ya habría recibido su carta.

A esas horas también Kane estaría al tanto. Se le borró la sonrisa. Odiaba la idea de no haber hablado directamente con él y decirle a la cara sus intenciones. Pero... era una decisión que sólo ella debía tomar y temía que si lo hubiese comentado con él éste la hubiera hecho desistir. No, las cosas estaban mejor así. Tras el viaje ya enfrentaría la situación. Y a Kane también.

O no. ¿Debía explicarse? Puede, aunque desde luego no estaba obligada a ello. Claro, siempre y cuando él quisiera verla de nuevo. Se había marchado

de forma apresurada por su trabajo, sí, ¿y? Tampoco estaba obligado a darle cuentas de su proceder. Ambos sabían que no tenían nada más que un simple rollo, sexo, por decirlo de forma más clara. Las confidencias en el sofá, las horas encerrados en la oficina y los buenos momentos eran simples anécdotas. Kane no mintió al respecto, viajaba a menudo y, como él mismo, dijo no tenía problemas para relacionarse. Así que, ¿para qué darle más vueltas a lo mismo?

* * *

—Ponme en contacto con el señor Roberts de inmediato —le gritó Anderson a su secretaria. Miraba la carta urgente que acababa de abrir.

—Espere un instante. —Marcó el número, para nada sorprendida ante la actitud de su jefe, y esperó a que diera tono. Suspiró cuando descolgaron—. Buenos días, señor Roberts, soy Mary, el señor Anderson desea hablar con usted.

—¿Qué demonios quiere? —contestó Kane enfadado.

El trabajo era horrible, la ciudad lo aburría mortalmente, la secretaria que le habían endilgado era una sabelotodo. Bueno, para ser sincero, reconocía que desde su llegada nada le había gustado.

—Le paso con el señor Anderson —indicó Mary amable.

—¿Kane?

—¿Qué ocurre? —inquirió él, esperando lo peor y, sin cuidar su tono sarcástico, añadió—: ¿Otra misión de alto riesgo?

—Nada que no se pueda solucionar. Sin embargo, no me gustan las sorpresas —recalcó eso último.

—¿Sorpresas?

—Pensaba que os lo contabais todo.

—No estoy de humor para acertijos —murmuró Kane, sabiendo que no era el tono adecuado.

—Ya veo. Han surgido ciertos problemas.

—¿Qué clase de problemas? —Él tenía los suyos, no había conseguido hablar con Fabiola y se moría de ganas de volver con ella.

—La señorita Del Olmo ha renunciado a su puesto —le informó.

—¿Qué? —Era la última noticia que esperaba oír.

—Acabo de recibir una comunicación en la que lo deja bien claro.

De haber podido, Kane hubiera estrangulado a Anderson, que estaba dándole de manera deliberada la información en pequeñas dosis. El muy hijo de puta sabía que aquello lo afectaba y de modo muy personal.

En todos los años que llevaba trabajando en la empresa jamás se había involucrado hasta ese extremo. Por ello, Anderson nunca antes había jugado al gato y al ratón con él. Sin embargo, ahora tenía un motivo para tocarle la moral. Y de veras que su superior ponía interés en ello.

—Vamos a hablar claro. No estoy para adivinanzas —le advirtió a través del teléfono—. No sé qué la habrá inducido a tomar una decisión semejante.

—Kane, escúchame —Anderson utilizó un tono autoritario al interrumpirlo—, no vuelvas a insinuar nada de eso, ¿me oyes? La señorita Del Olmo simplemente alega motivos personales. —Hizo una calculada pausa—. Y creo que tú la conoces mejor que yo —añadió leña al fuego.

—¡Joder! —masculló él sin poderse contener.

—Eso confirma mi teoría. —Una pausa—. Bien, pasaré por alto ese comentario. Mi intención es que te hagas cargo de la situación, de modo temporal, hasta que esto se resuelva.

—Entre mis capacidades no se encuentra la de dirigir una oficina.

—Pero sin duda tienes más influencia en la señorita Del Olmo que yo.

—Me sobrevaloras —adujo, recurriendo a la diplomacia para no meterse en problemas con su jefe.

—Nada. Me remito a los hechos, has estado trabajando con ella.

—¿Y qué pasa con esto de Bruselas? —Pasó por alto el tono con que Anderson pronunció «trabajando».

—Enviaré a Martins.

—Se supone que esto era importante y que él no podía encargarse de ello —le recordó Kane, destilando ironía.

—No eres tan bueno como crees.

—¿Y si no voy?

—Haz el favor de ser sincero. Lo más seguro es que ya estés recogiendo tus cosas mientras hablas conmigo —dijo y colgó sin darle opción a réplica.

Kane se paseó por la pequeña oficina que le habían asignado, como un león enjaulado. Marcó con rabia, por enésima vez, el teléfono de Fabiola.

—Mierda. —El buzón de voz de nuevo—. ¿Dónde diablos se ha metido esta mujer?

Probó una vez más, por si acaso. Apagado. Aun a riesgo de parecer idiota, no le quedaba otra alternativa, llamó a las oficinas. Para su desesperación, Carol contestó el teléfono.

—Me alegra hablar de nuevo con usted —respondió la recepcionista al oír la voz de Kane.

—Sí, bueno, yo también —mintió—. ¿Sería posible hablar con Fabiola?

—¿Cómo le va todo?

Eso no era lo que Kane quería oír.

—Bien, gracias —respondió tenso—. Por favor, ¿podrías pasarme con ella?

—Deduzco que es urgente.

¿Qué demonios le pasaba a esa mujer?

—Sí, es urgente —le confirmó a la pesada de la recepcionista.

—Siento informarle que no está, lleva varios días sin venir y, si le digo la verdad, no sé el motivo, he oído rumores y nadie nos habla claro.

Kane colgó en el acto con rabia.

—¡Joder!

Algo había pasado.

Anderson lo sabía y el muy cabrón no iba a decirle nada.

Dio unas instrucciones rápidas y se marchó disparado a su hotel. Recogió sus cosas. Menos mal que a la hora de reservar un vuelo le sonrió la fortuna, llegaría de madrugada. La idea de presentarse de nuevo en casa de ella, de noche, no era algo que hubiera querido. Sin embargo, no le quedaba otra opción.

* * *

—Señorita, ¿está usted embarazada?

—¡No! —respondió Fabiola alarmada.

Se frotó la cara. Había respondido muy rápido, sin pensar. ¿Y sí...? Pero no podía ser. Habían tomado precauciones.

—¿Está segura? Estas pastillas para el mareo son muy fuertes.

—No lo estoy —aseveró, deseando que el médico le diera una de una vez.

Estaba mareada como un pato. El crucero no estaba resultando como ella esperaba, pues prácticamente se había recluido en la habitación. Quería poder disfrutar de las actividades del barco que tanto le habían llamado la atención al contratar el viaje, pero le resultaba imposible, pues el mareo la estaba dejando hecha polvo.

Por fin el médico dejó de preguntar y le dio una pastilla, que Fabiola se tomó en la misma consulta. Cuanto antes le hiciera efecto, mejor. Ya estaba harta de vomitar y de sentirse mal.

Las pastillas la aliviaron, o tal vez es que ya empezaba a acostumbrarse, lo cierto es que subió a uno de los salones del barco con intención de desayunar algo. El médico del barco se lo había recomendado, pero ella misma sabía que necesitaba comer. Por lo menos tendría algo que echar en caso de sentir de nuevo náuseas.

Mientras se acercaba al salón-comedor, pensó otra vez en la pregunta del médico.

—No, no puede ser —se contestó tajante

«Hemos tomado precauciones —se recordó—. ¿Siempre?»

Se sentó en la cafetería, necesitaba tranquilidad, y pidió un desayuno completo. Ahora que parecía sentirse persona, empezaba a darse cuenta del ambiente del barco. Había gente de todas las edades; en la mesa de al lado una pareja de jubilados hablaba de forma animada. Se sorprendió de que a esa edad un matrimonio aún se dedicase carantoñas, jamás en la vida sus padres se habían comportado así. Giró la cabeza, al otro lado tenía otra pareja, evidentemente de recién casados. Su comportamiento no era nada del otro mundo. Lo normal. Pegados como lapas. Hasta hacía no mucho ella también creía en eso del matrimonio y todas las patochadas. Sonrió sin ganas. La dulce Fabiola estaba empezando a ser la cínica Fabiola.

El camarero le sirvió un estupendo desayuno y le dedicó una sonrisa amable. Qué bien.

Cuando estaba a punto de probar un delicioso croissant, una mujer, entrada en años, casi hizo que se atragantase.

—Señora Roberts, ¡qué alegría encontrarnos aquí!

Miró hacia la mesa de al lado. La de los jubilados.

—Señora Martínez, no sabía que al final se hubiera apuntado.

Se concentró en su desayuno, sobresaltarse por oír el apellido Roberts era absurdo. ¿Cuántos ingleses se llamaban así?

Disfrutó de poder, por fin, llevarse algo al estómago y retenerlo, o al menos eso esperaba, pero aunque intentaba no hacer caso de la conversación que mantenían en la mesa de al lado, le era imposible. Más aún cuando algunos detalles le llamaban poderosamente la atención.

—¿Cómo está su nieto? —preguntó la tal señora Martínez, en un tono tan alto que resultaba imposible obviarla.

—Greg está cada día más mayor, el próximo mes iremos a verle —respondió la jubilada, sonriente.

¿Greg?

Otra coincidencia, pensó Fabiola.

Pero los retazos de la conversación seguían llegando a sus oídos. Cuando

hablaron de una tal Annie casi derrama el café.

No podía ser.

Prestó, ahora sí, toda la atención.

Oyó con claridad que hablaban del restaurante de Annie. ¡Oh, Dios! Pero la prueba definitiva fue cuando oyó quejarse a la señora Roberts de que su hijo Kane llevaba más de seis meses sin ir a verlos.

Se levantó nerviosa, aquello no podía estar pasando. Miró a la pareja de jubilados y al fijarse vio los ojos azules de Kane en la mujer. Tropezó de forma llamativa con la mesa, tirando todo el servicio. De inmediato, unas manos la agarraron y, al levantar la vista, avergonzada, vio la cara del señor mayor. Los tortolitos de la otra mesa la miraron divertidos, pero ni se movieron.

—¿Está usted bien, señorita? —inquirió el hombre, preocupado, mientras la ayudaba a sentarse.

—Sólo un poco mareada. —Recurrió a la mejor excusa y se frotó la frente un tanto abochornada por ser tan torpe.

—John, cariño, déjame verla. —La mujer se acercó—. Está usted pálida. Permítame que la ayude. —Se dirigió a su marido—: Busca al médico. —Se volvió otra vez hacia Fabiola—. Tome un poco de agua.

—No hace falta que...

—Tonterías —la interrumpió ella. Aquella autoridad le recordó a alguien y sus ojos azules aún más—. Tranquila, mi marido enseguida volverá con el médico. Respire tranquila. —Le sirvió un vaso de agua—. Soy Ally Roberts.

—Encantada. —Aquello era lo peor que le podía ocurrir. La mujer esperaba una respuesta—. Fabiola del Olmo.

—¿Es su primer crucero? —Fabiola asintió—. Bueno, enseguida se acostumbrará. Mi marido y yo también lo pasamos fatal la primera vez, pero después no dejamos de repetir todos los años.

—Creo que ya estoy mejor. Lo más probable es que haya sido por no haber comido en condiciones.

—Querida, no se preocupe —la tranquilizó la mujer dando unas palmaditas en su brazo—. ¿No estará usted embarazada? —preguntó sin más.

Fabiola hubiera querido salir corriendo. ¿Por qué tanto interés en saber si estaba embarazada? La forma tan directa de abordar la cuestión hizo que recordara a Annie; no cabía duda, estaba con la madre de Kane. ¡Oh, Dios! Y la pregunta de si estaba embarazada... Si supiera quién podría ser el posible, sólo posible, padre...

No estaba embarazada, no podía estarlo. Aun así, hasta ella misma iba a empezar a dudar. En cuanto estuviera mejor se haría una prueba. ¿El barco tenía farmacia?

—No, no —se apresuró a murmurar.

Sólo le faltaría eso, en paro, su casa en venta y preñada.

—Bueno, pues entonces es el vaivén del barco —afirmó Ally con vehemencia.

John Roberts volvió acompañado del médico, el mismo que ya la había atendido. Comprobó que no era nada serio y atribuyó la palidez al efecto de las pastillas.

Fabiola sabía que no era así, aunque optó por no discutir.

—Bueno, querida, ¿avisamos a su marido? —preguntó la señora Roberts cuando se marchó el médico.

—No, no estoy casada.

—¿Novio?

—No

¡Cómo se parecía a Annie!

—¿Amigo? ¿Amiga?

—No, viajo sola —dijo al fin. Si no confesaba, acabaría por contarle toda la historia.

—Bueno, no es muy habitual, si quiere puede unirse a nuestro grupo.

—No, no quiero molestarles.

—Tonterías, ¿verdad, John?

—Sí. —«De tal palo tal astilla», pensó Fabiola, era un hombre parco en palabras.

—Además —prosiguió la señora Roberts—, en el barco hay actividades de todo tipo. ¿Le gustan los bailes de salón?

—No sé bailar —respondió temiéndose lo peor.

—Nosotros tampoco, por eso nos hemos apuntado, será divertido. —La determinación de Ally Roberts era incuestionable.

No supo cómo, pero terminó aceptando. La cosa se ponía interesante. Se suponía que aquel viaje era para reflexionar, para dejar atrás ciertos aspectos de su vida, para no pensar en Kane y en las posibilidades que hubieran podido tener.

Volvió a su camarote para descansar, no por los consejos del médico, ¡qué va! ¿Para qué tener un médico si la señora Roberts estaba presente? Ironías del destino.

Buscó en su equipaje, ¿qué debía ponerse una para practicar bailes de salón?

¿Y qué demonios iba a hacer ella en una clase de bailes de salón? Ya puestos, lo próximo sería un curso de submarinismo.

Para su desgracia, lo único medianamente decente que tenía era el conjunto de deporte que Kane le había regalado. ¡Mierda!

Según se acercaba al salón donde se impartían las clases, la recorrió un escalofrío. ¿Y si se le escapaba algo? No podría mencionar dónde trabajaba, mejor dicho, dónde había trabajado.

¿Y si se ponían en contacto con su hijo y éste, o peor aún, Annie, les comentaban algo?

Por lo menos ya estaba recuperada del mareo.

Al día siguiente a primera hora se haría la prueba de embarazo, por si acaso.

Fabiola nunca había ido a bailar y lo poco que sabía era lo suficiente como para no hacer demasiado el ridículo en compromisos familiares. Sin

embargo, ponerse a aprender a esas alturas tenía guasa.

Nada más verla, la señora Roberts se acercó a ella.

—¡Qué suerte, empezamos con el tango! —dijo, manifestando su alegría.

—No sé si yo... —empezó a decir Fabiola, que no veía escapatoria.

—Tonterías. —La mujer le dijo algo a su marido y se volvió de nuevo hacia ella—. Por cierto, bonito conjunto.

—Gracias.

«Si supieras quién lo ha elegido», pensó.

Después de la clase, sin saber por qué, se encontraba mejor. Lo cierto era que al principio se moría de la vergüenza, pero ¿quién se atrevía a negarse a nada estando la madre de Kane presente?

Qué mujer, toda vitalidad, amabilidad y desenfado. ¿Cuántos años debía tener? Eso daba igual, se movía con alegría, sin pizca de vergüenza y animaba a toda la clase.

Una vez superada la timidez inicial, Fabiola reconoció que era interesante aprender a bailar el tango. La profesora tenía una paciencia infinita y al final ya sabía al menos dos pasos básicos.

Tampoco pudo librarse de cenar con los padres de Kane. Fue curioso, hasta John había insistido.

Mientras Fabiola se cambiaba para la cena, pensó en lo ocurrido durante ese día, era irónico a más no poder. Pero lo que más le llamaba la atención eran las muestras de afecto y cariño entre Ally y John; se escuchaban, se daban la mano, se sonreían, se besaban. Increíble.

Todo un contraste si comparaba lo vivido en su casa. Jamás vio a sus padres besarse, o un simple un gesto de cariño. Pensó cómo habían podido tener tres hijos con tanta frialdad.

Frialdad que también ella había demostrado durante demasiado tiempo, hasta que conoció a Kane. Mejor dicho, hasta que Kane, con infinita paciencia, le había demostrado con gestos, palabras y caricias que las cosas no eran de ningún modo como ella las había vivido.

Debía aceptarlo, le echaba de menos. Y mucho.

Para colmo, estaba arreglándose para cenar con sus padres.

* * *

Kane estaba de un humor de perros. Se despertó preguntándose todavía qué narices estaba ocurriendo. Había llegado de madrugada, se había presentado en casa de Fabiola y la encontró vacía. Menos mal que conservaba un juego de llaves.

Alguien estaba trasteando en la puerta. Kane saltó de la cama, iba a tener cuatro palabras con Fabiola por desaparecer.

Cuando abrieron la puerta, parpadeó y hasta se frotó los ojos como si aún estuviera dentro de una pesadilla, pues ver a la señorita García de la inmobiliaria era lo último que esperaba. Soltó un juramento. Lo había pillado en el recibidor y en calzoncillos.

—Ahora vuelvo —masculló enfadado.

—¿Señor Roberts? —preguntó, educada y sorprendida. Más por el espléndido cuerpo masculino que acababa de contemplar que por no encontrar la casa vacía, como había dicho la dueña de la vivienda. De todas formas... ¿qué hacía allí el señor Roberts? Interesante sin duda.

Kane salió al cabo de cinco minutos, con unos vaqueros y una camiseta. Despeinado y de mal humor. La agente inmobiliaria pudo recrearse la vista, pese a estar vestido.

—¿Qué hace usted aquí? —inquirió mosqueado.

—Lo mismo debo preguntarle —replicó ella sin quitarle ojo.

Kane estaba tenso, algo no cuadraba.

—¿Perdón?

—Verá, señor Roberts...

—Kane, por favor —pidió él.

—Como quiera, el caso es que Fabiola me encargó que me ocupara de la venta de su casa, y en poco menos de quince minutos vendrán unos posibles

compradores.

—¿Cómo dice?

—Si no me cree, aquí está el contrato que firmó, donde especifica con claridad su intención de vender esta casa.

* * *

Fabiola estaba terminando de ponerse el bañador, porque Ally había insistido, y de qué forma, en que por la mañana debía acompañarla al pequeño spa del barco.

—¡Hacen maravillas, niña! —le había dicho.

No le dio tiempo a pensar más, alguien llamaba a su puerta.

—¿Fabiola?

—Pase, señora Roberts.

—Gracias, preferiría que me llamases Ally, me hace sentir más joven. — Se rio—. Ya es bastante duro aceptar que mi hija tiene casi cuarenta años.

—Está bien, Ally.

—Tengo una foto de mis hijos y de mi nieto, luego se la mostraré.

—¡Qué bien! —dijo ella entre dientes.

Treinta minutos más tarde, ambas se encontraban embadurnadas y acostadas, recibiendo un maravilloso tratamiento purificador y relajante.

—¡Ooooh! —exclamó Fabiola en la camilla donde le aplicaban una terapia a base de algas.

—Te lo dije, querida. —La señora Roberts dio unas instrucciones a la chica que las atendía y volvió a mirar a Fabiola—. Cuéntame algo de ti, ¿a qué te dedicas, por ejemplo?

—Estoy sin trabajo —respondió con sinceridad.

—Bueno, seguro que encontrarás algo. —Cambió de postura en la camilla para mirarla—. A mi hijo le pasó parecido. Después de terminar los estudios, le costó bastante encontrar algo adecuado, pero ahora está bien

situado. —Fabiola miró para otro lado—. ¿Cuántos años tienes? Oh, querida disculpa, no debería ser tan indiscreta.

—No importa —le sonrió—, el mes próximo treinta y cuatro. —Hizo una mueca.

—¡Estás en lo mejor de la vida! —Ally parecía sincera—. Tienes más o menos la edad de mi hijo.

—Creo que ya es hora de bañarse. —Fabiola tosió, aquello se la estaba yendo de las manos.

—Sí, tienes razón, hay que quitarse esto del cuerpo. ¿Vamos a la piscina de burbujas?

Fabiola asintió. El cambio de tema era lo mejor, dadas las circunstancias. Y el baño de burbujas ayudaría, sin duda alguna.

* * *

—Carol, guapa, ¿has localizado ya a Fabiola? —preguntó Kane impaciente.

—No contesta —dijo la recepcionista en tono desabrido, porque había intentado coquetear con él y sólo había obtenido una mirada de advertencia.

—Prueba en el móvil —exigió él, conteniéndose para no echarle una bronca por impertinente.

—Apagado.

—Mierda —masculló él.

—Lo siento —mintió Carol.

Lo miró de reojo. Allí estaba pasando algo raro y ella aún no sabía bien de qué se trataba, lo cual era desesperante. Estar informada de todo cuanto acontece en la oficina es el primer objetivo, punto número uno del manual de la perfecta recepcionista.

Kane la fulminó con la mirada antes de largarse a su despacho.

«¿Dónde estás Fabiola?» Una y otra vez se preguntaba lo mismo.

Tenía que aparecer, había puesto su casa en venta y en dos días se reunían

para firmar el contrato, ¡dos malditos días!

Llamó a Londres. Anderson tenía que saber de qué iba todo aquello.

Por supuesto, su superior no le despejó ninguna duda. Es más, dejó caer ciertas insinuaciones bastante fastidiosas.

Kane no sabía dirigir una agencia de seguros, podía poner patas arriba la contabilidad de una empresa, pero dirigir aquella oficina iba a ser un infierno.

Se corrigió, el infierno era estar sin Fabiola. Vivir solo en su casa. Dormir solo.

Capítulo 17

Fabiola, que al principio dudaba de si había sido buena idea ir de crucero, estaba encantada. Con Ally era imposible aburrirse. Se preguntaba cómo el señor Roberts, tan callado y reservado, podía seguir el ritmo de su mujer. Pero lo cierto era que cada vez que se los veía juntos saltaba a la vista que se compenetraban a la perfección.

Sorprendió al médico al solicitarle una prueba de embarazo, ya que se lo había negado categóricamente con anterioridad. El hombre no dijo nada, se limitó a hacer su trabajo. Por lo visto, ya estaba curado de espanto. En apenas diez minutos Fabiola conocía el resultado; estaba contenta, las precauciones tomadas habían sido efectivas.

Se acordó de repente de la insinuación de Kane el día que estuvieron juntos en la sala de juntas y empezó a reflexionar, ¿Debería hacer caso de su sugerencia? Pero hubo algo que le llamó más la atención. ¿Por qué durante tantos años con Carlos nunca se había preocupado de los métodos anticonceptivos? ¿Lo había hecho él?

Decidió dejar pasar el tema, de momento; durante su relación, su mierda de relación con Carlos, no se quedó embarazada, así que era mejor no darle más vueltas.

No obstante, le surgió otra duda, ¿y las enfermedades venéreas? No era ningún secreto que a su ex le gustaba visitar ciertos clubes, bueno, irse de putas, para qué edulcorar la triste realidad. Por suerte, ella se realizaba revisiones ginecológicas y en la última todo estaba perfecto.

Se vistió para ir a su clase.

Los bailes de salón se le habían vuelto cada vez más adictivos, lo cierto era que podía bailar de forma más o menos aceptable, sin hacer el ridículo. Como había expresado Ally con gran regocijo:

—Bailando así la salsa, no tendrás problemas para pescar un buen hombre y entretenerlo después.

¿Cómo podía la señora Roberts lanzarle esas indirectas si no sabía nada?

¿Tan desesperada la veía?

Empezaba también a sentirse un poco culpable. Lo cierto era que el matrimonio Roberts la habían arrojado durante todo el viaje. También animado y acompañado en las excursiones. ¿Debía decirles algo?

Una tarde, después de comer, mientras disfrutaban de la sobremesa, Ally sacó un pequeño álbum y, con toda naturalidad, le mostró fotos familiares. La mujer hablaba con adoración de sus hijos y de su nieto. Fabiola sintió que se ahogaba cuando vio fotos de Kane de adolescente, junto a su hermana Annie.

Decidió que tenía que ser sincera. Aprovechando el parloteo de Ally con otra pasajera, se acercó al padre de Kane.

—Señor Roberts, ¿puedo hablar con usted? —preguntó en voz baja, para no alertar a su esposa.

—John, por favor —le recordó él, le dedicó una sonrisa cariñosa y añadió —: Ya sé, querida, quieres que distraiga a mi esposa y así poder escabullirte a la discoteca, ¿eh? Allí hay jóvenes interesantes.

—No, no —negó Fabiola, que nunca hubiera esperado aquella respuesta.

—Bueno, sé que a veces es difícil seguir a Ally. —El hombre tenía la sonrisa de Kane. ¡Mierda!, así iba a ser más difícil—. Pero dime, te escucho.

—Verá, señor... John —se corrigió al ver la expresión de él—. Durante estos días han sido ustedes muy amables conmigo y quería darles las gracias por todo. Mañana seguramente cuando desembarquemos será difícil.

—No tiene importancia, querida, es agradable estar con gente joven. Le transmitiré a mi esposa el mensaje —dijo y ella vio otra vez la sonrisa de Kane.

—Eso no es todo... —murmuró con cara de disculpa.

—¿Qué ocurre?

—No sé cómo decirlo... Yo... —Pensó en hablarle de su trabajo en

seguros OK, pero le pareció frío.

—Arranca, muchacha —le dijo él.

—Es sobre su hijo —acertó a decir.

—¿Kane? —El señor Roberts parpadeó incrédulo.

—Le conozco.

—No me extraña, tal como habla mi esposa de él...

—No —lo interrumpió e inspiró para proseguir—: Trabajó conmigo y...

—Decirle a un padre que una había estado liada con su hijo... No encontraba las palabras—. Y me parecía una grosería seguir callada.

El señor Roberts no salía de su asombro, pues era lo último que esperaba. Así que le costó un poco hablar, segundos que a Fabiola se le hicieron eternos.

—¿Por qué no lo dijiste desde un principio? —preguntó mirándola fijamente y ella no supo qué contestar—. Entiendo... —Hizo una pausa reflexiva—. Conozco a mi hijo...

—No, no es eso —murmuró, cohibida por las suposiciones, nada desacertadas, del hombre, aunque no podía admitirlo en voz alta, al menos de momento. ¡Mira que si le daba por llamar a Kane y preguntar!

—Jovencita, si mi hijo sólo —recalcó esa palabra— hubiera trabajado contigo, esta conversación habría sido diferente, ¿me equivoco? —Ella siguió callada, aquel hombre hablaba poco, pero sabía muy bien qué decir—. Tampoco creo que, aun sabiendo lo estricto que es con su trabajo, eso tenga algo que ver. Por lo tanto, sólo queda una opción. —La miró con picardía.

—No sé qué decir —musitó sonrojada.

—Dime una cosa, ¿Kane está bien? Hace seis meses que no lo vemos.

—Lo último que supe es que se iba a Bruselas.

—¡Este Kane! —exclamó su padre con aire de resignación—. Y tú te quedaste sola.

—No exactamente.

El señor Roberts parecía divertido con la confesión de Fabiola, al menos

estaba recibiendo noticias de su hijo y ella decidió también contarle que conocía a Annie y a Greg.

Al oírla hablar de su hija y su nieto pareció cambiar de expresión, estaba aún más sorprendido.

—¿Te llevó a conocer a Annie y a Greg? —preguntó por tercera vez y ella asintió—. Eso es muy, pero que muy extraño.

—¿Por qué?

—No te ofendas con lo que voy a decirte —miró en dirección a la sala para asegurarse de que su mujer no venía—, Kane nunca había hecho eso antes. —Se le iluminó la cara—. ¡Debes de ser muy especial para él!

—No, no lo creo. —Se sentía como una idiota de manual, repitiendo de forma absurda, «no lo sé, no lo creo»...—. Se equivoca.

John Roberts parecía no oírla.

—Querida, no me equivoco. Además —bajó un poco la voz—, tienes mi aprobación, si sirve de algo a estas alturas; creo que eres perfecta para mi hijo.

—Por favor, señor Roberts... —pidió un tanto avergonzada.

—Tranquila, de momento no diré nada. —Parecía divertirse—. En especial a mi esposa.

—Gracias —dijo agradecida de verdad por la actitud de John. Al menos podía sentirse algo más tranquila.

—¿De qué estáis hablando los dos? —los interrumpió Ally, que ya llevaba un rato observándolos de reojo e intrigada por saber de qué hablaban.

—Querida, Fabiola me estaba contando lo bien que se lo ha pasado. En especial contigo —inventó John con voz amable pero no convenció a su esposa.

—¡Bah! Bobadas, soy yo quien tiene que agradecersele. —Sin más la abrazó—. Siempre es agradable estar con gente joven.

—Eso mismo le he dicho yo —afirmó John, acercándose a su mujer para rodearle la cintura.

—Tienes que venir a visitarnos, este verano, vivimos en Benidorm —le dijo Ally animada.

—Gracias, pero no sé...

—Claro que sí. Qué buena idea, cariño —la secundó John.

A Fabiola su sonrisa no le pareció muy inocente, aunque terminó sonriendo también para no parecer maleducada, aunque si Ally supiera la verdad, quizás no se mostraría tan contenta. La invitación era todo un detalle, sin embargo, no podría aceptarla.

Después de la última cena a bordo, se disculpó para no ir a la fiesta posterior. Como era de esperar, Ally intentó persuadirla, pero se quedó muda cuando intervino su marido. Fabiola le agradeció en silencio su ayuda.

Ya a solas en su camarote, empezó a recoger el equipaje. Al día siguiente volvía a casa. Se suponía que aquel viaje era para pensar, estar sola y reflexionar, para decidir qué hacer a partir de entonces. Pero no lo había hecho. No obstante, podía decir que algo había sacado del crucero: ahora se defendía en los bailes de salón, tenía una piel de lo más suave tras los tratamientos en el spa y lucía un bonito bronceado.

Pero incluso intentando ser la más optimista del mundo, no dejaba de pensar en lo que se le venía encima. Y para colmo en menos de dos semanas era su cumpleaños. Y el de Kane.

* * *

—¿Cómo es posible que nadie la haya localizado? —bufó Kane al llegar al despacho. Se aflojó la corbata y dejó de malos modos el maletín sobre el escritorio.

Ya iban unos cuantos días sin noticias de Fabiola, lo cual era desesperante.

—¿Perdón? —Alguien llamó a la puerta.

—Sí, ¿qué pasa, Carol? —preguntó cortante, ya que lo que menos le apetecía era lidiar con la recepcionista.

Estaba que se subía por las paredes, diez días sin saber nada de Fabiola, diez días en aquella maldita oficina, intentando dirigirla de un modo más o menos eficiente. Pero se le escapaba de las manos. Necesitaba concentrarse en su trabajo y no lo conseguía.

Para más inri, Anderson no dejaba de enviarle correos electrónicos bastante desquiciantes. Dirigir aquello era mucho más complicado de lo que parecía.

Muchos no lo tomaban en serio, por lo que tuvo que imponerse de una manera muy poco educada, y lo peor sucedía con algunas empleadas. Les había dejado claro por activa y por pasiva que no quería nada con ellas.

—¡Sí, claro! —le había contestado una.

—Parece que el señor Roberts discrimina a sus empleadas —dijo otra.

—Es gay —remató una chica de la cafetería.

—Verá, señor Roberts —empezó a decir Carol—, resulta que revisando la agenda...

—Ve al grano —le contestó él de mal humor, sin mirarla. Si había algo que terminaba de sacarlo de sus casillas era la charla diaria y la sarta de tonterías que tenía que aguantar de Carol. Kane se preguntaba si ensayaba o algo así por la noche, ya que cada vez eran más absurdas las cosas que decía.

—He encontrado el teléfono y la dirección de los padres de Fabiola. Quizás... pueda...

—¿Y no has sabido mirar antes? —inquirió con mala leche, sin consideración alguna.

La muy... ¿Cuántas veces le había dicho: «Carol, ¿estás segura de que no hay forma de localizarla?».

Arrancó de sus manos la nota con el número de teléfono y le cerró la puerta en las narices.

* * *

Al bajar del barco, Fabiola tenía intención de buscar un taxi, pero antes de

que lo hiciera, se le acercó John Roberts. Solo.

—¿Quieres que te llevemos a algún sitio? —inquirió amable.

—No, gracias.

—Ally ha ido a buscar el coche de alquiler, no nos causas ninguna molestia.

¿Cómo resistirse? En especial cuando no había acabado de decir una palabra y la señora Roberts ya estaba guardando sus cosas en el maletero.

Les dio la dirección de la casa de sus padres; no podía volver a su ático, al estar fuera no sabía si se había vendido o no. Muy a su pesar, pasaría la noche con ellos.

Ally y John insistieron de nuevo en que debía visitarlos durante el verano. Cuando la señora Roberts dijo que a ser posible acompañada de un buen chico... Fabiola miró a John y éste la devolvió una mirada elocuente. Se despidió de ellos con abrazos y hasta con alguna lagrimilla.

Al llegar a la casa familiar inspiró para armarse de valor, pues seguro que la acosaban a preguntas, sin embargo, debía hacer frente a una situación: no tenía casa.

—¿Puedo quedarme aquí unos días? —preguntó, tras besar en la mejilla a su madre de una forma un tanto fría.

—Pues claro. Deja que te ayude con eso. Puedes quedarte en tu antigua habitación.

—Sólo serán unos días —remarcó, porque su idea era buscar un nuevo apartamento cuanto antes.

—Bobadas, me vendrá bien compañía.

—Creo que voy a darme una ducha y descansar un rato —dijo Fabiola, ya que estaba agotada y además era la mejor forma de evitar o de posponer el tercer grado de su madre.

—De acuerdo, hija, descansa. Yo voy a prepararme, esta tarde tenemos una reunión en el club. ¿Por qué no vienes? Te divertirás.

—No, mamá —respondió ella, ya que odiaba el club—, prefiero

quedarme en casa.

—Te quedarás sola, cariño. Te aburrirás.

—Lo prefiero, de verdad.

Fabiola odiaba el club del que sus padres eran socios desde hacía años. Demasiado convencional y rígido. Allí le habían presentado a Carlos. Todos «buenos chicos y de buena familia». Sí claro...

¡Ja! Además, ella ya no era una «buena chica». Sonrió ante ese pensamiento.

Ahora tocaba enfrentarse a la realidad. Bromas aparte, tras el viaje había llegado el momento de tomar una dirección. Aún no sabía si su ático estaba vendido, bueno, lo averiguaría al día siguiente, y tendría que empezar a buscar trabajo.

—Estás muy elegante —dijo y le sonrió a su madre, que se mostró complacida por el cumplido.

—Gracias, cariño, tu padre llegará enseguida y nos vamos. ¿Estás segura de que no quieres venir? —preguntó, intentando de nuevo convencerla.

—No —murmuró ella algo cansada del tema, era la décima vez que oía esa pregunta.

—Tu padre acaba de llegar. ¡Justo a tiempo!

—Fabiola, ¿qué tal todo? —preguntó el hombre.

—Bien, tranquilo. No hagas esperar a mamá.

—Está bien, pero tenemos que hablar —dijo él no muy convencido—. Matilde, ¿estás lista?

—Por supuesto —convino su esposa, dándose los últimos retoques en el espejo del recibidor.

En ese instante llamaron a la puerta.

—¿Quién será a estas horas? —bufó su padre al oír el timbre.

Fabiola no tenía ganas de ver a nadie, en especial a las visitas de sus padres, así que con disimulo se refugió en su cuarto. Además, en caso de emergencia siempre podía poner como excusa que no estaba presentable, y su

madre no le quitaría la razón. Una mujer no podía dejarse ver con una camiseta y un pantalón de deporte y el pelo mojado y sujeto con una pinza, como una vulgar chacha.

Fabiola estaba cómoda así, y si además con ello conseguía evitar a las visitas, mucho mejor.

* * *

—Buenas tardes, señor Del Olmo.

—Pase, no se quede ahí —le indicó el hombre, guardando las formas, aunque muy distante.

—Gracias.

—Bueno, como verá, no puedo dedicarle mucho tiempo ahora. Supongo que habrá venido por el tema de la compra-venta. ¿Ha surgido algún contratiempo?

—No, no, todo está en orden. Simplemente he venido a ver a Fabiola.

—¿A Fabiola? —pregunto el señor Del Olmo frunciendo el cejo extrañado. Como apoderado de su hija sabía muy bien que ella no era necesaria para finalizar los trámites legales.

—Sí, es urgente que hable con ella —explicó Kane, controlando su impaciencia. Por la cara del hombre, dedujo que ella estaba en casa.

—¿Asuntos de trabajo? —preguntó el padre de Fabiola, que no estaba muy conforme con aquella visita y sin duda confuso por la presencia del señor Roberts en su hogar.

—Sí —afirmó Kane, aunque era una verdad a medias. No le quedaba más remedio que recurrir a esa excusa.

—Ya estoy, querido. —La madre de Fabiola miró a su marido—. ¡Oh! Tenemos visita. —Le sonrió abiertamente a Kane.

—Matilde, éste es el señor Roberts, el jefe de Fabiola.

—No, no soy su jefe —lo corrigió Kane.

—Avisaré a mi hija —dijo la madre, siempre atenta.

—Gracias.

—No creo que... sea apropiado —intervino el señor Del Olmo.

Pero Matilde dio media vuelta y, sin perder la sonrisa, aunque intrigada por la visita del joven, se dirigió al cuarto de su hija. Entró sin llamar y la encontró sacando la ropa de la maleta. Suspiró, con aquellas pintas no podía recibir a nadie.

—Tienes visita —se lo dijo con cierto tono sospechoso.

—¿Yo? —preguntó Fabiola sorprendida, pues nadie sabía que estaba allí. Entonces cayó en la cuenta de quién podía tratarse y negó con la cabeza—. Si es Carlos, dile que no quiero verle.

—¡Cómo sois los jóvenes de ahora! Por mucho que insistas, Carlos será un buen marido para ti, os conocéis desde hace años —le recordó la mujer.

Y Fabiola pensó qué debía hacer para que su madre abandonara ya la idea de que algún día volviera con Carlos. Ni harta de vino.

—¡Mamá! —se quejó.

—Te espera en el salón. —Matilde no perdía la esperanza de que su hija reaccionara de otra manera, pero por lo visto no era así—. Anda, arréglate un poco, no puedes recibirlo de ese modo.

Matilde no era tonta, sabía muy bien que el viaje de Fabiola no habían sido unas simples vacaciones y nada más ver al visitante inesperado ató acabos.

Fabiola miró a su madre con cierto temor. ¿Qué demonios quería insinuar con esa sonrisa?

Por no discutir, se puso una camiseta menos arrugada y se peinó un poco, sólo lo imprescindible, tampoco era plan de que su ex la viera hecha un adefesio.

—Bueno, nosotros nos vamos —canturreó Matilde nada más llegar al recibidor, cogiendo a su marido del brazo. Casi tuvo que arrastrarlo.

—Matilde, creo que deberíamos... —empezó el hombre, mirando alternativamente a su hija y al visitante. La cara de ambos era un poema.

Entre los dos ocurría algo, algo importante, y no estaba por la labor de dejarlos a solas.

—Tonterías, además llegamos tarde. Adiós, señor Roberts.

Kane se despidió educado, jamás se había visto en una situación como ésa. Era la primera vez en su vida que se enfrentaba a unos padres. Y, para rematar, vaya padres.

—¿Qué narices haces tú aquí? —le espetó Fabiola nada más cerrarse la puerta.

Estaba conmocionada, pues era a la última persona a la que esperaba ver. Se dio media vuelta y entró en el salón.

—Vaya, con lo que me ha costado encontrarte, al menos podías ser más hospitalaria —replicó Kane, sorprendido por su manifiesta hostilidad

—Lo siento. Me has pillado por sorpresa —se disculpó ella.

—Vayamos a lo importante: ¿dónde cojones te has metido durante estos días y por qué no has tenido la decencia de ponerte en contacto conmigo? —inquirió en un tono engañosamente calmado.

—No tengo por qué darte explicaciones —replicó Fabiola y Kane arqueó una ceja ante tanto descaro.

—Llevo buscándote unos cuantos días. Y me ha costado lo suyo dar contigo. ¿Tienes idea de lo que ha pasado? ¿Por qué no contestabas al teléfono? ¡Joder, Fabiola! Al menos podrías haber hablado conmigo antes de desaparecer.

—Relájate un poco. Ahora no necesito un interrogatorio —le soltó con mala cara.

Kane estaba nervioso. Verla así, en su estado natural, despeinada, horriblemente vestida... era deliciosa. Quería mantener su enfado, los días anteriores habían sido un infierno, pero ahora tenía la oportunidad de hablar con ella. Esta vez no habría más prórrogas.

—Tenemos que hablar —dijo algo más tranquilo.

—¿De qué? ¿De cómo pretendes organizarme la vida? ¿De cómo debo

agradecerte tu influencia? —Seguía alterada y enfadada—. Por lo que he podido comprobar, en esta empresa os gusta jugar a eso.

—¿De qué me estás hablando?

—De ti y de Anderson. Os lo debéis de pasar en grande «intercambiando» experiencias —lo acusó, templando un poco los nervios para no gritarle.

Kane se hacía una ligera idea, pero Anderson no habría sido capaz de... ¿o sí? ¿Y Fabiola? ¿Había sido capaz ella? Conocía lo persuasivo que era su jefe y también sabía que a las mujeres les gustaba ese tipo de persuasión.

—¿Qué tiene que ver ese cabrón en todo esto?

—¿No lo sabes? —Kane mantuvo la boca cerrada—. Muy simple, ya sé cómo debía comportarme para ascender más rápido. No me mires así, está claro que si tú y yo no hubiésemos... bueno, ya sabes, jamás me hubieras propuesto para el cargo.

—¿Estás loca o algo así? —No salía de su asombro. ¿Qué demonios le estaba pasando a esa mujer?—. ¿Ocurrió algo con Anderson? —le preguntó en tono frío, temiéndose lo peor.

—Supongo que tú te haces una idea, ¿no? —le contestó con ironía.

—No bromees con eso. Dime qué pasó —exigió y se acercó a ella, deteniéndose a un metro escaso. Necesitaba tocarla, pero aún tenía que mantener el control.

—Me invitó a comer.

—¿Y?

—Fue muy... amable —murmuró Fabiola; una cosa era hacerse la dura y otra cosa lograrlo.

Kane se pasó una mano por el pelo, nervioso, pues se hacía una ligera idea de la «amabilidad» de Anderson.

—Y tú... ¿accediste? —Le pareció la forma menos brusca de plantearlo, sabía muy bien a qué jugaba su jefe—. Ella no contestó—. ¿Accediste o no? Contesta, ¡maldita sea! —Tenía que habérselo figurado.

—¡No necesito una escena! Tú no eres precisamente el más indicado para

recriminarme nada, te pasas el día de aquí para allá. —Hizo una pausa—. Y tampoco tienes por qué darme explicaciones. —Se levantó con intención de salir de la habitación, pero él la detuvo en la puerta—. Así que yo tampoco tengo obligación de hacerlo.

—Escúchame —Kane habló despacio—, lo siento. —E hizo lo que Fabiola no esperaba, abrazarla—. Yo... tenía que haberlo sabido, tenía que haberme quedado contigo —admitió con pesar.

Permanecieron así unos instantes. Fabiola no podía hablar y se sentía mal, debería haber sido clara con él, al fin y al cabo, con Anderson no pasó nada. Él seguía abrazándola y se rindió a ese abrazo.

Kane se dio cuenta de lo injusto que había sido con ella, que lo había soportado todo sola.

—Fabiola... me da igual lo que haya pasado, tienes razón. —Respiró hondo, tenía que decírselo, y tenía que ser en ese momento—. Te quiero, Fabiola. —Esperó una respuesta, pero no la obtuvo—. Te quiero y quiero que vivas conmigo. Esta vez no quiero malentendidos ni dobles sentidos... te quiero a ti.

—¿Vas a organizarme la vida? —inquirió ella.

—No —murmuró, achicando la mirada, porque su comportamiento era cuanto menos extraño.

Fabiola levantó la vista y lo miró, vio a un Kane algo cansado, tenso, pero sobre todo sincero.

—Sígueme —exigió, soltándose de su abrazo, cogiéndolo de una mano y arrastrándolo consigo.

Kane no entendía o no sabía a qué atenerse, ella había permanecido en silencio. Esperaba al menos que contestase con un «Yo también», o algo por el estilo.

Era lo normal, ¿no?

Lo llevó a una gran habitación. Kane miró a su alrededor, era horrible. Tan sumamente recargada que podía morir de estrés. Todo tan barroco y

todo tan combinado. ¡Si hasta las puertas estaban tapizadas con la misma tela! Decidió no decir nada, por si acaso.

Fabiola encendió tan sólo una lamparita, también a juego con el resto de la estancia, y a continuación lo obligó a sentarse en la cama. Lo miró de forma peligrosa y se subió encima de él, a horcajadas. Kane no tuvo otra opción que sujetarla de las caderas.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó mosca, aunque con el bamboleo percibió que no llevaba sujetador. Un buen comienzo.

—Nada —musitó ella y, antes de que él replicara, atrapó sus labios sorprendiéndolo.

—Fabiola, así no, antes tenem...

Ella volvió a besarlo con fuerza, impidiéndole hablar, y le rodeó el cuello con los brazos, para que no pudiera soltarse con facilidad.

Kane no quería continuar, si bien necesitaba tocarla, sentirla, acariciarla y hundirse en ella, prefería hablar antes. No obstante, Fabiola no parecía tener la misma idea, pues notó cómo le aflojaba la corbata y le desabrochaba los botones superiores de la camisa, para, acto seguido, sentir sus labios jugueteando en su cuello. Eso era demasiado. De mala gana intentó que ella se apartara.

Agarrándola con cierta brusquedad, la separó lo suficiente como para poder mirarla a la cara, sin embargo, ella parecía no querer saber nada. Se sostuvieron unos instantes la mirada, pero lo sorprendió, una vez más, quitándose la camiseta y sacándosela por la cabeza. Kane hizo una mueca. ¿Qué hombre podía resistirse a dos pechos como aquellos apuntándolo? Su mano fue automáticamente a acunar uno, Fabiola mantuvo aquella expresión extraña, mientras se quitaba la pinza que le sujetaba el cabello aún húmedo.

—No puedes hacerme esto... —gimió como un niño pequeño. Bueno, sí podía, se contestó a sí mismo con resignación—. Pero ahora no. Antes quiero...

«¿Qué? ¿Qué quieres, figura?»

Sus manos cobraron vida propia.

Ella lo miró suspicaz, no esperaba una actitud tan distante. Kane parecía distraído y eso podía ser una mala señal. Deseaba llevar la iniciativa, ser ella quien tomase las decisiones y deseaba un poco más de entusiasmo por su parte.

Se puso de pie como pudo, para que él no advirtiese cuáles eran sus intenciones; con una mano atrajo su cabeza para que se acercara más a ella y mientras con la otra se desprendió de los pantalones cortos.

Dejándole entretenido entre sus pechos, dispuso de las dos manos libres para, con rapidez, desabrocharle el cinturón, el botón del pantalón y bajarle la cremallera. Lo empujó para así bajarle lo suficiente la ropa y al fin tocarle la polla. Era consciente de que ya estaba preparado para ella, pues mientras había permanecido encima de él lo había sentido con toda intensidad.

Decir que le había echado de menos era quedarse corta.

Kane estaba un poco desorientado. Fabiola iba demasiado deprisa, no era que le disgustara, pero le extrañaba. Si bien ya no era la misma mujer, y por fortuna iba aceptando su sexualidad, no dejaba de inquietarle. Cuando ella puso una mano sobre su miembro, levantó la cabeza para mirarla. Hasta ese momento la había dejado hacer sin más, pero aunque le costaba reconocerlo, estaba preocupado. Al llegar a aquella casa su idea no era acabar así. Bueno, sí, reconoció para sí mismo, sin embargo, no de esta forma tan apresurada. Antes quería llevársela a su casa, ahora de él, para dedicarle todo el tiempo y todas las atenciones. Cuando miraba de reojo el empapelado de la habitación no sabía si iba a marearse o no.

—Fabiola...

—¿Sí? —ronroneó provocadora.

Sin darle apenas tiempo para reaccionar, guio su miembro hacia su interior. Iba demasiado deprisa. Pero qué más daba, sentirla encima, balanceándose sobre él, hummm... ¡Qué gozada! ¡Un momento!

—¡Fabiola, para! —exclamó al darse cuenta e intentó salir de ella.

—No —lo contradijo con voz ronca.

—No podemos... —Ella lo silenció con un beso y presionó con más fuerza sobre su cuerpo para evitar que él saliese—. Fabiola... —Se debatía entre el placer que estaba sintiendo, así, sin barreras de látex, y la responsabilidad—. Así no, sin protección, ¡joder!

Pero ella parecía no escucharlo, porque aceleró el ritmo, incrementó los besos en su cuello, en sus orejas, se apretó aún más contra él, no quería soltarlo. Le rodeó la cintura con las piernas, enroscándose con fuerza. Gimió, más desinhibida que nunca, sorprendiéndolo y, sobre todo, proporcionándole un estímulo muy difícil de obviar.

Kane sabía que se acercaba lo inevitable, que por mucho que quisiera demorarlo iba a correrse, pese a las horrendas cortinas y la decoración asfixiante.

Y lo hizo, dejándose caer hacia atrás. Fabiola lo soltó, quedándose con la espalda erguida. Él la miró y casi se asustó al ver su radiante sonrisa. Quizás algo perversa, pero desde luego poco habitual. Le gustaba.

—¿Sabes lo que hemos hecho? —inquirió él al cabo de unos minutos, cuando fue capaz de pensar y hablar, todo sin que ella se apartara.

—Sí, cumplir una de mis fantasías —respondió Fabiola, tranquila pese al esfuerzo realizado.

—No puedo creerlo —murmuró Kane. Cerró los ojos y preguntó extrañado—: ¿Tu fantasía era hacerlo sin condón?

—No, mi fantasía era hacerlo en la cama de mis padres. —Y añadió en un susurro—: Contigo.

—¡Joder! —exclamó atónito y abrió los ojos de repente, entendiendo en el acto el porqué de tan cuestionable decoración.

Ella desmontó riéndose y se tumbó a su lado.

—No te preocupes —musitó mimosa y le acarició la mejilla.

—¿Que no me preocupe? ¿Y si te quedas embarazada? —masculló y dejó para el final lo más peligroso—. ¿Y si aparecen tus padres?

—Olvídate de mis padres —susurró aún mimosa—. ¿Quién me ha sustituido?

—¿Cómo dices? —Kane no entendía el brusco cambio de tema—. ¿Eso te preocupa ahora?

—Simple curiosidad —apostilló.

—Yo —admitió él haciendo una mueca.

—¿Tú? —Le pinchó con el dedo en el costado sin podérselo creer.

—¡Qué remedio! Y no sabes lo difícil que es. Todos los días tengo que... ¡Un momento!, no me cambies de tema. —Se incorporó, pero al verla tumbada a su lado, desnuda, radiante, comprendió que no podía estar enfadado con ella—. Fabiola... —se inclinó y la besó—, ¿te he dicho ya que te quiero?

Ella fingió que lo pensaba.

—No, que yo recuerde.

—Mentirosa. —Tiró de ella y la sentó junto a él, para besarla a conciencia, aunque le era muy complicado olvidar dónde estaba—. Creo que será mejor vestirse.

—Kane —dijo ella rodeándole el cuello con los brazos y besuqueándolo.

—Dime.

—Tengo problemas —canturreó, aparentando ser una cabeza hueca.

—Hazme un resumen —pidió, pasándole la mano por el trasero.

—¿Vas a ocuparte de una mujer desempleada, sin hogar...?

Kane sabía que en ese momento debía decirle la verdad y no andarse con más sorpresas, pero decidió que no, que, aunque fuera la última vez, iba a permanecer callado.

—Sí. Vístete, nos vamos a mi apartamento. —Se puso de pie y se vistió. Aún no quería pensar en lo que habían hecho. Mejor dicho, en lo que Fabiola le había hecho.

—¿Tienes casa? —preguntó curiosa, poniéndose también en pie e intentando alisar el edredón de la cama de sus padres.

—Si voy a quedarme aquí, es lo más normal del mundo —comentó Kane tan pancho.

—¿Eso qué significa? —preguntó ella con cautela.

—Significa —la agarró desde atrás, estrechándola entre sus brazos, rodeando su desnudez—, que tú y yo vamos a vivir juntos.

—Tendré que pensarlo... —le dijo en broma—. ¿Vas a trabajar como un simple director de una agencia de seguros?

—No, ése es tu puesto —y añadió—: quiero que vuelvas.

—Hummm. Vale, pero quiero trabajar en otro departamento.

—¿Ah sí? ¿En cuál?

—Quiero ser la telefonista —respondió y él parpadeó para terminar riéndose a carcajadas.

—¿Y qué hacemos con Carol? —inquirió, dispuesto a convencerla.

—Podría ser tu secretaria —sugirió y él dejó de reírse. Ella se dio la vuelta para mirarlo—. Kane... lo digo en serio.

—Preferiría que me dijeras otras cosas en serio —contestó con voz profunda.

—¿Como por ejemplo que te quiero? —sugirió, poniéndole morritos.

Él asintió.

Ella se hizo de rogar...

Capítulo 18

Recogió lo básico para pasar la noche fuera de casa y pensó en dejarles una nota a sus padres, pero optó por no hacerlo. Dar explicaciones era también dar la oportunidad de preguntar y Fabiola no quería responder. «Que se imaginen con quién me he marchado», pensó. Ya no iba a dar explicaciones acerca de sus idas y venidas.

Kane, nervioso, insistió en que tenían que salir de allí. Vale, la respuesta de Fabiola había sido satisfactoria, aunque le quedaba una pequeña espina clavada por lo ocurrido con Anderson, pero aquella fantasía de hacerlo en la cama de sus padres lo había sobrepasado. Y el riesgo de hacerlo sin condón...

—No cojas mucho equipaje, vamos en la moto —le repitió, impaciente por salir de aquella casa.

—¿La has traído? —preguntó ella, molesta, saliendo de su habitación con una pequeña bolsa de viaje.

—¿Qué acabo de decir? Me quedo a vivir aquí. ¿Nos vamos?

La moto... maldita fuera, con el miedo que le tenía. Sin embargo, le dedicó una sonrisa cómplice y lo siguió, tarde o temprano se acostumbraría a ella. Al día siguiente iría a buscar sus cosas y también se tendría que encargar de la mudanza, esperaba que Kane hubiera elegido un buen sitio.

—¿Es grande? Quiero decir, ¿podremos llevar todos mis trastos?

—Ya están allí.

—¿Cómo?

—Me encargué de tus cosas. Pero no de todas, por supuesto. Toma, ponte el casco.

—Un momento, ¿cómo sabías que iba a aceptar?

—No lo sabía —admitió—, sin embargo, si me decías que no, al menos tenía una excusa para seguir viéndote hasta convencerte. —Se puso su casco.

Debía reconocer que Kane había sido rápido en aquel aspecto.

Agarrada en plan garrapata a él, porque no terminaba de relajarse, recorrieron las calles. Hacía tan sólo unas horas no sabía realmente qué iba a hacer. Estaba contenta, Kane había ido a buscarla, sorprendiéndola, claro que ella había tomado la iniciativa sorprendiéndolo aún más.

Fue inevitable pensarlo, ¿y ahora qué? Él pretendía que vivieran juntos. Por supuesto, la idea resultaba atractiva y, cómo no, un tanto suicida. Su yo más prudente se lo estaba advirtiendo. Pero ¿merecía la pena arriesgarse? ¿Hasta qué punto podía resultar bien?

Kane iba a renunciar a mucho por ella. ¿Merecía la pena? Desde luego, la seguridad que él había demostrado al comunicárselo, que no al pedirselo, debería despejarle todas las dudas. Sin embargo...

Según iban circulando por la ciudad, Fabiola se dio cuenta de que tomaban el desvío que conducía a su urbanización. Curioso.

Cuando entraron en la misma calle donde ella vivía, empezó a sospechar. Al accionar la puerta del garaje que tan bien conocía, se tensó. Y al ver su Mini aparcado en su plaza le pellizcó un brazo.

—¡Lo sabía! —le chilló, señalándolo con un dedo acusatorio—. No cambias, ¿por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué no contestaste al teléfono? ¿Por qué te largaste sin decirme nada? —replicó Kane, recogiendo los cascos.

—Grrrr —gruñó Fabiola al darse cuenta de que él había dado la vuelta a la tortilla.

Entraron en la casa en silencio. Estaba claro que él había estado allí, había cajas aún sin desembalar que no le pertenecían. Dio un rápido repaso al salón, donde Kane había instalado su centro de trabajo, con montones de carpetas y papeles sobre la mesa, junto con su ordenador portátil.

Inspeccionó la cocina, esperando encontrarla patas arribas, pero no fue así, estaba medianamente recogida. Kane seguía sin decir nada, esperando con avidez una crítica, una opinión para devolvérsela. La había echado tanto

de menos... Incluso había añorado las conversaciones de doble sentido, en las que ella, consciente o inconscientemente, lo provocaba y fingía no darse cuenta, o bien mostraba una falsa indignación.

Debía reconocer que si ella hubiera accedido a acostarse con él a la primera insinuación, quizás, sólo quizás, no habrían tenido tiempo de conocerse. El tiempo de convivir, de compartir las tareas cotidianas, las bromas y los momentos de confesiones. Quizás para algunos la intimidad entre una mujer y un hombre fuera solamente lo que ocurría en el dormitorio, él hasta entonces así lo creía, pero resultaba que no, la intimidad que habían compartido, hablando de los sentimientos, de sus experiencias pasadas, de dolor incluso, los había acercado lo suficiente.

Kane sabía que no todo iba a ser un camino de rosas con Fabiola, pues, aunque en apariencia ella se mostraba mucho más abierta, y no sólo en el plano sexual, aún poseía ciertos temores y ciertos resentimientos, todo ello producto de una educación anticuada, y daba por hecho muchas ideas que a lo único que conducían era al desastre emocional. Y en ese estado la conoció. Ahora quedaba por delante ir construyendo una relación sólida. Para Kane resultaba un mundo desconocido en su totalidad; nunca antes, a pesar de haber tenido relaciones que habían durado más o menos, pero durante las cuales nunca se planteó la posibilidad de ir más allá. Visto ahora con la perspectiva del tiempo, no dejaban de ser una sucesión de encuentros sexuales, intercalados con alguna salida a cenar.

Sin creer en las casualidades, bien podría decirse que, al igual que él ayudó a Fabiola a reconocer y aceptar su innegable derecho a disfrutar, ella había despertado en él la necesidad, hasta ese momento desconocida o dormida, de mantener una relación, se repitió, no sólo sexual, con una mujer.

Había que ser muy tonto para no darse cuenta de la valía de Fabiola, alguien que, con un gran talento profesional, flaqueaba en su vida personal, por haber estado sometida a un cabrón inútil como su ex.

—Supongo que yo ocuparé ahora el cuarto de invitados —le dijo Fabiola

con malicia.

—Haz lo que quieras —le contestó él en el mismo tono—. Pero... —se colocó tras ella y bajó la voz de forma insinuante— me muero por probar tu cama.

—Ahora es tuya. —Intentó no hacer caso de la insinuación.

—No lo dudes —continuó hablando él en el mismo tono.

Luego la siguió hasta el dormitorio, por fin iba a poder pasar la noche con ella en aquella cama. Aunque le costara creérselo, estaba hasta nervioso.

¿Nervioso? Pues... sí.

No era lo mismo estar con una mujer que simplemente te pone cachondo, o mejor dicho, con la que desees pasar un buen rato, que estar con una mujer como Fabiola.

Una mujer de la que lo desees todo.

—¿Kane? —ella lo llamó con voz sugerente.

—Vamos a cenar primero, necesitamos alimentarnos bien, porque después te voy a follar de varias y creativas formas.

Fabiola dio un respingo, tanta vulgaridad en una sola frase, no era para menos.

Él inspiró, quizás había pecado de impaciencia y se había dejado llevar por su lado más primitivo.

—¿Me lo prometes? —retrucó ella, para nada ofendida, aunque sí sonrojada.

Kane respiró un poco más tranquilo.

—Voy a preparar la cena...

* * *

Fabiola se despertó al oír movimientos en la habitación, abrió un ojo y vio a Kane, divino, a medio vestir, hablando por teléfono. No parecía muy

contento, no obstante, ella tenía demasiados recuerdos recientes como para preocuparse a primera hora de la mañana.

«Vaya nohecita, si hasta lo hicimos a cuatro patas», pensó.

Los vecinos debieron de asustarse con tantos gemidos y gritos.

Sonrió sonrojándose.

¡Cielo santo, si acabó suplicándole para que la follara!

—¿Qué ocurre? —se incorporó un poco para hablar—. ¿Problemas?

—¿Tienes planes para el próximo fin de semana? —le contestó él con aire misterioso.

—Pensaba celebrar mi cumpleaños. —Lo miró confusa. ¿A qué jugaba ahora?—. Bueno, y el tuyo.

—Acaban de llamar mis padres, quieren que vaya el próximo fin de semana. No he podido negarme... hace seis meses por lo menos que no los veo y... bueno...

—¿Eso es un problema? —preguntó ella con cautela.

—Tú no conoces a mi madre, es como Annie multiplicada por diez —admitió con una sonrisa de disculpa, sin embargo, tarde o temprano iba a tener que presentárselos.

—Ya veo —dijo Fabiola manteniendo la calma—, pero seguramente —«seguro que no», pensó— no serán tan terribles como los míos.

—¿Vendrás?

—No sé... convénceme.

—No tienes que venir obligada. Iré, haré la visita de rigor y ya está.

—¡Hace seis meses que no los ves! ¿No te da vergüenza? —Fabiola se estaba divirtiendo.

—No quiero dejarte sola. No sé por qué, llámame paranoico, pero cada vez que salgo de viaje ocurre algo —dijo serio, sin dejar de mirarla.

De repente, Kane frunció el cejo; no era cuestión de recriminarle nada, pero prefería pecar de precavido.

—Iré contigo si tú... —musitó apartando la sábana y mostrándole su

desnudez.

—Señorita Del Olmo, ¿intenta negociar ofreciendo favores sexuales como moneda de cambio? —preguntó Kane con falsa indignación.

—Ajá.

—Perfecto...

—Yo haré la primera oferta...

* * *

Fabiola se levantó agotada, pues él no paró de atormentarla, jugar con ella o hacer cualquier otra cosa necesaria para que lo acompañara. Las negociaciones fueron intensas, duras, un toma y daca. Ninguno cedía un milímetro, hasta que... llegaron a un acuerdo.

Desde luego, Fabiola nunca imaginó que utilizar el sexo como moneda de cambio fuera tan divertido. ¿Por qué no lo había hecho antes?

Prefería quedarse en casa, sin embargo, es lo que tienen las negociaciones, al final habían llegado a un acuerdo y tenía que respetarlo. Además, debía enfrentarse a la situación, tarde o temprano se descubriría el pastel. Era absurdo posponerlo. Así que mientras la boca de Kane recorría su cuerpo, reflexionó y llegó a la conclusión de que la idea de sorprenderlo en su propio terreno resultaba de lo más tentadora.

Por desgracia, antes había que hacer una parada obligatoria. Le gustase o no, tenía que hacerlo. Al llegar a las oficinas, quiso mantenerse en un segundo plano, no obstante, Kane la asió con fuerza de la mano obligándola a entrar. La recepcionista arqueó una ceja al verlos así de unidos; ya intuía algo respecto a esos dos, pero claro, necesitaba confirmarlo.

—Buenos días, señor Roberts —saludó cantarina—. ¡Ah! Hola, Fabiola —añadió después por obligación, por supuesto.

—¿Hay algún recado para mí? —preguntó él, impaciente, sin soltar a Fabiola.

—Sí, aquí tiene —contestó toda dulzura y le entregó unas notas.

Fabiola puso cara de circunstancias, pues Carol se mostraba sumisa y obediente, mansa como una malva. ¿Qué había hecho Kane en su ausencia para lograrlo?

—Gracias. No me pases llamadas hasta que te avise, ¿podrás hacerlo? —preguntó con retintín, pues conocía la afición de aquella mujer a tocar la moral.

No le dio tiempo a contestar, pues una vez que recogió sus mensajes, tiró de Fabiola y le plantó un beso arrollador, allí, en medio de la recepción. De esa forma, Carol ya no necesitaba hacer más averiguaciones. Cuando consideró que ya le había dejado claro a todo el mundo que quisiera mirar a quién deseaba y en qué grado, Kane se dio media vuelta y se llevó a remolque a una Fabiola anonadada por la reacción de él.

Ahora nadie iba a dudar de si existía algo entre ellos. ¡Al diablo! Que pensaran lo que les diera la gana. Miró a Kane, que caminaba delante de ella como si fuera el dueño y señor.

«Todo esto es para mí», pensó, aunque él se volvió y entonces cayó en la cuenta de que lo había dicho en voz alta. Por supuesto, obtuvo una media sonrisa de lo más sugerente.

Anduvieron por los pasillos, Fabiola supuso que iban a la oficina principal. Pero Kane tenía claramente otros planes.

Aquello no le gustaba. ¿Otra vez sorpresas?

Prefirió no abrir la boca, pero cuando vio que se dirigían a su antigua oficina, explotó.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿A qué te refieres? —respondió él con otra pregunta, mientras cerraba la puerta.

—Ésta era mi oficina. ¿Por qué no estás en la de Genaro? Se supone que allí se instala el director.

—Yo no soy el director —replicó, ocultando su satisfacción por su

desconcierto.

—¿Ah no?

—Si me hubieras prestado atención... —Pasó por alto el comentario de ella—. Tan sólo te estoy sustituyendo, ahora que estás aquí, puedes empezar a asumir tus funciones.

—Kane, tú eres el que no escuchas, renuncié, ¿recuerdas?

—Nunca se tramitó tu renuncia. Fabiola, este puesto es tuyo y nadie lo discute —aseveró, mirándola fijamente, con aquella actitud de tipo mandón inflexible—. Nadie ha insinuado nada ni dicho nada que pueda molestarte.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Si piensas quedarte aquí... o al menos eso creía...

—Cariño, no te confundas —dijo con un toque de humor—, que quiera quedarme contigo no significa que quiera trabajar contigo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Hummm... Déjame que lo piense —murmuró con aire distraído, sólo para provocarla un poco y que dejara de ser tan estirada.

—No tiene gracia, en serio.

—En primer lugar, irme de vacaciones, contigo, por supuesto.

—¿Ahora?

— Empezaremos con la obligada visita a mis padres. Quiero que los conozcas —dijo muy serio, lo que ella interpretó como un paso en firme de su relación. Sin embargo...

—¡No puedo cogerme más días de vacaciones!

—Que yo recuerde, aún no te has incorporado a tu «nuevo puesto» —indicó con retintín, porque lo de ser la recepcionista era una locura, aunque de momento no la convencería de lo contrario para no jorobar la reconciliación.

—Acabo de regresar de viaje, ni siquiera he desecho la maleta.

—Mejor, un trabajo que te ahorras —replicó él.

No le sirvió de nada protestar, Kane ya lo había decidido por ambos. Claro que Fabiola cedió en apariencia, pues a él lo esperaba una sorpresa aún mayor.

Capítulo 19

—¿Seguro que es por aquí?

—Conozco de sobra la calle donde viven mis padres —contestó Kane sin mirarla.

Ella se ahorró el comentario de «¿en serio?» para no cabrearlo más.

Llegaron a la pequeña casa a última hora de la tarde. Se perdieron tres veces. Por no conectar el navegador y por no preguntar. Ella tan sólo se limitó a reír de manera socarrona, ya que Kane estaba de un humor de perros.

Lo cierto era que resultaba fácil perderse, las urbanizaciones parecían todas tan iguales y preguntar servía de poco, porque la mayoría de turistas conocían tan sólo sus propias casas. Y a veces ni eso.

Él bajó del coche primero, era lógico, y Fabiola lo siguió manteniendo una prudencial distancia, se daba cuenta de la importancia del momento. No sabía cómo iba a reaccionar Kane al enterarse, ni mucho menos su madre. Por fortuna, el padre ya estaba al tanto. Mejor, un aliado como el señor Roberts nunca venía mal.

Kane les había telefoneado para confirmarles que no llegaría sólo, sin embargo, no había dado más detalles. Así que iba a ser toda una sorpresa.

Llamó al timbre. Miró a Fabiola de reojo, le sonrió y le cogió la mano hasta que se abrió la puerta.

—¡Oh! Cariño, ¡por fin has llegado! —exclamó Ally, abalanzándose sobre su hijo—. ¡John, ven! Kane está aquí.

—Hola, mamá —la saludó él con cariño, dejándose querer.

Fabiola observó la escena desde atrás, esperando a que o bien Kane se acordara de ella o bien Ally la reconociera. De todos modos, era curioso observar cómo se trataba esa familia, era envidiable.

—¿Fabiola?! —murmuró Ally impresionada, cuando soltó a su hijo—.

¡Has venido! ¡Qué casualidad! —Le dio un abrazo tan intenso como el de su hijo.

—Hola, Ally —dijo ella un poco cohibida.

Kane se dio la vuelta mirándola boquiabierto.

—Bueno, esto sí que no me lo esperaba, ¿por qué no me llamaste para decir que venías? —Kane seguía mirándolas a ambas mudo por completo. Y estupefacto también—. Bueno, no importa, nos las arreglaremos. Justo has llegado al mismo tiempo que mi hijo.

«Aquí hay algo que no cuadra», pensó Kane suspicaz.

—¡Qué sorpresa! Pasad, no os quedéis ahí. —El padre saludó a su hijo con un gran abrazo y después a Fabiola con igual entusiasmo, lo que despertó aún más los celos de Kane.

John le dedicó una mirada cómplice a Fabiola y la condujo al interior. Ally los siguió y Kane, sin saber bien qué hacer o qué decir, se dirigió al coche en busca del equipaje.

Fabiola se sentía un poco traidora con Ally, tenía que haberse sincerado con ella tal como había hecho con John, pero ya era tarde, en cuanto estuvieran todos reunidos, se acabaría el misterio.

—Vamos a estar un poco justos, pero creo que a Kane no le importará dormir en el sofá —dijo Ally al ver entrar a su hijo con el equipaje.

—Lo mejor es que ambos duerman en la habitación del fondo —propuso John como si tal cosa.

—¡John! —protestó Ally, molesta—. No vamos a tratar a una invitada de esa manera.

—Sí podemos —insistió John mirando a su hijo, que, inexplicablemente, seguía sin decir nada—. Es lo habitual, dadas las circunstancias.

—¿Qué circunstancias? —preguntó Ally, achicando la mirada.

—Luego te lo cuento —dijo para tranquilizar a su mujer—. Dejadme que os ayude con el equipaje. —Le guiñó un ojo a Fabiola.

—Gracias —contestó ella, devolviéndole la complicidad con una sonrisa.

Aún no se atrevía a mirar a Kane.

Ally por una vez en su vida, se quedó sin palabras. John se acercó a su hijo mientras Fabiola entraba en el dormitorio.

—Una chica excelente —le dijo antes de dejarlos solos. Ahora tenía que explicárselo a Ally.

Kane entró tras ella, todavía perplejo. Fabiola no dijo nada mientras abría su maleta, buscando algo para cambiarse después del largo viaje. Esperaba un buen rapapolvo. Sin embargo, Kane se echó a reír. Cuando pudo contener la risa, habló.

—Ahora, si no es mucha molestia —se sentó en la cama—, vas a contármelo.

—No tengo nada que contar —replicó ella y le dio la espalda.

—¿Ah no? —dijo Kane y se levantó para acercarse—. Llámame suspicaz, pero me da la impresión de que ya los conocías. Y no me habías dicho nada —la acusó, fingiendo estar indignado, cuando en realidad le había ahorrado un trámite un tanto complicado.

—No me lo preguntaste —contestó Fabiola con indiferencia, aguantando las ganas de reírse de él. Por una vez lo había dejado realmente sorprendido.

«Eso está bien, para que aprenda.»

—¿Cómo? —Aquello no le podía estar pasando a él.

—Así entenderás cómo me siento yo cuando haces las cosas a mis espaldas —le reprochó orgullosa.

—¡Yo no he hecho nada a tus espaldas! —se defendió con vehemencia, aunque si lo pensaba con calma, sí había manejado algún que otro asunto sin preguntar antes.

—Te refrescaré la memoria. Tú...

—¡Qué alegría! —Ally irrumpió en la habitación—. Fabiola, cariño, ¿por qué no me dijiste nada? ¡Oh!, Kane hijo, no sabes lo contenta estoy.

—Mamá —intervino él—, ¿puedes dejarnos solos? —Conocía perfectamente a su madre y no tenía ganas de explicarle algo que ni siquiera

él podía entender.

—Hummm, de acuerdo —aceptó la mujer disimulando una sonrisilla—. Pero nada de discutir, ¿de acuerdo? —añadió con aire cómplice, mirándolos a ambos.

Volvieron a quedarse solos, Fabiola miró de reojo a Kane, intuía qué estaba pensado. Pero ¿qué esperaba? ¿Él no había actuado de forma similar? Pues que aprendiera.

—Sé que estas cosas no te gustan, sin embargo, no creo que debas ponerte así —dijo en tono sosegado, no quería discutir.

—¡Ya te vale! —No estaba enfadado, pero aun así no quería ceder ante ella—. Podrías al menos haberme comentado algo, ¿no? Llego aquí y resulta que mis padres te reciben con los brazos abiertos y yo me quedo con cara de tonto. ¿Me estoy perdiendo algo? Pues parece que sí, por lo visto, aquí, la señorita —él mismo se contestaba— tiene ganas de jugar a los secretitos.

—¡Yo no juego a nada! —protestó ella disimulando una sonrisa.

—Pues entonces explícamelo.

—¿Por qué? —replicó muy digna.

—¿Por qué? Maldita sea, ¡son mis padres! —exclamó Kane como si eso lo explicara todo.

—Eso ya lo sé —murmuró ella, manteniendo el tono sereno, divertida sin duda al ver cómo él iba perdiendo la calma, algo muy inusual.

—¿Vas a contármelo o no? —exigió, colocándose frente a ella.

Sin embargo, Fabiola no se dejó intimidar.

—Depende.

—¿De qué? —preguntó resignado, esperándose cualquier cosa.

Pero lo cierto es que no pudieron seguir la conversación-discusión, ya que Ally volvió a interrumpir, estaba tan sumamente contenta, que no podía parar quieta.

Kane no tenía ganas de aguantar el aluvión de preguntas que su madre, sin duda, ya tenía en mente, y buscó ayuda con la mirada en su padre, pero

éste se desentendió, bastante divertido con la situación.

Pese a las negativas de Kane, que buscó mil excusas para evitarlo, Ally reservó mesa para los cuatro en un restaurante cercano, donde, además, después de la cena solía haber espectáculo.

«¡Lo que faltaba! –pensó Kane–. Tenía que haber buscado un hotel.»

Pero lo que de verdad lo estaba carcomiendo era la actitud de sus padres hacia su acompañante y viceversa. Bueno, no esperaba menos de ellos y, conociendo a Fabiola, no le extrañaba que ya la trataran como a una más de la familia, era fácil quererla, pero... ¿Qué demonios estaba pasando? Su padre cómplice. Su madre entusiasmada con la noticia, sólo faltaba Annie para rematar la jugada.

Mejor no mentar a su hermana, por si acaso aparecía y ya el *show* sería completo.

No muy convencido, accedió a los deseos de su madre, quizás con la esperanza de enterarse de una vez por todas en qué circunstancias se habían conocido Fabiola y sus padres, pues por mucho que intentaba elaborar una hipótesis, no lograba llegar a una creíble.

Durante la cena, Kane se sintió fuera de lugar, como si no existiese, pues le dejaron al margen de la conversación. Miró a Fabiola y ésta, lejos de sacarlo de dudas, sonreía y continuaba hablando.

Así que no le quedó más remedio que comer y aguzar el oído, a ver si con un poco de suerte terminaba por pillar algo de información.

Hubo suerte, pues con los animados comentarios de su madre, las sonrisas socarronas de su padre y los asentimientos de Fabiola, fue enterándose de cómo y por qué sus padres la habían conocido. Y, de paso, de dónde había estado ella tras presentar la jodida carta de renuncia.

No obstante, faltaban detalles que se moría por conocer.

De acuerdo, se lo tenía merecido. Fabiola aprendía demasiado rápido, en todos los sentidos, y lo cierto era que no quería enfadarse con ella. Además, estaba preciosa con aquel vestido. Después él mismo se encargaría de que

estuviera preciosa sin él. ¡Mierda! Con sus padres en la habitación de al lado... Tenía que controlarse. ¿Se controlaría ella? Se rio de sí mismo ante esa ocurrencia.

—Cariño —dijo Ally, mirando a la acompañante de su hijo—, no sé qué le has hecho a mi Kane, pero está a punto de echar humo por la cabeza. —Se echó a reír y miró al aludido, que intentaba, a duras penas, sonreír como si todo fuera perfecto.

—Por favor, mamá... —se quejó en tono casi infantil.

—Fabiola, ¿te gustaría bailar? —intervino John

—Yo... —ella titubeó y miró a Kane—, bueno, sí.

Cuando la vio marcharse junto a su padre en dirección a la pista de baile, casi le da algo. ¿Qué narices estaba pasando? Su madre le sonrió con sorna.

—Mamá, ¿vas a decirme qué te hace tanta gracia? —preguntó exasperado.

—Nada, Kane, mira y aprende —le indicó ella socarrona, al sonar los primeros acordes de *Volver*, un tango clásico.

Si lo pinchaban no sangraba. ¡Ver a Fabiola bailando con su padre, un tango para más señas, con toda la naturalidad del mundo! ¿Desde cuándo sabía bailar? ¡Joder! Y para más inri su madre le hacía las veces de comentarista. Que si este paso se llamaba así, que si ahora van a hacer esto y lo otro...

Pero Kane conocía demasiado bien a su madre y sabía cómo obtener toda la información posible. Sólo quedaba un camino: el chantaje.

—Tengo algo importante que decirte sobre Fabiola y... —quería crear expectación y nada mejor para ello que hacer una pausa— y sobre mí.

—¿De ambos? —preguntó Ally entusiasmada; una confidencia de su hijo era algo inusual. Le prestó toda su atención.

—Pero primero... —sabía que ella se moriría antes que quedarse con las ganas—... vas a contármelo todo.

—¡Kane! —lo reprendió y le dio una palmadita de advertencia en el

brazo—. ¿Estás chantajeando a tu madre? —preguntó, adivinando las intenciones de su hijo.

—Está bien, como quieras —se hizo el ofendido—. Nos iremos mañana y... —fingiendo indiferencia, añadió—: y lo más probable es que te pierdas la boda de tu hijo. —Esperaba que aquello fuera mortal y definitivo.

A pesar de ser algo imprevisto, pues no había pensado en ello, ya que llevaba viviendo con Fabiola apenas dos semanas, pero ¡qué dos semanas!, fue lo único que se le ocurrió. Y acertó de pleno, su madre estaba encantada con la idea y él también. ¿Por qué no? Las cosas estaban saliendo bastante bien. Dicho de otro modo, no podían salir mejor.

—Kane... —le advirtió la mujer.

Él se encogió de hombros, dejando que su madre rumiara la información.

Fabiola había aceptado su puesto como directora y todo parecía encauzado. En principio, él iba a quedarse hasta que todo quedase regularizado, después se incorporaría a una importante empresa financiera que no había escatimado en recursos a la hora de ofrecerle un buen puesto de trabajo. Así se libraba de Anderson y podía quedarse junto a Fabiola y protegerla con discreción para no enfadarla. Aunque aún no se lo había dicho, sabía que era la mejor opción para los dos.

Trabajar juntos podía funcionar, no obstante, prefería separar su vida profesional de su vida personal. Además, no quería que nadie en seguros OK dudase de las capacidades de ella y qué mejor para lograrlo que dejarla sola. Fabiola era capaz de hacerlo. Y lo haría.

—¡No te atreverás! —insistió su madre, mientras él mantenía una expresión seria para que acabara cediendo.

—Sólo tienes que contármelo...

—¡De acuerdo, de acuerdo! —claudicó al final.

Ally empezó a explicarle, con todo lujo de detalles, cómo habían conocido a Fabiola, empezando por el episodio del mareo. Kane se movió un poco inquieto en su asiento al oír la palabra embarazo, pero bueno, eso tarde

o temprano terminaría ocurriendo. Mientras su madre seguía parlotando, con detalles que para él ahora ya no tenían importancia, fue madurando una idea.

—Habéis estado magníficos, ¿verdad, Kane? —le preguntó Ally a su hijo cuando los bailarines regresaron junto a ellos.

—Gracias, pensaba que no iba a recordar todos los pasos —dijo Fabiola, esperando un comentario por parte de Kane, pero sólo obtuvo una sonrisa un tanto inquietante.

—Tonterías —interrumpió John y miró a su esposa; sabía que tenía que sacarla de allí—. Vamos, Ally —le ofreció la mano.

Kane, ahora que ya estaba puesto al día, vio cómo sus padres se dirigían al centro de la pista de baile. Por fin podía llevar a cabo su idea.

Fabiola, inquieta en su asiento, no sabía qué decir, pues, aunque él no parecía enfadado, sí parecía distante. Y, la verdad, no sabía qué era peor.

Kane cambió de asiento para quedar junto a ella; durante toda la velada habían estado frente a frente, pero ahora necesitaba sentirla más cerca. Pasó el brazo por el respaldo de la silla y, con disimulo, empezó a acariciarle la nuca; sin mirarla, de forma distraída.

Fabiola notó en el acto aquella mano y se estremeció. Permaneció sentada, los dedos de Kane la estaban poniendo nerviosa.

¿A qué jugaba?

Él se estaba aprovechando, sin ninguna duda, de la situación, cuando comenzó a bajar por su espalda, siguiendo la abertura del vestido... pero seguía sin mirarla. Si su intención era excitarla, iba por buen camino. Cerró los ojos un instante; se percató de dónde estaban y, lo peor de todo, si alguien se fijaba en ellos. Su sonrojo la delataba. Quería dejar caer la cabeza y apoyarse suavemente en su hombro. Lo miró de reojo y vio su media sonrisa.

¿Qué estaba tramando?

Capítulo 20

Conocía sus expresiones, incluso empezaba a interpretarlas de forma adecuada, pero ahora no estaba muy segura de lo que estaba viendo. Por suerte, regresaron los padres de él.

—Creo que nos vamos a ir. Fabiola está hecha polvo del viaje —dijo Kane de repente, apartando la mano de su nuca.

Ella echó de menos el contacto.

—Pero... —titubeó Ally, mirándolos a ambos sin comprender, pues ninguno parecía tan cansado como alegaba Kane.

—Entiendo —se apresuró John a interrumpir a su esposa—. Toma las llaves del coche —y añadió—: nosotros regresaremos con unos amigos. —Y remató diciendo—: Volveremos tarde.

Nadie dijo nada.

Todo estaba hablado.

Kane se incorporó, se acercó a su madre y le susurró:

—Te contaré los detalles mañana.

Después ayudó a Fabiola a levantarse, tirando de ella, ya que parecía adherida a la silla.

El restaurante estaba a más o menos unos quince kilómetros de la casa de los padres de Kane, que conocía la carretera a la perfección, pues eran incontables las veces que había realizado el trayecto, que discurría por la costa.

Ambos iban en silencio en dirección al coche. Ninguno se atrevía a decir una palabra. Sin saber por qué, el momento resultaba confuso y especial a la vez.

—Conduzco yo —indicó Kane cuando ella se situó en la puerta del copiloto.

Fabiola se acordó en ese instante de que el coche era inglés en todos los sentidos. Claro que a él no parecía importarle lo más mínimo.

Salieron del complejo turístico donde estaba el restaurante sumidos en el mismo silencio. Cuando por fin dejaron atrás las luces, Fabiola se relajó y pudo mirarlo sin disimulo. Kane conducía relajado, era extraño ir sentada en ese lado del coche y no conducir.

Pero mucho más extraña era la situación que, sin pretenderlo, se había creado.

Todavía se volvió más extraña cuando él se desvió de la carretera principal para tomar un camino, sin asfaltar, con bastantes baches. Tras un buen trecho, detuvo el vehículo y apagó el motor.

Seguía sin decir una palabra, se bajó y le abrió la puerta, cogiéndola de la mano, clara invitación para que saliera del coche y lo acompañara.

—¡Ya está bien! —Fabiola se paró en seco—. Dime qué demonios te pasa.

Él la ignoró, y tiró de ella hasta llegar a la playa, donde, una vez elegido el sitio, la soltó.

Aunque las sorpresas no acaban ahí.

—¡Kane, ¿se puede saber qué estás haciendo?!

—Obvio, ¿no? Desnudarme. —Se quitó los zapatos de un puntapié, mientras arrojaba la camisa a un lado y, sin más preámbulos, se quitó también los pantalones, arrastrando al mismo tiempo los bóxers.

Fabiola lo miró entrecerrando los ojos, la noche era bastante clara. No se acordaba de esos bóxers en particular. Muy monos. Pero ésa no era la cuestión.

—¿Adónde vas?

No hizo falta una respuesta, pues se fue directo al agua, dejándola sola.

¿De qué coño iba ahora?

Observó cómo se zambullía en el mar, estaba loco. Cuando le vio hacerle señas para que se reuniera con él, se negó en redondo. No estaba dispuesta a

mojarse y embadurnarse de arena.

Si Kane quería bañarse, que lo hiciera, ya se reiría luego al verlo explicarle a su padre por qué el coche tenía arena.

Desde luego, la noche era cálida y, pese a sus protestas iniciales, se estaba bien allí. Mientras él seguía en el agua, ella se tumbó de espaldas, relajándose. Lo cierto era que las cosas le estaban saliendo muy bien y, lo más importante, había tomado las decisiones correctas.

Aunque las comparaciones sean odiosas, no pudo evitar pensar en qué habría pasado si hubiera seguido con Carlos. Para empezar, nada de momentos como aquél.

Cerró los ojos y se rio del día que habían pasado. Hubiera pagado por inmortalizar la cara de Kane al llegar a casa de sus padres. Pero, aunque enfadado, no le había ni gritado ni insultado ni culpado de nada. Simplemente se limitaba a pedir explicaciones, cosa de lo más lógica por otra parte.

Nunca podría haber imaginado que una noche de locura transitoria con un desconocido, un sexo increíble en un hotel, pudiera llegar tan lejos. Ahora sabía que su forma de actuar era la correcta y que había sido una completa idiota por no haber parado mucho antes la farsa en la que vivía. Y lo mejor de todo era que no se sentía observada ni criticada por cómo llevaba su relación con Kane. O por cómo lo había conocido, claro que eso sólo lo sabían ellos dos. Ahora veía con otros ojos a compañeras de trabajo que hablaban de sus citas; no eran mujeres sin rumbo, como las hubiera calificado el hipócrita de Carlos. Eran mujeres decididas. Y ella también lo era, o empezaba a serlo; quería a Kane y lo tenía a su lado. Y sabía muy bien cómo retribuirle todo.

Aunque su actitud durante la noche había sido extraña. Empezó a darle vueltas a unas cuantas ideas. A Kane nunca le importaba que le hiciera sugerencias en la cama, es más, le encantaba, y siempre estaba dispuesto a llevarlas a la práctica cuando antes.

Se tapó la boca, sofocando una risita estúpida. Parecía más bien una colegiala ridícula. Y justo cuando más a gusto se encontraba con sus

pensamientos...

—¡Ay! —se quejó, incorporándose de repente—. ¡Me estás mojando! — Kane se había situado junto a ella y se sacudía como un perro, salpicándola—. Te vas a embadurnar como una croqueta, veremos cómo le explicas a tu padre que el coche está lleno de arena.

—Muy graciosa —se sentó tras ella y la abrazó desde atrás.

—¡Me estás empapando! —se quejó Fabiola, pero resultaba imposible deshacerse de aquel abrazo. Más aún cuando Kane empezó a mordisquearle el cuello.

—Relájate.

—Estoy relajada —mintió, intentando relajarse, lo que no era fácil.

Tenía la espalda del vestido completamente mojada, notaba cómo caían gotas de agua salada por su piel, y cómo Kane empezaba a bajarle la cremallera.

No, desde luego que no estaba enfadado.

Cuando acunó sus pechos con ambas manos, Fabiola ya no tuvo dudas.

Sintió un pelín de vergüenza, allí en la playa... ¿Y si venía alguien? Una cosa era atreverse en la intimidad del dormitorio, o del salón, o del baño, o de la cocina, pero otra muy distinta era al aire libre.

Y ya no era como antes, ahora un montón de gente se paseaba no muy lejos, con un móvil, dispuestos a grabar cualquier cosa, y una parejita en la playa montándose siempre tenía mucho tirón en las redes.

—Kane... esto... no podemos... —murmuró, reclinándose en él y dejándose querer, pues entre los besos en la nuca y los hombros y las caricias en los pechos y alrededores, se había excitado.

—¿Por qué? —preguntó él también en voz muy baja, sin dejar de tentarla.

—Pueden vernos...

—Con público, qué excitante —adujo, mordisqueándola en el cuello.

—¡Kane! Y además... —jadeó y se detuvo al sentir que le pellizcaba un pezón.

De forma inexplicable, él se detuvo.

—Tienes razón. ¡Joder! —Se pasó una mano por el pelo, enfadado por su falta de previsión—. No tenemos ningún condón. —Respiró hondo—. De momento me conformaré con abrazarte.

—Ah, eso —comentó, quizás decepcionada por no continuar recibiendo sus atenciones.

Permanecieron unos instantes así, en silencio. Fabiola tenía el vestido totalmente calado, pero le importaba un pimiento. Era tan sumamente agradable sentirse querida. Kane era fácil de querer.

—Creo que deberíamos volver —comentó—. No sé qué van a pensar tus padres de esto.

—Olvídate ahora de ellos. —La estrechó aún más—. Tenemos que hablar. He chantajeado a mi madre y...

—¿Has chantajeado a tu madre? —repitió, volviéndose para mirarlo a la cara.

Él sonrió un tanto pícaro.

—¿Qué esperabas? Alguien tenía que informarme de todo lo que había pasado —le reprochó—, pero... mi madre no me ha sabido decir por qué te fuiste... —Utilizó un tono suave y firme.

—Kane, ¿qué importa ahora eso?

—La he amenazado con no invitarla a la boda de su hijo. —Fabiola abrió los ojos como platos, confusa, y él siguió—. Simplemente... —se encogió de hombros—, me gustaría saber qué pasó para que lo mandaras todo a paseo, incluido yo.

—¡Yo no te mandé a paseo! —se quejó ella, aún algo contrariada por lo que acababa de oír, sin embargo, prefirió no preguntar. Kane, como era lógico, quería saber lo ocurrido, y hasta cierto punto tenía derecho—. ¿Qué quieres saber? O mejor dicho, ¿qué te falta por saber?

El día que fue a buscarla a casa de sus padres todo quedó en suspenso, él no quiso seguir indagando y eso les había permitido un buen entendimiento,

pero le debía al menos la verdad. Al fin y al cabo, no le ocurrió nada, tan sólo huyó buscando tranquilidad y comprendía los sentimientos de Kane.

—Ni siquiera me llamaste. Eso fue duro —le recordó él y hasta se llevó una mano al corazón en un gesto un tanto teatrero.

—Kane... yo... yo no estaba en condiciones de hablar con nadie y menos contigo. —Inspiró hondo. Volvió la vista al frente, al mar, antes de proseguir—. El día que me nombraron directora, después de que tú y yo... bueno, ya sabes —se ruborizó— en la sala de juntas... Bueno, pues cuando bajé a buscar el coche me encontré con Anderson y mi blusa mal abotonada habló por sí misma.

—¡Mierda! —masculló él, sintiéndose responsable.

—Más o menos —hizo una mueca— conseguí librarme de él, o al menos eso pensaba. Me marché a casa a esperarte, entonces tú me dijiste que te ibas a Bruselas. Pero bueno, ése es tu trabajo, así que no me importó. —Seguía sin mirarlo, tan sólo sintiéndolo a su espalda—. Después Anderson volvió a llamarme, invitándome a comer.

—Hijo de puta...

—Pude negarme, sin embargo, no tenía por qué sospechar.

—Es un manipulador, de eso no cabe la menor duda —masculló Kane.

—Rechazar una invitación semejante era comenzar con mal pie, así que accedí. —Calló unos instantes, intentando buscar las palabras más adecuadas—. Pensé que sería una simple comida de trabajo, algo aburrido y formal, nunca pensé que él iba a ir a buscarme en persona a mi casa —Kane soltó otro taco—. Aun sabiendo que eso no era del todo normal, seguí adelante. Al fin y al cabo, era un pez gordo, se suponía que no debía hacerlo enfadar.

Kane escuchaba, conocía de sobra a Anderson y se maldijo a sí mismo por haber sido tan descuidado aquella mañana en la sala de reuniones de la empresa. Debería haberse contenido, pero ¿quién era capaz de hacerlo con ella tan cerca?

—Nada más entrar en el coche intuí —continuó— que aquélla no era una

típica reunión jefe/empleada. En ese momento, no sé muy bien por qué, quise dejarme llevar. —notó la tensión en el abrazo de Kane— y le permití que me besara, intenté incluso no pensar en nada. ¿No es curioso? Si había sido capaz una vez... —Ambos pensaron en el acto en la primera noche—. Pero no pude seguir, no sé explicar bien qué me ocurrió, estaba enfadada contigo, las insinuaciones de Anderson acerca de ti, de tus métodos, por decirlo de alguna manera, no me gustaron, aun así, no quise seguir. Sí, estaba enfadada, muy cabreada y, por si fuera poco, te habías ido. ¿Qué debía pensar?

Kane se limitó a pasarle las manos por los brazos, en un gesto reconfortante.

—Joder... —murmuró.

—Lo cierto es que le dije «No me pones», y lo rechacé sin hacerme la ofendida. No sé de dónde saqué la fuerza, pero preferí mostrarme altanera antes que vulnerable y ofendida.

—¿Eso le dijiste? —preguntó con orgullo, ésa era su Fabiola. Bien.

—Sí —le confirmó—. A pesar de lo desagradable de la situación, Anderson supo comportarse.

—Me lo figuro —apuntó Kane con ironía.

—Después me dejó en la oficina y tomé una decisión. Nadie en la empresa creía de verdad que yo mereciera ese puesto, todos, incluida yo, pensaron que se debía a mi relación contigo más que a mis aptitudes.

—Eso no es cierto. Ambos lo sabemos. Todos lo saben, y si no se han enterado, ya me encargaré yo de que lo hagan —aseveró él, dispuesto a barrer cualquier duda sobre las capacidades de Fabiola.

—Pero eso no era suficiente, llevaba mucho tiempo dependiendo de los demás. Si quería aprender debía romper con todo. Marcharme, desligarme de cuanto me rodeaba, y por eso lo primero que hice fue redactar la carta de renuncia. Pensé en llamarte y decírtelo, no obstante, comprendí que entonces no sería capaz, que otra vez me dejaría llevar, así que di el siguiente paso, vender la casa. Me fui a la de mis padres y, sin más, surgió la idea del viaje.

—Bueno... —suspiró tranquilo—. Supongo que tenías derecho.

—¿Supones?

—De acuerdo, necesitabas tu tiempo a solas. Lo entiendo. Y si vuelves a sentir la misma necesidad, hazlo, pero no me dejes en ascuas. ¿Me lo prometes? —preguntó, abrazándola fuerte, muy fuerte.

—Gracias —suspiró agradecida—. Ahora tú.

—¿Ahora yo qué? —preguntó sorprendido.

—¿Qué ocurre entre Anderson y tú? ¿Qué tiene Bedford en tu contra?

—¿Qué insinúas? —masculló, intentando hacerse el tonto, aunque intuía que no iba a lograrlo.

Kane no sabía qué clase de cosas se estaba figurando.

—Es obvio, entre ambos hay una rivalidad, y no sólo por cuestiones de trabajo. No soy tan tonta como para no darme cuenta, debe de ser personal. De no ser así, ¿por qué se iba a fijar en mí?

—Porque eres preciosa, encantadora, extremadamente deseable... ¿Sigo?

—No te andes por las ramas y deja de hacerme la pelota —se quejó ella.

Si era la noche ideal para las confidencias, lo era para ambos.

—Esto... —No le apetecía hablar de ello

—Te escucho. —Fabiola se mantuvo inflexible.

—De acuerdo —aceptó resignado—. Me acosté con la mujer de Bedford.

—¿Cómo? —Se volvió para mirarlo y la siguiente pregunta surgió por sí sola—. ¿Y eso que tiene que ver con Anderson?

—También andaba detrás de ella. —Esbozó una media sonrisa de niño bueno arrepentido—. Desde entonces, ambos me la tienen jurada, por distintos motivos, claro.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Fabiola, y en ese momento comprendió el motivo de la rivalidad—. Ahora lo entiendo... para Anderson yo era una forma de devolvértela.

—Más o menos. —De momento no le hablaría de la competición no oficial que ambos habían mantenido. Sobre todo porque él se había retirado.

Se quedaron unos minutos en silencio. ¿Qué debía pensar respecto a lo que acababa de oír? Lo ocurrido con aquella mujer formaba parte del pasado de Kane y desde que estaba con ella se había comportado estupendamente. Por otro lado, aunque la conducta de Anderson no era como para darle un premio, tampoco era para enfadarse. Más aún teniendo en cuenta los resultados. La mejor forma de devolver el golpe era que los viera juntos.

¡A la mierda con Anderson!

—¿No vas a regañarme? —tanteó él.

Haciendo honor a la verdad, Fabiola se lo había tomado bien. No todas las mujeres aceptan una historia como ésa de un modo tan sereno. Aunque permanecía callada, lógico, tratando de asimilar la noticia, al menos no se mostraba irritada.

—Venga. —Kane se dispuso a coger su ropa y vestirse—. Vámonos a casa.

—¿Por qué tanta prisa? —Fabiola se dio la vuelta, colocándose de rodillas frente a él.

—Porque —la besó— te necesito, porque tengo un par de cosas más que explicarte —su voz sonaba insinuante— y porque... ¡maldita sea!, se me han olvidado los condones.

—Si es por eso... —Le quitó su ropa de las manos, la tiró a un lado y empezó a desnudarse.

—¡Joder! —masculló pasándose la mano por la cara, nervioso.

—Kane... el otro día te mentí. —Él puso cara de póquer y ella añadió—: No fui al dentista.

—¿Ah no?

—No —le sonrió—, fui al ginecólogo.

—¿Estás...? —No se atrevió a preguntar más.

No estaba preparado para una noticia semejante, pero por ella haría un curso intensivo de lo que fuera para estar a su altura.

—No, pero —se le acercó, provocándolo— si quieres puedo volver.

—De momento lo dejaremos para más adelante. —La agarró de la cintura para sentirla contra su propio cuerpo—. Y ahora... —fue inclinándose hasta que ella cayó de espaldas.

—Ahora... —lo imitó complacida.

—Ahora, cariño, voy a conseguir que te embadurnes de arena, entre otras cosas —Se deslizó dentro de ella—. Mírame.

En el momento en que Fabiola oyó esa palabra, recordó al instante la primera noche que pasaron juntos en el hotel. Por supuesto, lo miró, aquella mirada era un placer extra.

—Tienes los ojos azules —musitó, acunándole la cara entre sus manos.

—¿Y te das cuenta ahora? —preguntó sorprendido y risueño.

—No —jadeó—. Fue en lo único que pude pensar cuando me marché del hotel y... hummm... me pregunté varias veces de qué color eran... No lo supe hasta que te vi en la oficina.

Kane la besó con fuerza.

Como cualquier historia que se precie, nunca tendrá fin, sólo un «hasta siempre».

Biografía



Nací en Burgos, lugar donde resido. Soy lectora empedernida y escritora en constante proceso creativo, con más de veinte novelas publicadas de diferentes estilos y con intención de no parar.

Comencé en el mundo de la publicación con mucha timidez, y desde mi primera novela publicada en 2011 hasta hoy, paso a paso, he recorrido un largo camino.

Si quieres saber más sobre mi obra, lo tienes muy fácil. Puedes visitar mi blog, noe-casado.blogspot.com.es, en el que encontrarás toda la información de los

títulos que componen cada serie y también algún que otro avance sobre mis próximos proyectos.

Referencias a las canciones

Soul Makossa, © 2015 Blanco y Negro Music, interpretada por Yolanda Be Cool & Dcup. (*N. de la e.*)

Wake me up, © This Compilation 2015 Aftercluv © 2015 AfterCluv, interpretada por Avicii. (*N. de la e.*)

Volver, © 2008 Tango Music, interpretada por Carlos Gardel. (*N. de la e.*)

Todo es posible... menos tú
Noe Casado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Noemí Ordóñez Casado, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2018

ISBN: 978-84-08-20107-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

